



A. DUMAS  
MEMORIAS  
DE UN MÉDICO

BIBLIOTECA  
DE LOS  
NOVELISTAS  
V<sup>o</sup> CH. BOURET



THE  
MUSEUM



PQ2227

M5

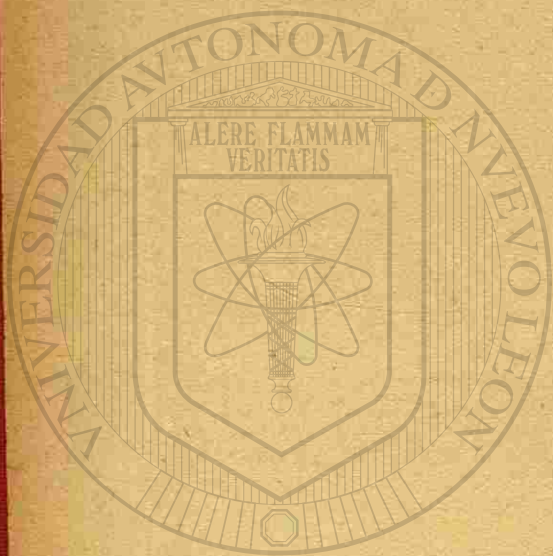
S6

v. 2

D886 M



1020026316



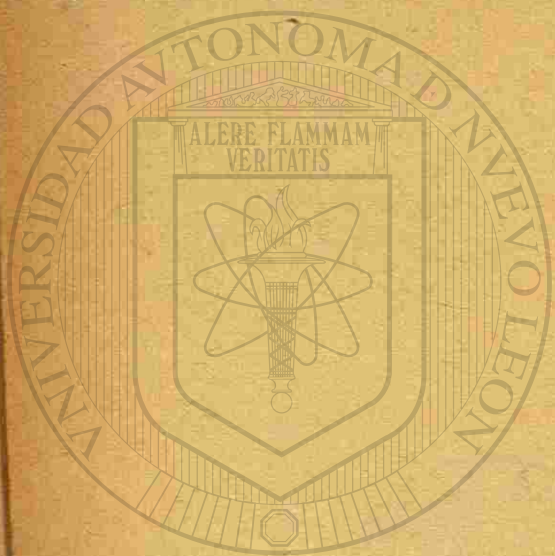
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



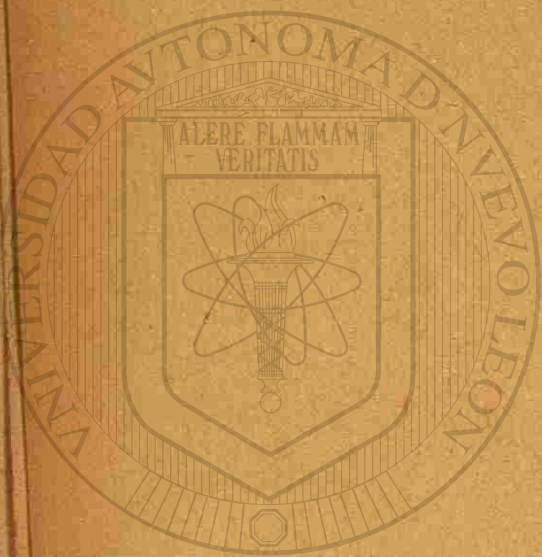
MEMORIAS

DE UN MÉDICO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PARÍS — LIBRERÍA É IMPRENTA DE LA V<sup>da</sup> DE CH. BOURET.

MEMORIAS

# DE UN MÉDICO

POR

ALEJANDRO DUMAS

Nueva Edición

TOMO SEGUNDO



098701

LIBRERÍA DE LA V<sup>da</sup> DE CH. BOURET

PARIS

23, Rue Visconti, 23

MEXICO

14, Cinco de Mayo, 14

1906

Propiedad del editor.

29971

8/3  
9  
102227  
U5  
S6  
V. 8

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor \_\_\_\_\_  
Núm. Adg. \_\_\_\_\_  
Procedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogó \_\_\_\_\_



**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Ciudad 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## MEMORIAS DE UN MÉDICO

I

### La sala de los Relojes

En una gran sala del palacio de Versalles, llamada la sala de los relojes, se paseaba un joven con los brazos colgando y la cabeza inclinada. Tenía al parecer sobre 16 á 17 años, y su color era sonrosado, sus ojos lánguidos y su modo de andar ordinario.

Sobre su pecho brillaba, realzada por el terciopelo carmesí de su uniforme, una placa de diamantes, mientras que el cordón azul caía sobre su cadera rozando con la cruz que sostenía una chupa de raso blanco bordada de plata.

Nadie hubiera podido desconocer ese perfil á la vez severo y noble, majestuoso y risueño que formaba el tipo característico de los Borbones de la primera rama, y de los cuales era á un tiempo la imagen más viva y exagerada el joven que presentamos á la vista de nuestros lectores; sólo con ver la filiación, tal vez degenerada, de esos nobles rostros desde Luis XIV y Ana de Austria, se hubiera podido decir que el de que

nos ocupamos no podía transmitir sus facciones á un heredero sin una especie de alteración del tipo primitivo, sin que la hermosura natural de este tipo, de que él era la última prueba, se cambiase en una figura de facciones exageradas, sin que el dibujo, en fin, llegase á ser una caricatura.

En efecto, Luis Augusto, duque de Berry, Delfín de Francia, que fué después el rey Luis XVI, tenía la nariz borbónica, más larga y aguileña que los de su raza; su frente, ligeramente aplastada, era mucho más espaciosa que la de Luis XV, y tenía tan marcada la doble barba de su abuelo, que, aunque delgada todavía en aquella época, ocupaba una tercera parte de su rostro.

Además, su andar era lento y embarazoso; aunque erguido en su talle, parecía torpe en el movimiento de sus piernas; sus brazos solamente, y sus dedos sobre todo, tenían la actividad, la flexibilidad, la fuerza, y, por decirlo así, esa fisonomía que en los demás se halla escrita sobre la frente, la boca y los ojos.

El Delfín se paseaba silenciosamente por aquella sala de los relojes, por aquella misma sala donde ocho años antes había entregado Luis XIV á madama de Pompadour el decreto del Parlamento que desterraba á los jesuitas del reino, y mientras recorría aquella sala meditaba.

Sin embargo, acabó por cansarse de esperar, ó más bien de pensar en lo que le ocupaba, y mirando alternativamente los relojes que decoraban la sala, se divirtió, como Carlos V, en observar las diferencias, siempre invencibles, que conservan entre sí los relojes mejor arreglados; manifestación extraña, pero sencillamente formulada, de la desigualdad de las cosas materiales, arregladas ó no por la mano de los hombres.

Paróse de pronto delante del gran reloj situado entonces en el fondo de la sala, en el mismo sitio donde está hoy todavía, el cual, por medio de una hábil combinación de mecanismos, señala los días, los meses, los años, los cuartos de luna, el curso de los planetas, en fin, todo lo que interesa á esa otra máquina mucho más sorprendente que se llama hombre en el movimiento progresivo de su vida hacia su muerte.

El Delfín contemplaba á fuer de aficionado aquel reloj que siempre había cautivado su admiración, y se inclinaba tan pronto á la derecha como á la izquierda para examinar tal ó cual rueda, cuyos dientes, agudos como finas agujas, mordían otro resorte más fino. Después de examinar bien este lado del reloj, se puso á mirarlo de frente, y á seguir con la vista el escape de la aguja rápida que se deslizaba sobre los segundos, semejante á esas moseas de agua que corren sobre los estanques y las fuentes con sus largas patas, sin arrugar siquiera el líquido cristal sobre que se agitan incesantemente.

De aquella contemplación al recuerdo del tiempo trascurrido no había mucha distancia. El Delfín se acordó de que hacía ya muchos segundos que estaba aguardando.

Paróse de repente la aguja sobre que el joven príncipe tenía fija la vista.

En aquel mismo instante, como por encanto, las ruedas de bronce cesaron en su rotación de equilibrio, los ejes de acero descansaron en sus agujeros de rubíes, y un profundo silencio reinó en aquella máquina, donde poco antes hormigueaban el ruido y el movimiento. Habían cesado los sacudimientos, las ondulaciones, las repercusiones de los martillos y el movimiento rápido de las agujas y ruedas.

La máquina estaba parada y el reloj muerto.

Algún grano de arena fina como un átomo habría entrado en el diente de una rueda, ó acaso el genio de aquella maravillosa máquina descansaba fatigado de su eterna agitación.

Al ver el Delfin esta muerte repentina, esta apoplejía fulminante, olvidó completamente el objeto de su venida y hasta el tiempo que había trascurrido desde que esperaba, se olvidó sobre todo de que la hora no es lanzada en la eternidad por los sacudimientos de un volante, ó retardada sobre la pendiente de los tiempos por el decreto momentáneo de un movimiento de metal; sino que está muy bien marcada sobre el reloj eterno, que ha precedido á los mundos y que debe sobrevivirles, por el dedo eterno é invariable del Todopoderoso.

En su consecuencia, comenzó por abrir la puerta de cristal de la Pagoda donde dormía el genio, y metió la cabeza en el interior del reloj para ver desde más cerca, si bien no tardó en ser entorpecido é incomodado en su observación por el gran volante.

Entonces deslizó delicadamente sus dedos tan inteligentes por la abertura de bronce y desató el volante.

Esto no bastaba; pues por más que miró el Delfin por todos lados, la causa de aquel letargo permaneció invisible á sus ojos.

El príncipe supuso entonces que el relojero de Palacio se había olvidado de subir la péndula, y que ésta se había parado naturalmente. Tomó entonces la llave colgada en su zócalo y comenzó á subir los resortes con el aplomo y la seguridad de un inteligente; pero después de dar tres vueltas, fué preciso detenerse, pues era prueba de que el mecanismo estaba sometido á un accidente desconocido, y el resorte, aunque tirante, no volvió á funcionar más.

El Delfin sacó de su bolsillo un pequeño raspador de concha con hoja de acero, y con la punta dió vuelta á una rueda. Todas las ruedas chillaron por espacio de medio segundo, y después se pararon.

La indisposición del reloj era seria.

Entonces con la punta de su raspador principió Luis á desmontar muchas piezas, cuyos tornillos colocó cuidadosamente sobre una consola.

Después, arrastrándole su entusiasmo, continuó desmontando la complicada máquina y visitó hasta sus rincones más secretos y misteriosos.

De repente lanzó un grito de alegría; acababa de descubrir que un tornillo de presión, al jugar en su espiral, había aflojado un resorte y detenido la rueda motriz.

Entonces se puso á apretar el tornillo.

En seguida, con una rueda en la mano izquierda y su raspador en la derecha, volvió á meter su cabeza en la caja.

Aquí llegaba en su tarea, absorto en la contemplación del mecanismo, cuando se abrió la puerta y gritó una voz:

— El rey.

Pero Luis no oyó más que el tic-tac melodioso nacido bajo su mano como el latido de un corazón que un hábil médico vuelve á la vida.

El rey miró á todos lados y por algún tiempo estuvo sin ver al Delfin, del cual sólo se veían las piernas abiertas, pues el tronco del cuerpo estaba oculto por el reloj, y la cabeza perdida dentro de la caja.

Aproximóse sonriendo y tocó en las espaldas á su nieto.

— ¿Qué diablo haces ahí? le preguntó.

Luis se retiró precipitadamente, si bien con todas las precauciones necesarias para no estropear nada



del hermoso mueble cuya restauración había emprendido.

— Ya lo ve V. M., dijo el joven avergonzado de haber sido sorprendido en aquella ocupación; me distraía mientras veníais.

— Sí, ¡ en estropear mi reloj! ¡ linda diversión!

— Todo lo contrario, señor, lo estaba componiendo. La rueda principal no funcionaba ya, pues estaba entorpecida por este tornillo que ve V. M. He apretado el tornillo, y ahora marcha perfectamente.

— Pero vas á quedarte ciego mirando allí dentro. Por todo el oro del mundo no metería mi cabeza en semejante avispero.

— Señor, no tenga V. M. cuidado. Yo soy quien desmonta, vuelve á montar y limpia ordinariamente el magnífico reloj que V. M. me regaló el día que cumplí catorce años.

— Sea, pero deja momentáneamente tu mecánica, si es que quieres hablarme.

— ¿ Yo, señor? dijo el joven avergonzado.

— Sin duda, puesto que me han mandado decir que me esperabas.

— Verdad es, señor, contestó el Delfín bajando los ojos.

— Y bien, ¿ qué me querías? Responde. Si nada tienes que decirme, me marcho á Marly.

Y ya Luis XV trataba de evadirse, según su costumbre.

El Delfín dejó su raspador y su rueda sobre un sillón, lo que indicaba que tenía efectivamente alguna cosa importante que decir al rey, puesto que interrumpía su interesante tarea.

— ¿ Necesitas dinero? preguntó vivamente el monarca. Si es eso, espera, voy á enviártelo.

Y Luis XV dió un paso más hacia la puerta.

— ¡ Oh! no, señor, contestó el joven Luis: tengo todavía mil escudos de mi pensión del mes.

— ¡ Qué económico! exclamó el rey; ¡ y qué bien me lo ha educado M. de Lavanguyón! En verdad, creo que le ha dado precisamente todas las virtudes de que yo carezco.

El joven príncipe hizo un esfuerzo violento sobre sí mismo.

— Señor, dijo, ¿ se halla todavía muy lejos la señora Delfina?

— ¿ No lo sabes tú lo mismo que yo?

— ¿ Yo? preguntó el Delfín con cierto embarazo.

— Sin duda; ayer nos leyeron el boletín del viaje; debía pasar el lunes último por Nancy, y ahora debe estar á cuarenta y cinco leguas de París poco más ó menos.

— Señor, ¿ no parece á V. M., continuó el Delfín, que la Delfina viene con demasiada lentitud?

— No, no, dijo Luis XV; me parece que viene muy de prisa, si tomamos en cuenta que es una señora, y que en todo el camino se le hacen festejos que la obligan á detenerse, y sin embargo, anda diez leguas cada dos días.

— Señor, eso es muy poco, dijo el Delfín tímidamente.

El rey Luis XV contemplaba lleno de asombro aquella impaciencia que no había sospechado.

— ¡ Hola! exclamó con cierta sonrisa burlona; parece que tienes prisa.

El Delfín se ruborizó mucho más de lo que estaba.

— Os aseguro, señor, murmuró, que no es el motivo que V. M. supone.

— Tanto peor; yo quisiera que fuera ese el motivo. ¡ Qué diablo! tú tienes 16 años; dicen que es muy linda la princesa; por consiguiente, ¿ qué extraño es

que estés impaciente? Pero tranquilízate, la Delfina llegará.

— Señor, ¿no se podrían abreviar un poco esas ceremonias en el camino? dijo el Delfín.

— Es imposible. Ella ha atravesado ya sin detenerse dos ó tres pueblos donde debía haber descansado.

— Entonces, ese viaje va á ser eterno. Y además, señor, creo una cosa, se aventuró el Delfín á decir tímidamente.

— ¿Qué crees? Veamos, habla.

— Creo que se hace mal el servicio, señor.

— ¿Cómo? ¿qué servicio?

— El servicio de viaje.

— ¿Cómo dices eso, cuando he enviado 30,000 caballos al camino, 30 coches, 60 furgones y no sé cuántos cajones, de modo que si se colocaran los cajones, los furgones, los coches y los caballos en una sola línea, habría para ocupar el camino desde París hasta Estrasburgo? ¿Cómo puedes creer que con todos esos recursos se hace mal el servicio?

— Pues bien, señor, á pesar de la bondad de V. M., casi tengo la certidumbre de lo que digo; acaso sólo he empleado un término impropio, y en lugar de decir que el servicio se hacía mal, hubiera debido decir que el servicio estaba mal organizado.

El rey levantó la cabeza al oír estas palabras, y fijó sus ojos en los del Delfín, pues comenzaba á comprender que se ocultaban muchas cosas en las pocas palabras que S. A. R. acababa de decir.

— Treinta mil caballos, repitió el rey, 30 coches, 60 furgones, dos regimientos empleados en este servicio!... Quiero que me diga, señor sabio, si se ha visto jamás entrar una Delfina en Francia con un cortejo semejante á este.

— Confieso, señor, que todo se ha dispuesto de una

manera regia, y como V. M. sabe hacer las cosas; pero ¿ha encargado bien V. M. que esos caballos, esos coches y todo ese material, en una palabra, se dediquen única y exclusivamente al servicio de la Delfina y de su comitiva?

El rey miró á Luis por tercera vez; una vaga sospecha acababa de atormentarle; un recuerdo casi imperceptible comenzaba á iluminar su espíritu, al mismo tiempo que notaba cierta analogía confusa entre lo que decía el Delfín y cierta cosa desagradable que acababa de experimentar.

— ¿Me gusta la pregunta! dijo el rey: ¿quién duda que todo eso es para la señora Delfina? He aquí por qué te digo que no puede menos de llegar pronto; ¿pero por qué me miras así? Vamos, añadió con tono firme y que al Delfín pareció amenazador, ¿te divierte acaso estudiar mis facciones como los resortes de tu mecánica?

El Delfín, que abría la boca para hablar, se calló repentinamente á este apóstrofe.

— Pues bien, exclamó el rey con viveza; me parece que no tienes nada que decirme, eh! estás contento, ¿no es verdad?... tu Delfina va á llegar pronto, su servicio se hace perfectamente, eres rico como Crespo, y con solo tu patrimonio, no puede apetecerse más. Ahora, pues, que nada te inquieta, hazme el favor de volverme á montar mi reloj.

El Delfín no se movió.

— ¿Sabes, dijo Luis XV riendo, que tengo tentaciones de darte el empleo de primer relojero de palacio? con sueldo correspondiente, se entiende.

El Delfín bajó la cabeza intimidado por la mirada del rey, y volvió á coger el raspador y la rueda que había dejado sobre el sillón.

Durante este tiempo Luis XV se dirigía pausadamente hacia la puerta.

— ¿Qué diablo querrá decir con su servicio mal hecho? decía el rey mirándole. Vamos, vamos, al fin conseguimos evadirnos de otra escena; se conoce que él está de muy mal humor.

En efecto, tan resignado comunmente, golpeaba con el pie el pavimento.

— Decididamente, murmuró Luis XV riendo, no me queda tiempo más que para huir!

Pero, abriéndose de pronto la puerta, halló en el umbral al señor de Choiseul profundamente inclinado.

## II

## La casa sin gobierno

Luis XV dió un paso atrás al ver tan inesperadamente al nuevo actor que acababa de mezclarse en la escena para impedir su salida.

— ¡ Ah! diablo! dijo para sí; no me acordaba de éste. Bien venido sea, él va á pagar por los demás. ¡ Hola! ¿ sois vos? exclamó. Os había mandado llamar, ¿ lo sabiais?

— Sí, señor, respondió francamente el ministro, y me estaba vistiendo para venir á ver á V. M. cuando recibí la orden.

— Bien. Tengo que hablaros de asuntos serios, comenzó á decir Luis XV frunciendo el ceño, á fin de intimidar, si era posible, á su ministro.

Desgraciadamente para el rey, el señor de Choiseul era uno de los hombres menos intimidables del reino.

— Y yo también, si place á V. M., respondió inclinandose, tengo que hablar de asuntos muy serios.

Al mismo tiempo dirigió una mirada al Delfín medio oculto detrás de su reloj.

El rey se quedó parado.

— También por este lado, dijo para sí; heme aquí cogido en el triángulo sin poder escaparme ahora.

— Debéis saber, se apresuró á decir el rey á fin de descargar el primer golpe sobre su antagonista, que

el pobre vizeconde Juan ha estado á punto de ser asesinado.

— Es decir, que ha recibido una estocada en el antebrazo. Venia á hablar de este suceso á V. M.

— Sí, comprendo, ¿ prevenís el rumor ?

— Me anticipo á los comentarios, señor.

— ¿ Luego conocéis ese asunto ? preguntó el rey con aire significativo.

— Perfectamente.

— ¡ Ah ! exclamó el rey, eso es lo que me han dicho en buen lugar.

El señor de Choiseul permaneció impasible.

El Delfín continuaba examinando una tuerca de bronce, pero, aunque con la cabeza inclinada, escuchaba sin perder una sola palabra de la conversacion.

— Ahora voy á deciros, replicó el rey, cómo ha pasado el suceso.

— ¿ Cree V. M. hallarse bien informado ? preguntó el señor de Choiseul.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso.....

— Escuchamos, señor.

— ¿ Escuchamos ? repitió el rey.

— Sin duda, monseñor el Delfín y yo.

— ¿ Monseñor el Delfín ? repitió el rey, cuyas miradas pasaron de Choiseul respetuoso á Luis Augusto atento : ¿ y qué tiene que ver el Delfín con esa refregá ?

— Es cosa que atañe á monseñor, continuó el señor de Choiseul haciendo un saludo dirigido al joven príncipe, porque se trata de la señora Delfina.

— De la señora Delfina ! exclamó el rey estremeciéndose.

— Sin duda ; ¿ ignorabais eso, señor ? En ese caso V. M. estaba mal informado.

— ¡ La señora Delfina y Juan Dubarry ! dijo el rey, esto va á ser curioso. Vamos, vamos, explicaos, señor

de Choiseul, y sobre todo no me ocultéis nada, aunque sea la Delfina la que ha herido á Dubarry.

— Señor, no ha sido la señora Delfina, contestó el señor de Choiseul siempre tranquilo, sino uno de los oficiales de su escolta.

— ¡ Ah ! exclamó el rey poniéndose serio, un oficial á quien conocéis, ¿ no es verdad, señor de Choiseul ?

— No, señor, sino un oficial que V. M. debe conocer, si V. M. se acuerda de todos sus buenos servidores : un oficial cuyo nombre, en la persona de su padre, ha resonado en Filipsburgo, en Fontenoy, en Mahón : un Taverney Casa-Roja.

El Delfín aspiró, al parecer, este nombre con el aire de la sala para conservarlo mejor en su memoria.

— ¡ Un Casa-Roja ! dijo Luis XV ; efectivamente conozco ese nombre. ¿ Y por qué se ha batido contra Juan, á quien amo ? ¿ Acaso porque le amo ?... rivalidades absurdas, principios de descontento, sediciones parciales.

— Señor, ¿ quiere V. M. escucharme ? dijo el señor de Choiseul.

Luis XV comprendió que no le quedaba otro medio de salir del atolladero que montando en cólera.

— Os digo, señor, que veo aquí un germen de conspiración contra mi tranquilidad, una persecución organizada contra mi familia.

— ¡ Ah ! señor, dijo el señor de Choiseul, ¿ merece por ventura semejantes reconvenções el joven valiente que defiende á la Delfina, nuera de V. M. ?

El Delfín se incorporó y cruzó los brazos.

— Yo, dijo, confieso que estoy agradecido á ese joven por haber expuesto su vida en favor de una princesa que dentro de quince días será mi esposa.

— ¡ Expuesto su vida, expuesto su vida ! balbuceó

el rey; ¿ por qué causa? es menester saberlo, por qué causa?

— Porque el vizconde Juan Dubarry, que viajaba con demasiada celeridad, quiso apoderarse de los caballos de la señora Delfina en la casa de postas donde debía mudar de tiro; y esto sin duda para ir mucho más de prisa.

El rey se mordió los labios y mudó de color, entreviendo como una fantasma amenazadora la analogía que poco antes le inquietaba.

— No es posible; sé el hecho, vos estáis mal informado, duque, murmuró Luis XV para ganar tiempo.

— No, señor, no estoy mal informado, y lo que tengo el honor de decir á V. M. es la pura verdad. Sí, el vizconde Juan Dubarry ha hecho á la Delfina el insulto de tomar para sí los caballos destinados á su servicio, y ya se los llevaba á la fuerza, después de haber maltratado al maestro de postas, cuando el caballero Felipe de Taverney llegó enviado por S. A. R., y después de muchas intimaciones atentas y conciliadoras.....

— ¡ Oh! oh! gruñó el rey.

— Y después de muchas intimaciones atentas y conciliadoras, lo repito, señor.

— Sí, y yo respondo de ello, dijo el Delfin.

— ¿ Sabéis también eso? dijo el rey lleno de asombro.

— Perfectamente, señor.

El señor de Choiseul, contento con su triunfo, hizo una reverencia.

— ¿ Quiere continuar S. A., dijo, pues S. M. dará sin duda más crédito á la palabra de su augusto hijo que á la mía?

— Sí, señor, continuó el Delfin, aunque sin manifestar al calor que el señor de Choiseul había empleado

en defender á la archiduquesa toda la gratitud que el ministro tenía derecho á esperar de él.

— Sí, señor, sabía eso, y venía para decir á V. M. que no solamente el señor Dubarry ha insultado á la señora Delfina entorpeciendo su servicio, sino también oponiéndose violentamente á un oficial de mi regimiento que cumplía con su deber reprendiéndole por aquella falta de respeto.

El rey meneó la cabeza y dijo:

— Es menester saber, es menester saber.

— Yo sé, señor, añadió dulcemente el Delfin, sin que me quepa la menor duda, que el señor Dubarry ha echado mano á la espada.

— ¿ El primero? preguntó Luis XV, contento porque se le presentaba esta probabilidad de igualar la lucha.

El Delfin se ruborizó y miró al señor de Choiseul, que viéndole embarazado se apresuró á correr en su auxilio.

— En fin, señor, dijo, han cruzado sus espadas dos hombres, de los cuales uno insultaba y otro defendía á la Delfina.

— Sí, ¿ pero cuál ha sido el agresor? preguntó el rey. Conozco á Juan: es manso como un cordero.

— El agresor, según tengo entendido, es el mismo que ha hecho el insulto, dijo el Delfin con su moderación acostumbrada.

— Esa es cosa delicada, dijo Luis XV, ¿ el agresor es el mismo que ha hecho el insulto!... ¿ y si á pesar de eso el oficial ha sido insolente?

— ¡ Insolente, exclamó el señor de Choiseul, insolente contra un hombre que quería llevarse á viva fuerza los caballos destinados á la Delfina! ¿ Es posible, señor?

El Delfin no dijo nada, pero se puso pálido.

Luis XV vió aquellas dos actitudes hostiles.

— Vivo quiero decir, añadió como para enmendar lo que antes había dicho.

— Y por otra parte, añadió el señor de Choiseul, aprovechando aquel paso de retirada para dar un paso adelante, bien sabe V. M. que un servidor celoso no puede insultar ni ofender á nadie.

— ¿Pero cómo habéis sabido ese suceso? preguntó el rey al Delfín sin perder de vista al señor de Choiseul, á quien aquella brusca interpelación disgustó tanto que pudo notarse su turbación á pesar del gran esfuerzo que hizo para ocultarla.

— Por medio de una carta, señor, dijo el Delfín.

— ¡Una carta! ¿de quién?

— De una persona que se interesa por la señora Delfina, y que probablemente considera muy extraño que se la ofenda.

— ¡Ea! exclamó el rey, todavía misterios, correspondencias secretas, complós! He ahí que principian de nuevo á entenderse para atormentarme como en tiempo de madama Pompadour.

— No es así, señor, replicó el señor de Choiseul; el asunto no puede ser más sencillo, se trata de un delito de lesa Majestad, cometido en la persona de la Delfina. Aplíquese un buen castigo al culpable, y todo estará acabado.

Al oír Luis XV la palabra castigo, vió levantarse á la condesa furibunda y á Chon arisca: vió volar la paz doméstica, cosa que había buscado durante toda su vida, sin hallarla jamás, y entrar la guerra intestina con sus uñas corvas y sus ojos encendidos é hinchados de lágrimas.

— ¡Un castigo, exclamó, sin haber oído á las partes, sin poder apreciar de qué lado está el mejor derecho! Un golpe de Estado, una orden!... ¡Oh! qué

hermosa proposición me habéis hecho, señor duque! ¡en qué hermoso negocio queréis meterme!

— Pero, señor, ¿quién respetará ya á la señora Delfina, si no se hace un ejemplar severo en la persona del primero que la ha insultado?.....!

— Sin duda, dijo el Delfín, y eso sería un escándalo, señor.

— ¡Un ejemplar, un escándalo! dijo el rey. ¡Oh! ¡pardiez! Haced, pues, un ejemplar por cada escándalo que se reproduce á nuestro alrededor, y pasará mi vida firmando cartas-órdenes; á Dios gracias, no son pocas las que firmo!

— Es preciso, señor, dijo el señor de Choiseul.

— Señor, suplico á V. M... dijo el Delfín.

— ¡Cómo! ¿todavía no os parece bastante castigado con la estocada que ha recibido?

— No, señor, porque podía herir al señor de Taverney.

— ¿Y en ese caso, qué hubierais pedido?

— Os hubiera pedido su cabeza.

— No se ha hecho tanto con el señor de Montgomery por haber matado al rey Enrique II, dijo Luis XV.

— Sí, pero el señor de Montgomery mató al rey casualmente, y el señor Juan Dubarry ha insultado á la Delfina con voluntad de insultarla.

— ¿Y vos, señor, dijo Luis XV volviéndose hacia el Delfín, pedis también la cabeza de Juan?

— No, señor, no estoy por la pena de muerte; V. M. lo sabe, añadió dulcemente el Delfín, y por tanto me limito á pedir os su destierro.

El rey tembló.

— ¡El destierro por una disputa de posada! Luis, sois demasiado severo, á pesar de vuestras ideas filan-

trópicas. Verdad es que sois más matemático que filantrópico, y un matemático.....

— Díguese V. M. acabar.....

— Y un matemático sacrificaría el universo á sus números.

— Señor, dijo el Delfin, yo no aborrezco al señor de Dubarry personalmente.

— ¿Pues á quién aborrecéis?

— Al agresor de la señora Delfina.

— ¡ Sois un modelo de maridos! exclamó el rey irónicamente. Por fortuna no me engañan con facilidad. Veo á quién atacan aquí, y veo sobre todó hasta dónde quieren llevarme con todas esas exageraciones.

— Señor, dijo el señor de Choiseul, no creáis que se exagera, el público está verdaderamente indignado de tanta insolencia.

— ¡ El público! otro monstruo que os formáis ó más bien que me formáis. ¡ El público! ¿ por ventura le doy oídos cuando me dice por las mil bocas de los libelistas y de los folletistas, de los cancioneros y de los sediciosos, que me están robando, que se moran de mí, que me venden? ¡ Oh! ¡ Dios mío! Yo le dejo decir y me río. Haced lo que yo, ¡ pardiez! cerrad los oídos, y cuando vuestro público esté cansado de gritar, cesará de chillar. — ¡ Ea! ea! ya me hacéis vuestro saludo de descontento; mirad á Luis que me hace su gesto de enfado. ¡ En verdad, es cosa particular! que no pueda yo disfrutar lo que disfruta el último de mis súbditos! que no me han de dejar vivir á mi gusto! que han de aborrecer sin cesar lo que yo amo, y amar eternamente lo que aborrezco! ¿ Soy prudente ó loco? ¿ Soy ó no soy el soberano?

El Delfin volvió á coger su raspador y se entregó nuevamente á su tarea.

El señor de Choiseul se inclinó de la misma suerte que la vez primera.

— ¡ Bueno! no se me contesta. Pero responded alguna cosa; voto á cribas! ¿ Queréis matarme de pesar con vuestras proposiciones y con vuestro silencio, con vuestros mezquinos odios y ridículos temores?

— Yo no aborrezco al señor Dubarry, señor, dijo el Delfin sonriendo.

— Y yo, señor, no le temo, dijo con altivez el señor de Choiseul.

— Veo que tenéis malas intenciones, exclamó el rey aparentado furor cuando sólo experimentaba despecho; ¿ queréis hacerme la fábula de Europa, exponerme á la burla de mi primo el rey de Prusia; en una palabra, que realice la casa sin gobierno de ese bribón de Voltaire? Pues bien; no lo haré, no, no tendréis ese gusto. Comprendo mi honor á mi manera y lo guardaré á mi manera.

— Señor, dijo el Delfin con su inagotable dulzura, pero con su eterna constancia, pido perdón á V. M.; no se trata de su honor, sino de la dignidad de la señora Delfina que ha sido insultada.

— Monseñor tiene razón, señor; una sola palabra de V. M., y nadie volverá á empezar.

— ¿ Y quién había de volver á empezar si no ha comenzado? Juan es un tonto, pero no es un malvado.

— Sea, dijo el señor de Choiseul, achaquémoslo á tontería, y que él se disculpe como pueda de su tontería con el señor de Taverney.

— Ya os he dicho, exclamó Luis XV, que nada de eso me concierne; que Juan dé sus disculpas, es muy dueño de darlas, ó que no las dé, si así le place: tiene también libertad para hacerlo.

— El negocio abandonado de esa suerte á sí mismo

hará ruido, señor, dijo el señor de Choiseul: tengo el honor de decirselo con tiempo á V. M.

— Tanto mejor, exclamó el rey; por mucho que sea el ruido que se haga permaneceré sordo, para no oír todas vuestras necesidades.

— ¿Conque me autoriza V. M., respondió el señor de Choiseul con su implacable serenidad, para que publique que da la razón al señor de Dubarry?

— ¡Yo! exclamó Luis XV, yo ¡dar la razón á nadie en un asunto negro como la tinta! decididamente lo que se quiere es arrastrarme al último extremo; ¡oh! guardaos bien, señor duque... Luis, os prevengo por vos mismo, que seáis más comedido conmigo en adelante.... os dejo pensar en lo que os digo, porque estoy ya cansado, desesperado y no puedo más. Adiós, señores, voy á ver á mis hijas, voy á marcharme á Marly, donde tal vez gozaré alguna tranquilidad, si es que no me seguís allá también.

En este momento, y cuando el rey se dirigió hacia la puerta, se abrió ésta y se presentó un ujier en el umbral.

— Señor, dijo, S. A. R. madama Luisa espera en la galería para despedirse de V. M.

— ¡Para despedirse de mí! exclamó Luis XV azorado: ¿y adónde va?

— S. A. dice que V. M. le ha dado permiso para dejar el palacio.

— ¡Vamos, otro acontecimiento! He ahí á mi santurrona que hace de las suyas! ¡En verdad que soy el más desgraciado de los hombres! dijo, y salió corriendo.

— S. M. nos deja sin respuesta, dijo el duque al Delfín; ¿qué dice V. A. R.?

— ¡Ah! ya suena, exclamó el joven príncipe escu-

chando con una alegría fingida ó verdadera las ondulaciones de su reloj puesto en movimiento.

El ministro frunció el entrecejo, y salió hacia atrás de la sala de los relojes, donde el Delfín quedó solo.



## Madama Luisa de Francia

La hija mayor del rey aguardaba á su padre en la gran galería de Lebrun, la misma en que Luis XIV habia recibido en 1683 al dux imperial y á los cuatro senadores genoveses que venían á implorar el perdón por la república.

Al extremo de aquella galería, opuesto al otro por donde debía entrar el rey, hallábanse dos ó tres damas de honor que parecían consternadas.

Luis XV llegó en el momento en que comenzaban á formarse grupos en el vestíbulo, porque la resolución que parecia haber tomado la princesa en aquella misma mañana, comenzaba á saberse por palacio.

Madama Luisa de Francia, princesa de un talle majestuoso, y de una hermosura enteramente regia, pero cuya pura frente se arrugaba á veces por una tristeza desconocida; Madama Luisa, decimos, imponía á toda la corte con la práctica de las más austeras virtudes ese respeto hacia los grandes poderes del Estado que hacía cincuenta años no se sabían ya venerar en Francia sino por interés ó por temor.

Habia aun más: en aquel momento de desafecto general del pueblo hacia sus soberanos (aun no se decía por lo bajo hacia sus tiranos) la amaban, porque su virtud no era desdeñosa; aunque jamás se había hablado de ella altamente, se recordaba que tenía un

corazón, y lo acreditaba todos los días con beneficios, mientras que los demás lo mostraban solamente por medio del escándalo.

Luis XV temía á su hija, únicamente porque la estimaba, y hasta se enorgullecía de ello algunas veces. Así es que era la única entre sus hijas con quien no usaba de sus burlas picantes ó de sus familiaridades triviales, y mientras que llamaba á las otras tres hijas (Adelaida, Victoria y Sofía) Pingajo, Tiritaña, Corneja, á ella la llamaba Madama Luisa de Francia.

Desde que el mariscal de Sajonia habia llevado al sepulero el alma de los Turenas y los Condés, María Leczinska, el espíritu de conducta de la reina María Teresa, todo se hacía pequeño al rededor del trono rebajado: entonces Madama Luisa, de un carácter verdaderamente real y que, comparativamente, parecia heroico, hacia el orgullo de la corona de Francia, que sólo poseía aquella perla fina en medio de su oropel y sus piedras falsas.

No queremos decir por esto que Luis XV amase á su hija, pues, como es sabido, á nadie amaba más que á sí. Solamente afirmamos que la estimaba más que á las otras.

Al entrar, vió á la princesa sola en medio de la galería, apoyada contra una mesa incrustada de jaspe rojizo y de lapislázuli.

Estaba vestida de negro, sus hermosos cabellos sin polvos estaban ocultos bajo el doble encaje, y su frente, menos severa que de ordinario, estaba tal vez más triste. No miraba á nada en torno suyo, sólo que algunas veces pasaba su melancólica vista por los retratos de los reyes de Europa, á cuya cabeza brillaban los de Francia, sus antepasados.

El traje negro era el que llevaban las princesas en los viajes ordinarios, tenía holgados bolsillos, que aun

se estilaban en aquella época, como en tiempo de las reinas hacendosas, y madama Luisa, siguiendo su ejemplo, traía en su cintura atadas á un aullido de oro las numerosas llaves de sus cofres y armarios.

El rey quedó muy pensativo al ver el silencio, y particularmente la atención con que se miraba el resultado de aquella escena.

Pero era tan larga la galería que, colocados los espectadores en los extremos, no podían ser indiscretos con los actores: veían, tal era su derecho, y no oían, tal era su deber.

La princesa dió algunos pasos al encuentro del rey y le tomó la mano que besó con respeto.

— ¡ Dicen que estáis de viaje! ¿ Vais á la Picardia? la preguntó Luis XV.

— No, señor, respondió la princesa.

— Entonces ya adivino, dijo el rey alzando la voz: vais en peregrinación á Noirmontiers.

— No, señor, respondió madama Luisa, me retiro al convento de las Carmelitas de San Dionisio, del que, como sabéis, puedo ser abadesa.

El rey se estremeció, pero, á pesar de que su corazón quedó verdaderamente turbado, su semblante permaneció sereno.

— ¡ Oh, no! no, hija mía, le dijo, no me dejaréis, ¿ no es verdad? Es imposible que me dejéis.

— Padre mío, hace largo tiempo que he resuelto mi retiro á ese convento, y V. M. se ha dignado autorizarlo; así os suplico que no os opongáis, padre mío.

— Sí, cierto es que he dado esa autorización; pero ya sabéis que la di después de haber combatido largo tiempo. La he dado porque esperaba siempre que en el momento de partir os faltaría el ánimo. Vos no podéis sepultaros en un claustro; esas son costumbres olvidadas; no se entra en el convento sino por causa

de pesares ó por falta de fortuna. La hija del rey de Francia no es pobre, que yo sepa, y si es desgraciada, nadie debe verla.

Las palabras y el pensamiento del rey se iban elevando á medida que se internaba en ese papel de rey y de padre que jamás representa mal el actor á quien el orgullo aconseja el uno, y el pesar inspira el otro.

— Señor, respondió Luisa, que notaba la emoción de su padre, y á quien esa emoción, tan rara en el egoísta Luis XV, enternecía más profundamente de lo que quería manifestar, señor, no debilitéis mi alma manifestándome vuestra ternura. Mi pesar no es un pesar vulgar, y he ahí porque mi resolución no está ya en las costumbres de nuestro siglo.

— ¡ Luego tenéis pesares? exclamó el rey con la mayor sensibilidad. ¡ Pesares tú, pobre criatura!

— ¡ Y crueles, inmensos, señor! respondió madama Luisa.

— ¡ Eh! ¿ qué es lo que me decís, hija mía?

— Porque son pesares que una mano humana no puede curar.

— ¿ Ni aun la del rey?

— Ni aun la del rey, señor.

— ¿ Ni aun la de un padre?

— Tampoco, señor, tampoco.

— Sin embargo sois religiosa, Luisa, y sacáis fuerzas de la religión.

— No bastantes aun, señor, y me retiro á un claustro para hallar más. En el silencio, Dios habla al corazón del hombre; en la soledad el hombre habla al corazón de Dios.

— Pero hacéis al Señor un sacrificio enorme que por nada será recompensado. El trono de Francia derrama una sombra augusta sobre los hijos que crecen en torno suyo, ¿ no os gusta esa sombra?

— La de la soledad es todavía más profunda, padre mío; refrigera el corazón, es dulce á los fuertes como á los débiles, á los humildes como á los soberbios, á los grandes como á los pequeños.

— ¿Creéis acaso que corréis algún peligro? En ese caso, aquí tenéis al rey para protegeros.

— ¡Señor, quiera Dios proteger primero al rey!

— Os lo repito, Luisa, os dejáis extraviar por un celo mal entendido. La oración es muy buena, pero no si es perpetua. Vos que sois tan buena, tan piadosa, ¿qué necesidad tenéis de orar tanto?

— Jamás oraré bastante, ¡oh, padre mío! Jamás oraré bastante, ¡oh, rey mío! para alejar las desgracias que van á caer sobre nosotros. Esa bondad que Dios me ha dado, esa pureza, que hace veinte años no ceso de esforzarme en acrisolar, temo que no llenan aun la medida de candor é inocencia que necesitaría la víctima expiatoria.

El rey retrocedió un paso, y mirando á madama Luisa con asombro:

— Nunca me habéis hablado así, le dijo. ¡Os extrañáis, querida hija mía! El ascetismo os pierde.

— ¡Oh, señor! no deis ese nombre mundano á la adhesión más sincera, y sobre todo más necesaria que jamás vasalla haya ofrecido á su rey, ni hija á su padre en una urgente necesidad. Señor, vuestro trono, cuya sombra protectora me ofrecéis con orgullo en este momento, vuestro trono se conmueve bajo golpes que vos no sentís aún, pero que yo adivino ya. Se está abriendo sordamente como un abismo profundo, en que de súbito puede sepultarse la monarquía. ¿Os han dicho nunca la verdad, señor?

Madama Luisa miró en torno suyo para ver si había alguno que pudiese oírla, y viendo que todos estaban á bastante distancia, continuó:

— ¡Pues bien! Yo lo sé; yo, que bajo el hábito de una hermana de la Misericordia he visitado veinte veces las sombrías calles, las bohardillas famélicas, las encrucijadas llenas de gemidos. Y bien; en esas calles, en esas bohardillas, en esas encrucijadas, señor, se mueren de hambre y de frío en el invierno, de sed y de calor en el verano. Las campiñas, que vos no veis, señor, porque vos sólo vais de Versalles á Marly y de Marly á Versalles, las campiñas no tienen ya granos, no diré para alimentar á los pueblos, sino para sembrar las tierras, que, maldecidas no sé por qué poder enemigo, devoran y no dan fruto. Todas esas gentes que carecen de pan, rugen sordamente, porque rumores vagos y desconocidos pasan por el aire, en el crepúsculo, por la noche, que les hablan de grillos, de cadenas, de tiranías, y á esas palabras se despiertan, cesan de quejarse y comienzan á rugir.

Por su parte, los Parlamentos piden el derecho de representación, es decir, el derecho de deciros en alta voz lo que dicen en voz baja: « ¡Rey, tú nos pierdes! ¡Sálvanos, ó nos salvamos nosotros solos! » Los militares horadan con su inútil espada una tierra en que germina la libertad que los enciclopedistas han sembrado á manos llenas. Los escritores, ¿cómo se ha hecho eso, sino porque los ojos de los hombres comienzan á ver cosas que no veían? los escritores saben el mal que hacemos al mismo tiempo que lo hacemos, y se lo hacen saber al pueblo, el cual frunce ahora el ceño cada vez que ve pasar á sus dueños. ¡V. M. casa á su hijo! En otro tiempo, cuando la reina Maria de Austria casó el suyo, la ciudad de París hizo regalos á la princesa Maria Teresa. Hoy, al contrario, no sólo calla la ciudad, no sólo no ofrece nada, sino que V. M. ha tenido que forzar los impuestos para pagar las carrozas con que se conduce á una hija de César á la

casa de un hijo de san Luis. El clero hace largo tiempo que está habituado á no rogar más á Dios, pero sabe que las tierras están dadas, los privilegios agotados, las arcas vacías, y se pone á rogar á Dios por lo que él llama felicidad del pueblo! En fin, señor, ¿necesito deciros lo que vos sabéis bien, lo que vos habéis visto con tanta amargura que á nadie habéis hablado de ello? Los reyes, nuestros hermanos, que en otro tiempo nos cortejaban, los reyes nuestros hermanos se desvían de nosotros. Vuestras cuatro hijas, señor, ¿las hijas del rey de Francia! vuestras cuatro hijas no se han casado, y hay veinte príncipes en Alemania, tres en Inglaterra, diez y seis en los Estados del Norte, sin contar nuestros parientes los Borbones de España y de Nápoles, que nos olvidan ó se desvían de nosotros como los demás. ¿Puede ser que el Turco nos hubiera querido, á no haber sido las hijas del rey cristianísimo! ¿Oh! yo no hablo por mí, padre mío, yo no me quejo; yo me hallo en un estado dichoso, puesto que soy libre, puesto que á ninguno de mi familia soy necesaria, puesto que en el retiro, en la soledad, en la meditación, en la pobreza, podré pedir á Dios que aleje de vuestra cabeza y de la de mi sobrino esa espantosa nube que oigo rugir allá bajo en el cielo del porvenir.

— ¿Hija mía, querida hija! dijo el rey. Los temores te pintan ese porvenir peor de lo que es!

— ¿Señor, señor, dijo madama Luisa, acordaos de aquella princesa antigua, de aquella profetisa real, que, como yo, predecía á su padre y á sus hermanos la guerra, la destrucción y el incendio! Su padre y sus hermanos se reían de sus predicciones que llamaban insensatas. No me tratéis como á ella. ¿Tened cuidado, padre mío! reflexionad, rey mío!

Luis XV cruzó los brazos y dejó caer su cabeza sobre el pecho.

— Hija mía, dijo, me habláis con severidad. ¿Son obra mía esas desgracias de que me habláis?

— No quiera Dios que yo lo crea; pero son del tiempo en que vivimos. Vos sois arrastrado como nosotros todos. Escuchad, señor, cómo aplauden en los teatros á la menor alusión contra la soberanía; ved, por la noche, á los grupos gozosos bajar con gran ruido las pequeñas escaleras de los entresuelos, cuando la grande escalera de mármol está desierta y sombría. Señor, el pueblo y los cortesanos se han formado placeres aparte de los nuestros; se divierten sin nosotros, nosotros los entristecemos. ¡Ay! continuó la princesa con adorable melancolía. ¡Ay! pobres jóvenes hermanos! ¡pobres encantadoras mujeres! ¡amad! ¡cantad! ¡olvidad! ¡sed felices! Yo os mortificaba aquí, mientras que allá en el convento os podré servir. Aquí, ahogabais vuestras alegres risas por no desagradarme; allá, yo oraré, ¡oh! yo oraré con todo mi corazón, por el rey, por mis hermanas, por mis sobrinos, por el pueblo de Francia, por vosotros, en fin, á quienes amo con la energía de mi corazón al que ninguna pasión ha fatigado aún.

— ¿Hija mía, dijo el rey después de un sombrío silencio, os lo suplico, no me dejéis, á lo menos en este momento! Acabáis de despedazar mi corazón.

Luisa de Francia tomó la mano de su padre, y fijando amorosamente sus ojos en la noble fisonomía de Luis XV:

— No, le dijo, no, padre mío; ni una sola hora más en este palacio. No, no; es tiempo de que yo ore. Yo me siento con fuerzas para redimir con mis lágrimas todos los placeres á que vos aspiráis, vos, joven aun, vos que sois un buen padre y que sabéis perdonar.

— ¿Quédate con nosotros, Luisa, quédate con nos-

otros! dijo el rey estrechando á su hija en sus brazos. La princesa meneó la cabeza.

— Mi reino no es de este mundo, dijo tristemente desprendiéndose de los brazos de su padre. ¡Adiós, padre mío! Os he dicho hoy cosas que hacía diez años oprimían mi corazón. Su peso me ahogaba. ¡Adiós! Estoy contenta. Ved cómo sonrío; soy feliz desde hoy solamente. Nada echo de menos.

— ¡Ni aun á mí, hija mía?

— ¡Oh! os echaría de menos si no debiera volver á veros; pero ya iréis algunas veces á San Dionisio; no me olvidaréis del todo.

— ¡Oh, jamás, jamás!

— No os enternezéis, señor. No hagamos creer que esta separación ha de ser duradera. Mis hermanas no saben aun nada, á lo menos así lo creo; sólo mis criados están en el secreto. Hace ocho días que estoy haciendo todos mis preparativos, y deseo con ardor que el rumor de mi partida sólo resuene después del de las pesadas puertas de San Dionisio. Este último me impedirá oír el primero.

El rey leyó en los ojos de su hija que su resolución era irrevocable. Además, prefería que partiese sin ruido, pues si madama Luisa temía la explosión de sus sollozos por su resolución, el rey la temía aun mucho más por sus nervios. Agréguese á esto que quería ir á Marly, y demasiado dolor en Versalles, necesariamente habría hecho suspender el viaje.

En fin, pensaba en que no volvería á encontrar, al salir de alguna orgía, indigna á la vez del padre y del rey, aquella cara grave y triste que le parecía una censura de la indolente y perezosa existencia que él llevaba.

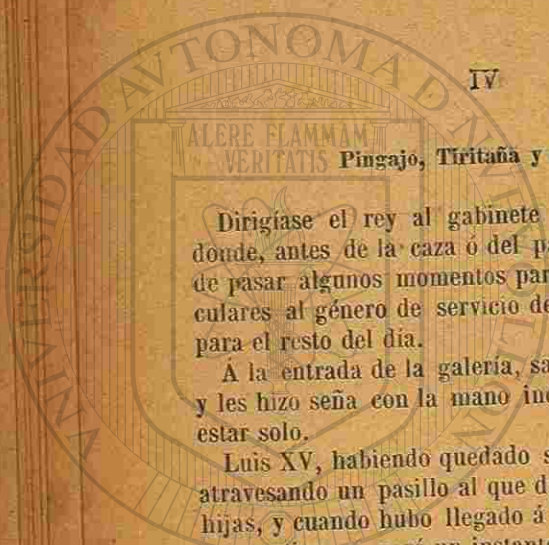
— Hágase, pues, como tú lo quieres, hija mía, le

dijo; y recibe la bendición de tu padre, á quien siempre has hecho perfectamente feliz.

— Dejadme solamente besar vuestra mano, señor, y dadme mentalmente esa preciosa bendición.

Para los que estaban instruidos en su resolución, era un espectáculo grande y solemne el de aquella noble princesa que, á cada paso que daba, se aproximaba más á sus antepasados, los cuales desde el fondo de sus marcos de oro, parecían darle gracias de que, estando viva, fuese á hallarlos en sus sepulcros.

Á la puerta, el rey saludó á su hija, y volvió á marchar sin decir una palabra. La corte le siguió según la etiqueta.



Pingajo, Tiritaña y Corneja

Dirigíase el rey al gabinete de los Equipajes, en donde, antes de la caza ó del paseo, tenía costumbre de pasar algunos momentos para dar órdenes particulares al género de servicio de que habia menester para el resto del día.

A la entrada de la galería, saludó á los cortesanos y les hizo seña con la mano indicándoles que quería estar solo.

Luis XV, habiendo quedado solo, siguió su camino atravesando un pasillo al que daba el aposento de sus hijas, y cuando hubo llegado á la puerta, cerrada por una cortina, se paró un instante y sacudió la cabeza.

— No habia aquí más que una buena, dijo entre dientes, y acaba de marchar.

Una voz respondió á ese axioma asaz descortés para las que quedaban. Levantóse la cortina, y Luis XV fué saludado por estas palabras que le dirigió en coro un trío furioso:

— ¡ Mil gracias, padre mío !

El rey se hallaba en medio de las tres hijas.

— ¡ Ah ! ¿ eres tú, Pingajo ? dijo dirigiéndose á la mayor de las tres, esto es á madama Adelaida. ¡ Tanto peor ! que te enfades ó no, no he dicho más que la verdad.

— ¡ Oh ! dijo madama Victoria. Nada nuevo me

habéis dicho, señor, pues bien sabemos que siempre habéis dado la preferencia á Luisa.

— ¡ Á fe mía que acabas de decir una solemne verdad, Tiritaña !

— ¿ Y por qué dar la preferencia á Luisa ? preguntó con tono acre madama Sofia.

— Porque Luisa no me atormenta, respondió con aquella ingenuidad de que tan perfecto tipo ofrecía Luis XV en sus momentos de egoísmo.

— ¡ Oh, ya os atormentará, no tengáis cuidado, padre mío ! dijo madama Sofia con un tono de acritud que llamó de un modo particular la atención del rey.

— ¿ Qué sabes tú de eso, Corneja ? replicó el rey. ¿ Acaso te ha hecho Luisa sus confianzas al marchar ? Mucho lo extrañaría, porque no te quiere mucho.

— Á fe mía que en ese caso le correspondo bien, respondió madama Sofia.

— ¡ Muy bien ! dijo Luis XV ; aborreceos, detestaos, desollaos, todo eso es cosa vuestra ; con tal que no me incomodéis para restablecer la paz en el reino de las amazonas, me es igual. Pero deseo saber en qué debe atormentarme la pobre Luisa.

— ¡ La pobre Luisa ! dijeron á una voz madama Victoria y madama Adelaida, prolongando los labios de dos modos distintos.

— ¿ En qué debe atormentaros ? Pues bien, padre mío, voy á deciroslo.

Luis se arrellanó en un gran sillón que estaba detrás de la puerta, de suerte que le quedaba fácil la retirada en todo evento.

— Porque madama Luisa, respondió Sofia, está algo atormentada por el demonio que agitaba á la abadesa de Chelles, y se retira al convento para hacer experimentos.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo Luis XV, os ruego que

dejemos los equívocos sobre la virtud de vuestra hermana, porque nunca se ha dicho nada afuera, en donde tantas cosas se dicen. No comencéis vos.

— ¿Yo?

— Sí, vos.

— ¡Oh! y no hablo de su virtud, respondió madama Sofia muy ofendida de la acentuación particular dada por su padre á la palabra *vos*, y de su afectada repetición. Digo que hará experimentos, y nada más.

— ¡Y bien! aunque se ocupase en la química, aun cuando hiciese armas y rodajas de sillones, aunque tocase la flauta y el tamboril, aun cuando despedazase claves, y cencerrease el violín, ¿qué tiene eso de malo?

— Digo que va á politiquear.

Luis XV se estremeció.

— Á estudiar la filosofía, la teología y continuar los comentarios sobre la bula *Unigenitus*, de suerte que cogidas entre sus teorías gubernamentales, sus sistemas metafísicos y su teología, nosotras pareceremos las inútiles de la familia.

— Si eso lleva á vuestra hermana al Paraíso, ¿qué mal veis en ello? replicó Luis XV, sin que dejase de chocarle bastante la relación que había entre la acusación de Corneja y la diatriba política con que madama Luisa había animado su salida. ¿Tenéis envidia á su beatitud? Eso sería propio de muy malas cristianas.

— Á fe mía que no, respondió Victoria; la dejo ir á donde va, sólo que no la sigo.

— Ni yo tampoco, dijo madama Adelaida.

— Ni tampoco yo, añadió madama Sofia.

— Por otra parte, ella nos detestaba, dijo madama Victoria.

— ¿Á vosotras? preguntó Luis XV.

— Sí, á nosotras, á nosotras, respondieron las otras dos hermanas.

— Ya veréis, dijo Luis XV, como la pobre Luisa no ha elegido el Paraíso sino para no encontrarse con su familia.

Esta salida hizo reír mucho á las tres hermanas. Madama Adelaida, la mayor de las tres, reunía toda su lógica para descargar al rey un golpe más acerado que los que acababan de resbalar sobre su coraza.

— Madamas, dijo con un tono mordaz que le era peculiar cuando salía de aquella indolencia que le había sugerido á su padre el nombre de Pingajo, no habéis hablado ó no habéis osado decir al rey la verdadera razón de la marcha de madama Luisa.

— ¡Vamos, otra tenemos! ¡Otra calumnia aún! repuso el rey. Vamos, dejemos eso, Pingajo.

— ¡Oh! señor, replicó ésta, demasiado sé que esto os incomoda quizás algo.

— Decid qué lo esperáis, y será más exacto.

Madama Adelaida se mordió los labios.

— Pero, añadió ésta, diré la verdad.

— ¡Bueno! ya escampa! ¡La verdad! Curaos de decir esas cosas. ¿Acaso digo yo nunca la verdad? Y sin embargo, no por eso tengo peor salud, á Dios gracias.

Y Luis XV se encogió de hombros.

— Vamos, hablad, hermana, hablad, dijeron á porfía las otras dos princesas, impacientes de saber la razón que tanto debía incomodar al rey.

— ¡Lindos corazoncitos! dijo entre dientes Luis XV. ¡Vean cómo aman á su padre!

Y se consoló pensando en que les pagaba bien.

— Lo que nuestra hermana Luisa más temía en el mundo, continuó madama Adelaida, ella, que tanto gustaba de la etiqueta, era....

— ¿Era?... repitió Luis XV. Á lo menos acabad, ya que habéis comenzado.

— Y bien, señor; era la intrusión de caras nuevas.

— ¡La intrusión habéis dicho! repitió el rey disgustado de este principio, porque preveía á dónde se encaminaba, ¡la intrusión! ¿Acaso hay intrusos en mi casa? ¿Se me fuerza por ventura á recibir á los que no quiero?

Este era un medio bastante diestro de cambiar absolutamente el sentido de la conversación.

Pero madama Adelaida era un sabueso de malicia demasiado fino para que así le hiciese perder el rastro cuando habia cogido el de alguna buena picardía.

— He dicho mal, señor, repuso, he dicho mal, pues no es la palabra propia. En lugar de intrusión he debido decir introducción.....

— Y sin embargo, señor, continuó madama Victoria, creo que todavía no es la palabra exacta.

— ¿Pues cuál es? Veamos.

— Presentación.

— ¡Ah, sí! dijeron las otras dos hermanas reuniéndose á la mayor, creo que ahora has acertado.

El rey se mordió los labios.

— ¿Conque lo creéis? preguntó el rey.

— Sí, respondió madama Adelaida. Digo, pues, que mi hermana temía mucho las nuevas presentaciones.

— ¡Y bien! exclamó el rey que deseaba poner término á la conversación. ¿Después?

— Y bien, padre mio; después habrá tenido miedo de ver llegar á la corte á la condesa Dubarry.

— ¡Acabáramos, pues! exclamó el rey con unas muestras de despecho irresistible. ¡Acabáramos! Decid lo que tengáis que decir sin tantos rodeos. ¡Caramba, cómo nos abrumáis, madama Verdad!

— Señor, respondió madama Adelaida, si he tar-

dado tanto en decir á V. M. lo que acabo de decir, es porque me ha contenido el respeto, y porque sólo su orden podía hacerme abrir la boca sobre semejante materia.

— ¡Ah, sin duda! ¡porque tenéis cerrada vuestra boca; porque no hostezáis, porque no habláis, porque no mordéis!.....

— Pero no es menos cierto, señor, continuó madama Adelaida, que creo haber dado con el verdadero motivo del retiro de mi hermana.

— Pues os digo que os equivocáis.

— ¡Oh, señor! repitieron á un tiempo meneando la cabeza de alto abajo madama Victoria y madama Sofia, estamos muy seguras.

— ¡Oiga! interrumpió Luis XV, ni más ni menos que un padre de Moliere. Veo que son de la misma opinión. Al parecer tengo la conspiración en mi familia. Y esa es la razón porque madamas no están en casa cuando las quieren visitar. Por eso no responden á los memoriales ni á las peticiones de audiencia.

— ¿Á qué memoriales y á qué peticiones de audiencia? preguntó madama Adelaida.

— ¡Vamos, que demasiado bien lo sabéis! Á los de la señorita Juana Vaubernier, dijo madama Sofia.

— No, á las peticiones de audiencia de la señorita Lange, añadió madama Victoria.

El rey se levantó furioso; sus ojos, tan tranquilos y dulces de ordinario, lanzaron una mirada poco satisfactoria para las tres hermanas.

Por lo demás, como en el trío real de heroína, no habia nada capaz de arrostrar la cólera paternal, todas tres inclinaron la cabeza ante la tempestad.

— Ahí tenéis, dijo, la prueba de que no me equivocaba cuando decía que la mejor de las cuatro habia marchado.

29971

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES" 4

1946 1425 MONTERREY, MEXICO



— Señor, dijo madama Adelaida, V. M. nos trata muy mal, peor que á sus perros.

— Ya lo creo ; mis perros, cuando llego, me acariagian como verdaderos amigos. Así, adiós, madamas. Voy á ver á Chariotte, Belle-Fille y Gredinet. ¡ Pobres animales ! Sí, los amo, y particularmente porque tienen de bueno que ellos no ladran la verdad.

El rey salió furioso, pero no bien había dado cuatro pasos por la antecámara, cuando oyó á sus tres hijas cantar en coro :

En Paris, la gran ciudad,  
hombres y mujeres son  
muy blandos de corazón,  
y á menudo exclaman : ¡ Ay !... ¡ Ah, ah, ah !

Le Blas la manceba  
está que se pela,  
y él se desconsucia  
viéndola penar.  
En pobre y rum hecho  
está la cuitada  
asaz mal parada,  
¡ qué remedio hallar ! ¡ Ah, ah, ah !

Eran las primeras coplas de un vaudeville contra madama Dubarry, que corría las calles con el nombre de la *Bella Borbonesa*.

El rey estuvo á punto de volver atrás, y puede que sus hijas no le hubieran agradecido su vuelta ; pero se reprimió y siguió su camino gritando para no oír las :

— ¡ Señor capitán de las galgas ! ¡ Hola, señor capitán de las galgas !

El oficial á quien condecoraban con tan singular título, acudió.

— ¡ Que abran el gabinete de los perros ! dijo el rey.

— ¡ Oh, señor ! exclamó el oficial arrojándose delante de Luis XV. No dé V. M. un paso más.

— Pero ¿ qué es lo que hay ? Veamos, dijo el rey deteniéndose en el umbral de la puerta, por bajo de la cual pasaban silbando los resuellos de los perros que olían á su dueño.

— Señor, respondió el oficial, perdonad mi celo, pero no puedo permitir que el rey se acerque á los perros.

— ¡ Ah, sí ! ya comprendo ; no está arreglado el gabinete... pues bien, haced salir á Gredinet.

— Señor, murmuró el oficial, en cuyo rostro estaba pintada la consternación, Gredinet no ha comido ni bebido en dos días, y hay temores de que esté rabioso.

— ¡ Perfectamente bien ! exclamó Luis XV : soy el más desgraciado de los hombres... ¡ Gredinet rabioso ! Eso echa el colmo á mis pesares.

El oficial de las galgas creyó deber derramar una lágrima para animar la escena.

El rey volvió los talones y entró en su gabinete, en donde le aguardaba un ayuda de cámara, el cual viendo trastornado su semblante, se escurrió en el hueco de una ventana.

— ¡ Ah ! bien lo veo ! murmuró Luis XV sin hacer caso de aquel fiel servidor, que no era para él un hombre, y dando grandes pasos por su gabinete. ¡ Bien lo veo ! el señor de Choiseul se burla de mí ; el Delfin se considera ya como medio amo, y cree que lo será enteramente cuando haga sentar en el trono á su pequeña Anstriaeca. Luisa me ama, pero bien duramente, puesto que me ha predicado moral al tiempo de irse. Las otras tres hijas cantan coplas en que me llaman Blas ; el conde de Provenza traduce á *Lucrecia*, el conde de Artois corre las callejuelas, mis perros se ponen rabiosos y quieren mordirme. Decididamente, no queda más que esa pobre condesa que me ame.

¡ Váyanse, pues, al diablo los que quieren descontentarla !

Entonces, con una resolución desesperada, sentándose junto á la mesa en que Luis XIV firmaba y que había recibido el peso de los últimos tratados y de las letras soberbias del gran rey :

— Ahora comprendo, dijo, porqué todos los que me rodean quieren apresurar la llegada de la Delfina. Creen que no tiene más que presentarse aquí para que yo me convierta en su esclavo, ó que sea dominado por mi familia. ¡ Demasiado tiempo me queda de ver á mi cara nuera. Especialmente si su llegada debe ocasionarme aun nuevas incomodidades. Ella debía, continuó el rey, pasar por Reims y Noyón sin detenerse, y venir en seguida á Compiègne; mantengamos el primer ceremonial. Tres días de recibimiento en Reims, y uno... no, á fe mía, dos... ¡ bah ! tres días de funciones en Noyón. Esto siempre me hará ganar seis días, seis buenos días.

El rey tomó la pluma y dirigió él mismo al señor de Stainville la orden de detenerse tres días en Reims y otros tres en Noyón. Luego, llamando al correo de servicio :

— Á todo correr, le dijo, hasta entregar esta orden á quien dice el sobre.

Luego con la misma pluma :

« Querida condesa, escribió: hoy instalamos á Zamora en su gobierno. Yo salgo para Marly. Esta noche iré á deciros en Luciennes todo lo que pienso en este momento.

» LA FRANCIA. »

— Tomad, Lebel, dijo; llevad ese billete á la condesa, y os aconsejo que os portéis bien con ella.

El ayuda de cámara hizo una reverencia y salió.

## V

## Madama de Bearn

El primer objeto de todos esos furorés, la piedra angular de todos esos escándalos deseados ó temidos en la corte, madama la condesa de Bearn, viajaba rápidamente hacia París, como lo había dicho Chon á su hermano.

Aquel viaje era el resultado de una de esas maravillosas imaginaciones que, en sus momentos de embarazo, acudían al socorro del vizconde Juan.

No pudiendo hallar entre las señoras de la corte la madrina tan deseada y tan necesaria, puesto que sin ella era imposible la presentación de madama Dubarry, había dirigido su vista á la provincia, examinado las posiciones, registrado las ciudades, y hallado lo que necesitaba en las orillas del Meuse, en una casa enteramente gótica, pero de bastante buen tono.

Lo que buscaba era una vieja pleitista y un litigio viejo.

La vieja pleitista era la condesa de Bearn. El viejo litigio un negocio en que iba toda su fortuna, y que dependía del señor de Maupeou, ligado últimamente con madama Dubarry, con quien había descubierto un grado de parentesco hasta entonces ignorado, y á quien en su virtud llama prima suya. El señor de Maupeou tenía por la favorita, en la previsión de la cancillería, todo el favor de una amistad de la víspera

¡Váyanse, pues, al diablo los que quieren descontentarla!

Entonces, con una resolución desesperada, sentándose junto á la mesa en que Luis XIV firmaba y que había recibido el peso de los últimos tratados y de las letras soberbias del gran rey:

— Ahora comprendo, dijo, porqué todos los que me rodean quieren apresurar la llegada de la Delfina. Creen que no tiene más que presentarse aquí para que yo me convierta en su esclavo, ó que sea dominado por mi familia. ¡Demasiado tiempo me queda de ver á mi cara nuera. Especialmente si su llegada debe ocasionarme aun nuevas incomodidades. Ella debía, continuó el rey, pasar por Reims y Noyón sin detenerse, y venir en seguida á Compiègne; mantengamos el primer ceremonial. Tres días de recibimiento en Reims, y uno... no, á fe mía, dos... ¡bah! tres días de funciones en Noyón. Esto siempre me hará ganar seis días, seis buenos días.

El rey tomó la pluma y dirigió él mismo al señor de Stainville la orden de detenerse tres días en Reims y otros tres en Noyón. Luego, llamando al correo de servicio:

— Á todo correr, le dijo, hasta entregar esta orden á quien dice el sobre.

Luego con la misma pluma:

« Querida condesa, escribió: hoy instalamos á Zamora en su gobierno. Yo salgo para Marly. Esta noche iré á deciros en Luciennes todo lo que pienso en este momento.

» LA FRANCIA. »

— Tomad, Lebel, dijo; llevad ese billete á la condesa, y os aconsejo que os portéis bien con ella.

El ayuda de cámara hizo una reverencia y salió.

## V

## Madama de Bearn

El primer objeto de todos esos furorés, la piedra angular de todos esos escándalos deseados ó temidos en la corte, madama la condesa de Bearn, viajaba rápidamente hacia París, como lo había dicho Chon á su hermano.

Aquel viaje era el resultado de una de esas maravillosas imaginaciones que, en sus momentos de embarazo, acudían al socorro del vizconde Juan.

No pudiendo hallar entre las señoras de la corte la madrina tan deseada y tan necesaria, puesto que sin ella era imposible la presentación de madama Dubarry, había dirigido su vista á la provincia, examinado las posiciones, registrado las ciudades, y hallado lo que necesitaba en las orillas del Meuse, en una casa enteramente gótica, pero de bastante buen tono.

Lo que buscaba era una vieja pleitista y un litigio viejo.

La vieja pleitista era la condesa de Bearn. El viejo litigio un negocio en que iba toda su fortuna, y que dependía del señor de Maupeou, ligado últimamente con madama Dubarry, con quien había descubierto un grado de parentesco hasta entonces ignorado, y á quien en su virtud llama prima suya. El señor de Maupeou tenía por la favorita, en la previsión de la cancillería, todo el favor de una amistad de la víspera

y de un interés del día siguiente, amistad é interés que le habían valido el nombramiento de vicecanciller dado por el rey, y por abreviatura, el de *vice* dado por todo el mundo.

Madama de Bearn era en realidad una vieja pleitista muy parecida á la condesa de Escarbagnas ó á madama de Pimbeche, los dos buenos tipos de aquella época, que, por lo demás, llevaban, como se ve, un nombre magnífico.

Ágil, delgada, angulosa, siempre alerta, siempre meneando unos ojos de gato espantado, bajo unas cejas canas, madama de Bearn había conservado el traje de las mujeres de su juventud, y como la moda, por caprichosa que sea, consiente en ser algunas veces razonable, el traje de las jóvenes de 1740 se hallaba ser un traje de vieja en 1770.

Amplias blondas, manteleta con encaje, enormes cofias, bolsillos inmensos, colosal ridículo, y corbata de seda á flores, tal era el traje en que Chon, hermana muy querida y confidente fiel de madama Dubarry, había hallado á madama de Bearn, cuando se presentó en su casa con el nombre de la señorita Flageot, es decir, como hija de su abogado.

La vieja condesa llevaba ese traje tanto por gusto como por economía, pues no era de esas personas que se avergüenzan de su pobreza, porque la de ella no provenía de su culpa. Sólo que echaba de menos la riqueza para dejar una fortuna digna de su nombre á su hijo, joven enteramente provinciano, tímido como una niña, y mucho más aficionado á las dulzuras de una vida material que á los favores de la fama.

Además, le quedaba el recurso de llamar mis tierras á las que su abogado disputaba á los Saluces; pero como era mujer de grande penetración, conocía bien que si necesitaba tomar algún empréstito sobre aque-

llas líneas, ni un solo usurero, á pesar de haberlos en aquella época en Francia muy audaces, ni un procurador, aunque en todos tiempos ha habido muchos bien astutos, le prestaría nada sobre aquella hipoteca, ni le anticiparía la menor suma con aquella garantía de restitución.

Reducida, por esa razón, á la renta de las tierras no comprendidas en el pleito y á sus censos, la condesa de Bearn, que reunía una renta de mil escudos escasos, huía de la corde en donde se gastaban doce libras diarias sólo en el alquiler de la carroza que llevaba á la señora pleitista á casa de los señores jueces y abogados. Y había huído particularmente, porque desesperaba de sacar antes de cuatro ó cinco años su proceso del cartón en que aguardaba su turno. Hoy, los pleitos son largos, pero en fin, sin vivir tanto como un patriarca, el que lo principia puede verlo concluir, mientras que en otro tiempo atravesaba dos ó tres generaciones, y, como esas plantas fabulosas de las *Mil y una noches*, no florecía sino al cabo de doscientos ó trescientos años.

Madama de Bearn no quería devorar el resto de su patrimonio en tratar de recobrar las diez duodécimas partes en litigio, y era, como hemos dicho, lo que en todos tiempos se llama una mujer antigua, es decir, sagaz, prudente, fuerte y avara.

De seguro que habría ella misma dirigido su pleito, citado, defendido, ejecutado, mejor que cualquier procurador, abogado, ó alguacil, pero llevaba el nombre de Bearn, y ese nombre era un obstáculo para muchas cosas, resultando de ahí que, devorada por las pesadumbres y las angustias, muy semejante al divino Aquiles retirado bajo su tienda, que sufría mil muertes cuando sonaba aquella trompeta á que fingía estar sordo, madama de Bearn pasaba los días en des-

cifrar viejos pergaminos, con sus anteojos sobre la nariz, y las noches, envuelta en su bata de Persia, y sueltos sus cabellos canos, en defender delante de su almohada el pleito de aquella herencia reivindicada por los Saluces, pleito que ella se ganaba siempre con una elocuencia de que quedaba tan satisfecha que, en igual circunstancia, la deseaba á su abogado.

Se comprende fácilmente que, con esas disposiciones, la llegada de Chon, presentándose con el nombre de señorita Flageot, causó una agradable sorpresa á madama de Bearn.

El joven conde estaba en el ejército.

Como se cree lo que se desea, madama de Bearn se dejó engañar naturalmente por la relación de la joven.

Sin embargo, no dejaba de haber motivo para concebir alguna sombra de sospecha, pues la condesa conocía hacía veinte años á la señora Flageot, la había visitado en su calle del Pequeño-León-San-Salvador, y jamás había observado sobre el tapiz cuadrilátero que tan chico le había parecido para la inmensidad del gabinete, jamás había observado, decimos, los ojos de una niña diestra en sacar las pastillas de las cajas de los clientes.

Pero se trataba de pensar en el tapiz del procurador; tratábase, en fin, de refrescar sus recuerdos: la señorita Flageot era la señorita Flageot, y bastaba.

Además, estaba casada; y en fin, última égida contra todo mal pensamiento, no iba expresamente á Verdún, sino que pasaba á reunirse á su marido en Estrasburgo.

Tal vez madama de Bearn hubiera debido pedir á la señorita Flageot la carta credencial; pero si su padre no puede enviar á su propia hija sin carta, ¿á quién se ha de dar una comisión de confianza? Y además, ¿á qué vendrían esos temores? ¿á qué fin

semejantes sospechas? ¿con qué objeto se habían de andar sesenta leguas para forjar semejante cuento?

Si fuese rica, si, como la mujer de un banquero ó de un asentista, hubiese tenido que llevar consigo equipajes, vajillas y diamantes, habría podido pensar que era un complot urdido por ladrones. Pero madama de Bearn se reía bien cuando le pasaba por las mientes el chasco que se llevarían los ladrones tan torpes que pensasen en ella.

Así, habiendo desaparecido Chon con su tocado ordinario, con su mal cabriolé tirado por un caballo, que ella había tomado en la penúltima casa de postas dejando allí su coche, madama de Bearn, convencida de que era llegado el momento de hacer un sacrificio, salió á su vez en una vieja carroza, y tanta prisa dió á los postillones que pasó á La Chaussée una hora antes que la Delfina, y llegó á la barrera de San Dionisio como unas cinco ó seis horas después de la señorita Dubarry.

Como la viajera tenía muy poco bagaje, y lo que más le urgía era informarse, madama de Bearn mandó parar su coche en la calle del Pequeño-León, á la puerta del señor Flageot.

Esto, como debe suponerse, no se hizo sin que un buen número de curiosos, y todos los parisienses lo son, se parase delante de aquel venerable coche que parecía salido de las caballerizas de Enrique IV, cuyo vehículo favorito recordaba por su solidez, su monumental arquitectura, y sus cortinas de cuero arrugadas, corriendo con espantosos rechinos sobre una varilla de cobre verdoso.

La calle del Pequeño-León no es ancha: madama de Bearn la obstruía majestuosamente, y después de pagar á los postillones, les ordenó que condujesen el coche á la posada en que ella acostumbraba apearse,

es decir, en el *Gallo Cantador*, calle de San Germán de los Prados.

Subió, agarrándose á la grasienta cuerda, la oscura escalera del señor Flageot, en donde reinaba un fresco que no desagradó á la vieja, pues estaba fatigada por la rapidez y el ardor del camino.

Maese Flageot, cuando su criada Margarita anunció la condesa de Bearn, se subió los calzones que había dejado caer muy abajo á causa del calor, se encasquetó una peluca que tenían siempre cuidado de dejarle á su alcance, y se echó encima una bata de bombasí.

Aderizado así, se adelantó risueño hacia la puerta; pero á través de aquella sonrisa se veía una nube de asombro tan pronunciada, que la condesa se creyó obligada á decirle:

— ¡Y bien! ¿qué hay, querido señor Flageot? Soy yo.

— Lo veo muy bien, señora condesa, respondió el señor Flageot.

Entonces, cerrando púdicamente su bata, el abogado condujo á la condesa á un sillón de cuero que estaba en el rincón más claro del gabinete, retirando luego con prudencia varios papeles de su mesa, porque la tenía por curiosa.

— Ahora, señora, dijo con urbanidad maese Flageot, permitidme que me regocije de tan agradable sorpresa.

Madama de Bearn, arrellanada en su poltrona, levantaba en aquel momento los pies para dejar entre el suelo y sus zapatos de raso espolinado el espacio necesario para el paso de un cojín de cuero que Margarita colocaba delante de ella, y se enderezó rápidamente.

— ¿Cómo sorpresa? dijo pellizcándose la nariz con

sus anteojos que acababa de sacar del estuche á fin de ver mejor á maese Flageot.

— Sin duda; os creía en vuestras tierras, señora, respondió el abogado empleando una amable lisonja para calificar las tres fanegas de tierra de madama de Bearn.

— Como veis, allí me hallaba; pero á vuestra primera señal las he dejado.

— ¡Á mi primera señal! repitió el abogado admirado.

— Á vuestra primer palabra, á vuestro primer aviso, á vuestro primer consejo, en fin, si os agrada.

Los ojos de maese Flageot se hicieron tan grandes como los anteojos de la condesa.

— Creo que no me he descuidado, continuó ésta, y que debéis estar contento de mí.

— Encantado como siempre, señora, pero permitidme que os diga que no veo de ningún modo lo que tengo que hacer en todo eso.

— ¿Como, repuso la condesa, lo que tenéis que hacer?... Todo, ó más bien, vos sois quien lo ha hecho todo.

— ¿Yo?

— Ciertamente, vos... ¡Y bien! ¿tenemos algo de nuevo aquí?

— ¡Oh! sí, señora; dicen que el rey medita un golpe de Estado sobre el Parlamento. Pero ¿me permitiréis que os ofrezca alguna cosa?

— ¡Bien se trata ahora del rey ni del golpe de Estado!

— ¿Entonces de qué se trata, señora?

— De mi pleito; os preguntaba si había ocurrido algo de nuevo acerca de él.

— ¡Oh! en cuanto á eso, respondió maese Flageot

sacudiendo tristemente la cabeza, nada, señora, absolutamente nada.

— Es decir, nada.....

— No, nada.

— Nada, desde que me ha hablado la señorita vuestra hija. Y como me ha hablado anteayer, comprendo que no habrá ocurrido gran cosa desde entonces.

— ¿Mi hija, señora?

— Sí.

— ¿Habéis dicho mi hija?

— Sin duda, vuestra hija, la que me habéis enviado.

— Dispensad, señora, dijo maese Flageot, es imposible que yo os haya enviado mi hija.

— ¡Imposible!

— Por la sencilla razón de que no la tengo.

— ¿Estáis seguro? preguntó la condesa.

— Señora, respondió maese Flageot, tengo el honor de estar soltero.

— ¡Vamos, vamos! dijo la condesa.

Maese Flageot se puso inquieto, llamó á Margarita para que trajese los refrescos ofrecidos á la condesa, y especialmente para que la vigilase.

— ¡Pobre mujer! pensó, ¡habrá perdido la chaveta!

— ¡Cómo! dijo la condesa, ¿no tenéis una hija?

— No, señora.

— ¿Una hija casada en Estrasburgo?

— No, señora, no, mil veces no.

— ¿Y no habéis encargado á esa hija, continuó la condesa, de anunciarme al paso que mi pleito estaba señalado para la vista?

— No.

La condesa dió un brinco en su sillón, golpeando ambas rodillas con las manos.

— Bebed un poco, señora condesa, dijo maese Flageot, pues os hará provecho.

Al mismo tiempo hizo una seña á Margarita, quien aproximó dos vasos de cerveza en una bandeja, pero la vieja señora no tenía ya sed, y rechazó los vasos y la bandeja tan bruscamente, que la señorita Margarita, la cual parecía tener algunos privilegios en la casa, se dió por ofendida.

— ¡Vamos, vamos! dijo la condesa mirando á maese Flageot por debajo de sus anteojos. Expliquémonos un poco, si tenéis á bien.

— Con mucho gusto, dijo maese Flageot. Quédese usted, Margarita, pues esta señora tal vez consentirá en beber dentro de un momento. Expliquémonos.

— Sí, expliquémonos, si lo tenéis á bien, porque hoy estáis incomprensible, querido señor Flageot. Os aseguro que cualquiera diría que los calores os han trastornado la cabeza.

— No os irritéis, señora, dijo el abogado haciendo girar su sillón sobre los dos pies traseros, para alejarse de la condesa, no os irritéis, y hablemos.

— Sí, hablemos. Decís, señor Flageot, que no tenéis ninguna hija.

— No, señora, y lo siento en el alma, puesto que al parecer os sería eso muy grato, aunque.....

— Aunque, repitió la condesa.

— Aunque, por mi parte, preferiría un varón, porque los varones hacen mejor carrera, ó más bien se tuercen menos en estos tiempos.

Madama de Bearn juntó las dos manos con profunda inquietud.

— ¡Cómo! dijo. ¿No me habéis llamado á París por una hermana, una sobrina, una prima cualquiera?

— Jamás lo he pensado, señora, sabiendo como sé lo muy dispendiosa que es la estancia en París.

— ¿Pero mi pleito ?  
— Me reservo teneros al corriente cuando se señale para la vista, señora.

— ¿Cómo cuando se señale para la vista ?

— Sí.

— ¿Pues no lo está ya ?

— No, que yo sepa, señora.

— ¿No está señalado para la vista mi pleito ?

— No.

— ¿Y no se trata de señalarlo de un momento á otro ?

— ¡No, señora ! ¡Dios mío ! no.

— ¡Entonces, exclamó la vieja señora levantándose, me han engañado, se han burlado de mí !

Maese Flageot izó su peluca á lo alto de su frente diciendo entre dientes :

— Mucho lo temo, señora.

— ¡Maese Flageot ! exclamó la condesa.

El abogado dió un brinco haciendo una seña á Margarita, la cual se dispuso á sostener á su amo.

— Maese Flageot, continuó la condesa, yo no puedo tolerar esta humillación, y voy á dirigirme al subdelegado de policía para que busquen á la cotorrera que me ha hecho este insulto.

— ¡Puf ! hizo maese Flageot; ¡es bien expuesto !

— Y así que la hallen, continuó la condesa arrebatada de cólera, presentaré una queja contra ella.

— ¡Otro pleito más ! dijo tristemente el abogado.

Estas palabras hicieron caer á la pleitista de lo alto de su furor; la caída fué pesada.

— ¡Ay ! exclamó ¡llegaba yo tan dichosa !

— Pero ¿qué es lo que os ha dicho esa mujer, señora ?

— Primeramente, que iba de parte vuestra.

— ¡Terrible intrigante !

— Y de vuestra parte, me anunciaba que estaba señalado mi pleito para la vista; que ésta era inminente; que á no darme mucha prisa, me exponía á llegar demasiado tarde.

— ¡Ay ! repitió maese Flageot á su vez. Aun estamos muy lejos de eso, señora.

— Estamos olvidados, ¿no es verdad ?

— Olvidados, sepultados, enterrados, señora; y á no obrarse un milagro, y ya sabéis, señora, que los milagros son raros....

— ¡Oh, sí ! murmuró la condesa dando un suspiro.

Maese Flageot respondió con otro suspiro modulado por el de la condesa.

— Mirad, señor Flageot, continuó madama de Bearu, ¿queréis que os diga una cosa ?

— Decid, señora.

— No podré sobrevivir.

— ¡Oh ! en cuanto é eso haríais una tontería.

— ¡Dios mío, Dios mío ! exclamó la pobre condesa. ¡Están agotadas mis fuerzas !

— ¡Ánimo, señora, ánimo ! dijo Flageot.

— ¿Pero no tenéis un consejo que darme ?

— ¡Oh, sí ! el de volveros á vuestras tierras, y no ereer en adelante á los que se presenten de mi parte sin una esquelita mía.

— Muy preciso será que me vuelva á mis tierras.

— Eso será prudente.

— ¡Pero, creedme, señor Flageot, dijo la condesa gimiendo, no nos volveremos á ver, á lo menos en este mundo !

— ¡Qué maldad !

— Pero ¡debo tener enemigos muy crueles !

— Es una fechoría de los Saluces, estoy seguro de ello.

— En todo caso, la fechoría es bien mezquina.



— Si lo es, y mucho, respondió maese Flageot.

— ¡Eh! ¡la justicia, la justicia, mi querido señor Flageot, es la cueva de Caco! exclamó la condesa.

— ¿Por qué? dijo el abogado. ¡Porque la justicia no es la misma, porque trabajan el Parlamento! ¡porque el señor de Maupeou ha querido ser canceller en lugar de seguir con la presidencia!

— Señor Flageot, me parece que en este momento bebería de buena gana.

— ¡Margarita! gritó el abogado.

Volvió á entrar Margarita, pues había salido viendo el giro pacífico que tomaba la conversación.

Volvió á entrar, decimos, con la bandeja y los dos vasos de cerveza que se había llevado. La señora de Bearn bebió lentamente un vaso de cerveza, después de haber honrado á su abogado trincando con él, y luego, después de una triste reverencia y de los adioses más tristes aun, salió á la antesala. Maese Flageot la seguía con la peluca en la mano.

La señora de Bearn se hallaba en el descanso de la escalera y buscaba la cuerda que servía de pasamano, cuando una mano topó con la suya, y una cabeza dió contra su pecho.

Aquella mano y aquella cabeza eran las de un escribiente que subía cuatro á cuatro las empujadas gradas de la escalera.

La vieja condesa, gruñendo y renegando, arregló sus faldas y continuó bajando la escalera, mientras que el escribiente, que había llegado al descanso, empujaba la puerta gritando con la voz franca y jovial de los de la *Basoche* (1).

(1) Basoche era el tribunal que en otro tiempo tenían los escribientes de los procuradores del Parlamento de París, para juzgar sus propias cuestiones, y las quejas de los tenderos, etc., contra alguno de ellos. Los escribientes elegían un jefe con el título de rey de la Basoche.

— ¡Tenga usted, maese Flageot, tenga usted! ¡Por el pleito Bearn!

Y le alargó un papel.

Al oír este nombre, subir, empujar al escribiente, arrojarle á maese Flageot, arrancarle el papel, bloquear al abogado en su gabinete, fué obra que hizo la condesa antes que el escribiente hubiese recibido dos bofetones que Margarita le aplicaba ó fingía aplicarle en respuesta á dos besos.

— ¡Y bien! exclamó la vieja dama; ¿qué es lo que dice esta esquela, maese Flageot?

— A fe mía que no sé nada aún, señora condesa; pero si tenéis la bondad de devolvérmela, os lo podré decir.

— Verdad es, mi buen señor Flageot; leed, leed pronto.

El abogado miró la firma de la esquela.

— Es de nuestro procurador maese Guildou, dijo.

— ¡Ah, Dios mío!

— Quien me invita, continuó maese Flageot con una estupefacción creciente, á que me disponga para defender el martes, porque está señalado para la vista nuestro pleito.

— ¡Señalado! exclamó la condesa dando un brinco, ¡señalado! ¡Ah! ¡cuidado con las burlas esta vez, maese Flageot, porque no me levantaría del golpe!

— Señora, dijo maese Flageot enteramente aturdido con la noticia, si alguno se burla, sólo puede ser maese Guildou, y sería la primera vez de su vida que lo hiciese.

— ¿Pero estáis seguro que es de él la esquela?

— Ha firmado Guildou; ved.

— ¡Es verdad! señalado esta mañana, defendido el martes. ¡Ah! maese Flageot, parece que no era una

intrigante la señora que ha estado á visitarme, ¿ no es verdad ?

— Parece que no.

— Pero supuesto que no iba enviada por vos. ¿ Estáis bien seguro de que no iba enviada por vos ?

— ¡ Pardiez ! ¿ pues no he de estar seguro ?

— Entonces, ¿ quién la había enviado ?

— Si, ¿ quién ?

— Porque al cabo alguien la había enviado.

— Yo me pierdo en conjeturas.

— Y yo en el deleite. ¡ Ah ! dejadme reirme aun; mi querido señor Flageot. ¡ Señalado para la vista ! ¡ defendido !... Asi está escrito : ¡ defendido ante el señor presidente Maupeou !

— ¡ Diablo ! ¿ dice eso la esquila ?

— Sin duda.

— ¡ Mucho lo siento !

— ¿ Y por qué ?

— Porque el presidente Maupeou es amigo íntimo de los Saluces.

— ¿ Lo sabéis ?

— Como que no sale de su casa.

— ¡ Bueno ! ya estamos más embarazados que nunca. ¡ Tengo desgracia !

— Y á pesar de eso, dijo maese Flageot, no hay remedio, es preciso ir á visitarle.

— Pero me recibirá espantosamente.

— Es probable.

— ¡ Ah, maese Flageot, qué cosas me decís !

— La verdad, señora.

— ¡ Cómo ! ¿ no solamente perdéis el ánimo, sino que queréis quitarme el que me quedaba !

— Ante el señor de Maupeou nada bueno podéis esperar.

— ¡ Hasta ese punto raya vuestra debilidad, siendo un Cicerón !

— Cicerón habria perdido la causa de los Ligarios, si la hubiese defendido ante Verres en lugar de hacerlo ante César, respondió maese Flageot no hallando otra respuesta más modesta con que rechazar el insigne honor que su cliente acababa de hacerle.

— Entonces ¿ me aconsejáis que no vaya á visitarle ?

— Dios me libre, señora, de aconsejaros semejante irregularidad, sólo que os compadezco de la necesidad de esa entrevista.

— Señor Flageot, me estáis hablando como un soldado que piensa abandonar su puesto. Diríase que teméis encargaros del pleito.

— Señora, respondió el abogado, algunos he perdido en mi vida, que no tenían más probabilidad de ganarse que éste.

La condesa dió un suspiro, pero recurriendo á toda su energía :

— Todo lo apuraré, dijo con una especie de dignidad que contrastaba con la fisonomía cómica de aquella conferencia ; no se dirá que, asistiéndome el derecho, he retrocedido ante la cábala. Perderé mi pleito, pero habré mostrado á los prevaricadores la frente de una señora de calidad como ya no hay muchas en la corte del día. ¿ Me dais el brazo, señor Flageot, para acompañarme á casa de vuestro vice-canciller ?

— Señora, respondió maese Flageot, llamando también en su auxilio toda su dignidad, nosotros, los abogados del Parlamento de París, nos hemos jurado no tener ninguna relación fuera de las audiencias con los que han abandonado los Parlamentos en el negocio del señor de Aiguillon. La unión hace la fuerza ; y como el señor de Maupeou no ha hecho más que borrar en todo ese negocio, como tenemos motivos para

estar quejosos de él, permanecemos en nuestros campos hasta tanto que él haya enarbolado una bandera.

— A lo que veo, muy intempestivamente llega la vista de mi pleito, dijo suspirando la condesa; ¡abogados embrollados con sus jueces, jueces embrollados con sus clientes!... No importa, he de persistir.

— ¡Dios os asista, señora! dijo el abogado, echando la bata sobre su brazo izquierdo, cual un senador romano lo hubiera hecho con su toga.

— ¡Vaya un triste abogado! murmuró por lo bajo madama Bearn. Mucho temo que con él tengo menos probabilidad de ganar el pleito ante el Parlamento, de la que tenía en mi casa ante mi almohada.

Luego, levantando la voz y con una sonrisa con que trataba de disimular su inquietud:

— Adiós, maese Flageot, continuó, os suplico que estudiéis bien los autos, porque nadie sabe lo que puede ocurrir.

— ¡Oh, señora! respondió maese Flageot, no es la defensa la que me embaraza. Creo que ha de ser excelente, tanto más, porque me prometo sembrarla de alusiones terribles.

— ¿Alusiones á qué, señor, á qué?

— Á la corrupción de Jerusalén, señora, que yo compararé á las ciudades malditas y sobre la que llamaré el fuego del cielo. Vos comprendéis, señora, que nadie se equivocará, y que Jerusalén será Versalles.

— ¡Señor Flageot, exclamó la vieja dama, no os comprometáis, ó más bien, no comprometáis mi pleito!

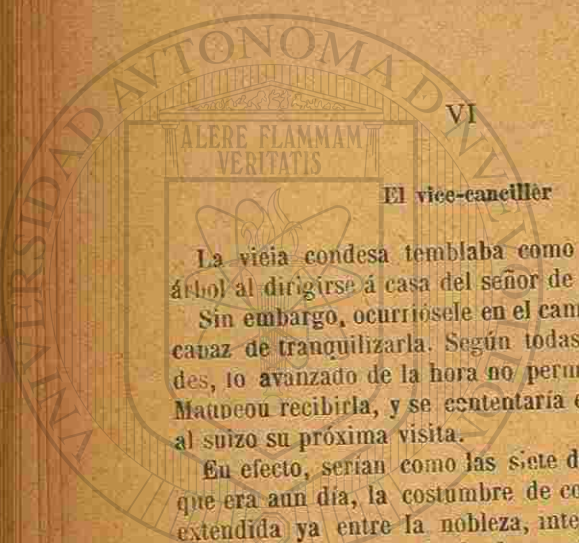
— ¡No penséis en eso, señora, que con el señor de Maupeou demasiado perdido está ya vuestro pleito! ¡Ahora no se trata más que de ganarlo ante nuestros contemporáneos, y ya que no nos hacen justicia, hagamos nosotros escándalo!

— Señor Flageot...

— ¡Señora, seamos filósofos... tronemos!

— ¡El diablo te atruene á ti, dijo entre dientes la condesa, pícaro abogado, que no ves en todo eso más que un medio de encapillarte tus arambeles filosóficos! Vámonos á ver al señor de Maupeou, que no es filósofo, y acaso sacaré de él mejor partido que de ti.

Y la vieja condesa dejó á maese Flageot, y se alejó de la calle del Pequeño-León-San-Salvador después de haber recorrido en dos días todas las gradas de la escala de las esperanzas y de las ilusiones.



## El vice-canciller

La vieja condesa temblaba como una hoja de un árbol al dirigirse á casa del señor de Maupeou.

Sin embargo, ocurriósele en el camino una reflexión capaz de tranquilizarla. Según todas las probabilidades, lo avanzado de la hora no permitiría al señor de Maupeou recibirla, y se contentaría ella con anunciar al suizo su próxima visita.

En efecto, serían como las siete de la tarde, y aunque era aun día, la costumbre de comer á las cuatro, extendida ya entre la nobleza, interrumpía generalmente todo negocio desde la comida hasta el día siguiente.

Madama de Bearn, á pesar de su ardiente deseo de hallar al vice-canciller, quedó muy consolada por la idea de que no le vería. Esa es una de las frecuentes contradicciones del espíritu humano, que se comprenderán siempre, sin poderlas explicar nunca.

Presentóse, pues, la condesa, contando con que el suizo la aventaría, y ya había preparado un escudo para ablandar al cerbero ó interesarle á inscribir su nombre en la lista de las audiencias pedidas.

Al llegar á la entrada del hotel, halló al suizo hablando con un alguacil que parecía darle una orden, y aguardó discretamente por no incomodar con su

presencia á los dos interlocutores; pero, viéndola en su carroza de alquiler, retiróse el alguacil.

Entonces se acercó el suizo al coche, y preguntó el nombre de la solicitante.

— ¡ Oh ! sé, dijo la condesa, que probablemente no tendré el honor de ver á Su Exceciencia.

— No importa, señora, respondió el suizo; tened la bondad de decirme cómo os llamáis.

— La condesa de Bearn, respondió ésta.

— Monseñor está en el hotel, replicó el suizo.

— ¿ Qué dice usted ? dijo madama de Bearn con el mayor asombro.

— Digo que monseñor está en su hotel, repitió el suizo.

— Pero sin duda monseñor no recibe.

— Recibirá á la señora condesa.

Apeóse madama de Bearn, sin saber si estaba durmiendo ó despierta. El suizo tiró de un cordón que hizo sonar dos veces una campanilla. Presentóse en la escalera el alguacil, y el suizo hizo seña á la condesa de que podía entrar.

— Señora, ¿ queréis hablar á monseñor ? preguntó el alguacil.

— Es decir, caballero, que deseaba ese favor sin osar esperarlo.

— Tened á bien seguirme, señora condesa.

— ¡ Y tanto mal decían de este magistrado ! pensó la condesa siguiendo al alguacil. Sin embargo, tiene la gran cualidad de ser accesible á todas horas. ¡ Un canceller !... es extraño.

Y sin dejar de marchar, se estremecía á la idea de hallar un hombre tanto más intratable y áspero, cuanto que la asiduidad á los negocios le daba ese privilegio. El señor de Maupeou, sumido bajo una vasta peluca,

y con una casaca de terciopelo negro, estaba trabajando en un gabinete, con las puertas abiertas.

La condesa echó al entrar una rápida ojeada en torno suyo, pero vió con sorpresa que estaba sola, y que ninguna otra cara más que la suya y la del delgado, amarillo y atareado canciller, se reflejaba en los espejos.

El alguacil anunció la señora condesa de Bearn.

El señor de Maupeou se levantó rápido y se halló instantáneamente pegado de espaldas á su chimenea.

Madama de Bearn hizo las tres reverencias de rigor.

El pequeño cumplimiento que siguió á las reverencias, fué algún tanto embarazado. No se prometía ella tanto honor... no creía que un ministro tan ocupado tuviese el valor de escatimar las horas de su descanso....

El señor de Maupeou replicó que el tiempo no era menos precioso para los súbditos de S. M. que para sus ministros, pero que, sin embargo, había que distinguir entre las personas á quienes urgía el tiempo, y que en su virtud daba siempre su mejor resto á los que merecían esas distinciones.

Nuevas reverencias de madama de Bearn, seguidas de un silencio embarazado, porque debían cesar ya los cumplidos y comenzar las peticiones.

El señor de Maupeou aguardaba acariciándose la barba.

— Monseñor, dijo la pleitista, he querido presentarme á V. E., para exponerle muy humildemente un grave negocio del que depende toda mi fortuna.

El señor de Maupeou hizo un ligero movimiento de cabeza, que quería decir:

— Hablad.

— En efecto, monseñor, repuso la condesa, sabréis como mi fortuna, ó más bien la de mi hijo, está inte-

resada en el pleito que sostengo en este momento contra la familia Saluces.

El vice-canciller continuó acariciando la barba.

— Pero vuestra equidad me es tan conocida, monseñor, que aunque conozco el interés, y hasta diría la amistad que V. E. profesa á mi parte contraria, no he vacilado un instante en venir á suplicar á V. E. se digne oirme.

El señor de Maupeou no pudo menos de sonreirse al oír elogiar su equidad; eso se parecía demasiado á las virtudes apostólicas de Dubois, que eran también encomiadas cincuenta años antes.

— Señora condesa, dijo, tenéis razón en decir que soy amigo de los Saluces; pero también la tenéis en creer que, al tomar los sellos, he depuesto toda amistad. Así, pues, os responderé exento de toda preocupación, cual cumple al jefe soberano de la justicia.

— ¡ Oh ! bendito seáis, monseñor ! exclamó la vieja condesa.

— Examino, pues, vuestro litigio como simple jurisconsulto, continuó el canciller.

— Y doy por ello gracias V. E., que tan instruido es en estas materias.

— Vuestro pleito se verá muy luego, á lo que creo.

— Está señalado para la semana próxima, monseñor.

— ¿ Y ahora qué es lo que queréis ?

— Que V. E. examine los autos.

— Los he examinado.

— ¡ Y bien ! preguntó temblando la vieja condesa, ¿ qué pensáis de ellos, monseñor ?

— ¿ De vuestro pleito ?

— Sí.

— Digo que no puede haber la menor duda.

— ¿ Cómo ? ¿ de ganarlo ?

- No, de perderlo.
- ¿ Monseñor dice que perderé el pleito ?
- Indudablemente. Así, os daré un consejo.
- ¿ Qué consejo ? preguntó la condesa concibiendo una última esperanza.
- El de que, si tenéis algún pago que hacer, visto el pleito, y pronunciada la sentencia.....
- ¡ Y bien !
- ¡ Y bien ! el de que tengáis vuestros fondos preparados.
- ¡ Pero, monseñor, de ese modo quedamos arruinados !
- ¡ Diantre ! debéis comprender, señora condesa, que la justicia no puede entrar en consideraciones de esa especie.
- Sin embargo, monseñor, al lado de la justicia está la piedad.
- Esa es precisamente la razón, señora condesa, porque han hecho á la justicia ciega.
- Pero, á pesar de eso, V. E. no me rehusará un consejo.
- Sin duda que no ; pedidlo. ¿ De qué especie lo queréis ?
- ¿ No hay algún medio de entrar en un arreglo, de dar una sentencia más benigna ?
- ¿ No conocéis á ninguno de vuestros jueces ? preguntó el vice-canciller.
- Á ninguno, monseñor.
- ¡ Es sensible ! ; Los señores de Saluces tienen íntimas relaciones con las tres cuartas partes del Parlamento !
- La condesa se estremeció.
- Estad persuadida, continuó el vice-canciller, que eso no tiene nada que ver con el fondo de las cosas,

porque un juez no se deja arrastrar por influencias particulares.

Tan cierto era esto como la equidad del canceller y las famosas virtudes apostólicas de Dubois. La condesa estuvo á punto de desmayarse.

— Pero en fin, continuó el canceller, quedando á salvo la integridad, el juez piensa más en su amigo que en el indiferente; esto es muy justo cuando es justo, y como será justo que perdáis vuestro pleito, señora, muy bien podrían resultaros consecuencias tan desagradables cuanto posibles.

— Pero es espantoso lo que V. E. me hace el honor de decirme.

— En cuanto á mí, señora, debéis creer que me abstendré; yo tengo recomendación que hacer á los jueces, y como no fallo yo mismo, puedo hablar.

— ¡ Ay, monseñor ! ; mucho temía yo una cosa !

El vice-presidente fijó sobre la pleitista sus ojos grises.

— ¡ Que los señores de Saluces, habitando en París, estaban en íntimas relaciones con todos mis jueces; que los señores de Saluces, en fin, serian omnipotentes !

— Primero, porque les asiste el derecho.

— ¡ Qué cruel es, monseñor, oír esas palabras de la boca de un hombre infalible como V. E. !

— Verdad es que os digo esto, y sin embargo, repuso con fingida bondad el señor de Maupeou, os aseguro que desearia seros útil.

La condesa se conmovió, parecía ver algo de oscuro, si no en las palabras, á lo menos en el pensamiento del vice-canciller, y que si esa oscuridad se disipaba, descubriría alguna cosa favorable.

— Además, continuó el señor de Maupeou, vuestro nombre, que es uno de los más distinguidos de la

Francia, es ya para mí una recomendación muy eficaz.

— Que no me impedirá que pierda el pleito, monseñor.

— ¡Diantre! yo nada puedo.

— ¡Oh, monseñor, monseñor! dijo la condesa meneando la cabeza: ¡cómo van las cosas!

— Parece que queréis decir, señora, replicó sonriendo Maupeou, que allá en nuestros tiempos iban mejor.

— ¡Ay! sí, monseñor, á lo menos así me parece, y recuerdo con placer el tiempo en que, simple abogado del rey en el Parlamento, pronunciabais aquellas hermosas arengas, que yo, joven todavía, iba á aplaudir con entusiasmo. ¡Qué fuego! qué elocuencia! qué virtud! ¡Ay! señor canciller, en aquellos tiempos no había intrigas ni favores; en aquel tiempo hubiera ganado mi pleito.

— Pero teníamos á madama de Phalaris que quería reinar en los momentos en que el regente cerraba los ojos, y á la Souris que se colocaba por todas partes para ver si podía pellizcar alguna cosa.

— ¡Oh! monseñor, madama de Phalaris era una dama tan principal, y la Souris tan buena muchacha....

— Que no podía negárseles nada.

— Ó que no sabían negar nada.

— ¡Ah! señora condesa, dijo el canciller riéndose de una manera que admiró á la vieja pleitista, pues tan franco y natural era el aire que aquél afectaba, no me hagáis hablar mal de mi administración por amor á mi juventud.

— Pero V. E. no puede, sin embargo, impedirme que llore mi fortuna perdida y mi casa para siempre arruinada.

— He ahí lo que no es de nuestro tiempo, condesa; sacrificad á los ídolos del día, sacrificad.

— ¡Ay! monseñor, los ídolos no quieren á los que vienen á adorarlos con las manos vacías.

— ¿Qué sabéis?

— ¿Yo?

— Sí, ¿habéis hecho acaso la prueba?

— ¡Oh! monseñor, sois tan bueno, que me habláis como un amigo.

— ¡Eh! somos de la misma edad, condesa.

— ¡Que no tuviera yo veinte años, monseñor, y que no fueseis vos todavía simple abogado! Defenderiais mi pleito, y no habría Saluces que pudieran conmigo.

— Desgraciadamente no tenemos ya veinte años, señora condesa, dijo el vice-canciller con un suspiro galante, y por consiguiente necesitamos implorar á los que los tienen, puesto que vos misma confesáis que esa es la edad de la influencia... ¡Cómo! ¿no conocéis á nadie en la corte?

— Señores viejos, retirados, que se avergonzarian de su antigua amiga... porque está pobre. Mirad, monseñor, yo tengo entrada franca en Versalles, y si quisiera, iría; pero ¿á qué he de ir? ¡Ay! ¡vuelva yo á entrar en posesión de mis doscientas mil libras, y entonces me buscarán! ¡Haced este milagro, monseñor!

El canciller fingió no oír esta última frase.

— En vuestro lugar, dijo, olvidaría á los viejos como ellos os olvidan, y me dirigiría á los jóvenes, que tratan de reclutar partidarios. ¿Conocéis un poco á Madamas?

— Me han olvidado.

— Y luego nada pueden hacer. ¿Conocéis al Delfin?

— No.

— Y por otra parte, continuó el señor de Maupeou,

está demasiado ocupado de su archiduquesa, que va á llegar, para que pueda pensar en otra cosa; pero veamos entre los favoritos.

— No sé siquiera cómo se llaman.

— ¿El señor de Aiguillon?

— Un chisgarabís de quien se dicen cosas indignas; que se ha ocultado en un molino mientras los demás se batían.....

— ¡Bah! exclamó el conde, es preciso no creer nunca más que la mitad de lo que se dice. Busquemos otros.

— Buscad, monseñor, buscad.

— Pero ¿por qué no? Si... no. Sí tal.....

— Hablad, monseñor, hablad.

— ¿Por qué no os dirigís á la misma condesa?

— ¿Á madama Dubarry? dijo la litigante, abriendo su abanico.

— Sí, es buena en el fondo.

— ¡De veras!

— Y oficiosa sobre todo.

— Pertenezco á una casa demasiado antigua para gustarle, monseñor.

— Creo que os equivocáis, condesa; lo que ella desea es trabar relaciones con buenas familias.

— ¿Lo creéis así? dijo la vieja condesa vacilando ya en su oposición.

— ¿La conocéis?

— No.

— ¡He ahí el mal! pues tiene mucho influjo.

— ¡Ah! sí tiene mucho influjo, pero jamás la he visto.

— ¿Ni á su hermana Chon?

— No.

— ¿Ni á su hermana Bischit?

— No.

— ¿Ni á su negro Zamora?

— ¿Cómo su negro?

— Sí, su negro es una potencia.

— ¿Ese diablillo horroroso cuyo retrato se vende en el Puente Nuevo y que parece un perro dogo vestido?

— Él mismo.

— ¡Yo conocer á ese negrijo, monseñor! exclamó la condesa ofendida en su dignidad; ¿y cómo queréis que le haya conocido?

— Vamos, veo que no queréis conservar vuestras tierras, condesa.

— ¿Por qué decís eso?

— Porque despreciáis á Zamora.

— Pero ¿qué puede hacer Zamora en todo eso?

— Puede hacer que ganéis vuestro pleito.

— ¡Él, ese mozambique hacer que gane mi pleito! Suplico que me digáis cómo haría eso.

— Diciendo á su ama que tendría gusto en que ganaseis el pleito. Ya sabéis lo que pueden las influencias. Hace todo lo que quiere de su señora, y su señora hace todo lo que ella quiere del rey.

— ¿Conque es Zamora quien gobierna la Francia?

— ¡Hum! exclamó el señor de Maupeou meneando la cabeza. Zamora es muy influyente, y yo preferiría indisponerme más bien con... con la Delfina, por ejemplo, que con él.

— ¡Jesús! exclamó madama de Bearn, ¡si no fuese una persona tan formal como V. E. la que me dice semejantes cosas!...

— ¡Oh! no soy yo solamente quien os dirá eso, sino todo el mundo. Preguntad á los duques y pares, si olvidan, cuando van á Marly ó á Luciennes, los confites para la boca, ó las perlas para las orejas de Zamora. Yo, que estoy hablándoos, yo, que soy el



canciller de Francia ó poco menos, ¿ en qué creéis que estaba ocupado cuando habéis llegado? Pues estaba extendiendo para él los despachos de gobernador.

— ¿ De gobernador?

— Sí. El señor de Zamora está nombrado gobernador del castillo de Luciennes.

— ¿ El mismo título con que se premió al conde de Bearn después de veinte años de servicio?

— ¿ Nombrándole gobernador del castillo de Blois? Sí, eso es.

— ¿ Qué degradación, Dios mío! exclamó la vieja condesa; ¿ conque la monarquía está perdida?

— A lo menos está enferma, condesa, pero de un enfermo que va á morir ya sabéis que se saca lo que se puede.

— Sin duda, sin duda; pero es necesario poder acercarse al enfermo.

— ¿ Sabéis lo que necesitaríais para ser bien recibida por madama Dubarry?

— ¿ Qué?

— Necesitaríais llevar este despacho á su negro.

— ¿ Yo!

— ¡ Magnífica entrada en materia!

— ¿ Lo creéis así, monseñor? dijo la condesa consternada.

— Estoy seguro de ello, pero....

— Pero... repitió madama de Bearn.

— ¿ Pero no conocéis á ninguna persona que sea amiga suya?

— ¿ Y vos, monseñor?

— ¿ Yo?

— Sí.

— Yo, apurado me vería.

— Vamos, decididamente, dijo la pobre vieja desesperada con tantas alternativas: decididamente no quiere

hacer nada por mí la fortuna. V. E. me recibe como jamás he sido recibida, cuando ni aun esperaba tener el honor de verle, y sin embargo, me falta todavía alguna cosa: no solamente estoy dispuesta á hacer la corte á madama Dubarry, yo, una Bearn, sino que para verla no tengo inconveniente en hacerme la comisionada de ese espantoso negrillo, á quien no habría honrado con un puntapié si le hubiese encontrado en la calle; y he aquí que no puedo llegar siquiera hasta ese pequeño monstruo.

El señor de Maupeou volvió á acariciar su barba y discurría al parecer, cuando el ujier anunció de repente:

— El señor vizconde Juan Dubarry.

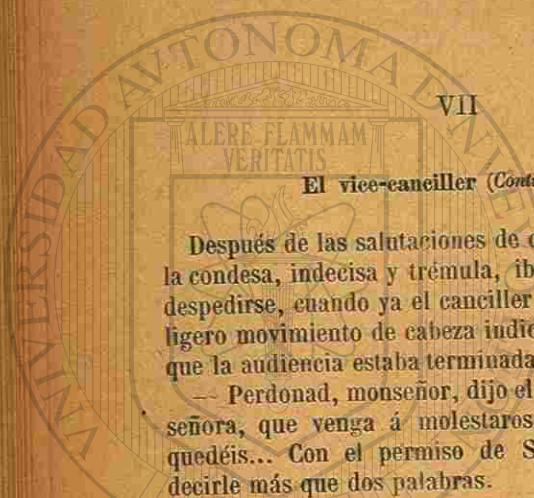
Á estas palabras el canciller dió una palmada en señal de asombro, y la condesa cayó sobre un sillón sin pulso y sin aliento.

— ¡ Decid ahora que os abandona la fortuna! exclamó el canciller. ¡ Ah! condesa, condesa, el cielo, por el contrario, combate en vuestro favor.

Volviéndose en seguida hacia el ujier sin dar á la pobre vieja tiempo para recobrase de su estupor, dijo:

— Decidle que entre.

El ujier se retiró, y al cabo de un instante volvió precediendo á nuestro conocido Juan Dubarry, que entró con aire desenvuelto y con el brazo encabestrillado.



## El vice-canciller (Continuación)

Después de las salutations de costumbre, y cuando la condesa, indecisa y trémula, iba á levantarse para despedirse, cuando ya el canciller la saludaba con un ligero movimiento de cabeza indicando por esta señal que la audiencia estaba terminada :

— Perdonad, monseñor, dijo el vizconde ; perdonad, señora, que venga á molestaros, os suplico que os quedéis... Con el permiso de S. E. no tengo que decirle más que dos palabras.

La condesa volvió á sentarse sin hacerse de rogar ; su corazón rebosaba de alegría y palpitaba de impaciencia.

— ¿ Pero tal vez os estorbaré, señor ? balbuceó la condesa.

— ¡ Oh ! no. Dos palabras solamente tengo que decir á S. E. ; me bastan diez minutos de su precioso tiempo, el puramente necesario para exponer mi queja.

— ¿ Queja, decís ? preguntó el canciller al señor Dubarry.

— ¡ Asesinado ! monseñor : sí, ¡ asesinado ! Ya comprendéis ; no puedo dejar pasar esta clase de cosas. Que se nos vilipendie, que se nos denigre, á todo eso puede uno sobrevivir : pero que no se nos degüelle, porque entonces nuestra muerte es infalible.

— Explicaos, señor, dijo el canciller aparentando asombro.

— Pronto concluyo... pero, ¡ Dios mío ! siento interrumpir la audiencia de esta señora.

— La señora condesa de Bearr, dijo el canciller presentando la vieja dama al vizconde Juan Dubarry. Este retrocedió graciosamente para hacer su reverencia ; la condesa hizo lo mismo, y ambos se saludaron con tanta ceremonia como hubieran hecho en la corte.

— Cuando acabéis, señor vizconde, dijo ella.

— Señora condesa, no me atrevo á cometer un crimen de lesa galantería.

— Hablad, señor, hablad, mi asunto es solamente relativo á intereses ; el vuestro es relativo al honor, y por consiguiente tenéis más prisa que yo.

— Señora, dijo el vizconde, me aprovecharé de vuestra amabilidad.

Y refirió su asunto al canciller, que le escuchó gravemente.

— Necesitaria testigos, dijo el señor de Maupeou después de un momento de silencio.

— ¡ Ah ! exclamó Dubarry, reconozco en vos al juez íntegro, que no quiere ceder á otra influencia que á la de la irrecusable verdad. Pues bien, os presentaré testigos....

— Monseñor, dijo la condesa, ya hay uno.

— ¿ Quién ? preguntaron á un tiempo el vizconde y el señor de Maupeou.

— ¡ Yo ! dijo la condesa.

— ¡ Vos, señora ! exclamó el canciller.

— Escuchad, señor, ¿ no ha pasado la ocurrencia en el pueblo de La Chaussée ?

— Sí, señora.

— ¿ En la casa de postas ?

— Sí.

— Pues bien, yo seré vuestro testigo. He pasado por el sitio del atentado dos horas después de haberse cometido.

— ¿De veras, señora? dijo el canceller.

— ¡Ah! me colmáis de favores, dijo el vizconde.

— Por más señas, prosiguió la condesa, que todo el pueblo estaba refiriendo todavía el suceso.

— Os advierto, señora, dijo el vizconde, que si consentís en servirme en este negocio, es muy probable que los Choiseul hallen medio de haceros arrepentir de vuestra generosidad.

— ¡Ay! exclamó el canceller, y les sería esto tanto más fácil, cuanto que la señora condesa tiene en este momento un pleito de éxito dudoso.

— ¡Monseñor, monseñor, dijo la condesa llevándose las manos á la frente, no hago más que rodar de un abismo en otro!

— Apoyaos un poco en el señor vizconde, dijo el canceller á media voz, y os prestará un brazo sólido.

— Nada más que uno, dijo Dubarry; pero conozco á quien tiene dos buenos y largos, y os los ofrece.

— ¡Ay! señor vizconde, exclamó la vieja, ¿es formal esa oferta?

— ¡Pardiez! servicio por servicio, señora, yo acepto los vuestros; aceptad los míos. ¿Está dicho?

— Sí, los acepto, señor... ¡Oh! es demasiada felicidad.

— Pues bien, señora, ahora mismo voy á visitar á mi hermana; dignaos tomar un asiento en mi coche...

— Sin motivo, sin preparativos, ¡Oh! señor, no me atrevo.

— Tenéis un motivo, señora, dijo el canceller deslizando en la mano de la condesa el despacho de Zamora.

— Señor canceller, exclamó la condesa, sois mi dios

tutelar. Señor vizconde, sois la flor de la nobleza francesa.

— Estoy á vuestra disposición, dijo el vizconde mostrando el camino á la condesa, que partió como un pájaro.

— Gracias por mi hermana, dijo en voz baja Juan al señor de Maupeou; gracias, primo mío. Me parece que he representado bien mi papel.

— Perfectamente, dijo Maupeou; pero no te olvides de contar allá abajo cómo he representado yo el mío. Por lo demás, te advierto que te guardes de la vieja, porque es muy ladina.

En aquel momento se volvió la condesa.

Los dos hombres se encorvaron para hacer una salutación ceremoniosa.

Un coche magnífico, con lacayos de regias libreas, esperaba á la puerta. La condesa se instaló en él henchida de orgullo, Juan hizo una seña, y el coche partió.

Después de salir el rey del cuarto de madama Dubarry, después de un recibimiento corto y sencillo como el rey había anunciado á los cortesanos, la condesa había quedado sola con Chon y su hermano, quien no se había mostrado desde luego, á fin de que no se pudiese averiguar el estado de su herida, que en realidad era demasiado ligera.

El resultado del consejo de familia había sido entonces que la condesa, en lugar de partir para Luciennes, como había dicho al rey que iba á hacer, había marchado para Paris. La condesa tenía allí en la calle de Valois un pequeño palacio que servía de posada á toda aquella familia errante sin cesar por montes y por valles, cuando los asuntos mandaban ó los placeres retenían.

La condesa se instaló en su palacio, tomó un libro y esperó.

Durante este tiempo el vizconde preparó sus baterías.

La favorita no había tenido valor de atravesar á París sin asomar la cabeza de vez en cuando á la portezuela, porque uno de los instintos de las mujeres lindas es mostrarse al público, pues conocen que son dignas de dejarse ver. La condesa, pues, no tuvo inconveniente en manifestarse, de suerte que no tardó en propagarse la noticia de su llegada á París, y desde las dos de la tarde hasta las seis recibió más de veinte visitas, lo cual fué un beneficio para aquella pobre condesa, que se hubiera muerto de tedio si se hubiera quedado sola, pero, gracias á esta distracción, pasó el tiempo meditando y coqueteando.

Cuando el vizconde pasó por delante de la iglesia de San Eustaquio conduciendo á la condesa de Bearn á casa de su hermana, se podían leer clara y distintamente en el gran cuadrante las siete y media.

La conversación habida en el coche expresó todas las vacilaciones de la condesa en aprovecharse de tan buena fortuna.

Por parte del vizconde se notaba la afectación de cierta dignidad de protectorado, y admiraciones sin número sobre la singular casualidad que proporcionaba á madama de Bearn el conocimiento de madama Dubarry.

Por su parte madama de Bearn no se cansaba de hablar sobre la política y afabilidad del vice-canciller.

A pesar de estas mentiras reciprocas, los caballos no avanzaban con menos celeridad, y llegaron á la casa de la condesa á las ocho menos algunos minutos.

— Permitidme, señora, dijo el vizconde dejando á madama de Bearn en un salón de recibimiento, per-

mitidme que vaya á anunciar á madama Dubarry el honor que la espera.

— ¡ Oh ! señor, dijo la condesa, no consentiré que se la incoode.

Juan se aproximó á Zamora, que había atisbado por las ventanas del vestíbulo la llegada del vizconde, y le dió una orden en voz baja.

— ¡ Oh ! qué negrito tan hermoso ! exclamó la condesa. ¿ Es de vuestra señora hermana ?

— Sí, señora; es uno de sus favoritos, dijo el vizconde.

— ¡ Oh ! le felicito por ello.

Casi al mismo tiempo se abrieron las dos hojas de la puerta del salón de recibimiento, y el lacayo introdujo á la condesa de Bearn en el gran salón, donde madama Dubarry daba sus audiencias.

Mientras que la litiganta examinaba suspirando el lujo de aquel delicioso retiro, Juan Dubarry había ido á buscar á su hermana.

— ¿ Es ella ? preguntó la condesa.

— En carne y hueso.

— ¿ No sospecha nada ?

— Absolutamente nada.

— ¿ Y el vice-canciller ?

— Perfectamente. Todo conspira en nuestro favor, querida amiga.

— Entonces, puesto que ella nada sospecha, no permanezcamos más tiempo juntos.

— Tienes razón, pues me merece el concepto de ser una moza muy fina. ¿ Dónde está Chon ?

— Ya lo sabes, en Versalles.

— Sobre todo, que no se deje ver.

— Se lo he recomendado bastante.

— Entonces podéis entrar, princesa.

Madama Dubarry empujó la puerta del gabinete y entró.

Aquellas dos actrices, animadas del deseo de complacerse una á otra, cumplieron escrupulosamente todas las ceremonias de etiqueta desplegadas en semejantes casos en la época en que pasan los acontecimientos que referimos.

Madama Dubarry fué la primera que tomó la palabra.

— Ya he dado gracias á mi hermano, señora, dijo, por haberme proporcionado el honor de vuestra visita; y ahora os las doy á vos por haberos tomado la molestia de venir á verme.

— Y yo, señora, respondió la litiganta llena de gozo, no sé qué términos emplear para expresaros todo mi agradecimiento por la amable acogida que me dispensáis.

— Señora, exclamó á su vez la condesa haciendo una reverencia respetuosa, es un deber para mí ofrecer mis respetos á una dama tan distinguida como vos, y sólo deseo la ocasión de servirlos.

Y hechas las tres reverencias por una y otra parte, la condesa Dubarry indicó un sillón á madama Bearn, y ella ocupó otro.

## VIII

## El despacho de Zamora

— Señora, dijo la favorita á la condesa, hablad, ya os escucho.

— Permite, hermana mía, dijo Juan, que permanezca de pie, permite que te advierta que esta señora no viene á pretender nada, y que el objeto de su visita es desempeñar una comisión que el señor canciller le ha confiado para ti.

Madama de Bearn dirigió una mirada llena de gratitud á Juan, y presentó á la condesa el despacho firmado por el vice-canciller, en el cual se erigía á Luciennes en palacio real, y se confería á Zamora el título de su gobernador.

— Mucho os agradezco, señora, ese servicio, dijo la condesa después de haber dirigido una rápida ojeada al despacho, y sólo deseo una ocasión de pagaros....

— ¡ Oh! es cosa muy fácil, señora, exclamó la pleitista con una vivacidad que encantó á los dos hermanos.

— ¿ De qué modo, señora? Decídmelo.

— Puesto que mi nombre, señora, no debe seros desconocido....

— ¡ Como desconocido! ¡ una Bearn!

— ¡ No habéis oído hablar de un pleito de que depende toda mi fortuna?

Madama Dubarry empujó la puerta del gabinete y entró.

Aquellas dos actrices, animadas del deseo de complacerse una á otra, cumplieron escrupulosamente todas las ceremonias de etiqueta desplegadas en semejantes casos en la época en que pasan los acontecimientos que referimos.

Madama Dubarry fué la primera que tomó la palabra.

— Ya he dado gracias á mi hermano, señora, dijo, por haberme proporcionado el honor de vuestra visita; y ahora os las doy á vos por haberos tomado la molestia de venir á verme.

— Y yo, señora, respondió la litiganta llena de gozo, no sé qué términos emplear para expresar todo mi agradecimiento por la amable acogida que me dispensáis.

— Señora, exclamó á su vez la condesa haciendo una reverencia respetuosa, es un deber para mí ofrecer mis respetos á una dama tan distinguida como vos, y sólo deseo la ocasión de servirlos.

Y hechas las tres reverencias por una y otra parte, la condesa Dubarry indicó un sillón á madama Bearn, y ella ocupó otro.

## VIII

## El despacho de Zamora

— Señora, dijo la favorita á la condesa, hablad, ya os escucho.

— Permite, hermana mía, dijo Juan, que permanezca de pie, permite que te advierta que esta señora no viene á pretender nada, y que el objeto de su visita es desempeñar una comisión que el señor canciller le ha confiado para ti.

Madama de Bearn dirigió una mirada llena de gratitud á Juan, y presentó á la condesa el despacho firmado por el vice-canciller, en el cual se erigía á Luciennes en palacio real, y se confería á Zamora el título de su gobernador.

— Mucho os agradezco, señora, ese servicio, dijo la condesa después de haber dirigido una rápida ojeada al despacho, y sólo deseo una ocasión de pagaros....

— ¡ Oh! es cosa muy fácil, señora, exclamó la pleitista con una vivacidad que encantó á los dos hermanos.

— ¿ De qué modo, señora? Decídmelo.

— Puesto que mi nombre, señora, no debe seros desconocido....

— ¡ Como desconocido! ¡ una Bearn!

— ¡ No habéis oído hablar de un pleito de que depende toda mi fortuna?

- Que os disputan los Saluces, según creo.
- ¡ Ay ! sí, señora.
- Sí, sí, conozco ese negocio, dijo la condesa; S. M. habló de él delante de mi á mi primo el señor de Maupeou.
- ¿ S. M., exclamó la litiganta, S. M. ha hablado de mi pleito ?
- Sí, señora.
- ¿ Y en qué términos ?
- ¡ Ay ! pobre condesa ! exclamó á su vez madama Dubarry meneando la cabeza.
- ¡ Ay ! pleito perdido ! ¿ no es verdad ? exclamó la vieja con triste acento.
- Si os he de decir la verdad, mucho lo temo, señora.
- ¿ Lo ha dicho S. M. ?
- S. M., sin manifestar su opinión, porque es prudente y delicado, consideraba al parecer esos bienes como adquiridos por la familia de los Saluces.
- ¡ Oh ! Dios mío ! Dios mío ! Si S. M. estuviese al corriente del negocio, si supiera que se trata de una cesión procedente de una obligación ya satisfecha... sí, porque se han pagado las doscientas mil libras. Verdad es que no tengo los recibos, pero tengo las pruebas morales, y si pudiera defenderme á mi misma delante del Parlamento, demostraria por deducción....
- ¡ Por deducción ! interrumpió la condesa, que no comprendía absolutamente nada de lo que le decía madama de Bearn, pero que, sin embargo, parecia prestar la más seria atención á su defensa.
- Sí, señora, por deducción.
- La prueba por deducción es admisible, dijo Juan.
- ¡ Ah ! ¿ lo creéis así, señor vizconde ? exclamó la vieja.

- Lo creo, sí, respondió el vizconde con mucha gravedad.
- Sí, por deducción probaría que esa obligación de doscientas mil libras, que con los intereses acumulados forma hoy un capital de más de un millón, probaría que esa obligación fechada en 1406 ha debido ser satisfecha por Guido Gastón IV, conde de Bearn, en la hora de su muerte en 1417, puesto que se halla escrito de su puño y letra en su testamento : « En la hora de mi muerte, *no debiendo nada á los hombres* y dispuesto á comparecer delante de Dios. »
- Bien, ¿ y qué ? dijo la condesa.
- ¡ Y qué ! ya comprendéis ; si nada debía á los hombres, es prueba de que había pagado á los Saluces, pues de otro modo hubiera dicho : « *Debiendo 200,000 libras,* » en lugar de decir « *no debiendo nada.* »
- Es indudable que lo hubiera dicho, interrumpió Juan.
- ¿ Pero no tenéis otra prueba ?
- ¡ Además de la palabra de Gastón IV ? No, señora ; pero él es á quien llamaban el irreprensible.
- Mientras vuestros adversarios tienen la obligación.
- Sí, lo sé, dijo la vieja, y he ahí precisamente lo que embrolla el pleito.
- Habiera debido decir lo que lo esclarece, pero madama de Bearn veía las cosas bajo el punto de vista que más le acomodaba.
- ¿ Según eso, vuestra convicción es que los Saluces están reintegrados ? dijo Juan.
- Sí, señor vizconde, contestó madama de Bearn, sí, esa es mi convicción.
- ¿ Pero sabes, Juan, replicó la condesa volviéndose á su hermano, sabes que esa deducción, como dice

madama de Bearn, cambia terriblemente el aspecto de las cosas ?

— Terriblemente ; sí, señora, replicó Juan.

— Terriblemente para mis adversarios, continuó la condesa ; los términos del testamento de Gastón IV son terminantes : « no debiendo nada á los hombres. »

— No solamente es claro, sino lógico, dijo Juan. No debía nada á los hombres, luego ha pagado lo que les debía.

— Luego ha pagado, repitió madama Dubarry.

— ¡ Ah ! señora, ¿ que no fuerais mi juez ? exclamó la vieja condesa.

— En otro tiempo, dijo el vizconde, en un caso semejante no se hubiera recurrido á los tribunales, pues bastaría el juicio de Dios para decidir el negocio. Por lo que hace á mí, es tal la convicción que tengo de la bondad de la causa, que si semejante medio de defensa estuviese aun en uso, me comprometería á ser el campeón de la señora condesa.

— ¡ Oh, señor !

— Como os lo digo ; por otra parte no haría más que lo que hizo mi abuelo Dubarry Moore, que tuvo el honor de aliarse á la familia real de los Estuardos, cuando combatió en campo cerrado por la joven y hermosa Edith de Scarborough, y obligó á su adversario á confesar que mentía como un bellaco ; pero desgraciadamente, continuó el vizconde lanzando un suspiro, no vivimos en aquellos gloriosos tiempos, y los hidalgos, cuando discuten sus derechos, deben someter hoy la causa al juicio de un hato de golillas, que no comprenden una frase tan clara como esta : « no debiendo nada á los hombres. »

— Pero escucha, hermano mío, hace trescientos años que se escribió esa frase, se aventuró á decir madama Dubarry, y es menester contar con lo que

en el tribunal se llama, según creo, la prescripción.

— No importa, no importa, dijo Juan, estoy convencido de que si S. M. oyese á la señora condesa defender su pleito como acaba de hacerlo delante de nosotros.....

— ¡ Oh ! lo convencería, ¿ no es verdad, señor ? estoy segura de ello.

— Y yo también.

— Sí, pero ¿ cómo haremos para que me oiga ?

— Sería preciso para eso que me hicierais el favor de ir á verme un día en Luciennes, y como S. M. me dispensa el honor de visitarme con frecuencia.....

— Sí, no hay duda, pero todo eso depende de la casualidad.

— ¡ Vizconde ! dijo la condesa con encantadora sonrisa, ya sabéis que yo confío mucho en la casualidad ; no tengo por qué quejarme de ella.

— Y sin embargo, la casualidad puede hacer que en ocho días ó en quince, y aun en tres semanas, no vea esta señora á S. M.

— Es verdad.

— Entretanto su pleito debe verse el lunes ó martes.

— El martes, señor.

— Y estamos en viernes.

— ¡ Oh ! entonces, dijo madama Dubarry con aire desesperado, entonces será preciso renunciar á esta esperanza !

— ¿ Cómo renunciar ? dijo el vizconde con aire profundamente pensativo ; nada menos que eso.

— ¿ Una audiencia en Versalles ? dijo tímidamente madama de Bearn.

— ¡ Oh ! no la obtendríais.

— ¿ Con vuestra protección, señora ?

— ¡ Oh ! mi protección nada podría servir ; S. M.



aborrece los asuntos oficiales, y en este momento se ocupa solamente en uno solo.

— ¿El de los parlamentos? preguntó madama de Bearn.

— No, el de mi presentación.

— ¡ Ah! exclamó la vieja litiganta.

— Porque bien sabéis, señora, que á pesar de la oposición del señor de Choiseul á pesar de las intrigas del señor de Praslin, y á pesar de las proposiciones de madama de Grammont, el rey ha decidido que sea yo presentada.

— No, no, señora, no lo sabía; dijo la litiganta.

— ¡ Ah! sí, está decidido, dijo Juan.

— ¿Y cuándo se verificará esa presentación, señora?

— Muy pronto.

— El rey quiere que se verifique antes de la llegada de madama la Delfina, á fin de poder llevar á mi hermana á las fiestas de Compiègne.

— ¡ Ah! comprendo; es decir que os halláis en disposición de ser presentada? preguntó tímidamente la condesa.

— ¡ Oh! sí. Madama la baronesa de Alogny; ¿conocéis á la baronesa de Alogny?

— No, señora. ¡ Ay! no conozeo á nadie; hace veinte años que he abandonado la corte.

— Pues bien, madama la baronesa de Alogny es la que me sirve de madrina. El rey la protege decididamente; su marido es gentilhombre de cámara; su hijo pasa á la guardia con promesa de obtener pronto una tenencia; su baronía se ha erigido en condado; los bonos contra la caja del rey se han permutado en acciones de la villa, y el día de la presentación recibirá mil escudos al contado.

— ¡ Ah! lo comprendo todo, dijo la condesa de Bearn con graciosa sonrisa.

— ¡ Ah! estoy discurrendo, exclamó Juan.

— ¿ Qué? preguntó madama Dubarry.

— ¡ Qué lástima! añadió dando un bote sobre su asiento; ¡ qué lástima que no hubiese visto ocho días antes á la señora condesa en casa de nuestro primo el vice-canciller!

— ¿ Qué?

— Que entonces no teníamos compromiso alguno con la baronesa de Alogny.

— Hablas, hermano, como una esfinge, dijo madama Dubarry, y yo no te comprendo.

— ¿ No me comprendes?

— No.

— Apuesto cualquier cosa á que me comprende la señora condesa.

— Perdonad, señor, pero en vano procuro comprender.

— Hace ocho días que no tenías madrina.

— Es verdad.

— Pues bien... ¿ avanzo tal vez demasiado?

— No, habla.

— Esta señora te hubiera servido de madrina, y lo que el rey hace por madama de Alogny lo hubiera hecho por la señora condesa.

La litiganta abrió tamaños ojos.

— ¡ Ay! exclamó.

— ¡ Si supierais, continuó Juan, con cuánta generosidad se ha dignado S. M. conceder todos esos favores! No ha habido necesidad de pedirselos, sino que se ha anticipado. Desde que se le dijo que la baronesa de Alogny se ofrecía por madrina de Juana: « En hora buena, dijo, estoy cansado de todas esas necias que son más orgullosas que yo, según parece. Condesa, me presentaréis esa mujer, ¿ no es verdad? ¿ Tiene algún pleito pendiente, algunas deudas?

Los ojos de la condesa se dilataron mucho más.

— Solamente, añadió el rey, me disgusta una cosa.

— Sí, una sola. « Una sola cosa me disgusta, y es que para la presentación de madama Dubarry hubiera yo querido un nombre histórico. » Y al pronunciar S. M. estas palabras miraba al retrato de Carlos I hecho por Vandiek.

— Sí, comprendo, dijo la vieja litiganta. S. M. decía eso, á causa de la alianza de los Dubarry y Moore con los Estuardos, de que ahora mismo hablabais.

— Justamente.

— El hecho es, dijo madama de Bearn con una entonación imposible de describir, el hecho es que jamás he oído hablar de los Alogny.

— Sin embargo, es muy buena familia, dijo la condesa, y ha presentado sus pruebas ó poco menos.

— ¡ Ah ! Dios mío ! exclamó de repente Juan levantándose de su sillón.

— ¿ Qué es eso ? ¿ qué tienes ? exclamó madama Dubarry haciendo los mayores esfuerzos por contener la risa, al ver las contorsiones de su cunado.

— ¿ Qué es eso, señor vizconde, os habéis pinchado tal vez ? preguntó la vieja litiganta con cierto interés.

— No, dijo Juan dejándose caer suavemente sobre su sillón, no, es una idea que me ocurre.

— ¿ Qué idea ? dijo la condesa riendo, casi te ha trastornado.

— ¡ Muy buena debe ser ! exclamó madama de Bearn.

— ¡ Excelente !

— En ese caso dínosla.

— Sólo tiene una cosa de malo.

— ¿ Qué cosa ?

— Que es imposible de ejecutar.

— Sin embargo, díla.

— Temo apesadumbrar á alguna persona.

— No importa, habla, vizconde, habla.

— Estaba pensando que si se dijera á madama de Alogny la observación que hacía el rey al mirar el retrato de Carlos I.

— ¡ Oh ! sería poco atento.

— Verdad es.

— Entonces no pensemos ya en eso.

— ¡ Qué lástima ! continuó el vizconde, como hablando consigo mismo, ¡ las cosas marchaban tan bien ! La condesa, que tiene un gran nombre y que es mujer de talento, podía ofrecerse en lugar de la baronesa de Alogny, en cuyo caso ganaría su pleito, su hijo tendría una tenencia, y como la señora condesa ha hecho muchos gastos durante los diferentes viajes que ese pleito le ha obligado á hacer á París, se le daría una indemnización. ¡ Ah ! semejante fortuna no se presenta dos veces en la vida !

— ¡ Ay ! no, ¡ ay ! no, no pudo menos de exclamar madama de Bearn aturdida por aquel golpe imprevisto.

En la posición en que se hallaba la pobre litiganta, todo el mundo hubiera dicho lo que ella y habría quedado anonadado en el fondo de su sillón.

— Ya ves, hermano mío, dijo la condesa con un acento de profunda compasión, ya ves como has afligido á la señora condesa, ¿ no bastaba que yo le hubiese probado que nada podía pedir al rey antes de mi presentación ?

— ¡ Oh ! ; si pudiera hacer suspender mi pleito !

— Ocho días solamente, dijo Dubarry.

— Sí, ocho días, dijo madama de Bearn, en ocho días será presentada vuestra hermana.

— Sí, pero dentro de ocho días el rey estará en Compiègne en medio de las fiestas ; la Delfina habrá llegado.

— Es verdad, es verdad, dijo Juan, pero.....

— ¿Qué?

— Esperad; se me ocurre otra idea.

— ¿Cuál, señor, cuál? dijo la litiganta.

— Me parece, sí, no, ¡si si si!

Madama de Bearn repitió con ansiedad los monosílabos de Juan.

— ¡Habéis dicho sí, señor vizconde! exclamó la vieja condesa.

— Creo que he dado en el ítem de la dificultad.

— Habla.

— Escuchad esto.

— Escuchamos.

— Todavía es un secreto tu presentación, ¿no es verdad?

— Sin duda, sólo esta señora.....

— ¡Oh! ¡estad tranquila! exclamó la litiganta.

— Tu presentación es un secreto; se ignora que has encontrado una madrina.

— Sin duda; el rey quiere que la nueva estalle como una bomba.

— ¡Oh! esta vez somos felices.

— ¿De veras, señor vizconde? preguntó madama de Bearn.

— Somos felices, repitió Juan.

Los oídos se abrieron, los ojos se dilataron, y Juan aproximó su sillón á los otros dos sillones.

— La señora condesa, por consiguiente, ignora que vas á ser presentada y que has hallado una madrina.

— Sin duda lo ignoraría si no me lo hubieseis dicho.

— Natural es suponer que no nos habéis visto, y de consiguiente que lo ignoráis todo. Pedís una audiencia al rey.

— Pero la señora condesa dice que el rey me la negará.

— Pedís audiencia al rey, ofreciéndole ser madrina de la condesa. Ya comprendéis. ¡Ignoráis que tiene una! Pedís, pues, audiencia al rey ofreciéndooos ser madrina de mi hermana. S. M. no podrá menos de acoger favorablemente una petición hecha por una señora de vuestro rango. S. M. os recibe, os da las gracias, os pregunta lo que debe hacer por complaceros. Le habláis de vuestro pleito, hacéis valer vuestras deducciones. S. M. se hace cargo de todo, recomienda el asunto, y os encontraréis con vuestro pleito ganado cuando lo creíais perdido.

Madama Dubarry fijó en la condesa una mirada de curiosidad. Esta conoció probablemente el lazo que se la tendía.

— ¡Oh! yo, miserable criatura, dijo vivamente, ¿cómo queréis que S. M....

— Basta. Creo haber mostrado en esta ocasión mi buena voluntad, dijo Juan.

— Si no se tratase más que de eso..... dijo la condesa vacilando.

— La idea no es mala, replicó madama Dubarry sonriendo. Pero acaso la señora condesa muestre repugnancia á semejantes supercherías, aun tratándose de ganar su pleito.

— ¡Á semejantes supercherías! replicó Juan. ¡Ah! ¡no por cierto! y pregunto ¿quién sabrá esas supercherías?

— La señora tiene razón, contestó la condesa, esperando salir del atolladero por medio de este sesgo, y preferiría prestarle un servicio positivo para conciliarle realmente su amistad.

— Esa es demasiada amabilidad seguramente, dijo madama Dubarry con cierto acento de ironía que no se escapó á madama de Bearn.

— Pues bien; todavía tengo un medio, dijo Juan.

— ¿Un medio?

— Sí.

— ¿De hacer ese servicio positivo?

— ¿Sabes, vizconde, que te vas haciendo poeta? dijo madama Dubarry; el señor de Beaumarchais, con toda su brillante imaginación, no tiene tantos recursos como tú.

La vieja condesa esperaba con la mayor ansiedad saber en qué consistía aquel recurso.

— Dejemos bromas á un lado, dijo Juan. Tú eres íntima amiga de madama Alogny, ¿no es verdad?

— Bien sabes que lo soy.

— ¿Se incomodaría si no te presentase?

— Es muy posible.

— Supongo que no habiais de ir á decirle de buenas á primeras lo que ha dicho el rey, esto es, que no quiere para semejante cargo una nobleza adocenada. Pero tú eres mujer de talento, y ya sabrias lo que habias de decirle.

— ¿Y qué? preguntó Juana.

— Que cediese á esta señora la ocasión de prestarte un servicio, y al mismo tiempo de asegurar su suerte.

La vieja tembló. Esta vez el ataque era directo. No habia respuesta evasiva posible.

Sin embargo encontró una.

— No quisiera, sin embargo, faltar á esta señora, y entre gente de categoría deben guardarse todos los miramientos debidos.

Madama Dubarry hizo un movimiento de despecho que su hermano calmó con una seña.

— Nota bien, señora, dijo, que yo no os propongo nada. Tenéis un pleito pendiente; á cualquiera le sucede lo mismo; deseáis ganarlo, cosa muy natural; lo tenéis ya perdido, y esto os desespera; disculpo esa desesperación, y hasta me intereso por vos: he que-

rido hallar un medio de convertir su mal estado en bueno, y veo que he hecho mal; pues bien, no hablemos más del asunto.

Y Juan se levantó.

— ¡Oh, señor! exclamó la vieja con profundo sentimiento, pues empezaba á conocer que los Dubarry, que hasta entonces habia tenido por indiferentes en su pleito, estaban también ligados en contra de él; ¡oh, señor! todo lo contrario, reconozco y admiro vuestra benevolencia.

— Pero ya comprendéis, replicó Juan con una indiferencia perfectamente representada, que me es indiferente que mi hermana sea presentada por madama de Alogny, por madama de Polastrón ó por madama de Bearn.

— ¿Quién lo duda, señor?

— Pues bien, solamente me incomodaría que los beneficios del rey recayesen sobre algún corazón depravado, que, ganado por un interés sórdido, hubiese capitulado ante nuestro poder, comprendiendo la imposibilidad de derribarlo.

— ¡Oh! eso sería lo que probablemente llegaría á suceder, dijo madama Dubarry.

— Mientras vos, señora, continuó diciendo Juan, mientras vos, que nada habéis solicitado, que apenas nos conocéis, y que de tan buena voluntad os ofrecéis, sois digna bajo todos conceptos de aprovechar las ventajas de la posición.

La litiganta iba tal vez á reclamar contra aquella buena voluntad con que la honraba el vizconde, pero madama Dubarry no la dió tiempo.

— El resultado es, que semejante conducta encantaría al rey, y nada sabria negar á la persona que la observase.

— ¡Cómo! ¿decís que el rey no sabría negar nada?

— Es decir, que se anticiparía á los deseos de esa persona; es decir, que con vuestros propios oídos oiriais á S. M. decir al vice-canciller: « Quiero que se sirva á madama de Bearn, ¿lo entendéis, señor de Maupeou? » Pero parece que la señora condesa ve dificultades en que esto se haga así. Está bien. Solamente, añadió el vizconde inclinándose, espero que sabrá agradecer mi buena voluntad.

— Estoy penetrada de gratitud, señor, exclamó la vieja; pero.....

— ¿Que queréis decir?

— Que madama Alogny no cederá á su derecho.

— Entonces, volvemos á lo que decíamos al principio; no por eso tendrá menos mérito vuestro ofrecimiento, ni S. M. se mostrará menos agradecido.

— Pero suponiendo que madama de Alogny aceptase, dijo la condesa profundizando la materia, no podremos hacer perder á esa dama las ventajas.

— La bondad del rey para conmigo es inagotable, señora, dijo la favorita.

— Si os ofreciera mis servicios, señora, replicó la vieja condesa estimulada á la vez por su interés y por la comedia que se representaba con ella, no atendería al buen éxito de mi pleito; porque al fin, ese pleito, que todo el mundo mira hoy como perdido, difícilmente se ganará mañana.

— ¡ Ah ! sin embargo, si el rey quisiese, respondió el vizconde apresurándose á combatir aquella nueva vacilación.

— Pues bien, la señora condesa tiene razón, vizconde, dijo la favorita, y yo soy de su parecer.

— ¿ Qué decís ? exclamó el conde abriendo tamaños ojos.

— Digo que sería honroso para una mujer que lleva un nombre tan ilustre como el de la señora condesa,

que el proceso marchase como debe marchar. Solamente que nadie puede poner trabas á la voluntad del rey, ni detenerle en el camino de su munificencia. ¿ Y si el rey, no queriendo, sobre todo en la situación en que se halla con sus parlamentos, si el rey, no queriendo cambiar el curso de la justicia, ofreciese á la señora condesa una indemnización ?

— Honrosa, se apresuró á decir el vizconde. ¡ Oh ! sí, hermana mía, soy de tu parecer.

— ¡ Ay ! exclamó lastimosamente la litiganta, ¿ cómo indemnizar la pérdida de un pleito que asciende á 200,000 libras ?

— En primer lugar, por una donación real de 100,000 libras, dijo madama Dubarry.

Los dos hermanos miraron ávidamente á su víctima.

— Tengo un hijo, dijo la vieja condesa.

— Tanto mejor, con eso habrá un defensor más para el Estado y un nuevo defensor del rey.

— ¿ Creéis, señora, que podría hacer algo en favor de mi hijo ?

— Yo respondo de ello, dijo Juan, y lo menos que puede esperar es una tenencia en los gendarmes.

— ¿ Tenéis más parientes ? preguntó la favorita.

— Un sobrino.

— Pues bien, ya buscaríamos alguna cosa para el sobrino. Y te daremos ese encargo, vizconde, puesto que acabas de probarnos que tienes una imaginación fecunda, dijo riendo la favorita.

— Veamos, si S. M. hiciese por vos todas estas cosas, señora, dijo el vizconde, que, siguiendo el precepto de Horacio, quería llevar las cosas á su desenlace, ¿ os parecería el rey razonable ?

— Me parecería generoso sobre todo encarecimiento,

y daría un millón de gracias á esta señora, convencida de que debía á ella tanta generosidad.

— Así, pues, señora, preguntó la favorita, ¿tomáis seriamente nuestra conversación?

— Sí, señora, dijo la vieja condesa algo turbada por el compromiso que acababa de contraer.

— ¿Y permitís que hable de vos á S. M.?

— Dispensadme ese honor, respondió la litiganta lanzando un suspiro.

— Señora, esta misma noche lo más tarde, dijo la favorita levantándose; y ahora espero haber conquistado vuestra amistad.

— La vuestra es tan preciosa para mí, respondió la vieja haciendo nuevas reverencias, que á la verdad creo que me hallo bajo el influjo de un sueño.

— Veamos, recapitulemos, dijo Juan que quería dar al espíritu de la condesa toda la fijeza que el espíritu necesita para llevar á término las cosas materiales. Veamos; en primer lugar, 100,000 libras por vía de indemnización de los gastos del pleito, viajes, honorarios de abogados, etc., etc.

— Sí, señor.

— Después una tenencia para el joven conde.

— ¡Oh! sería un buen principio de carrera.

— Y alguna cosa para un sobrino, ¿no es verdad?

— ¿Alguna cosa?

— Ya encontraremos alguna cosa, eso queda á mi cargo.

— ¿Y cuándo tendré el honor de volver á veros, señora condesa? preguntó la litiganta.

— Mañana por la mañana os enviaré mi coche para que paséis á Luciennes, donde estará el rey. Mañana á las diez habré cumplido mi promesa; S. M. estará ya avisado, y no tendréis que esperar.

— Permitid que os acompañe, dijo Juan ofreciendo el brazo á la condesa.

— No lo consentiré, dijo la vieja; os suplico, señor, que os quedéis.

Juan insistió.

— Á lo menos, hasta el descanso de la escalera.

— Puesto que os empeñáis...

Y se asió del brazo del vizconde.

— ¡Zamora! dijo la condesa.

Zamora se presentó.

— Que alumbren á la señora hasta el zaguán, y que arrimen á la puerta el coche de mi hermano.

Zamora partió como un rayo.

— En verdad que me confundís con vuestros favores, dijo madama de Bearn.

Y ambas condesas se dirigieron su última reverencia. Al llegar al descanso de la escalera, el vizconde Juan abandonó el brazo de madama de Bearn y se volvió hacia su hermana, mientras la litiganta bajaba majestuosamente la escalera.

Zamora marchaba delante; detrás de Zamora seguían dos lacayos con hachas encendidas, y después venía madama de Bearn, cuya cola, algo corta, llevaba otro lacayo.

Los dos hermanos se asomaron á una ventana á fin de seguir hasta su coche con la vista á aquella preciosa madrina, buscada con tanto cuidado y hallada con tanta dificultad.

Al llegar madama de Bearn al pie de la escalera, entraba en el patio una silla de posta, y una joven se lanzaba por la portezuela.

— ¡Ah! señorita Chon! exclamó Zamora abriendo desmesuradamente sus gruesos labios; buenas tardes, señorita Chon!

Madama de Bearn permaneció con un pie en el aire;

acababa de reconocer en aquella joven á la supuesta hija de maese Flageot.

Dubarry había abierto precipitadamente su ventana, y desde ella hacía muchas señas á su hermana, que no le veía.

— ¿Está aquí ese tonto de Gilberto? preguntó Chon á los lacayos sin ver á la condesa.

— No, señor, respondió uno de ellos; no le hemos visto.

Entonces fué cuando al levantar los ojos vió las señas que hacía Juan. Siguió la dirección de su mano, de aquella mano invenciblemente extendida hacia madama de Bearn.

Chon la reconoció, lanzó un grito, bajó su cofia, y se escondió en el vestíbulo.

La vieja, sin haber observado nada al parecer, subió al coche, y dió las señas de su casa al cochero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

El rey se aburre

El rey, que había partido para Marly, según había anunciado, dió orden hacia las tres de la tarde para que le condujeran á Luciennes.

Debía suponer que madama Dubarry, apenas recibiera su billete, se apresuraría á dejar también á Versailles para ir á esperarle en la encantadora habitación que recientemente se había hecho para ella, y que el rey había ya visitado por dos ó tres veces sin haber pasado allí la noche, bajo el pretexto de que Luciennes no era castillo real.

No fué poca su sorpresa cuando al llegar encontró á Zamora poco engreído con su nuevo destino de gobernador, divirtiéndose en arrancar las plumas de la cotorra que quería morderle.

Los dos favoritos eran rivales, como el señor de Choiseul y madama Dubarry.

El rey se instaló en el salón y despidió su comitiva.

No tenía costumbre de preguntar á los criados ni á los lacayos, á pesar de ser el caballero más curioso de su reino, pero Zamora no era un lacayo, sino cierta cosa que ocupaba su rango entre el titi y la cotorra.

El rey, pues, preguntó á Zamora:

— ¿La condesa está en el jardín?

— No, señor, dijo Zamora.

Esta palabra reemplazaba el título de majestad, de

acababa de reconocer en aquella joven á la supuesta hija de maese Flageot.

Dubarry había abierto precipitadamente su ventana, y desde ella hacía muchas señas á su hermana, que no le veía.

— ¿Está aquí ese tonto de Gilberto? preguntó Chon á los lacayos sin ver á la condesa.

— No, señor, respondió uno de ellos; no le hemos visto.

Entonces fué cuando al levantar los ojos vió las señas que hacía Juan. Siguió la dirección de su mano, de aquella mano invenciblemente extendida hacia madama de Bearn.

Chon la reconoció, lanzó un grito, bajó su cofia, y se escondió en el vestíbulo.

La vieja, sin haber observado nada al parecer, subió al coche, y dió las señas de su casa al cochero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IX

El rey se aburre

El rey, que había partido para Marly, según había anunciado, dió orden hacia las tres de la tarde para que le condujeran á Luciennes.

Debía suponer que madama Dubarry, apenas recibiera su billete, se apresuraría á dejar también á Versailles para ir á esperarle en la encantadora habitación que recientemente se había hecho para ella, y que el rey había ya visitado por dos ó tres veces sin haber pasado allí la noche, bajo el pretexto de que Luciennes no era castillo real.

No fué poca su sorpresa cuando al llegar encontró á Zamora poco engreído con su nuevo destino de gobernador, divirtiéndose en arrancar las plumas de la cotorra que quería morderle.

Los dos favoritos eran rivales, como el señor de Choiseul y madama Dubarry.

El rey se instaló en el salón y despidió su comitiva.

No tenía costumbre de preguntar á los criados ni á los lacayos, á pesar de ser el caballero más curioso de su reino, pero Zamora no era un lacayo, sino cierta cosa que ocupaba su rango entre el titi y la cotorra.

El rey, pues, preguntó á Zamora:

— ¿La condesa está en el jardín?

— No, señor, dijo Zamora.

Esta palabra reemplazaba el título de majestad, de



que madama Dubarry, por uno de sus caprichos, había despojado al rey en Luciennes.

— Entonces, ¿ estará en el estanque de los peces ?

— Á fuerza de gastos considerables había hecho sobre la montaña un lago, que se alimentaba con las aguas del acueducto, y había trasladado á él los peces más lindos de Versalles.

— No, señor, volvió á responder Zamora.

— ¿ Pues dónde está ?

— En París, señor.

— ¿ Cómo en París !... ¿ No ha venido á Luciennes la condesa ?.....

— No, señor, pero ha enviado aquí á Zamora.

— ¿ Para qué ?

— Para esperar al rey.

— ¿ Ah ! ah ! exclamó Luis XV, te han encargado que me recibas. Es divertida la sociedad de Zamora. Gracias, condesa, gracias.

Y el rey se levantó algo despechado.

— ¿ Oh ! no, dijo el negro, el rey no tendrá la sociedad de Zamora.

— ¿ Y por qué ?

— Porque Zamora se va.

— ¿ Y adónde vas ?

— Á París.

— Entonces me quedo solo. Me alegro. ¿ Pero qué vas á hacer en París ?

— Á ver á mi ama Barri y decirle que el rey está en Luciennes.

— ¿ Ah ! ah ! ¿ es decir que la condesa te ha encargado me digas eso ?

— Sí, señor.

— ¿ Y no ha dicho lo que haría mientras la esperase ?

— Ha dicho que dormiría.

— ¿ Vaya ! dijo en voz baja el rey, quiere decir que no va á tardar, y sin duda quiere darme alguna sorpresa.

En seguida añadió en voz alta :

— Pues marcha pronto y vuelve con la condesa.....

Pero á propósito, ¿ cómo vas á ir ?

— En el caballo blanco con mantilla encarnada.

— ¿ Y cuánto tiempo necesitas para llegar á París en el caballo blanco ?

— No lo sé, dijo el negro ; pero se va pronto, muy pronto. Zamora gusta de andar ligero.

— ¿ Vaya ! no es malo que á Zamora le guste andar ligero.

Y se asomó á la ventana para ver partir á Zamora.

Un lacayo le ayudó á montar, y el negro, gracias á esa feliz ignorancia del peligro que pertenece exclusivamente á la infancia, partió al galope, acurrucado sobre su gigantesca montura.

Luego que el rey quedó solo, preguntó al lacayo si había que ver alguna cosa nueva en Luciennes.

— Sí, señor, respondió el criado, el señor Boucher, que está pintando el gran gabinete de madama la condesa.

— ¿ Ah ! Boucher. ¿ Ese pobre Boucher está aquí ! dijo el rey con una especie de satisfacción, ¿ y dónde decis que está ?

— En el pabellón, en el gabinete ; ¿ quiere S. M. que le acompañe á donde está el señor Boucher ?

— No, no quiero, me gusta más ver los peces. Dame un cuchillo.

— ¿ Un cuchillo, señor ?

— Sí, y un pan grande.

El lacayo volvió al punto trayendo en una fuente de loza del Japón un pan grande, en el que venía clavado un cuchillo largo y cortante.

El rey hizo seña al lacayo que le acompañase, y se dirigió satisfecho hacia el estanque.

Era una tradición de familia dar de comer á los peces, y el gran rey no saltó á ella ni un solo día.

Luis XV se sentó sobre un banco de musgo, desde donde se disfrutaba una vista encantadora.

En primer lugar, abarcaba el pequeño lago con sus orillas cubiertas de césped; más allá la aldea situada entre dos colinas, una de las cuales se eleva al Este como la roca cubierta de musgo de Virgilio; de suerte que las casas techadas de paja que sostiene parecen juguetes de niños embalados en una caja llena de helecho.

Más lejos se distinguían las casas de San Germán, sus escaleras gigantescas y las infinitas macetas de flores de sus terrados; algo más lejos los ribazos azules de Saunois y de Cormeilles; en fin, un cielo teñido de rosa y gris, encerrando todo aquello como hubiera hecho una magnífica cúpula de cobre.

El tiempo estaba tempestuoso. El follaje daba cierto color oscuro á los verdes prados; el agua, inmóvil y unida como una vasta superficie de aceite, se abría de repente algunas veces cuando desde el fondo se lanzaba algún pez semejante á una saeta de plata para coger las moscas de los estanques que arrastraban sus largas patas sobre el agua; entonces aparecían grandes círculos, que, ensanchándose progresivamente, llegaban á cubrir toda la superficie del lago con sus ondas blancas mezcladas de círculos negros.

Véase también por las orillas elevarse los hocicos de los peces silenciosos, que seguros de no hallar ni el anzuelo ni la red, venían á chupar los tréboles caídos, y mirar con sus ojos fijos, que parecen no ver, las lagartijas y las ranas refocilándose entre los junco.

Cuando el rey, á fuer de hombre que sabe cómo se

pierde el tiempo, hubo mirado el paisaje por todos lados y contado las casas de la aldea y pueblos inmediatos, cogió el pan del plato que habían dejado á su lado, y se puso á cortarlo en grandes trozos.

Los peces oyeron chillar el acero sobre la corteza, y familiarizados con aquel ruido que les anunciaba la comida, vinieron tan cerca como era posible á presentarse á S. M. para que se sirviera darles su refección ordinaria. Lo mismo hacían con cualquier lacayo; pero el rey creyó que salían al fresco solo por él.

El rey arrojó uno tras otro los pedazos de pan que, sumiéndose primero y pareciendo después en la superficie del lago, eran disputados por algún tiempo, pero, desmenuzándose después de repente, disueltos por el agua, desaparecían en un instante.

Era, en efecto, un espectáculo muy curioso y divertido ver todas aquellas cortezas de pan empujadas por hocicos invisibles, y agitándose sobre el agua hasta el momento en que se sepultaban para siempre.

Al cabo de media hora, S. M., que había tenido la paciencia de cortar cien pedazos de pan, sobre poco más ó menos, tuvo la satisfacción de no ver sobrenadar ni uno solo.

Pero también entonces se aburrió el rey, y se acordó que el señor Boucher podía proporcionarle una distracción secundaria; esta distracción era menos picante que la de los peces; pero en el campo es preciso conformarse con lo que buenamente se encuentra.

Dirigióse, pues, el rey al pabellón. Boucher estaba ya avisado. Mientras pintaba, ó más bien fingía que estaba pintando, seguía á Luis XV con la vista; así es que pudo verle perfectamente encaminarse hacia el pabellón, y, enajenado de gozo, se puso á pintar con aire distraído, pues se le había encargado que aparentase ignorar que el rey estaba en Luciennes. Oyó el

ruido de los pasos del rey, y empezó á bosquejar un amor molettudo en el acto de robar una flor á una pastoreita vestida con un corpiño de raso azul y cubierta la cabeza con un sombrerito de paja.

Temblábale la mano, y el corazón le latía. Luis XV se detuvo en el umbral.

— ¡ Ah ! señor Boucher, le dijo, ¡ cómo apestaís á trementina !

Y pasó de largo.

El pobre Boucher, que, aun cuando suponía al rey muy poco artista, esperaba otro cumplimiento, estuvo á punto de caer de su escalera.

Bajó y se retiró con las lágrimas en los ojos sin raspar su paleta, ni lavar sus pinceles, cosa que no dejaba de hacer todas las tardes al terminar su tarea.

S. M. sacó el reloj. Eran las siete.

En seguida entró en el castillo, hizo rabiarse al mono y hablar á la cotorra, y sacó de los armarios todos los juguetes de china que contenían.

Llegó la noche.

S. M. no gustaba de los aposentos oscuros, y se encendieron luces, pero tampoco gustaba de la soledad.

— Que estén prontos mis caballos dentro de un cuarto de hora, dijo el rey.

— Le doy aun un cuarto de hora, añadió, ni un minuto más.

Y Luis XV se tendió sobre el sofá frente á la chimenea, tomándose por todo trabajo el aguardar que trascurriesen los quince minutos, es decir novecientos segundos.

Al cuarto movimiento de la péndula, la cual representaba un elefante montado en una sultana color de rosa, S. M. estaba ya durmiendo.

Como es de suponer, el lacayo que venía á anunciar que el coche estaba dispuesto, viendo á S. M. dormido,

se guardó bien de despertarle, y resultó de esa atención hacia el augusto sueño, que él, al despertarse solo, vió enfrente de sí á madama Dubarry muy poco dormida, á lo menos según parecía, y mirándole con grandes ojos. Zamora aguardaba la primera orden en el ángulo de la puerta.

— ¡ Ah ! ¡ estáis ahí, condesa ! dijo el rey sentándose, pero volviendo á tomar la posición vertical.

— Sin duda, señor, aquí estoy, y hace ya largo tiempo, respondió la condesa.

— ¡ Oh ! es decir, desde hace largo tiempo.....

— ¡ Vaya ! á lo menos hace una hora. ¡ Oh, cómo duerme V. M. !

— Mirad, condesa, si he de decir la verdad, como no estábais aquí, me aburría terriblemente, y además ¡ duermo tan mal por la noche ! ¡ Sabéis que estaba para marchar ?

— Sí, he visto los caballos de V. M. enganchados.

El rey miró el péndulo.

— ¡ Qué veo ! ¡ Las diez y media ! dijo. He dormido cerca de tres horas.

— Cierto es, señor ; y decís que no se duerme bien en Luciennes.

— ¡ Tenéis razón ! ¡ Pero qué diablos estoy viendo ? exclamó el rey percibiendo á Zamora.

— Es el gobernador de Luciennes, señor.

— Todavía no, todavía no, dijo el rey riendo ; ¿ cómo trae el uniforme ese tunante antes de ser nombrado ? Parece que cuenta mucho con mi palabra.

— Vuestra palabra, señor, es sagrada, y todos tenemos derecho á contar con ella ; pero Zamora tiene más que vuestra palabra, señor, pues tiene su diploma.

— ¿ Cómo ?

— Me lo ha enviado el canciller ; es este. Ahora la única formalidad que falta para su instalación, es el

juramento; mandadle que lo preste pronto, y que nos custodie.

— Acercaos, señor gobernador, dijo el rey.

Zamora se aproximó. Estaba vestido de casaca de uniforme con cuello bordado, y llevaba charreteras de capitán, calzón corto, medias de seda y espadín. Marchaba tieso y á compás, con un enorme sombrero de tres picos bajo el brazo.

— ¿Sabrá siquiera jurar? dijo el rey.

— ¡Vaya si sabrá! Probadlo, señor.

— Avanzad, dijo el rey mirando cuidadosamente á aquella negra moña.

— ¡De rodillas! dijo la condesa.

— Prestad juramento, añadió Luis XV.

El negrillo puso una mano sobre el corazón y la otra en las del rey, y dijo:

— Juro fe y homenaje á mi dueño y á mi dueña, juro defender hasta la muerte el castillo cuya custodia se me confía, y comer hasta el último tarro de dulce antes de rendirme, si soy atacado.

El rey se echó á reír así de la fórmula del juramento como de la seriedad con que Zamora lo pronunciaba.

— En cambio de ese juramento, repuso recobrando la dignidad conveniente, os confiero, señor gobernador, el derecho soberano, derecho de alta y baja justicia sobre todos los habitantes del aire, de la tierra, del fuego y del agua de este palacio.

— Gracias, señor, respondió Zamora levantándose.

— Y ahora, dijo el rey, ve á pasear tu linda casaca por las cocinas, y déjanos en paz.

Zamora salió, y al salir él por una puerta, Chon entraba por la otra.

— ¡Ah! ¡conque estáis aquí, pequeña Chon! Buenos días, Chon.

Y el rey la puso sobre sus rodillas y la besó.

— Vamos, mi pequeña Chon, continuó; tú vas á decirme la verdad.

— ¡Ah! ¡cuidado, señor, dijo Chon, porque venís muy mal! ¡La verdad! creo que sería la primera vez de mi vida que la dijese. Si queréis saber la verdad, dirigios á Juana, que no sabe mentir.

— ¿Es así, condesa?

— Señor, Chon tiene demasiado buena opinión de mí. El ejemplo me ha perdido, y especialmente desde esta noche estoy decidida á mentir como una verdadera condesa, si no es bueno decir la verdad.

— ¡Ah! exclamó el rey. Parece que Chon tiene alguna cosa que ocultarme.

— Os aseguro que no.

— Algún duquesito, algún marquesito, algún vizcondito á quien se habrá ido á ver.

— No lo creo, replicó la condesa.

— ¿Qué dice Chon?

— No lo creemos, señor.

— Será preciso que yo pida un informe sobre eso á la policía.

— ¿Á la del señor de Sartines ó á la mía?

— Á la del señor de Sartines.

— ¿Y cuánto daréis por él?

— Me informa de cosas tan curiosas, que no regatearé.

— Entonces dad la preferencia á mi policía, y recibid mi informe, pues os servirá... regiamente.

— ¿Y os venderéis vos misma?

— ¡Por qué no, si la suma vale el secreto?

— Pues bien, acepto. Veamos el informe, pero cuidado con no mentir.

— ¡La Francia, me estáis insultando!

— Quiero decir, cuidado con los rodeos.

— Y bien, señor, preparad los fondos; he aquí el informe.

— Ya están, dijo el rey haciendo sonar algunas monedas de oro en su bolsillo.

— Primeramente, han visto á la condesa madama Dubarry en París á eso de las dos de la tarde.

— Después, después; eso ya lo sé yo.

— En la calle de Valois.

— No digo que no.

— Á eso de las seis se incorporó á ella Zamora.

— También es posible; pero ¿qué iba á hacer madama Dubarry en la calle de Valois?

— Iba á su casa.

— Ya comprendo, pero ¿á qué iba á su casa?

— Á aguardar á su madrina.

— ¡Su madrina! repitió el rey con un gesto que no pudo reprimir del todo, ¿luego va á bautizarse?

— Sí, señor, en las grandes pilas bautismales de Versalles.

— Á fe mía que hace mal; ¡le sentaba tan bien el paganismo!

— ¿Qué queréis, señor? Ya sabéis el proverbio que dice: Quiere uno lo que no tiene.

— ¿De suerte que queremos tener una madrina?

— Y la tenemos, señor.

El rey se estremeció y se encogió de hombros.

— Mucho me agrada ese movimiento, señor, porque me prueba que V. M. se desesperaría si viera la derrota de las Grammont, de las Guemenée y de todas las hipócritas de la corte.

— ¿Qué decís?

— ¿Sin duda, vos os ligáis con todas esas personas?

— ¡Yo me ligo!... Condesa, es preciso que sepáis que el rey solo se liga con reyes.

— Es verdad, pero todos vuestros reyes son los amigos del señor de Choiseul.

— Volvamos á vuestra madrina, condesa.

— Sí, lo prefiero, señor.

— ¿Conque habéis logrado fabricaros una?

— La he hallado fabricada, y de buena hechura; una condesa de Bearn, descendiente de príncipes que han reinado, ni más ni menos. Espero que esto no deshonrará á la aliada de los aliados de los Estuardos.

— ¡La condesa de Bearn! exclamó el rey sorprendido; no conozco más que una que debe habitar hacia Verdún.

— La misma, y ha hecho el viaje sólo para eso.

— ¿Y os dará la mano?

— Las dos manos.

— ¿Y cuándo?

— Mañana, á las once de la mañana, tendrá el honor de ser recibida particularmente por mí, y al mismo tiempo, si la demanda no es indiscreta, pedirá al rey que se digne fijar un día, y vos se lo fijaréis el más próximo posible, ¿no es verdad, señor La Francia?

El rey se echó á reír, pero sin franqueza.

— Sin duda, sin duda, respondió besando la mano de la condesa.

Pero de súbito:

— ¡Mañana á las once! exclamó.

— Sin duda, á la hora del almuerzo.

— ¡Imposible, querida amiga!

— ¿Cómo imposible?

— Porque no almuerzo aquí: me marcho esta noche.

— ¿Qué es lo que decís! exclamó madama Dubarry, que sentía helársele el corazón. ¿Vos partís, señor?

— Es preciso, querida condesa, pues he citado á Sartines para un trabajo muy urgente.

— Como gustéis, señor; pero á lo menos espero que cenaréis aquí.

— ¡ Oh, sí! acaso cenaré. Si, tengo bastante hambre; cenaré.

— Manda que sirvan, Chon, dijo la condesa á su hermana haciéndole una seña particular que sin duda tenía relación con un convenio hecho de antemano.

Chon salió.

El rey vió la seña en un espejo, y aunque no pudo comprenderla, adivinó que le tendían un lazo.

— ¡ Pero no, no! dijo. Aun me es imposible el cenar... Necesito partir en este mismo instante. Tengo que firmar, porque hoy es sábado.

— ¡ Bien, sea así! Voy á mandar que arrimen los caballos.

— Sí, querida hermosa.

— ¡ Chon!

Chon volvió á presentarse.

— Los caballos del rey, dijo la condesa.

— ¡ Muy bien! respondió Chon con una sonrisa.

Y salió de nuevo.

Un instante después se oyó su voz que gritaba en la antecámara:

— ¡ Los caballos del rey!

## X

## El rey se divierte

El rey, encantado de su golpe de autoridad con que castigaba á la condesa de haberle hecho aguardar, al paso que le libraba de los disgustos de la presentación, se dirigió hacia la puerta del salón, al mismo tiempo que volvía á entrar Chon.

— ¡ Y bien! ¿ veis por ahí mi servidumbre?

— No, señor, no hay ninguno de la servidumbre de V. M. en las antesalas.

El rey se adelantó á su vez hasta la puerta.

— ¡ Mi servidumbre! gritó.

Nadie respondió; hubiérase dicho que el mudo castillo no tenía siquiera eco.

— ¡ Quién diablos creería, dijo el rey volviendo á entrar en la sala, que soy el nieto del que dijo: Estuve cerca de esperar?

Y se dirigió á la ventana que él abrió.

Pero la explanada estaba como las antesalas: sin caballos, ni picadores, ni guardias. Sólo la noche se ofrecía á sus ojos y á su alma en toda su calma y majestad, alumbrada por una admirable luna, que mostraba, temblando como olas agitadas, las copas de los árboles del bosque de Chatou, y arrancaba millones de luminosas lentejuelas al Sena, culebra gigantesca y perezosa, cuyos pliegues no podían seguirse,

— Es preciso, querida condesa, pues he citado á Sartines para un trabajo muy urgente.

— Como gustéis, señor; pero á lo menos espero que cenaréis aquí.

— ¡ Oh, sí! acaso cenaré. Si, tengo bastante hambre; cenaré.

— Manda que sirvan, Chon, dijo la condesa á su hermana haciéndole una seña particular que sin duda tenía relación con un convenio hecho de antemano.

Chon salió.

El rey vió la seña en un espejo, y aunque no pudo comprenderla, adivinó que le tendían un lazo.

— ¡ Pero no, no! dijo. Aun me es imposible el cenar... Necesito partir en este mismo instante. Tengo que firmar, porque hoy es sábado.

— ¡ Bien, sea así! Voy á mandar que arrimen los caballos.

— Sí, querida hermosa.

— ¡ Chon!

Chon volvió á presentarse.

— Los caballos del rey, dijo la condesa.

— ¡ Muy bien! respondió Chon con una sonrisa.

Y salió de nuevo.

Un instante después se oyó su voz que gritaba en la antecámara:

— ¡ Los caballos del rey!

## X

## El rey se divierte

El rey, encantado de su golpe de autoridad con que castigaba á la condesa de haberle hecho aguardar, al paso que le libraba de los disgustos de la presentación, se dirigió hacia la puerta del salón, al mismo tiempo que volvía á entrar Chon.

— ¡ Y bien! ¿ veis por ahí mi servidumbre?

— No, señor, no hay ninguno de la servidumbre de V. M. en las antesalas.

El rey se adelantó á su vez hasta la puerta.

— ¡ Mi servidumbre! gritó.

Nadie respondió; hubiérase dicho que el mudo castillo no tenía siquiera eco.

— ¡ Quién diablos creería, dijo el rey volviendo á entrar en la sala, que soy el nieto del que dijo: Estuve cerca de esperar?

Y se dirigió á la ventana que él abrió.

Pero la explanada estaba como las antesalas: sin caballos, ni picadores, ni guardias. Sólo la noche se ofrecía á sus ojos y á su alma en toda su calma y majestad, alumbrada por una admirable luna, que mostraba, temblando como olas agitadas, las copas de los árboles del bosque de Chatou, y arrancaba millones de luminosas lentejuelas al Sena, culebra gigantesca y perezosa, cuyos pliegues no podían seguirse,

desde Bougival hasta Maisons, es decir, en un espacio de cuatro ó cinco leguas de vueltas y revueltas.

Luego, en medio de todo eso, un ruiseñor improvisaba uno de esos maravillosos cantos que sólo se oyen en el mes de mayo, como si sus alegres notas no pudiesen hallar una naturaleza digna de ellas más que en los primeros días de primavera, que apenas vienen se sienten huir.

Toda aquella armonía fué perdida para Luis XV, rey de poca imaginación, poco poeta, poco artista, pero muy material.

— Veamos, condesa, dijo con despecho, os suplico que deis vuestras órdenes. ¡ Qué diablos! es menester que esta chanza tenga fin!

— Señor, respondió la condesa con aquel hechicero enfado que casi siempre le salía bien, yo no soy quien manda aquí.

— En todo caso tampoco soy yo, dijo Luis XV, porque ya podéis ver cómo me obedecen.

— Vos, señor, no mandáis más que yo.

— Entonces, ¿ quién es el que manda? ¿ sois vos, Chon?

— ¡ Yo? dijo la joven, sentada al otro lado de la sala en un sillón en que hacía pareja con la condesa. Tengo bastante trabajo en obedecer, y no es cosa de tomarme el de mandar.

— Pero entonces, ¿ quién es aquí el amo?

— ¡ Pardiez! el señor gobernador.

— ¿ El señor Zamora?

— Sí.

— Es justo, que llamen á alguno.

La condesa, con un ademán de adorable negligencia, alargó el brazo hacia un cordón de seda rematado por una bellota de perlas, y llamó.

Hallábase en la antesala un lacayo, á quien, según

todas las probabilidades, habían enseñado de antemano la lección, y se presentó.

— Que venga el gobernador, dijo el rey.

— El gobernador, dijo respetuosamente el lacayo, se halla velando por la preciosa existencia de V. M.

— ¿ En dónde está?

— Rondando.

— ¡ Rondando! repitió el rey.

— Con cuatro oficiales, respondió el lacayo.

— Justamente como el señor de Marlboroug, exclamó la condesa.

El rey no pudo reprimir una sonrisa.

— Sí, es gracioso, dijo, pero eso no impide que enganchen.

— Señor, el gobernador ha mandado cerrar las caballerizas porque no sirviesen de refugio á algún malhechor.

— Mis picadores ¿ en dónde están?

— En los dormitorios.

— ¿ Qué hacen?

— Están durmiendo.

— ¡ Cómo! ¿ están durmiendo?

— Por orden.

— ¿ Por orden de quién?

— Del gobernador.

— ¿ Pero las puertas? dijo el rey.

— ¿ Qué puertas, señor?

— Las puertas del castillo.

— Están cerradas.

— Muy bien, pero se pueden pedir las llaves.

— Señor, las llaves las trae el gobernador colgadas de su cinto.

— ¡ Vaya un castillo bien guardado! dijo el rey, ¡ Diabla, qué orden



El lacayo, viendo que el rey no le hacía nuevas preguntas, salió.

La condesa, tendida sobre un sillón, mordiscaba una bella rosa, junto á la cual sus labios parecían de coral.

— Vamos, señor, dijo con una sonrisa lánguida que le era peculiar, tengo lástima de V. M.; tomad mi brazo, y vamos á buscar. Chon, ven á alumbrarnos.

Chon salió la primera, haciendo la vanguardia, y dispuesta á señalar los peligros, si se presentaban.

Al dar la vuelta del primer pasadizo, comenzó á halagar las narices del rey un perfume capaz de despertar el apetito del más delicado gastrónomo.

— ¡ Ah, ah ! dijo parándose. ¿ De qué es ese olor, condesa ?

— ¿ De qué ha de ser, señor ? De la cena. Creía que el rey me hacía el honor de cenar en Luciennes, y en su virtud he dado las órdenes necesarias.

Luis XV aspiró dos ó tres veces el perfume gastronómico, reflexionando entre sí, que hacía ya largo rato que su estómago le daba señales de existencia, que necesitaba, aun haciendo grande ruido, media hora para despertar á los picadores, un cuarto de hora para enganchar los caballos, diez minutos para ir á Marly, y que, en Marly, en donde no le esperaban, no hallaría más que un *en caso*. Volvió á aspirar el olor-cillo seductor, y, conduciendo á la condesa, se paró delante de la puerta del comedor.

Dos cubiertos estaban puestos en una mesa espléndidamente iluminada y servida con suntuosidad.

— ¡ Caramba ! dijo Luis XV, ¿ qué buen cocinero tenéis, condesa !

— Señor, hoy era precisamente su día de prueba, y el pobre diablo había hecho maravillas para merecer

la aprobación de V. M. Es capaz de cortarse el pescuezo como ese pobre Vatel.

— ¡ Verdaderamente ! ¿ vos lo creéis ? dijo Luis XV.

— Especialmente tenía, señor, una tortilla de huevos de faisán, con la que contaba....

— ¡ Una tortilla de huevos de faisán ! Precisamente son las que yo adoro.

— ¡ Ved qué lástima !

— Y bien; condesa, no demos pesadumbre á vuestro cocinero, dijo el rey riendo, acaso mientras cenamos volverá de su ronda el señor Zamora.

— ¡ Ah, señor ! ¡ excelente idea ! dijo la condesa no pudiendo ocultar su satisfacción por haber alcanzado aquel primer triunfo. ¡ Venid, señor, venid !

— Pero ¿ quién ha de servirnos ? preguntó el rey buscando inútilmente un solo paje.

— ¡ Ah, señor ! dijo madama Dubarry, ¿ os parece peor vuestro café cuando soy yo quien os lo presenta ?

— No, condesa, y aun diría cuando sois vos quien lo hace.

— Pues bien; entonces venid, señor.

— ¡ Dos cubiertos solamente ! exclamó el rey. ¿ Y Chon ? ¿ ha cenado ya ?

— Señor, nadie habría osado sin una orden expresa de V. M....

— ¡ Dejemos eso ! interrumpió el rey, cogiendo él mismo de un vasar un plato y un cubierto. Ven, pequeña Chon... Ahí, enfrente á nosotros.

— ¡ Oh, señor !... dijo Chon.

— ¡ bien, bien ! Haz ahora la muy humilde y obediente, ¡ hipócrita ! Poneos aquí, condesa, cerca de mí, al lado... ¿ Qué lindo perfil tenéis !

— ¿ Es hoy cuando lo habéis notado, señor La Francia ?

— ¿ Qué queréis ? Me he acostumbrado á miraros de

frente, condesa. Decididamente, vuestro cocinero es un *gran cordón*: ¡ qué guisado !

— ¿ Luego he tenido razón en despedir al otro ?

— Perfectamente razón.

— Entonces, señor, seguid mi ejemplo, pues ya veis que no podéis menos de ganar en ello.

— No comprendo.

— He despedido á mi Choiseul, despedid vos al vuestro.

— Nada de política, condesa; servidme de ese Madera.

El rey alargó su vaso, la condesa cogió una garrafa de cuello estrecho, y sirvió al rey.

La presión hizo ponerse blancos los dedos y rosadas las uñas del gracioso copero.

— Echad largo tiempo y con suavidad, condesa, dijo el rey.

— ¿ Para no enturbiar el vino, señor ?

— No, para darne tiempo de ver vuestra mano.

— ¡ Ah ! decididamente, señor, dijo la condesa riendo ! V. M. está hoy con vena de descubrimientos.

— ¡ En verdad que sí ! dijo el rey, quien iba recordando poco á poco su buen humor; y creo que estoy muy cerca de descubrir.....

— ¿ Un mundo ? preguntó la condesa.

— ¡ No, no ! respondió el rey; un mundo es demasiado ambicionar, y ya tengo muy bastante con un reino. Pero sí una isla, un rinconcito de tierra, una montaña encantada, un palacio cuya Armida será una bella dama de mis amigas, y cuya entrada estará defendida por toda especie de monstruos, cuando me plazca olvidar.

— Señor, dijo la condesa presentando al rey una botella de vino de Champaña helado, invención ente-

ramente nueva en aquella época, aquí tenéis justamente agua tomada del río Leteo.

— ¡ Del río Leteo, condesa ! ¿ Estáis segura de ello ?

— Sí, señor; es el pobre Juan quien la ha traído de los infiernos, á donde acaba de descender en las tres cuartas partes.

— Condesa, dijo el rey levantando su vaso, brindo á su gloriosa resurrección; pero os ruego que no hablemos de política.

— Entonces, no sé de qué hablaros, señor, y si V. M., que tan bien cuenta las historias, quisiese contarnos una.....

— No, pero voy á recitaros versos.

— ¡ Versos ! exclamó madama Dubarry.

— Sí, versos... ¿ Qué tiene eso de extraño ?

— V. M. los detesta.

— ¡ Diantre ! de cien mil que se fabrican, noventa mil son contra mí.

— ¿ Y los que V. M. va á recitarme, pertenecen á los diez mil que no pueden hacerle perdonar los otros noventa mil ?

— No, condesa, los que voy á recitaros, están dirigidos á vos.

— ¿ Á mí ?

— Á vos.

— ¿ Y por quién ?

— Por Voltaire.

— Y encargó á V. M.....

— Nada de eso; los dirige directamente á V. A.

— ¿ Cómo así, sin una carta ?

— Al contrario, con una carta muy lisonjera.

— ¡ Ah, ya comprendo ! V. M. ha trabajado esta mañana con su director de correos.

— Justamente.

— Leed, señor, leed los versos de Voltaire.

Luis XV desdobló un pequeño papel y leyó :

« Diosa de los placeres, tierna madre de las gracias, ¿ por qué á las fiestas de Pafos mezclas las negras sospechas, las desgracias vergonzosas? ¿ Por qué meditas la pérdida de un héroe? Ulises es caro á la patria; es el apoyo de Agamenón. Su activa política y su vasto genio encadenan el valor de la fiera Ilion. Somete los dioses á tu imperio, Venus; reina por la belleza, recoge, en risueño delirio, las rosas del deleite; pero dignate sonreír á nuestros votos, y devuelve la calma al agitado Neptuno. Ulises, ese mortal formidable para los tiranos, á quien persigues en tu enojo, no es temible para la belleza, sino suspirando á sus pies. »

— Decididamente, señor, dijo la condesa, más picada que agradecida á su poético envío, decididamente, el señor de Voltaire quiere ponerse bien con vos.

— ¡ Oh! en cuanto á eso es trabajo perdido, respondió Luis XV, es un embrollón que si entrase en París lo entregaría todo á saqueo. Que se vaya con su amigo, mi primo Federico II. Demasiado tenemos ya con el señor Rousseau. Pero mirad estos versos, condesa, y meditadlos.

La condesa tomó el papel, lo enrolló como una pajueta y lo puso junto á su plato.

El rey la miraba lo que hacía.

— Señor, dijo Chon, un poco de este tockey.

— Es de las bodegas de S. M. el emperador de Austria, añadió la condesa; bebed con confianza, señor.

— ¡ Oh! de las bodegas del emperador, dijo el rey, solo yo lo tengo.

— También viene de vuestro copero, señor.

— ¡ Cómo! ¿ habéis seducido?

— No, he ordenado.

— Bien, condesa. El rey es un tonto.....

— ¡ Oh! ¡ sí! Pero el señor La Francia.....

— El señor La Francia tiene á lo menos el talento de amarnos de todo corazón.

— ¡ Ah, señor! ¿ por qué no sois verdaderamente señor La Francia sin más añadidura?

— Condesa, nada de política.

— ¿ Tomará café el rey? preguntó Chon.

— Ciertamente.

— ¿ Y S. M. lo quemará como de costumbre? preguntó la condesa.

— Si la señora castellana no se opone á ello.

La condesa se levantó.

— ¿ Qué vais á hacer?

— Voy á servirlos, mauseñor.

— Vamos, dijo el rey estirándose en la silla como un hombre que ha cenado perfectamente, y á quien los buenos manjares han puesto los humores en equilibrio; vamos, veo que lo mejor que puedo hacer es dejarlos obrar; condesa.

La condesa trajo sobre una estufilla de plata una pequeña cafetera que contenía el mocha tostado; colocó delante del rey un plato con una taza de plata sobredorada y una garrafitita de Bohemia, y luego al lado del plato una pequeña pajueta de papel.

El rey, con la profunda atención con que acostumbraba hacer esta operación, calculó su azúcar, midió su café, y derramando suavemente su aguardiente para que sobrenadase el alcohol, tomó el rollito de papel que encendió á la bujía, y con el que comunicó la llama al licor. Luego lo echó en la estufilla, en donde acabó de consumirse.

Cinco minutos después, saboreaba su café con todo el deleite de un gastrónomo consumado.

La condesa le dejó hacer, pero á la última gota:

— ¡ Ah señor ! exclamó. ¡ Habéis encendido vuestro alcohol con los versos de Voltaire ! Eso ha de acarrear desgracias á los Choiseul.

— Me equivocaba, dijo el rey riendo, vos no sois una hada, sois un demonio.

La condesa se levantó.

— Señor, dijo, ¿ quiere ver V. M. si ha entrado el gobernador ?

— ¡ Ah ! ; Zamora ! ; Bah ! ; Y para qué ?

— Para marcharos á Marly, señor.

— Es verdad, dijo el rey haciendo un esfuerzo para arrancarse al bienestar que experimentaba. Vamos á ver, condesa, vamos á ver.

Madama Dubarry hizo una seña á Chon, que se eclipsó.

El rey volvió á su investigación, pero, preciso es decirlo, con ánimo muy diferente del que había presido al principio de la pesquisa. Han dicho los filósofos que la manera sombría ó color rosa con que el hombre examina las cosas, casi siempre depende del estado de su estómago. Y como los reyes tienen estómagos de hombres, y que, aunque en general menos buenos que los de sus súbditos, comunican su buen ó malestar al resto del cuerpo, exactamente como los demás, el rey parecía estar de un humor tan bueno como puede estarlo un rey.

Al cabo de diez pasos por el pasadizo, hirió las narices del rey un nuevo perfume.

Acababa de abrirse una puerta que daba á una linda sala con colgaduras de raso blanco bordado de flores naturales que, alumbrada por una misteriosa luz, descubría la alcoba hacia donde hacía dos horas que se encaminaban los pasos de la encantadora.

— ¡ Y bien, señor ! dijo. Parece que no ha vuelto

Zamora, que seguimos encerrados, y que á no salir de este castillo por las ventanas....

— ¡ Con las sábanas ? preguntó el rey.

— Señor, respondió la condesa con admirable sonrisa, usemos, no abusemos.

El rey abrió los brazos riendo, y la condesa dejó caer la bella rosa, que se deshojó rodando por el tapiz.

Como hemos dicho, el cuarto de dormir de Luciennes era una maravilla de construcción y de adorno. Situado al Oriente, estaba cerrado tan herméticamente por los postigos dorados y por las cortinas de raso, que jamás penetraba allí la luz antes de haber obtenido, como un cortesano, sus pequeñas y grandes entradas.

Por el verano, ventiladores invisibles sacudían allí un aire tamizado, semejante al que habría podido producir un millar de abanicos.

Eran las diez cuando el rey salió del cuarto azul.

Esta vez los equipajes del rey se hallaban aguardando desde las nueve en el patio principal.

Zamora, con los brazos cruzados, daba ó aparentaba dar órdenes.

El rey asomó la cabeza á la ventana, y vió todos aquellos preparativos de marcha.

— ¿Qué significa esto, condesa? preguntó; ¿no almorzamos? Diríase que queréis enviarme en ayunas.

— ¡No lo quiera Dios, señor! respondió la condesa. Pero he creído que V. M. había citado al señor de Sartines para Marly.

— ¡Pardiez! exclamó el rey. ¡Me parece que muy bien se podría mandar decir á Sartines que viniese á verme aquí, puesto que está tan cerca!

— V. M. me hará el honor de creer, dijo la condesa

sonriendo, que no sois vos á quien primero ha ocurrido esa idea.

— Y además, la mañana está demasiado bella para trabajar: almorcemos.

— Sin embargo, sería preciso darme á mí algunas firmas.

— ¿Para madama de Bearn?

— Precisamente, y luego indicar el día.

— ¿Qué día?

— Y la hora.

— ¿Qué hora?

— El día y la hora de mi presentación.

— A fe mía, condesa, que habéis ganado bien vuestra presentación. Fijad vos misma el día.

— Señor, el más próximo posible.

— ¿Conque todo está dispuesto?

— Sí.

— ¿Habéis aprendido á hacer vuestras tres reverencias?

— Así lo creo, puesto que hace un año que me ejercito en ellas.

— ¿Tenéis vuestro vestido?

— Bastan veinticuatro horas para hacerlo.

— ¿Tenéis vuestra madrina?

— Dentro de una hora estará aquí.

— Y bien, condesa; vamos á hacer un convenio.

— ¿Cuál?

— De no hablarme más de la ocurrencia del vizconde Juan con el barón de Taverney.

— ¿Conque sacrificamos al pobre vizconde?

— Sin duda.

— Pues bien, señor, no hablaremos más de eso...

¿El día?

— Pasado mañana.

— ¿La hora?

- Las diez de la noche como de costumbre.
- ¿Queda convenido, señor?
- Queda convenido.
- ¿Palabra real?
- A fe de caballero.
- Toca esos cinco, La Francia.

Y madama Dubarry alargó al rey su linda manecita en la que Luis XV dejó caer la suya.

Aquella mañana todo Luciennes sintió el efecto de la alegría de su dueño. Éste había cedido sobre un punto, en el que hacía largo tiempo que estaba resuelto á ceder, pero había ganado sobre otro, y por consiguiente había salido ganancioso. Tenía que dar cien mil libras á Juan, á condición de que fuese á perderlas en las aguas de los Pirineos ó de Auvernia, y eso debía pasar por un destierro á los ojos de Choiseul. Hubo luisés de oro para los pobres, pasteles para las carpas y elogios para las pinturas de Boucher.

Aunque había cenado perfectamente la vispera, S. M. almorzó con grande apetito.

Entretanto acababan de dar las once, y la condesa, sin dejar de servir al rey, no quitaba la vista del péndulo, demasiado lento para ella.

El mismo rey se había tomado la molestia de decir que si llegaba madama de Bearn, podían introducirla en el comedor.

Fué servido el café, saboreado y tomado, sin que llegase madama de Bearn.

Á las once y cuarto, oyóse resonar en el patio el galope de un caballo.

Levantóse con rapidez madama Dubarry y miró por la ventana.

Un correo de Juan Dubarry se apeaba de un caballo bañado en sudor.

La condesa se estremeció, pero, como le convenía no

dejar traslucir ninguna de sus inquietudes, á fin de mantener al rey en sus buenas disposiciones, volvió á sentarse á su lado.

Un instante después entró Chon con un billete en la mano.

No era caso de retroceder, había que leerlo.

— ¿Qué es eso, gran Chon? ¿Un billete amoroso? preguntó el rey.

— ¡Oh, Dios mio! Sí, señor.

— ¿Y de quién?

— Del pobre vizconde.

— ¿Bien seguro?

— Vedlo vos mismo.

El rey reconoció la letra, y creyendo que le hablaría en él de la aventura de La Chaussée:

— ¡Bueno, bueno! dijo separando la mano. Basta con eso.

La condesa estaba en ascuas.

— ¿Es para mí el billete? preguntó.

— Sí, condesa.

— ¿Permite el rey?.....

— Lo que queráis, ¡pardiez! Entretanto me recitará Chon la fábula del cuervo y el zorro.

Y atrajo á Chon entre sus rodillas, cantando con la voz más falsa de su reino, como decía Juan Jacobo:

Perdi mi servidora  
Perdi mi dicha toda.

La condesa se retiró al alfeizar de una ventana y leyó:

«No aguardes á la vieja malvada, pues pretende que se ha quemado ayer noche un pie y está en cama. Agradece á Chon su llegada de ayer; ella es quien nos

ha acarreado esto, pues la pícara bruja la ha reconocido, y he aquí descubierto el pastel.

» Fortuna tiene con haberse perdido ese bellaco de Gilberto, que es la causa de todo esto. ¡ Le retorcería el pescuezo! Pero, que no se incomode, que si le atrapo, no le ha de fallar ese regalo.

» En resumen. Ven pronto á París, en donde nos hallamos todos como estábamos antes.

» JUAN. »

— ¿Qué es eso? preguntó el rey, que había sorprendido la súbita palidez de la condesa.

— Nada, señor: un boletín de la salud de mi cañado.

— ¿Y ese querido vizeconde va cada vez mejor?

— Cada vez mejor, repitió la condesa. ¡ Gracias, señor! Pero veo que entra un coche en el patio.

— ¿Sin duda es nuestra condesa?

— No, señor, es el señor de Sartines.

— ¡Y bien! dijo el rey viendo que madama Dubarry se dirigía á la puerta.

— Y bien, señor, respondió la condesa; os dejo con él y paso á mi cuarto de tocador.

— ¿Y madama de Bearn?

— Cuando llegue, señor, tendré el honor de hacer advertir á V. M., respondió la condesa estregando el billete en el fondo del bolsillo de su peinador.

— ¡Conque me abandonáis, condesa! dijo el rey con un suspiro melancólico.

— Señor, hoy es domingo; ¡ las firmas, las firmas!...

Y fué á presentarle sus frescas mejillas, á cada una de las cuales aplicó él un fuerte beso, y hecho esto, salió la condesa.

— ¡Váyanse al diablo las firmas, dijo el rey, y los

que vienen á buscarlas! ¡Quién habrá inventado los ministros, las carteras y el papel Tellière!

No bien había concluido el rey esta maldición cuando entraban el ministro y la cartera por la puerta opuesta á aquella por donde se había ido la condesa.

El rey lanzó otro suspiro más melancólico aun que el primero.

— ¡Ah, sois vos, Sartines! dijo el rey. ¡Qué exacto sois!

Estas palabras fueron dichas con un acento, que era imposible saber si eran un elogio ó un reproche.

El señor de Sartines abrió la cartera y se disponía á sacar los papeles, cuando se oyó el ruido de un coche sobre la arena de la calle de árboles.

— ¡Aguardad, Sartines! dijo el rey.

Y corrió á la ventana.

— ¡Cómo! exclamó. ¿Es la condesa que sale?

— La misma, señor, dijo el ministro.

— ¿Luego no aguarda á la condesa de Bearn?

— Señor, estoy tentado á creer que se ha cansado de aguardarla y que la va á buscar.

— Pero esa señora debía venir esta mañana.

— Señor, casi estoy seguro de que no vendrá.

— ¡Cómo! ¿Sabéis eso, Sartines?

— Señor, preciso es que yo sepa un poco de todo, á fin de que V. M. esté satisfecho de mí.

— Pero ¿qué ha sucedido? Decídmelo, Sartines.

— ¿Á la vieja condesa, señor?

— Sí.

— Lo que sucede en todas las cosas, señor; dificultades.

— Pero al cabo ¿vendrá esa condesa de Bearn?

— ¡Hum! ¡hum! Señor, ayer había más seguridad de ello que esta mañana.

— ¡Pobre condesa! exclamó el rey sin poder menos de dejar brillar en sus ojos un rayo de alegría.

— ¡Ah, señor! la cuádruple alianza y el pacto de familia eran un grano de anís al lado del negocio de la presentación.

— ¡Pobre condesa! repitió el rey meneando la cabeza. ¡Nunca llegará á sus fines!

— Lo temo, señor; á menos que V. M. se enfade.

— ¡Y se creía ella tan segura del éxito!

— Lo peor para ella, dijo el señor de Sartines, es que no siendo presentada antes de la llegada de la señora Delfina, es probable que no lo sea nunca.

— Más que probable, Sartines, tenéis razón, porque dicen que mi nuera es muy severa, muy devota y mojigata. ¡Pobre condesa!

— De seguro, repuso el señor de Sartines, que va á causar un pesar muy grande á madama Dubarry el no ser presentada, pero en cambio ahorrará muchos cuidados á V. M.

— ¿Lo creéis así, Sartines?

— Sin duda; no tendremos que oír á los envidiosos, á los murmuradores, á los cancioneros, á los aduladores y á los periodistas. Si madama Dubarry fuese presentada, señor, nos costaría cien mil francos de policía extraordinaria.

— ¿En verdad? ¡Pobre condesa! Sin embargo, ella lo desea mucho.

— Entonces, ordene V. M., y quedarán satisfechos los deseos de la condesa.

— ¿Qué estáis diciendo, Sartines? exclamó el rey. Decidme de buena fe, ¿puedo yo mezclarme en todo eso? ¿Puedo yo firmar la orden de ser bondadoso con madama Dubarry? ¿Y sois vos, Sartines, vos, hombre de talento, quien me aconseja el dar un golpe de Estado por satisfacer el capricho de la condesa.

— ¡Oh! no, señor. Yo me contentaré con decir como V. M.: ¡Pobre condesa!

— Además, dijo el rey, su situación no es tan desesperada. Vos lo veis todo de color de vuestra casaca, Sartines. ¿Quién nos dice que madama de Bearn no mudará de parecer? ¿quién nos asegura que llegará tan pronto la señora Delfina? Tenemos aun cuatro días antes que llegue á Compiègne, y en cuatro días se pueden hacer muchas cosas. Vamos, ¿trabajaremos esta mañana, Sartines?

— ¡Oh, señor! no tiene V. M. más que poner tres firmas.

Y el subdelegado de policía sacó de la cartera un papel.

— ¡Oh, oh! exclamó el rey: ¡Una carta-orden!

— Sí, señor.

— ¿Y contra quién?

— Lo puede ver V. M.

— ¿Contra el señor Rousseau? ¿Qué cosa es ese Rousseau, Sartines, y qué es lo que ha hecho?

— ¡Qué ha hecho! El *Contrato social*, señor.

— ¡Ah! ¡ah! ¿Es contra Juan Jacobo? ¿Conque queréis embastillarle?

— Señor, anda dando escándalo.

— ¿Qué diablo queréis que haga?

— Además, yo no propongo meterle en la Bastilla.

— Entonces, ¿para qué es la carta-orden?

— Señor, para tener el arma preparada.

— No es porque yo me interese por ninguno de vuestros filósofos, dijo el rey.

— Y V. M. hace muy bien en no interesarse, repuso Sartines.

— Pero bien veis que gritarian; además, creía que estaba autorizada su estancia en París.



— Tolerada, señor, pero á condición de que no se presentase en público.

— ¿Y se presenta?

— No hace más que eso.

— ¿Con su traje armenio?

— ¡Oh! no, señor, pues le hemos intimado que lo dejase.

— ¿Y ha obedecido?

— Sí, pero gritando: ¡persecución!

— ¿Y ahora cómo anda vestido?

— Como todos, señor.

— Entonces no es grande el escándalo.

— ¡Cómo, señor! adivinad adónde va diriamente un hombre á quien se ha prohibido presentarse en público.

— Á casa del mariscal de Luxemburgo, á la del señor de Alembert, á la de madama de Epinay.

— ¡Al café de la Regencia, señor! Todas las noches juega allí al ajedrez, por obstinación, porque siempre pierde; y todas las noches tengo que emplear una brigada para vigilar los corrillos que se forman al rededor de la casa.

— Vamos, dijo el rey, los parisienses son aun más bestias de lo que yo creía. Dejadlos que se diviertan así, Sartines, pues durante ese tiempo no gritarán contra la miseria.

— Sí, señor; pero si se le ocurriese un día el pronunciar discursos como los que pronunciaba en Londres.

— ¡Oh! entonces, como habría delito, y delito público, no tendríais necesidad de una carta-orden, Sartines.

El subdelegado de policía conoció que el arresto de Rousseau era una medida cuya responsabilidad regia

quería declinar Luis XV; y por consiguiente no insistió más.

— Ahora, señor, dijo el señor de Sartines, se trata de otro filósofo.

— ¿Aun otro? dijo el rey como fatigado. Pero entonces es cosa de nunca acabar con ellos.

— ¡Ay, señor! ellos son los que nunca acaban con nosotros.

— ¿Y de quién se trata?

— Del señor de Voltaire.

— ¿También ese ha vuelto á entrar en Francia?

— No, señor; y tal vez valdría más que hubiese entrado, pues de ese modo le vigilaríamos.

— ¿Qué es lo que ha hecho?

— No es él quien hace, sino sus partidarios: no tratan nada menos que de erigirle una estatua.

— ¿Ecuestre?

— No señor, aunque os aseguro que es un famoso conquistador de ciudades.

Luis XV se encogió de hombros.

— Señor, desde Poliorcete no he visto un perillán como él, continuó el señor de Sartines. Por todas partes tiene inteligencias secretas, entra donde quiere; los primeros de vuestro reino se hacen contrabandistas para introducir sus libros. El otro día he embargado ocho cajones llenos, dos de ellos dirigidos al señor de Choiseul!

— Es muy divertido.

— Al mismo tiempo, señor, observad que hacen por él lo que por los reyes; le votan una estatua.

— Sartines, no se votan estatuas á los reyes, son ellos los que se las votan. ¿Y quién es el encargado de esa bella obra?

— El escultor Pigale, que ha salido ya para Ferney á fin de ejecutar el modelo. Entretanto llueven las

suscripciones, se han reunido ya seis mil escudos, y advertid, señor, que sólo tienen el derecho de suscribir las personas de letras. Todos acuden con la ofrenda, de manera que es una procesión. El mismo Rousseau ha entregado sus dos luises.

— ¡Y bien! ¿qué queréis que haga? dijo Luis XV. Yo no soy hombre de letras, y no es negocio que me atañe.

— Señor, pensaba tener el honor de proponer á V. M. el poner coto á esa demostración.

— ¡Guardaos bien de ello, Sartines, si no queréis que en lugar de votarle una estatua de bronce, le voten una de oro! Dejadlos hacer. Al cabo ha de estar aun más feo en bronce que en carne y hueso.

— ¿Según eso desea V. M. que la cosa siga su curso?

— ¡Deseo! entendámonos, Sartines; deseo no es la palabra. Ciertamente querría reprimir todo eso; pero, ¿qué queréis? es imposible. Ha pasado el tiempo en que la soberanía podía decir al espíritu filosófico, como Dios al Océano: No pasarás de aquí. Gritar sin resultado, dar golpes en vago, sería mostrar nuestra impotencia. Separemos la vista, Sartines, y hagamos como que no vemos.

El señor de Sartines dió un suspiro.

— Señor, dijo, si no castigamos á los hombres, á lo menos destruyamos sus obras. He aquí una lista de las obras que es urgente condenar, porque unas atacan al trono, otras al altar; las unas son una rebelión, las otras un sacrilegio.

Luis XV tomó la lista, y leyó con lánguida voz:

« El Contagio sagrado, ó Historia natural de la superstición; Sistema de la naturaleza, ó Leyes del mundo físico y moral; Dios y los hombres; Discurso sobre los milagros de Jesucristo; Instrucciones del

Capuchino de Ragusa al hermano Reduicioso, que sale para la Tierra Santa. »

Aun no había leído el rey la cuarta parte de la lista, y sin embargo dejó caer el papel. Sus facciones, calmadas de ordinario, tomaron una expresión singular de tristeza y desaliento.

Quedó pensativo, absorto, como aniquilado, durante algunos instantes.

— Esto sería levantar un mundo, Sartines; que lo ensayen otros.

Sartines le miraba con esa inteligencia que tanto gustaba Luis XV ver en sus ministros, porque le ahoraba un trabajo de pensamiento y de acción.

— La tranquilidad, ¿no es verdad, señor? Lo que el rey quiere es la tranquilidad, dijo á su vez.

El rey meneó la cabeza de alto abajo.

— ¡Eh! verdad es, si: yo no pido otra cosa á vuestros filósofos, á vuestros enciclopedistas, á vuestros taumaturgos, á vuestros iluminados, á vuestros poetas, á vuestros economistas, á vuestros folletistas que no se sabe de dónde salen, y que bullen, escriben, graznan, calumnian, calculan, predicán, gritan. Que los coronen, que les eleven estatuas y les erijan templos; pero que me dejen en paz.

Sartines se levantó, saludó al rey y salió murmurando:

— Felizmente que hay en nuestras monedas: *Domine, salvum fac regem.*

Entonces Luis XV, que había quedado solo, tomó una pluma y escribió al Delfín:

« Me habéis pedido que activase la llegada de la señora Delfina; voy á daros ese gusto.

» Doy la orden de no detenerse en Noyón; por consiguiente, el martes por la mañana estará en Compiègne.

» Yo mismo estaré allí á las diez en punto ; es decir, un cuarto de hora antes que ella. »

— De este modo, dijo, me desembarazaré de esa tontería de la presentación que me atormenta más que Voltaire, que Rousseau, y que todos los filósofos habidos y por haber. Con esto, el negocio se ventilará entre la pobre condesa, el Delfín y la Delfina. ¡No falta más! Que vayan recayendo los disgustos, los odios y las venganzas sobre los espíritus jóvenes que tienen fuerzas para luchar. Que aprendan los niños á sufrir, eso forma la juventud.

Y encantado de haber eludido de ese modo la dificultad, seguro de que ninguno podría echarle en cara el haber favorecido ó impedido la presentación que ocupaba á todo París, el rey entró en el coche y partió para Marly, en donde le aguardaba la corte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vols. 1625 MONTEBNEY, INCIPT.

## XII

## Madrina y Ahijada

La pobre condesa (conservémosle el epíteto que el rey la había dado, porque de seguro lo merecía bien en aquel momento) corría como una alma en pena por el camino de París.

Chon, aterrada como ella por el penúltimo párrafo de la carta de Juan, ocultaba en el retrete de Lucien-nes su dolor é inquietud, y maldecía la fatal idea que había tenido de recoger á Gilberto en el camino real.

Habiendo llegado al puente de Antín, sobre la cloaca que iba á dar al río y rodeaba á París desde el Sena á la Roquette, la condesa halló un coche que la estaba esperando.

En aquel coche se hallaba el vizconde Juan en compañía de un procurador, con quien parecía argumentar enérgicamente.

Así que Juan percibió á la condesa, dejó á su procurador, saltó del coche é hizo seña al cochero de su hermana de que parase.

— Pronto, condesa, dijo, pronto; sube á mi coche y corre á la calle de San Germán de los Prados.

— Parece que la vieja se burla de nosotros, dijo madama Dubarry, cambiando de coche, mientras que el procurador, advertido por una seña del vizconde, hacia lo mismo.

» Yo mismo estaré allí á las diez en punto ; es decir, un cuarto de hora antes que ella. »

— De este modo, dijo, me desembarazaré de esa tontería de la presentación que me atormenta más que Voltaire, que Rousseau, y que todos los filósofos habidos y por haber. Con esto, el negocio se ventilará entre la pobre condesa, el Delfín y la Delfina. ¡No falta más! Que vayan recayendo los disgustos, los odios y las venganzas sobre los espíritus jóvenes que tienen fuerzas para luchar. Que aprendan los niños á sufrir, eso forma la juventud.

Y encantado de haber eludido de ese modo la dificultad, seguro de que ninguno podría echarle en cara el haber favorecido ó impedido la presentación que ocupaba á todo París, el rey entró en el coche y partió para Marly, en donde le aguardaba la corte.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vols. 1625 MONTEBNEY, MEXICO

## XII

## Madrina y Ahijada

La pobre condesa (conservémosle el epíteto que el rey la había dado, porque de seguro lo merecía bien en aquel momento) corría como una alma en pena por el camino de París.

Chon, aterrada como ella por el penúltimo párrafo de la carta de Juan, ocultaba en el retrete de Lucien-nes su dolor é inquietud, y maldecía la fatal idea que había tenido de recoger á Gilberto en el camino real.

Habiendo llegado al puente de Antín, sobre la cloaca que iba á dar al río y rodeaba á París desde el Sena á la Roquette, la condesa halló un coche que la estaba esperando.

En aquel coche se hallaba el vizconde Juan en compañía de un procurador, con quien parecía argumentar enérgicamente.

Así que Juan percibió á la condesa, dejó á su procurador, saltó del coche é hizo seña al cochero de su hermana de que parase.

— Pronto, condesa, dijo, pronto; sube á mi coche y corre á la calle de San Germán de los Prados.

— Parece que la vieja se burla de nosotros, dijo madama Dubarry, cambiando de coche, mientras que el procurador, advertido por una seña del vizconde, hacia lo mismo.

— Así lo creo, condesa, así lo creo, respondió Juan. Nos paga en la misma moneda.

— ¿Pero qué es lo que ha pasado?

— Voy á decírtelo en dos palabras. Me había quedado en París, porque yo siempre desconfío, y ya ves que no me falta razón. Dadas las nueve, me puse á rodar al rededor de la posada del Gallo Cantador. Nada observo, ningún manejo, ninguna visita; todo iba á pedir de boca. Por consiguiente, creo que puedo entrar y dormir, y entro y duermo.

Esta mañana, al rayar el día, me despierto, despierto á Patricio, y le mando ir á ponerse de centinela junto al recantón.

Á las nueve, advierte que era una hora antes de la señalada, llego con el coche; Patricio no ha visto ni oído nada, y subo la escalera bastante satisfecho.

Al llegar á la puerta, me defiende una criada, y me dice que la señora condesa no podrá salir en todo el día, y tal vez en una semana.

Confieso que, aunque preparado á cualquier desgracia, estaba lejos de pensar en esa.

— ¿Cómo! ¿no saldrá? exclamé. ¿Pues qué tiene?

— Está enferma.

— ¿Enferma? ¿imposible! Ayer tenía una brillante salud.

— Sí, señor; pero la señora tiene la costumbre de hacerse su chocolate, y esta mañana, haciéndolo hervir lo derramó del hornillo sobre un pie y se quemó. Á los gritos de la señora condesa, acudí y la hallé á punto de desmayarse. La llevé á su cama, y creo que en este momento está durmiendo.

— Yo estaba pálido como tu encaje, condesa. Exclamé: ¿Eso es una mentira!

— No, mi querido señor Dubarry, respondió una

voz tan acre que parecía penetrar los tabiques; no, no es mentira, y estoy sufriendo horriblemente.

Lancéme hacia el punto de donde salía la voz, atravesé una puerta vidriera que no quería abrirse, y vi á la vieja condesa en cama.

— ¡Ah, señora!... le dije.

Fueron las únicas palabras que pude proferir. Estaba rabioso, y con gusto la habría ahogado.

— Mirad, me dijo, ved la cafetera que ha hecho todo el mal.

Salté á pies juntos sobre la cafetera. Yo respondo que no volverá á hacer más chocolate.

— ¡Qué azar! continuó la vieja con su dolorida voz. Madama de Alogny será la que presente á vuestra señora hermana. ¿Cómo ha de ser? ¿estaba escrito! como dicen los orientales.

— ¡Dios mío! exclamó la condesa. Tú me haces desesperar, Juan.

— Pero yo no desespero, si te presentas á ella; y por eso te mandé llamar.

— ¿Y por qué no desesperas?

— Porque tú puedes lo que yo no puedo: porque eres una mujer, y podrás hacer que levanten las vendas delante de ti, y, probada la impostura, podrás decir á madama de Bearn, que su hijo no será nunca más que un hidalgo pelón, que ella no recibirá nunca un ochavo de la herencia de los Saluces; porque en fin, representarás las imprecaciones de Camila con mucha más propiedad que yo podría representar los furros de Orestes.

— ¡Creo que se está divirtiendo! exclamó la condesa.

— Como un perro con pulgas, créeme.

— ¿Y en dónde vive nuestra sibila?

— Ya lo sabes: en la posada del Gallo Cantador,

calle de San Germán de los Prados; es una casa negra con un enorme gallo pintado en una plancha de hierro. Cuando la plancha rechina, el gallo canta.

— Voy á tener una escena espantosa.

— Así lo opino. Pero también opino que es preciso aventurarse. ¿Quieres que te escolte?

— Guárdate bien de eso, porque lo echarías todo á perder.

— Ahora, para tu gobierno, oye lo que ha dicho nuestro procurador, á quien acabo de consultar: el dar de golpes á una persona en su casa, se castiga con multa y cárcel; el dárselos fuera....

— Con nada, dijo la condesa á Juan. Eso lo sabes tú mejor que ninguno.

Juan se sonrió perrunamente.

— ¡Oh! dijo, las deudas que tardan en pagarse, devengan intereses, y si llego á encontrar á mi perillán....

— No hablemos más que de mi mujer, vizconde.

— Nada más tengo que decirte; ¡ya estás en marcha!

Y Juan se retiró para dejar marchar el coche.

— ¿En dónde me aguardas?

— En la misma posada; pediré una botella de vino de España, y si necesitas auxilio, ya lo tendrás.

— ¡Marche usted, cochero! gritó la condesa.

— Calle de San Germán de los Prados, posada del Gallo Cantador, añadió el vizconde.

El coche partió impetuosamente en dirección de los Campos Eliseos.

Al cabo de un cuarto de hora, se paró delante de la calle Abacial y del mercado de Santa Margarita.

Allí, madama Dubarry echó pie á tierra, temiendo que el ruido del coche alarmase á la vieja astuta, que sin duda estaría en acecho, y para que, corriendo tras

alguna cortina, no percibiese á la visitante bastante á tiempo para librarse de ella.

Se sumió, más bien que no entró, por la anchurosa puerta de la posada, sin que nadie la viese, pero al pie de la escalera de madera se halló con el ama de la posada.

— ¿Madama de Bearn? preguntó.

— Madama de Bearn está muy enferma, y no puede recibir.

— ¡Enferma! Precisamente vengo á saber de ella, dijo la condesa.

Y ligera como un pájaro, se halló en lo alto de la escalera en menos de un segundo.

— ¡Señora, señora! gritó la posadera. ¡Que fuerzan la puerta!

— ¿Quién la fuerza? preguntó la vieja pleitista desde su cuarto.

— Yo, dijo la condesa presentándose de súbito en el umbral con una fisonomía muy adecuada al caso, porque se sonreía por urbanidad, y aparentaba á la vez pesar.

— ¡La señora condesa aquí! exclamó la pleitista pálida de espanto.

— Sí, querida señora, y vengo á probaros la parte que tomo en vuestra desgracia, de que acaban de hablarme en este instante. Os ruego que me digáis lo que os ha ocurrido.

— Pero no me atrevo, señora, á rogaros que os sentéis en este chiribitil.

— Bien sé que tenéis un palacio en Turena, y excusó la posada.

La condesa se sentó; madama de Bearn comprendió que se instalaba.

— ¿Parece que sufrís mucho, señora? preguntó madama Dubarry.

- Horriblemente.
- ¿En la pierna derecha? ¡Dios mío! ¿Cómo habéis hecho para quemaros en la pierna?
- Nada más sencillo; tenía de la cafetera, se me fué de la mano el mango, se escapó el agua hirviendo, y cayó en mi pie la cantidad de un vaso.
- ¡Es espantoso!
- La vieja exhaló un suspiro.
- ¡Oh! sí, es espantoso, dijo, pero ¿qué queréis? Las desgracias siempre vienen de tropel.
- ¿Sabéis que el rey os aguardaba esta mañana?
- Vos redobláis mi desesperación, señora.
- S. M. no está contento, señora, de no haber podido veros.
- Tengo la disculpa en mi mal, y pensaba presentar mis muy humildes excusas á S. M.
- No digo esto por causaros el menor pesar, añadió madama Dubarry viendo lo grave que se ponía la vieja, sino solamente para haceros comprender lo mucho que á S. M. agradaba ese paso y lo que lo agradecía.
- Señora, ya veis mi situación.
- Sin duda; pero ¿queréis que os diga una cosa?
- Decidla, tendré á mucho honor escucharla.
- Es que, según todas las probabilidades, vuestro accidente proviene de una grande emoción que habéis sentido.
- ¡Oh! no digo que no, respondió la pleitista haciendo una reverencia solamente con su busto. Me ha conmovido mucho el honor que me habéis dispensado recibíendome con tanto agasajo en vuestra casa.
- Creo que aun ha habido otra cosa.
- ¿Otra cosa? que yo sepa, á fe mía que no, señora.
- ¡Oh! ¡sí tal! Un encuentro.....

- ¿Que yo he tenido?.....
- Sí, al salir de mi casa.
- No he encontrado á nadie, señora. Me hallaba en el coche de vuestro señor hermano.
- Antes de entrar en el coche.
- La pleitista pareció recapacitar.
- Al bajar las gradas exteriores.
- La pleitista fingió una atención mayor aún.
- Sí, continuó madama Dubarry con una sonrisa mezclada de impaciencia, al salir vos de mi casa entraba alguno en el patio.
- Señora, por más que pienso, no recuerdo. .
- Una mujer... ¡Ah! ahora caéis!
- Soy tan corta de vista, señora, que dos pasos que estáis de mí no distingo nada. Así, podéis inferir.
- ¡Vamos, es fuerte; dijo en voz baja la condesa. Dejémonos de astucias, porque me derrotaría.
- ¡Y bien! supuesto que no habéis visto á aquella dama, continuó en voz alta, voy á deciros quién es.
- ¿La que entró cuando yo salía?
- La misma. Era mi cuñada la señorita Dubarry.
- ¡Ah! muy bien, señora! muy bien! Pero como yo no la había visto nunca.....
- Sí tal.
- ¿La he visto yo?
- Sí, y le habéis hablado.
- ¿Á la señorita Dubarry?
- Sí, á la señorita Dubarry; sólo que en ese día se llamaba la señorita Flageot.
- ¡Ah! exclamó la vieja pleitista con una acritud que no pudo disimular. ¡Ah! ¡aquella supuesta señorita Flageot que fué á visitarme, y que me hizo viajar así, era vuestra señora cuñada?
- En persona, señora.
- ¿Que me había sido enviada?

- Por mí.
- ¿Para engañarme?
- No; para serviros, al paso que vos me serviríais á mí.
- La vieja frunció sus espesas cejas canas.
- Creo que aquella visita no me será muy provechosa, dijo.
- ¿Habráis sido mal recibida por el señor de Maupeou, señora?
- ¡Agua bendita de corte!
- Me parece que he tenido el honor de ofreceros algo menos intangible que el agua bendita.
- ¡Señora, el hombre propone, y Dios dispone!
- Vamos, señora, hablemos seriamente, dijo la condesa.
- Ya os escucho.
- ¿Os habéis quemado en el pie?
- Ya lo veis.
- ¿Gravemente?
- Espantosamente.
- Á pesar de esa quemadura, sin duda dolorosa, pero que no puede ser de peligro, ¿no podríais hacer un esfuerzo, ir en coche hasta Luciennes y permanecer en pie un segundo en mi gabinete delante de S. M.?
- Imposible, señora; á la sola idea de levantarme, me siento desfallecer.
- Pero según eso os habéis hecho una herida terrible.
- Como decís, terrible.
- ¿Y quién os venda, quién os visita y asiste?
- Poseo, como todas las mujeres que han tenido casa, excelentes recetas para las quemaduras, y me he aplicado un bálsamo compuesto por mí.
- ¿Puede verse, sin indiscreción, ese específico?
- Está en ese tarro que está ahí sobre la mesa.

- ¡Hipócrita! murmuró la condesa. ¡Hasta tal punto ha llevado la ficción! Decididamente es muy fuerte, pero veamos el fin.
- Señora, dijo en alta voz la condesa, también yo tengo un aceite admirable para esa clase de accidentes; pero su aplicación depende mucho del género de la quemadura.
- ¿Cómo así?
- Hay la quemadura simple, la que levanta ampolla, y la desolladura. Yo no soy médico, pero no hay nadie que no se haya quemado más ó menos en su vida.
- Señora, es una desolladura, dijo la vieja.
- ¡Dios mío! ¿cuánto debéis sufrir! ¿Queréis que os aplique mi aceite?
- Con mucho gusto. ¿Lo habéis traído?
- No; pero enviaré á...
- ¡Mil gracias! ¡mil gracias!
- Solo que conviene que yo me asegure del grado de gravedad.
- La vieja exclamó admirada:
- ¡Oh, no, señora! no quiero presentaros semejante espectáculo.
- ¡Bueno! pensó madama Dubarry. ¡La he cogido!
- No temáis eso, señora, dijo: estoy familiarizada con la vista de las heridas.
- ¡Oh, señora! conozco bastante bien lo que se debe á la decencia.
- Cuando se trata de socorrer á nuestro prójimo, olvidemos la decencia, señora.
- Y alargó bruscamente la mano hacia la pierna que la condesa tenía tendida sobre un sillón.
- La vieja lanzó un espantoso y dolorido grito, á



pesar de que madama Dubarry no la había apenas tocado.

— ¡ Oh, muy bien representado ! murmuró la condesa, que estudiaba todas las crispaciones del descompuesto rostro de madama de Bearn.

— ¡ Me estoy muriendo ! dijo la vieja. ¡ Qué miedo me habéis causado, señora !

Y, con las mejillas pálidas, los ojos amortiguados, se dejó caer como si fuese á desmayarse.

— ¡ Me permitís, señora ? continuó la favorita.

— Haced lo que queráis, dijo la vieja con apagada voz.

Madama Dubarry no perdió tiempo ; soltó el primer alfiler de los paños que rodeaban la pierna, y luego desenrolló con rapidez la venda.

Con gran sorpresa suya, la vieja la dejaba hacer.

— Aguarda que yo llegue al cabezal para gritar ; pero aunque tenga que ahogarla, he de ver su pierna, murmuró la favorita.

Y continuó su operación.

Madama de Bearn gemía, pero no se oponía á nada.

Se levantó el cabezal, y una verdadera llaga se presentó á la vista de madama Dubarry. No era una llaga artificial, y por consiguiente no podía pasar de allí la diplomacia de madama de Bearn. Lívida y sanguinolenta, la quemadura hablaba elocuentemente. Madama de Bearn podía haber visto y reconocido á Chon ; pero entonces se elevaba á la altura de Porcia ó de Mucio Scevola.

Madama Dubarry calló y admiró.

La vieja, vuelta en sí, gozaba plenamente de su victoria ; sus ojos garzos estaban clavados en la condesa arrodillada á sus pies.

Madama Dubarry volvió á colocar el cabezal con esa delicada solicitud de las mujeres, cuya mano es

tan suave para los heridos, restableció sobre el almohadón la pierna de la enferma, y sentándose á su lado :

— Vamos, señora, le dijo, sois aun más fuerte de lo que creía, y os pido perdón de no haber abordado desde luego la cuestión cual convenia á una señora de vuestra valía. Proponed las condiciones

Los ojos de la vieja brillaron, pero no fué más que un relámpago que al momento se apagó.

— Formulad claramente vuestro deseo, señora, dijo, y veré en qué puedo servirlos.

— Quiero, dijo la condesa, ser presentada en Versalles por vos, señora, aunque haya de costaros una hora de los horribles dolores que habéis sufrido esta mañana.

Madama de Bearn escuchó sin pestañear.

— ¿ Y luego ? preguntó.

— Nada más, señora ; ahora, decid á vuestro turno.

— Yo querría, dijo madama de Bearn con una firmeza que no dejó la menor duda á la condesa de que se trataba con ella de potencia á potencia, querría tener garantidas las doscientas mil libras de mi pleito.

— Pero entonces, si ganáis vuestro pleito, eso hace cuatrocientas mil libras.

— No, porque yo considero como mías las doscientas mil libras que me disputan los Saluces. Las otras doscientas mil serán una buena fortuna para añadir al honor que he tenido de conocerlos.

— Tendréis esas doscientas mil libras, señora. ¿ Y después ?

— Tengo un hijo á quien amo con ternura, señora. Los de nuestra familia han sabido siempre ceñir con honor la espada, pero, nacidos para mandar, debéis comprender que hacemos unos soldados medianos. Necesito inmediatamente una compañía para mi hijo, con un despacho de coronel para el año próximo.

— ¿Y quién ha de costear los gastos del regimiento, señora?

— El rey. Bien comprendéis que si gasto en ese regimiento las doscientas mil libras de mi ganancia, me veré tan pobre mañana como le estoy ahora.

— En buena cuenta, eso hace seiscientos mil libras.

— Cuatrocientas mil, y eso suponiendo que el regimiento valga doscientas mil, que es ya valuarlo en mucho.

— Sea, seréis satisfecha en cuanto á eso.

— Tengo que pedir al rey la restitución de mi viñedo de Turena, compuesto de cuatro hermosas fanegas de tierra de que se me han apoderado los ingenieros del rey hace once años para el canal.

— Os las han pagado.

— Sí, pero á juicio de peritos; y yo las valuaré precisamente en el doble de lo que ellos las han tasado.

— ¡Bien! se os pagará otra vez. ¿Es todo?

— Perdón. No tengo fondos como debéis suponer, y debo á maese Flageot así como unas nueve mil libras.

— ¡Nueve mil libras!

— ¡Oh! eso es indispensable. Maese Flageot es un excelente abogado.

— Ya lo creo que lo es, dijo la condesa. Pagaré esas nueve mil libras de mi propio bolsillo. Espero que me hallareis muy accesible.

— ¡Oh! sois perfecta, señora; pero, por mi parte, creo también haberlos probado mis buenos deseos.

— ¡Si supierais cuánto siento que os hayáis quemado! dijo madama Dubarry sonriendo.

— Yo no lo siento, señora, respondió la pleitista, puesto que, á pesar de este accidente, espero que mi adhesión me dará fuerzas para seros útil como si no hubiera ocurrido.

— Resumamos, dijo madama Dubarry.

— Aguardad.

— ¿Habéis olvidado alguna cosa?

— Un pormenor.

— Decid.

— No podía prometerme el parecer delante de nuestro gran rey. ¡Ay! hace largo tiempo que dejaron de serme familiares Versalles y sus esplendores: de suerte que no tengo vestido.

— Ya había previsto yo el caso, señora; ayer, después que marchasteis, se principió vuestro traje de presentación, y he tenido cuidado de encargarlo á otra modista, y no á la mía, para no embarazarla. Mañana á las doce estará concluido.

— Tampoco tengo diamantes.

— Los señores Boehmer y Bossange os darán mañana, con una esquelita mía, un aderezo de doscientas diez mil libras, que os volverán á tomar pasado mañana por doscientas mil, y vuestra indemnización estará satisfecha.

— Muy bien, señora, nada más tengo que apetecer.

— Ya veis lo mucho que me alegro.

— ¿Pero el diploma de mi hijo?

— Se lo entregará el mismo rey.

— ¿Y la promesa de los gastos del regimiento?

— Constará en el diploma.

— Perfectamente.

— No queda más que la cuestión del viñedo.

— ¿En cuánto tasabais esas cuatro fanegas?

— En seis mil libras cada una, pues eran unas tierras excelentes.

— Voy á firmar una obligación de doce mil libras, que con las doce mil que ya habéis recibido, hacen justamente veinticuatro mil.

— Ahí tenéis el tintero, señora, dijo la condesa señalándolo con el dedo.

— Voy á tener el honor de dároslo, dijo madama Dubarry.

— ¿ Á mí ?

— Sí.

— ¿ Para qué ?

— Para que tengáis á bien escribir á S. M. el memorialito que tendré el honor de dictaros.

— Es justo, respondió madama de Beana.

— Así tened á bien escribir, señora.....

La vieja acercó la mesa á su sillón, preparó el papel, tomó la pluma y aguardó.

Madama Dubarry dictó :

« Señor, la felicidad que experimento al ver aceptada por V. M. la oferta que he hecho de ser madrina de mi querida amiga la condesa Dubarry.....

La condesa alargó los labios y sacudió su pluma.

— Tenéis muy mala pluma, condesa, dijo la favorita, tomad otra.

— Es inútil, señora, ya se acostumbrará.

— ¿ Lo creéis ?

— Sí.

Madama Dubarry continuó :

» me anima á solicitar de V. M. tenga á bien mirarme con ojos favorables, mañana cuando me presente en Versalles, como os dignáis permitirlo. Me atrevo á creer, señor, que V. M. puede honrarme con una buena acogida, en atención á que pertenezco á una casa cuyos jefes todos han derramado su sangre en servicio de los príncipes de vuestra augusta raza. »

— Ahora, firmad si queréis.

Y la condesa firmó :

ANASTASIA-EUFEMIA-RODOLFA, CONDESA DE BEARN

La vieja escribía con mano firme; las letras, del tamaño de una pulgada, ocupaban todo el papel sembrándolo de una multitud aristocrática de faltas de ortografía.

Cuando acabó de firmar, la vieja, conservando en una mano el memorial que acababa de escribir, alargó con la otra el tintero, el papel y la pluma á madama Dubarry, la cual, con letra menuda y espinosa, firmó una obligación de veintiun mil libras, doce mil para indemnizarla de su pérdida del viñedo, y nueve mil para pagar los honorarios de maese Flageot.

Luego escribió un billete á los señores Böhmer y Bossange, diamantistas de la corona, rogándoles entregasen al portador el aderezo de diamantes llamado Luisa, porque procedía de la princesa tía del Delfín, quien lo había vendido para hacer limosnas.

Hecho esto, la madrina y la ahijada trocaron sus papeles.

— Ahora, dijo madama Dubarry, dadme una prueba de buena amistad, querida condesa.

— Con muchísimo gusto, señora.

— Estoy segura que si consentís en instalaros en mi casa, Tronchín os curará en menos de tres días. Venid, pues; al mismo tiempo ensayaréis mi aceite, que es un remedio soberano.

— Entrad en el coche, señora, respondió la prudente vieja, porque tengo que arreglar aquí algunos asuntos, antes de incorporar me á vos.

— ¿ Rehusáis mi oferta ?

— Al contrario, os declaro que la acepto, señora, pero no en este momento. Ya oís que está dando la una en el reloj de la Abadía; dejadme tres horas, y á las cinco en punto estaré en Luciennes.

— ¿ Permitís que á las tres venga mi hermano para llevaros en su carruaje ?

— Perfectamente.  
 — Ahora, cuidaos hasta entonces.  
 — No tengáis cuidado. Soy una hidalga, tenéis mi palabra, y aunque debiese costarme la vida, mañana os haré honor en Versalles.

— ¡Hasta la vista, mi querida madrina!

— ¡Hasta la vista, mi adorable abijada!

Y se separaron así, la vieja siempre acostada, con una pierna sobre sus almohadones, y una mano sobre sus papeles.

Madama Dubarry, más ligera aun que á la llegada, pero con el corazón un tanto oprimido, por no haber sido la más fuerte con una vieja pleitista, ella que baria al rey de Francia á su antojo.

Al pasar por delante de la gran sala, percibió á Juan, quien, sin duda para no infundir sospechas con su prolongada estancia, acababa de atacar una segunda botella.

Al distinguir á su cuñada, saltó de la silla y corrió á ella.

— ¡Y bien! le dijo.

— Oye lo que dijo el mariscal de Sajonia á S. M. mostrándole el campo de batalla de Fontenoy:

« ¡ Señor, aprended por este espectáculo lo muy cara y dolorosa que es una victoria! »

— ¿ Conque somos vencedores? preguntó Juan.

— Oye aun otro dicho, aunque éste no proviene de la antigüedad: « ¡ Otra victoria como esta, y quedamos arruinados! »

— ¿ Contamos con madrina?

— ¡ Sí, solo que nos cuesta mas de un millón!

— ¡ Oh, oh! exclamó Dubarry con un gesto espantoso.

— ¿ Qué quieres? ¿ Ó tomar ó dejar!

— Pero eso es abominable.

— Es lo que es. Y ten aun cuidado con no amohinarte demasiado, porque muy bien podría suceder que, si no obras con prudencia, no tuviésemos nada ó que nos costase el doble.

— ¡ Rayo, qué mujer!

— Es una romana.

— Es una griega.

— ¡ No importa! griega ó romana, estate pronto para tomarla á las tres y llevármela á Luciennes, porque no estaré tranquila mientras no la tenga bajo llave.

— No me moveré de aquí, dijo Juan.

— Y yo corro á prepararlo todo, dijo la condesa. Y lanzándose en su carroza:

— ¡ Á Luciennes, gritó. Mañana diré: ¡ á Marly!

— Es igual, dijo Juan siguiendo con la vista la carroza, ¡ muy caros costamos á la Francia!... Esto es lisonjero para los Dubarry.

en el hueco de otra ventana de enfrente, seguía la conversación con inquietos ojos.

Entretanto, desde que se levantó el rey, se había formado un corrillo al rededor de la chimenea. Las princesas Adelaida, Sofia y Victoria, de vuelta de un paseo por los jardines, se habían sentado en aquel sitio con sus damas de honor y sus gentileshombres.

Y como al rededor del rey, realmente ocupado en negocios, pues era conocida la austeridad del señor de Malesherbes; como al rededor del rey, decimos, había un círculo de oficiales de tierra y mar, de grandes dignatarios, de señores y presidentes, retenidos por una respetuosa consideración, la pequeña reunión de la chimenea se bastaba á sí misma, y preludiva una conversaci6n más animada, con algunas escaramuzas que podían considerarse como títeres de vanguardia.

Las principales mujeres que componían aquel grupo, eran, además de las tres hijas del rey, madama de Grammont, madama de Guemenée, madama de Choiseul, madama de Mirepoix y madama de Polastrón.

En el momento que decimos, madama Adelaida contaba una historia de un obispo enviado de ejercicios á la casa penitencial del obispado. La historia, que nos abstenemos de repetir, no dejaba de ser medianamente escandalosa, con especialidad en la boca de una princesa real; pero, como es sabido, la época que tratamos de describir, no estaba precisamente bajo la invocación de la diosa Vesta.

— Y bien, dijo madama Victoria, ese obispo tiene asiento aquí, entre nosotras, hace un mes apenas.

— Aun estaría una expuesta á peores encuentros en el palacio de S. M., si tuviesen entrada en él los que,

## XIII

## Quinta conspiración del mariscal de Richelieu

El rey había vuelto á tener su Marly como de costumbre.

Menos esclavo de la etiqueta que Luis XIV, que buscaba en las reuniones de Palacio ocasiones de ensayar su poder, Luis XV buscaba en cada reunión noticias de que estaba ansioso, y sobre todo la variedad de caras, distracción que le agradaba más que ninguna otra, especialmente cuando aquellas caras estaban risueñas.

La tarde misma de que acabamos de hablar, y dos horas después que madama de Bearn, según su promesa cumplida fielmente esta vez, se había instalado en el gabinete de madama Dubarry, el rey estaba jugando en el salón azul.

Tenia á su izquierda á la duquesa de Ayen, y á la derecha á la princesa de Guemenée.

S. M. parecía muy preocupado, y aquella preocupación le hizo perder ochocientos lises, con cuya pérdida, dispuesto á las cosas serias (Luis XV, como digno descendiente de Enrique IV, gustaba mucho de ganar), se levantó á las nueve para hablar en el alfeizar de una ventana con el señor de Malesherbes, hijo del ex-canciller, mientras que el señor de Maupeou, que estaba hablando con el señor de Choiseul

no habiéndola tenido nunca, la pretenden, dijo madama de Grammont.

A las primeras palabras de la duquesa, y sobre todo por el tono con que las había pronunciado, todos comprendieron á quién aludía y sobre qué terreno iba á maniobrar la conversación.

— Afortunadamente, una cosa es querer y otra poder, ¿no es verdad, duquesa? dijo tomando parte en la conversación un hombre bajito, de setenta y cuatro años, quien apenas representaba cincuenta, por su elegante talle, su fresca voz, su fina pierna, sus ojos vivos, su blanca piel y linda mano.

— ¡Hola! ya tenemos al señor de Richelieu que se arroja á las escalas como en Mahón, y viene á sorprender nuestra pobre conversación por asalto, dijo la duquesa. ¿Parece que aun tenemos un poco de granadero, mi querido duque?

— ¡Un poco! duquesa, me hacéis un agravio: decid un mucho.

— Y bien; ¿no es cierto lo que decía, duque?

— ¿Cuándo?

— En este momento.

— ¿Y qué es lo que deciais?

— Que no se fuerzan las puertas del rey.

— Como cortinas de alcoba. Soy de vuestra opinión, duquesa, siempre de vuestra opinión.

Esta repuesta atrajo los abanicos sobre algunas caras, pero se halló oportuna, aunque los detractores del tiempo pasado pretendían que la imaginación del duque estaba ya gastada.

La duquesa de Grammont se ruborizó bajo su colorete, porque ella era á quien se dirigía el epigrama.

— Madamas, continuó ésta, si el duque nos dice semejantes cosas, no continuaré mi historia, y os juro

que perderéis mucho en eso, á no ser que pidáis al mariscal que os cuente él otra.

— ¡Yo, dijo el duque, interrumpiendolos cuando probablemente vais á decir mal de alguno de mis amigos! ¡Dios me libre! Escucharé con todo el oído que me queda.

Se estrechó el corro al rededor de la duquesa.

Madama de Grammont lanzó una mirada á la ventana, para asegurarse de que seguía allí el rey, como en efecto seguía, pero aunque el rey continuaba hablando con el señor de Malesherbes, no perdía de vista el grupo, y su mirada se cruzó con la de madama de Grammont.

La duquesa se sintió algo intimidada por la expresión que había creído leer en los ojos del rey; pero estaba lanzada y no quería detenerse en el camino.

— Sabéis, pues, continuó madama de Grammont dirigiéndose principalmente á las tres princesas, que una dama... nada hace al caso el nombre, ¿no es verdad?... deseó últimamente vernos, á nosotras las escogidas del Señor, tronando en nuestra gloria, cuyos rayos le hacen morir de celos.

— ¿Vernos en dónde? preguntó el duque.

— En Versalles, en Marly, en Fontainebleau.

— Bien, bien, bien.

— La pobre criatura no había visto de nuestras grandes reuniones más que la comida del rey, en la que se permite á los bodeques mirar por detrás de los pabellones cómo comen S. M. y sus convidados, desfilando, bien entendido, bajo la vara del ujier de servicio.

El señor de Richelieu tomó ruidosamente un polvo en una caja de porcelana de Sèvres.

— Para vernos en Versalles, en Marly, en Fontainebleau, es preciso ser presentado, dijo el duque.

— Precisamente, la dama en cuestión solicitó la presentación.

— Apuesto á que le fué otorgada, replicó el duque, ¡ es tan bueno el rey !

Desgraciadamente, para ser presentado no basta el permiso del rey, pues se necesita alguno que os presente.

— Sí, dijo madama de Guemenée, alguno, como una madrina, por ejemplo.

— Sí, pero no todos tienen una madrina, dijo madama de Mirepoix; y sinó dígate la bella Borbonesa, que la anda buscando y no la encuentra.

Y se puso á gorjear:

La bella Borbonesa  
gimé, rabia y se mesa.

— ¡ Ah, mariscala, mariscala ! dijo el duque de Richelieu. Dejad todo el honor de la relación á la señora duquesa.

— Vamos, vamos, duquesa, dijo madama Victoria; nos habéis hecho agua la boca, y nos dejáis á medio camino.

— Nada de eso; al contrario, tengo sumo gusto en contar mi historia hasta el fin. No teniendo madrina, se buscó una, y la buscaron tan bien, que la hallaron, pero ¡ qué madrina, Dios mío ! Una buena campesina muy sencilla y cándida. Sacáronla de su palomar, la engatusaron, acariciaron y ataviaron.

— ¡ Es espantoso ! dijo madama de Guemenée.

— Pero de súbito, cuando la provinciana estaba bien engatusada, bien acariciada y peripuesta, se cayó desde lo alto de su escalera.....

— ¡ Y ? dijo el duque de Richelieu.

La pierna se quebró.  
¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ oh ! ¡ oh !

dijo la duquesa añadiendo un verso de circunstancia ó los dos de la mariscala de Mirepoix.

— Y entonces, dijo madama de Guemenée, ¿ la presentación ?.....

— Ni por asomos, querida mía.

— ¡ Lo que es la Providencia ! exclamó la mariscala elevando las manos al cielo.

— Perdonad, dijo madama Victoria, pero yo me compadezco mucho de la pobre provinciana.

— Al contrario, madama, dijo la duquesa, debéis felicitarla; pues de dos males el menor.

La duquesa calló, pues acababa de encontrarse con una segunda mirada del rey.

— ¿ Pero de quién habláis, duquesa ? repuso el mariscal aparentando ignorar quién era la heroína de que se trataba.

— No me han dicho su nombre.

— ¡ Qué lástima ! exclamó el mariscal.

— Pero lo he adivinado; haced como yo.

— Si las damas presentadas fueran animosas y fieles á los principios de honor de la antigua nobleza de Francia, dijo madama de Guemenée con amargura, irían todas á inscribirse en casa de la provinciana que ha tenido la sublime ocurrencia de quebrarse una pierna.

— ¡ Brillante idea, á fe mía ! dijo Richelieu. Pero sería preciso saber cómo se llama esa excelente señora que de tamaño peligro nos salva; porque ya no tenemos nada que temer, ¿ no es verdad, querida duquesa ?

— ¡ Oh ! os respondo que nada; pues se halla en su cama, con la pierna empaquetada é incapaz de dar un solo paso.

— Pero, dijo madama de Guemenée, si esa mujer encontrase otra madrina: porque es muy diestra.

— ¡ Oh, no hay que temer ! No se hallan madrinas así como quiera.

— ¡ Caramba ! ya lo creo, dijo el mariscal mascullando una de aquellas maravillosas pastillas á que atribuían su eterna juventud.

En aquel momento, el rey hizo un movimiento para acercarse, y todos callaron.

Entonces resonó en el salón la voz del rey tan clara y tan conocida.

— Adiós, madamas; buenas noches, señores.

Todos se levantaron al momento, y hubo un gran movimiento en la galería.

El rey dió algunos pasos hacia la puerta, y luego, volviéndose en el momento de salir :

— A propósito, dijo, mañana habrá presentación en Versalles.

Estas palabras cayeron como un rayo en la asamblea.

El rey pasó su vista por el grupo de señoras, que palidecían mirándose entre sí.

Luego salió sin decir otra palabra.

Peró no bien había pasado del umbral del salón con el numeroso cortejo de gentileshombres de su servicio y de su séquito, cuando estalló la explosión entre las princesas y las demás personas que habían quedado.

— ¡ Una presentación ! balbuceó la duquesa de Grammont que se había puesto lívida. ¿ Qué es lo que ha querido decir S. M. ?

— ¡ Eh, duquesa ! dijo el mariscal con una de aquellas sonrisas que ni aun sus mismos amigos le perdonaban, ¿ sería por ventura vuestra presentación ?

Las princesas se mordían los labios con despecho.

— ¡ Oh, imposible ! repetía madama de Grammont.

— Escuchad, duquesa, dijo el mariscal, hoy día se curan también las fracturas de las piernas.

El señor de Choiseul se aproximó á su hermana y

le apretó el brazo en señal de advertencia; pero la condesa se creía demasiado ofendida para escuchar nada.

— ¡ Sería una indignidad ! exclamó.

— ¡ Sí, una indignidad ! repitió madama de Gueménée.

El señor de Choiseul vió que nada tenía que hacer allí, y se alejó.

— ¡ Oh, madamas ! exclamó la duquesa, dirigiéndose á las tres hijas del rey, no nos queda más recurso que en vos. ¡ Sufriríais, siendo las primeras damas del reino, que nos viésemos expuestas á hallar en el único asilo inviolable de las damas de calidad una sociedad que hasta nuestras doncellas repugnarían !

Peró en lugar de responder, las princesas bajaron la cabeza.

— ¡ En nombre del cielo, madamas ! repitió la duquesa.

— El rey es el dueño, dijo madama Adelaida suspirando.

— Es muy justo, dijo el duque de Richelieu.

— ¡ Pero con eso está comprometida toda la corte de Francia ! exclamó la duquesa. ¡ Ah, señores, qué poco os cuidáis del honor de vuestras familias !

— Señoras, dijo el señor de Choiseul tratando de reír, como esto va convirtiéndose en una conspiración, me permitiréis que me retire y que me lleve conmigo al señor de Sartines. ¿ Venís, duque ? continuó el señor de Choiseul dirigiéndose al mariscal.

— ¡ Oh, no ! respondió éste; yo adoro las conspiraciones, y así, me quedo.

El señor de Choiseul desapareció llevándose al señor de Sartines.

Los pocos hombres que aun quedaban siguieron su ejemplo.



No quedaron al rededor de las princesas más que madama de Grammont, madama de Guemenée, madama de Agen, madama de Mirepoix, madama de Palastron y otras ocho ó diez señoras que habían abrazado con el mayor ardor la querella de la presentación.

El único hombre que quedaba era el señor de Richelieu.

Las damas lo miraban con inquietud, como hubieran mirado á un troyano en el campo de los griegos.

— Yo represento á mi hija la condesa de Egmont; hablad, pues, hablad, dijo el duque.

— Señoras, dijo la duquesa de Grammont, hay un medio de protestar contra la infamia que quieren imponernos, y yo, por mi parte, he de emplear ese medio.

— ¿Cuál es? preguntaron á una voz todas las señoras.

— Se nos ha dicho, repuso madama de Grammont, el rey es el dueño.

— Yo he respondido: es justo, dijo el duque.

— Verdad es que el rey es el dueño en su casa; pero en las nuestras lo somos nosotras. Así, ¿quién me puede impedir de decir esta noche á mi cochero: á Chanteloup, en lugar de decir: á Versalles?

— Es verdad, dijo el señor de Richelieu; pero aun cuando hayáis protestado, duquesa, ¿qué resultará?

— Resultará que reflexionarán.

— Resultará que aun reflexionarán mucho más, exclamó madama de Guemenée, si os imitan muchas, señora.

— ¿Y por qué no hemos de imitar todas á la duquesa? replicó la mariscal de Mirepoix.

— ¡Oh, madamas! exclamó entonces la duquesa dirigiéndose de nuevo á las hijas del rey. ¡Oh, qué

bello ejemplo podáis dar á la corte, vos las hijas de Francia!

— ¿Nos reconvendría el rey? preguntó madama Sofia.

— ¡No, no! ¡Estén seguras de ello VV. AA.! exclamó la rencorosa duquesa. ¡No! él, que tiene un juicio exquisito, un tacto perfecto, al contrario, os quedaría agradecido. Creedme, el rey no violenta á nadie.

— Al contrario, dijo el duque de Richelieu aludiendo por la segunda ó tercera vez á una invasión que madama de Grammont había hecho, según dicen, una noche en el cuarto del rey, él es á quien violentan, á quien toman á la fuerza.

Á estas palabras hubo un movimiento entre las señoras, semejante al que se opera en una compañía de granaderos cuando estalla una bomba.

En fin, se aquietaron.

— Verdad es que nada ha dicho el rey cuando cerramos nuestra puerta á la condesa, dijo madama Victoria envalentonada y acalorada por el ardor de la asamblea; pero muy bien podría suceder en una ocasión tan solemne...

— Sí, sí, sin duda, insistió madama de Grammont: de seguro que así podría suceder, madamas, si fueseis las únicas que faltasen; pero cuando se vea que todas nosotras faltamos...

— ¡Todas! exclamaron las mujeres.

— Sí, todas, repitió el viejo mariscal.

— ¿Según eso sois del complot? preguntó madama Adelaida.

— Ciertamente que lo soy, y por lo mismo pido la palabra.

— Hablad, duque, hablad, dió madama de Grammont.

— Procedamos metódicamente, dijo el duque: no consiste todo en gritar: ¡todas, todas! Tal grita hasta desgañitarse: yo haré esto, que cuando llegue el caso, hará precisamente lo contrario; y como yo soy del complot, según acabo de tener el honor de deciros, no me gustaria verme abandonado, como me he visto en todos los complós en tiempo del difunto rey y de la Regencia.

— En verdad, duque, replicó irónicamente la duquesa de Grammont, que se diría que oívdáis en donde estáis, en el país de las Amazonas; tomáis el aire de jefe.

— Señora, dijo el duque, os ruego que creáis que tendria algún derecho á ese rango que me disputáis; vos aborrecéis más á madama Dubarry... ¡ Bueno! ya se me escapó el nombre, pero nadie lo ha oido, ¿ no es verdad?... Aborrecéis más que yo á madama Dubarry, pero ¡ yo estoy más comprometido que vos.

— ¿ Vos comprometido, duque? preguntó la mariscal de Mirepoix.

— Si, comprometido, y horriblemente. Hace ocho dias que no he estado en Luciennes, y cuatro que no he ido á Versalles; de manera que ayer envié la condesa á preguntar al pabellón de Hanóver si yo estaba enfermo, y bien sabéis que Rafé ha respondido que estaba tan bueno que no habia vuelto desde la vispera. Pero abandono mis derechos, pues no tengo ambición; os dejo el primer rango, y hasta os elevo á él. Lo habéis conmovido todo, sois el botafuegos, revolucionáis las conciencias... á vos el bastón de mando.

— Después de madamas, dijo respetuosamente la duquesa.

— ¡ Oh! dejadnos el papel pasivo, dijo madama Adelaida, nosotras vamos á ver á nuestra sor Luisa á

San Dionisio; nos retiene, no volvéis, y nada habrá que deciros.

— Nada absolutamente, dijo el duque, á no tener muy poco talento.

— Yo, dijo la duquesa, estoy de siega en Chanteloup.

— ¡ Bravo! exclamó el duque; ¡ excelente excusa!

— Yo, dijo la princesa de Guemenée, tengo un hijo enfermo, y me encapillo mi bata para cuidarle.

— Yo, dijo madama de Polastrón, me siento esta noche enteramente aturdida, y seria capaz de hacerme una enfermedad peligrosa, si Tronchin no me sangrase mañana.

— Y yo, dijo con majestad la mariscal de Mirepoix, no voy á Versalles, porque no voy. He ahí mi razón; el libre albedrio!

— ¡ Bien, bien! dijo Richelieu, todo esto está lleno de lógica, pero es preciso jurar.

— ¿ Cómo es eso de jurar?

— Si, en las conjuraciones siempre se jura; desde la conspiración de Catilina hasta la de Cellamare, en la que he tenido el honor de ballarme, siempre se ha jurado. Verdad es que no por eso han salido mejor, pero respétese la costumbre. ¡ Juremos, pues! Esto es muy solemne, vais á ver.

Extendió la mano en medio del grupo de señoras y dijo majestuosamente:

— Lo juro.

Todas las mujeres repitieron el juramento, á excepción de las hijas del rey que se habian escabullido.

— Ahora, punto concluido, dijo el duque. Una vez prestado el juramento en las conjuraciones, ya no se hace nada.

— ¡ Oh! ¡ qué furor, cuando se halle sola en el salón! exclamó madama de Grammont.

— ¡Hum! El rey no dejará de desterrarnos un tantico, dijo Richelieu.

— ¡Eh! qué decís, duque! exclamó madama de Guemenée, ¿en qué quedaría la corte si nos desterrasen? ¿No se está aguardando á S. M. danesa, á quien se le manifestará todo? ¿No se está aguardando á S. A. la Delfina, á quien se le manifestará igualmente? Y además, no se destierra á toda una corte; se escoge

— Demasiado sé que se escoge, dijo el duque, y aun yo tengo suerte, pues siempre me escogen; ya me han escogido cuatro veces, porque, en buena cuenta, me hallo en mi quinta conspiración, señoras.

— ¡Bueno! No lo creáis, duque, dijo madama de Grammont; yo seré la que sacrificarán.

— Ó al señor de Choiseul, añadió el mariscal; tened cuidado, duquesa.

— No seréis vos, duque, ni vos, duquesa, ni el señor de Choiseul, á quien desterrarán, dijo la mariscala de Mirepoix, sino á mí. El rey no podrá perdonarme el ser menos atenta con la condesa que lo he sido con la marquesa.

— Verdad es, dijo el duque, ¡vos á quien siempre han llamado la favorita de la favorita, pobre mariscala, seréis desterrada conmigo!

— Nos desterrarán á todas, repuso madama de Grammont levantándose; porque espero que ninguna de nosotras se volverá atrás de la resolución tomada.

— Ni de la promesa jurada, añadió el duque.

— ¡Oh! y además, dijo madama de Grammont, en todo evento, yo tomaré mis medidas.

— ¿Vos? preguntó el duque.

— Sí, para estar en Versalles mañana á las diez, se necesitan tres cosas.

— ¿Cuáles?

— Un peluquero, un vestido y una carroza.

— Sin duda.

— ¡Y bien!

— ¡Y bien! ella no estará en Versalles mañana á las diez, el rey se impacientará, despedirá la gente, y se suspenderá la presentación hasta las calendas griegas, en vista de la llegada de la señora Delfina.

Una nube de aplausos y bravos acogió este nuevo episodio de la conjuración; pero el señor de Richelieu y madama de Mirepoix, al paso que aplaudían con más ardor que las demás, se cambiaron una ojeada.

Los dos viejos cortesanos se habían encontrado en la inteligencia de un mismo pensamiento.

Á las once todos los conjurados se alejaban por el camino de Versalles y San Germán, alumbrado por una admirable luna.

Sólo que el señor de Richelieu había tomado el caballo de su picador, y mientras su coche, con las cortinas echadas, corría ostensiblemente por el camino de Versalles, él se dirigía á París á todo correr por un camino de travesía.

## Ni peluquero, ni vestido, ni carroza

Hubiera sido de mal gusto el que madama Dubarry saliese de su aposento de Versalles para pasar á la gran sala de las presentaciones.

Además, Versalles estaba muy escaso de recursos en un día tan solemne.

En fin, había otra razón más poderosa, la de no ser esa la costumbre. Los elegidos llegaban con el boato de un embajador, ya de su palacio de Versalles, ya de su casa de París.

Madama Dubarry eligió este último punto de partida.

Desde las once de la mañana, había llegado á la calle de Valois con madama de Bearn á quien tenía bajo llave, cuando no la tenía bajo su sonrisa, y cuya herida curaba á cada instante con todos cuantos secretos suministraban la medicina y la química.

Desde la vispera, Juan Dubarry, Chon y Dorea andaban manos á la obra, y el que no los hubiese visto tan afanados, difícilmente habría podido formarse una idea de la influencia del oro y del poder del genio humano.

La una se aseguraba del peluquero, la otra hostigaba á las modistas, Juan, que estaba encargado del departamento de las carrozas, vigilaba además las modistas y los peluqueros. La condesa, ocupada de

flores, de diamantes y encajes, nadaba en cofrecitos, y recibía de hora en hora correos de Versalles, que le traían la noticia de haberse dado orden de iluminar el salón de la reina, y que nada se había alterado.

A eso de las cuatro, entró Juan Dubarry, pálido y agitado, pero gozoso.

— ¿Y bien? preguntó la condesa.

— ¡Y bien! todo está dispuesto.

— ¿El peluquero?

— He hallado á Dorea en su casa, y hemos quedado corrientes. Le he deslizado en la mano un billete de cincuenta lises, comerá aquí á las seis en punto, y por consiguiente debemos estar tranquilos por ese lado.

— ¿Y el vestido?

— El vestido será admirable. He hallado á Chon que lo estaba vigilando, y había veintiocho costureras cosiéndole perlas, cintas y otros adornos. Así se hará paño por paño ese trabajo prodigioso, que hubiera costado ocho días si fuese para otra.

— ¿Cómo es eso de paño por paño? dijo la condesa.

— Sí, hermanita, tiene catorce paños. Para cada uno de estos hay dos costureras; la una toma por la izquierda y la otra por la derecha cada paño, que adornan con pedrería, encajes y demás; de suerte que no se pegan hasta el último momento. Esto exige aun dos horas, y á las seis de la tarde tendremos el vestido.

— ¿Estás seguro de ello, Juan?

— Ayer hice el cálculo de las puntadas con mi ingeniero. Cada paño lleva diez mil, y por consiguiente tocan cinco mil á cada obrera. En esa tela tan tupida no puede una mujer dar más de una puntada en cinco segundos, lo que hace doce por cada minuto, sete-

cientas veinte por hora, siete mil doscientas en diez horas. Dejo las dos mil doscientas para los descansos indispensables é hilvanos, y nos quedan cuatro horas útiles!

— ¡Y la carroza?

— ¡Oh! en cuento á la carroza ya sabes que he respondido de ella; el charol está secando en un almacén caldeado expresamente á cincuenta grados. Es una lindísima carroza, á cuyo lado te respondo que no valen un ardite las que se enviaron al encuentro de la Delfina. Además de los escudos de armas que forman el fondo de los cuatro tableros, con el grito de guerra de los Dubarry: ¡*Lanzados adelante!* en los dos tableros de lado, he mandado pintar en una parte dos palomas acariciándose, y en la otra un corazón atravesado por una flecha, y todo ello realzado por arcos, aljabas y antorchas. La gente aguarda la vez en casa de Francian para ver la carroza, á las ocho en punto estará aquí.

En aquel momento entraron Chon y Dorea, quienes venían á confirmar cuanto había dicho Juan.

— Gracias, mis bizarros tenientes, dijo la condesa.

— Hermanita, dijo Juan, tienes los ojos cansados, duerme una hora, y eso te repondrá.

— ¡Dormir! ¡para dormir estoy! Ya dormiré esta noche, y á buen seguro que habrá muchos que no podrán decir otro tanto.

Mientras se hacían estos preparativos en casa de la condesa, cundía por la ciudad la noticia de la presentación. El pueblo parisiense es el más novelero de todos los pueblos, por más ocioso é indiferente que parezca. Nadie ha conocido mejor los personajes de la corte y sus intrigas que el bodigo del siglo XVIII, el mismo que no era admitido á ninguna fiesta de interior, que sólo veía los tableros jeroglíficos de las

carrozas y las misteriosas libreas de los lacayos, corredores nocturnos. En aquella época no era raro que tal ó cual señor de la corte fuese conocido de todo París; lo que era muy sencillo, porque en el teatro, en los paseos, la corte representaba el principal papel. Y el señor de Richelieu, en su taburete del Teatro italiano, y madama Dubarry, en su carroza brillante cual el de una reina, eran el blanco del público como un cómico amado ó una actriz favorita de nuestros días.

Los rostros que uno conoce le interesan más, y todo París conocía á madama Dubarry, ardiente por mostrarse en el teatro, en el paseo, en los almacenes, como las mujeres ricas, jóvenes y bellas. Además la conocía también por sus retratos, por sus caricaturas, por Zamora. Por lo mismo, la historia de la presentación ocupaba á París casi tanto como á la corte. Si aquel día había grupos en la plaza del Palacio Real, perdónenos la filosofía, no hubiera sido por ver á Rousseau jugando al ajedrez en el café de la Regencia, sino por ver á la favorita en su hermosa carroza y con su lindo vestido, de que tanto se había hablado. El dicho de Juan Dubarry: costamos caros á la Francia, era profundo, y era muy natural que la Francia, representada por París, quisiese gozar del espectáculo que tanto le costaba.

Madama Dubarry conocía perfectamente á su pueblo, porque el pueblo francés fué mucho más su pueblo que había sido el de María de Leczinska. Sabía bien que gustaba de que le deslumbraran, y como ella tenía buen carácter, se esmeraba en que el espectáculo fuese proporcionado al gasto.

En lugar de acostarse como le había aconsejado su cuñado, tomó de las cinco á las seis un baño de leche; y á las seis, se puso en manos de sus doncellas, mientras llegaba el peluquero.

No hay necesidad de meternos en erudición, á propósito de una época tan bien conocida en nuestros días, que casi se podría llamar contemporánea, y que la mayor parte de nuestros lectores conocen tan bien como nosotros; pero no será inoportuno, especialmente en este momento, el explicar los cuidados, el tiempo y arte que debía costar un peinado de madama Dubarry.

Figúrese un edificio completo. El preludio de esos castillos que la corte del joven rey Luis XVI se construía muy almenados, como si en aquella todo debiese ser un presagio, como si la moda frívola, eco de las pasiones sociales que mimaban la tierra bajo los pasos de todo lo que era ó parecía grande, había decretado que las señoras de la aristocracia tenían demasiado poco tiempo de gozar de sus títulos para no ostentarlos en su frente; como si, predicción aun más incierta pero no menos exacta, les hubiese anunciado que, teniendo poco tiempo para guardar sus cabezas, debiesen adornarlas hasta la exageración y elevarlas lo más posible por encima de las cabezas vulgares.

Para trenzar aquellos hermosos cabellos, realzarlos al rededor de una almohadilla de seda, entallarlos sobre hormillas de ballena, matizarlos de pedrería, de perlas y flores, salpicarlos de esa nieve que daba brillo á los ojos y frescura al color; en fin, para armonizar esos tonos de carne, de nácar, de rubíes, de ópalo, de diamantes, de flores ómnicolores y multiformes, preciso era ser no sólo un grande artista, sino también un hombre de paciencia.

Así, los peluqueros eran, entre todos los gremios de artesanos, los únicos que llevaban espaldas como los estatuarios.

Eso explica los cincuenta luises dados por Juan Dubarry al peluquero de la corte, y el temor de que el gran Lubin (así se llamaba entonces el peluquero de la

corte) fuese menos exacto ó menos diestro de lo que se esperaba.

Estos temores quedaron demasiado justificados; dieron las seis, y el peluquero no parecía; dieron las seis y media, y luego las siete menos cuarto. Una sola cosa daba un poco de esperanza á todos aquellos corazones anhelosos, y era el que un hombre de la valía del señor Lubin debía naturalmente hacerse esperar.

Pero dieron las siete; el vizconde temió que se enfriase la comida preparada para el peluquero, y que no quedase satisfecho este artista. Así es que envió un lacayo á advertirle que estaba servida la cena.

Al cabo de un cuarto de hora volvió el lacayo.

Sólo los que han aguardado en semejantes circunstancias saben los segundos que tiene un cuarto de hora.

El lacayo había hablado á la misma madama Lubin, la cual había asegurado que el señor Lubin acababa de salir, y que si no había llegado ya al hotel, á lo menos era seguro que estaba en camino.

— Bueno, dijo Dubarry, habrá hallado algún emba-razo de coche. Aguardemos.

— Además, todavía no hay ningún compromiso, dijo la condesa, puedo peinar-me á medio vestir, la presentación es á las diez en punto, aun nos quedan tres horas, y para ir á Versalles nos basta una. Entretanto, Chon, enséñame el vestido, y eso me distraerá. ¿Dónde está Chon? ¿Chon! mi vestido! mi vestido!

— El vestido no ha llegado aun, dijo Dorea, y hace diez minutos que ha ido por él la hermana de la señora condesa.

— ¡ Ah! dijo Dubarry, oigo el ruido de un coche, sin duda traen nuestra carroza.

El vizconde se equivocaba, pues era Chon que vol-

via en su carroza tirada por dos caballos bañados en sudor.

— ¡ Mi vestido ! gritó la condesa antes que Chon estuviese aun en el vestíbulo. ¡ Mi vestido !

— ¿ Acaso no ha llegado aun ? preguntó Chon muy inquieta.

— No.

— Pero no puede tardar, continuó sosegándose, porque la modista, cuando entré en su casa, acababa de partir en un fiacre con dos de sus obreras para traerlo y probarlo.

— En efecto, dijo Juan, vive en la calle de Bac, y el fiacre ha debido venir más despacio que tus caballos.

— Sí, sí, de seguro, dijo Chon, quien, sin embargo, no podía menos de experimentar cierta inquietud.

— Vizconde, dijo madama Dubarry, si enviases á buscar la carroza, para que á lo menos no tuviésemos que esperar por ese lado.

— Tienes razón, Juana.

Y Dubarry abrió la puerta.

— Que vayan á buscar la carroza á casa de Francián, dijo, y que lleven los caballos nuevos para que los enganchen.

El cochero y los caballos partieron.

Cuando el ruido de sus pasos comenzaba á perderse en la dirección de la calle de San Honorato, entró Zamora con una carta.

— Carta para ama Barry, dijo.

— ¿ Quién la ha traído ?

— Un hombre.

— ¿ Qué hombre ?

— Un hombre á caballo.

— ¿ Y por qué te la ha entregado á ti ?

— Porque Zamora estaba á la puerta.

— Pero déjate de preguntas, condesa, y lee pronto, dijo Juan.

— Tienes razón, vizconde.

— Con tal que la carta no contenga nada desagradable, murmuró el vizconde.

— ¿ Qué ha de contener ! dijo la condesa. Algún memorial para S. M.

— Pero no está plegado en forma de memorial.

— En verdad, vizconde, que no has de morir más que de miedo, dijo la condesa sonriendo.

Y rompió la neta.

Á las primeras líneas lanzó un horrible grito, y cayó en un sillón medio expirando.

— ¡ Ni peluquero, ni vestido, ni carroza ! exclamó.

Chou se lanzó hacia la condesa, y Juan se precipitó sobre la carta.

Esta estaba escrita con una letra derecha y menuda, prueba evidente de que era letra de mujer.

« Madama, decía la carta, desconfiad ; esta noche no tendréis peluquero, ni vestido ni carroza.

» Espero que este aviso os llegará oportunamente.

» No digo mi nombre, para no excitar vuestra gratitud. Adivinadlo, si queréis conocer á una sincera amiga. »

— ¡ Ah, este es el último golpe ! exclamó Dubarry desesperado. ¡ Por vida del demonio ! tengo que matar á alguno ! ¡ Ni peluquero ! ¡ Rayo en él ! ¡ He de sacar las tripas á ese belitre de Lubin ! Pero, en efecto, están dando las siete y cuatro, y ese tunante no llega. ¡ Por vida del infierno !

Y Dubarry, que aquella noche no era presentado, se mesaba los pelos indignadamente.

— ¡ Dios mío ! ¡ Lo principal es el vestido ! exclamó Chon. Que un peluquero aun se podría hallar.

— ¡ Yo te desafío á que lo encuentres ! ¡ Qué peluquero has de hallar ? ¡ Rayos y truenos !... ¡ Sangre y matanza con mil legiones de diablos !

La condesa no decía nada, pero lanzaba suspiros capaces de enternecer á los mismos Choiseul, si lo hubieran podido oír.

— ¡ Vamos, vamos ! ¡ un poco de calma ! dijo Chon. Busquemos un peluquero, y volvamos á casa de la modista para saber qué se ha hecho del vestido.

— ¡ Ni peluquero ! murmuraba la condesa moribunda. ¡ Ni vestido ! ¡ ni carroza !

— Es verdad : ¡ ni carroza ! exclamó Juan ; tampoco viene la carroza, aunque ya debiera estar aquí. ¡ Oh, condesa ! Eso es un complot. ¡ Acaso el señor de Sartines no hará que prendan á los autores ? ¡ Y Maupeou no los mandará ahorcar ? ¡ No quemarán á los cómplices en la plaza de Greve ? Voy á hacer enroddar al peluquero, atenzar á la modista y desollar al maestro de coches.

En este intermedio había vuelto en sí la condesa, pero fué para conocer mejor lo horroroso de su situación.

— ¡ Oh ! esta vez soy perdida ! murmuraba. Los que han seducido á Lubin son bastante ricos para alejar de París á todos los buenos peluqueros, y no se encontrarán más que burros que me destrocen el pelo... ¡ Y mi vestido, mi pobre vestido !... ¡ Y mi carroza nueva, que debía hacer á todas rabiar de celos !...

Dubarry no respondía nada, no hacía más que girar sus terribles ojos, ir á tropezar con todos los ángulos de la sala ; cada mueble que encontraba, lo hacía

pedazos, y luego, pareciéndole aquellos pedazos demasiado grandes aun, los hacía más menudos.

En medio de aquella escena de desolación, que desde el retrete había cundido á las antesalas, y de éstas al patio, mientras que los lacayos, atortolados por veinte órdenes diferentes y contradictorias, iban, venían, corrían y tropezaban, un joven con casaca verde-manzana, chupa de raso, calzón lila y medias de seda blanca, se apeaba de un cabriolé, pasaba el abandonado umbral de la puerta de la calle, y atravesaba el patio, saltando de puntillas de piedra en piedra, subía la escalera é iba á llamar á la puerta del gabinete de tocador.

Juan se hallaba á punto de pisotear una batea de porcelana de Sevres que se había enganchado en el faldón de su casaca, conteniendo la caída de un jarrón japonés, que él había apostrofado con una puñada.

Oyóse dar suave, discreta y modestamente tres golpes á la puerta.

Sucedió un profuado silencio. Todos estaban tan atentos, que nadie osaba preguntar quién era.

— Perdón, dijo una voz desconocida ; desearía hablar á la señora condesa Dubarry.

— Pero, caballero, no se entra de ese modo, gritó el suizo corriendo hacia el extranjero para impedirle que pasase adelante.

— Un instante, un instante, dijo Dubarry ; nada nos puede suceder peor que lo que nos está pasando. ¡ Qué quiere usted á la condesa ?

Y Juan abrió la puerta con una mano que hubiera podido derribar las puertas de Gaza.

El extranjero esquivó el choque dando un brinco atrás, y cayendo en la tercera posición :

— Caballero, dijo, venía á ofrecer mis servicios á



la señora condesa, que, á lo que creo, está de ceremonia.

— ¿Y qué servicios? diga usted.

— Los de mi profesión.

— ¿Cuál es su profesión?

— Soy peluquero.

Y el extranjero hizo una segunda reverencia.

— ¡Ah! exclamó Juan arrojándose al cuello del joven. ¡Es usted peluquero! ¡Entre usted, amigo mío, entre usted!

— Venga usted, querido amigo, venga usted, dijo Chon cogiendo á brazo el cuerpo del joven atónito.

— ¡Un peluquero! exclamó madama Dubarry levantando las manos al cielo. ¡Un peluquero! ¡Es un ángel! ¡Le ha enviado á usted Lubín!

— Nadie me ha enviado. He leído en una gaceta que la señora condesa iba á ser presentada esta noche, y dije para mí: Mira, si por casualidad la señora condesa no tuviese peluquero; esto no es probable, pero es posible; y he venido.

— ¿Cómo se llama usted? preguntó la condesa algo fría ya.

— Leonardo, señora.

— ¡Leonardo! Pero no es usted conocido.

— Todavía no; pero si madama acepta mis servicios, lo seré mañana.

— ¡Hum! hum! exclamó Juan. Es que hay peinar y peinar.

— Si madama desconfía demasiado de mí, dijo el peluquero, me retiraré.

— Es que no tenemos tiempo para hacer ensayos, dijo Chon.

— ¿Y á qué hacer ensayos? exclamó el joven en un momento de entusiasmo, y después de haber dado una vuelta al rededor de madama Dubarry. Bien sé

que es preciso que madama atraiga todas las miradas por su peinado. Así, desde que he contemplado á madama, he ideado un peinado que estoy seguro ha de hacer el efecto más maravilloso.

Y el joven hizo un ademán lleno de confianza en sí mismo, que comenzó á convencer á la condesa, y á volver la esperanza al corazón de Chon y de Juan.

— ¡Conque sí! dijo la condesa, admirada de la soltura del joven, el cual tomaba unas actitudes cual hubiera podido tomarlas el mismo Lubín.

— Pero, ante todo, es preciso que yo eche una ojeada al vestido de madama para que pueda armonizar los adornos.

— ¡Oh, mi vestido! exclamó madama Dubarry, volviendo á tocar la terrible realidad. ¡Mi pobre vestido!

Juan se golpeó la frente.

— ¡Ah! es verdad! dijo. Señor, imagínese usted una emboscada odiosa!... Le han robado vestido, modista, ¡todo!... Chon! mi buena Chon!

Y Dubarry, cansado ya de arrancarse los pelos, se puso á sollozar.

— ¿Si vuelves tú á su casa, Chon? dijo la condesa.

— ¿Á qué tengo de ir, si había salido para venir á mí? replicó Chon.

— ¡Ay! murmuró la condesa agitando en su sillón. ¡Ay! ¿de qué sirve un peluquero, si no tengo vestido?

En aquel momento sonó la campanilla de la puerta. El suizo, para que no se introdujese algún otro, como acababan de hacerlo, había cerrado todas las puertas y echado todos los cerrojos.

— Están llamando, dijo madama Dubarry.

Chon se lanzó á las ventanas.

— ¡Un cartón! exclamó.

— ¡ Un cartón ! repitió la condesa. ¿ Entra ?

— Sí, no, sí ; lo entregan al suizo.

— Corre, Juan, corre, en nombre del cielo.

Juan se precipitó por la puerta, se adelantó á todos los lacayos, y arrancó el cartón de las manos del suizo.

Chon le miraba á través de los cristales.

Juan levantó la tapa del cartón, metió dentro la mano y dió un grito de alegría, pues se halló con un admirable vestido de raso de China con flores recortadas, y toda una guarnición de encajes de precio inmenso.

— ¡ Un vestido ! ¡ un vestido ! gritó Chon palmeando.

— ¡ Un vestido ! repitió madama Dubarry, á punto de desfallecerse de alegría, como había estado para desfallecerse de dolor.

— ¿ Quién te ha entregado esto, drope ? preguntó Juan al suizo.

— Señor, una mujer.

— ¿ Pero qué mujer ?

— No la conozco.

— ¿ En dónde está ?

— Señor, ha dejado este cartón en medio de la puerta, gritándome : « Para la señora condesa ; » ha vuelto á subir al cabriolé en que había venido, y se marchó á todo escape.

— ¡ Vamos ! dijo Juan. ¡ Ya tenemos un vestido, que es lo principal !

— ¿ Pero qué haces que no subes, Juan ? gritó Chon. Mi hermana rabia de impaciencia.

— ¡ Mira, mira ! respondió Juan. ¡ Mira y admira ! ¡ Mira lo que nos envía el cielo !

— Pero no me sentará bien, porque no está hecho para mí. ¡ Dios mío ! Dios mío ! ¡ qué lástima ! Porque al cabo es muy lindo.

Chon cogió rápidamente una medida.

— El mismo largor, dijo, la misma anchura de talle.

— ¡ Qué admirable tela ! dijo Dubarry.

— ¡ Es fabuloso ! exclamó Chon.

— ¡ Es espantoso ! dijo la condesa.

— Al contrario, replicó Juan ; eso prueba que si tienes grandes enemigos, también tienes amigos muy sinceros.

— No puede ser un amigo, dijo Chon ; porque, ¿ cómo podía estar advertido de lo que tramaban contra nosotros ? Preciso es que sea algún silfio, algún duende.

— ¡ Que sea el diablo ! exclamó madama Dubarry. Eso poco me importa con tal que me ayude á combatir contra los Grammont ; pues nunca podrá ser tan diablo como ellos.

— Ahora que me acuerdo, dijo Juan.

— ¿ De qué te acuerdas ?

— De que ya puedes poner con confianza tu cabeza en manos de este señor.

— ¿ Y en qué fundas esa confianza ?

— ¡ Qué diantre ! En que ha debido ser prevenido por el mismo amigo que nos ha enviado el vestido.

— ¡ Yo ! exclamó Leonardo con natural sorpresa.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo Juan. Eso de la gaceta no es más que una comedia, ¿ no es verdad, amiguito ?

— Es la pura verdad, señor vizeconde.

— Vamos, sea usted franco, dijo la condesa.

— Señora, aquí tengo la gaceta en el bolsillo, pues la he guardado para hacer papillotas.

El joven sacó, en efecto, del bolsillo de su chupa un número de la gaceta en que se anunciaba la presentación.

— ¡ Vamos, vamos ! ¡ manos á la obra ! dijo Chon ; porque ya están dando las ocho.

— ¡ Oh ! aun tenemos todo el tiempo necesario, dijo el peluquero ; me basta una hora para que madama esté corriente.

— Sí, si tuviéramos un coche, dijo la condesa.

— ¡ Voto á bríos !... Es verdad, dijo Juan. Y ese tunante de Francián no llega.

— ¿ No nos han avisado ? dijo la condesa. ¡ Ni peluquero, ni vestido, ni carroza !

— ¡ Oh ! exclamó Chon asustada. ¿ Así había de faltarnos á la palabra ?

— No, dijo Juan ; no, ahí viene.

— ¿ Y la carroza ? ¿ la carroza ? preguntó la condesa.

— La habrá dejado á la puerta, respondió Juan. El suizo va á abrir. Pero ¿ qué es lo que tiene el maestro ?

En efecto, casi en el mismo instante se lanzó en el salón el maestro Francián todo asustado.

— ¡ Ah ! señor vizconde ! exclamó. Venía aquí la carroza de madama, cuando al volver la calle Traversière fué detenida por cuatro hombres que han derribado á tierra á mi primer oficial, que venía conduciéndola, y lanzando los caballos al galope han desaparecido por la calle de San Nicasio.

— ¡ Cuando yo os lo decía !... exclamó Dubarry con reconcentrado enojo, y sin levantarse del sillón en que estaba sentado, al ver al maestro de coche. ¡ Cuando yo os lo decía !

— ¡ Eso es un atentado ! gritó Chon. Pero ¿ qué haces tú que no te mueves, hermano ?

— ¡ Yo moverme ! ¿ y para qué ?

— Para buscar un coche, pues no tenemos más que caballos derrengados y unas carrozas indecentes, y Juana no puede ir á Versalles en semejantes trastos.

— ¡ Bah ! dijo Dubarry. El que pone freno al furor de las olas, el que da alimento á los pajaritos, que nos envía un peluquero como el señor y un vestido como

ese, no nos dejará atascados por falta de una carroza.

— ¡ Escuchad, escuchad ! exclamó Chon. Se siente el ruido de una.

— Y aun parece que se para, añadió Dubarry.

— Sí, pero no entra, dijo la condesa.

— No entra, es verdad, dijo Juan.

Luego corriendo á la ventana y abriéndola :

— ¡ Corred, caramba ! gritó. ¡ Corred, si queréis llegar á tiempo ! ¡ Alerta ! ¡ alerta ! Que á lo menos conozcamos á nuestro bienhechor.

Los criados, picadores y lacayos se precipitaron, pero ya demasiado tarde. Una carroza forrada de raso blanco, y tirada por dos magníficos caballos, estaba delante de la puerta.

Pero no había rastro de cochero ni lacayo, y solo un mozo de cordel tenía los caballos de las riendas.

El mozo había recibido seis libras del que los había traído, y que había desaparecido por el lado del patio de las Fuentes.

Examináronse los tableros de la carroza, pero una mano rápida había reemplazado los escudos de armas con una rosa.

Todo este reverso de la desgracia anterior no había durado una hora.

Juan mandó introducir la carroza en el patio, cerró la puerta tras sí y guardó la llave.

Luego subió al gabinete de tocador, en el cual se disponía el peluquero á dar á la condesa las primeras pruebas de su ciencia.

— ¡ Amigo ! exclamó cogiendo á Leonardo por el brazo ! Si no nos dice usted el nombre de nuestro genio protector, si no lo señala usted á nuestra eterna gratitud, juro....

— ¡ Cuidado, señor vizconde ! interrumpió flemáticamente el joven. Usted me hace el honor de apre-

tarme el brazo tan fuertemente, que cuando vaya á peinar á la señora condesa, tendré la manó entumecida; están dando las ocho y media, y tenemos prisa.

— ¡ Suéltale, Juan, suéltale ! gritó la condesa.

Juan se dejó caer en un sillón.

— ¡ Milagro ! ¡ milagro ! gritó Chon. El vestido es de una medida exacta... una pulgada más largo por delante, y nada más, pero en diez minutos quedará corregido.

— Y la carroza... ¿ qué tal es?... ¿ presentable?... preguntó la condesa.

— De la mayor elegancia... He entrado dentro, respondió Juan, y he visto que está forrada de raso blanco, y perfumada de esencia de rosa.

— Entonces todo va bien, gritó madama Dubarry palmoteando con sus manecitas. Vamos, señor Leonardo, si usted lo hace bien, tiene hecha su fortuna.

Leonardo no aguardó á que se lo dijeran dos veces; se apoderó de la cabeza de madama Dubarry, y á la primer pasada de peine, reveló un talento superior.

Al cabo de tres cuartos de hora madama Dubarry salió de sus manos más seductora que la diosa Afrodita, porque estaba menos desnuda y no menos bella.

Cuando Leonardo había dado la última mano á aquel espléndido edificio, cuando hubo probado su solidez, después de haber pedido agua para lavarse las manos y dado gracias humildemente á Chon que, en su gozo, le servía como á un monarca, quiso retirarse.

— Amigo, dijo Dubarry, debe usted saber que soy tan obstinado en mis amores como en mis odios. Por consiguiente, espero que ahora tendrá á bien decirme quien es usted.

— Ya os lo he dicho, señor; soy un joven que principio mi carrera, y me llamo Leonardo.

— ¡ Y qué principio, cuerpo de Cristo ! Usted es un maestro consumado.

— Señor Leonardo, usted será mi peluquero, dijo la condesa mirándose en un espejo de mano, y le daré cincuenta luises por cada peinado de ceremonia. Chon, da cien luises á este señor por el primero, y ya recibirá otros cincuenta por despedida.

— Bien lo decía yo, señora, que haríais mi reputación.

— Pero usted no peinará á nadie más que á mí.

— Entonces, señora, guardaes vuestros cien luises, respondió Leonardo, pues yo quiero mi libertad : á ella es á quien debo el haber tenido el honor de peinaros hoy. La libertad es el primer bien del hombre.

— ¡ Un peluquero filósofo ! exclamó Dubarry levantando las manos al cielo. ¡ Adónde vamos á parar, Señor ! ¡ Dios mío, adónde vamos á parar ! Y bien, querido señor Leonardo, yo no quiero indisponerme con usted, tome usted los cien luises, y guarde su secreto y su libertad. Al coche, condesa, al coche.

Estas palabras se dirigían á madama de Bearn, que entraba tiesa y ataviada como una madona en un nicho, y á quien acababan de sacar de su gabinete precisamente en el momento de servirse de ella.

— ¡ Vamos, vamos ! dijo Juan. Que tomen á madama entre cuatro y que la bajen suavemente hasta el pie de la escalera. Si da un solo suspiro os despedazo.

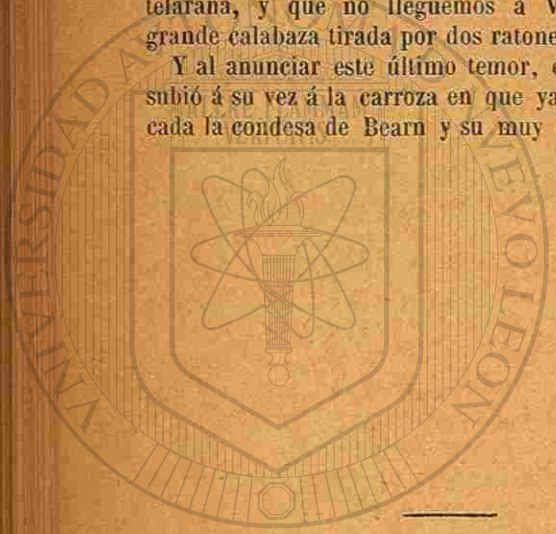
Mientras que Juan vigilaba aquella delicada é importante maniobra, en la que Chon le secundaba en calidad de ayudante, madama Dubarry buscaba con la vista á Leonardo.

Éste había desaparecido.

— Pero ¿ por dónde se ha ido ? murmuró madama Dubarry, que aun no había vuelto bien en sí de todos los asombros sucesivos que había experimentado.

— ¡ Por dónde se ha ido ! Por el piso ó por el cielo raso, que es por donde se escurren los genios. Ahora, condesa, cuidado con que tu peinado no se haga un nido de pájaros, que tu vestido no se convierta en una telaraña, y que no llegemos á Versalles en una grande calabaza tirada por dos ratones.

Y al anunciar este último temor, el vizconde Juan subió á su vez á la carroza en que ya se habían colocada la condesa de Bearn y su muy dichosa ahijada.



## XV

## La presentación

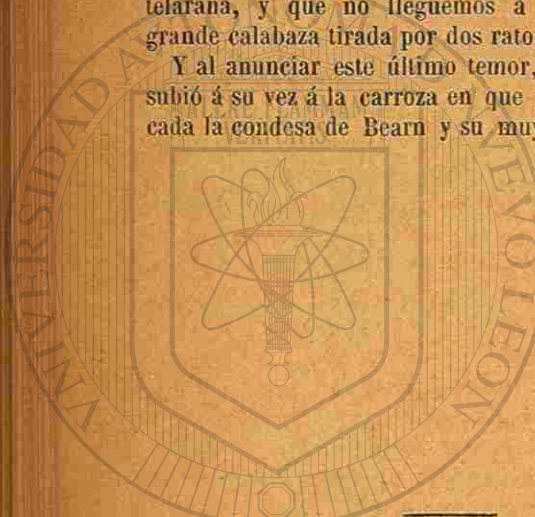
Versalles, como todo lo que es grande, es y será siempre hermoso.

Aunque el musgo corroa sus piedras caídas, aunque sus dioses de plomo, de bronce ó mármol, yazcan dislocados en sus estanques, y sus calles de árboles podados eleven al cielo sus desgredadas copas, siempre ofrecerá, siquiera sea en las ruinas, un espectáculo pomposo y sorprendente para el hombre pensador ó el poeta, quien desde el gran balcón mirará los eternos horizontes después de haber mirado los esplendores efimeros.

Pero cuando era de ver lo espléndido de Versalles, era especialmente en medio de su vida y de su gloria. Cuando un pueblo inerme, contenido por un pueblo de soldados brillantes, batía con sus oleadas las doradas verjas; cuando las carrozas de terciopelo, de seda y raso, con soberbios escudos de armas, rodaban por el sonoro pavimento al galope de sus fogosos caballos; cuando todas las ventanas, iluminadas como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo resplandeciente de diamantes, rubíes y zafiros, que el ademán de un solo hombre doblégaba, cual dobléga el viento las doradas espigas entremezcladas de blancas margaritas, de encarnadas amapolas y de acianos azules;

— ¡ Por dónde se ha ido ! Por el piso ó por el cielo raso, que es por donde se escurren los genios. Ahora, condesa, cuidado con que tu peinado no se haga un nido de pájaros, que tu vestido no se convierta en una telaraña, y que no llegemos á Versalles en una grande calabaza tirada por dos ratones.

Y al anunciar este último temor, el vizconde Juan subió á su vez á la carroza en que ya se habían colocada la condesa de Bearn y su muy dichosa ahijada.



## XV

## La presentación

Versalles, como todo lo que es grande, es y será siempre hermoso.

Aunque el musgo corroa sus piedras caídas, aunque sus dioses de plomo, de bronce ó mármol, yazcan dislocados en sus estanques, y sus calles de árboles podados eleven al cielo sus desgredadas copas, siempre ofrecerá, siquiera sea en las ruinas, un espectáculo pomposo y sorprendente para el hombre pensador ó el poeta, quien desde el gran balcón mirará los eternos horizontes después de haber mirado los esplendores efimeros.

Pero cuando era de ver lo espléndido de Versalles, era especialmente en medio de su vida y de su gloria. Cuando un pueblo inerme, contenido por un pueblo de soldados brillantes, batía con sus oleadas las doradas verjas; cuando las carrozas de terciopelo, de seda y raso, con soberbios escudos de armas, rodaban por el sonoro pavimento al galope de sus fogosos caballos; cuando todas las ventanas, iluminadas como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo resplandeciente de diamantes, rubíes y zafiros, que el ademán de un solo hombre doblégaba, cual dobléga el viento las doradas espigas entremezcladas de blancas margaritas, de encarnadas amapolas y de acianos azules;

sí, Versalles estaba hermoso, y aun lo estaba más cuando lanzaba por todas sus puertas correos á todas las potencias, y cuando los reyes, los principes, los señores, los oficiales, los sabios del mundo civilizado, pisaban sus ricos tapices y sus mosaicos preciosos.

Pero, con especialidad, cuando Versalles se engalanaba para una grande ceremonia, cuando las suntuosidades del guarda-muebles, y las grandes iluminaciones doblaban la magia de sus riquezas, tenia con que inspirar á los espíritus más fríos una idea de todos los prodigios que la imaginación y el poder humano pueden engendrar.

Tal era la ceremonia de recibimiento de un embajador, y tal era también para los simples gentileshombres la ceremonia de presentación. Luis XIV, creador de la etiqueta, que encerraba á cada uno dentro de un espacio insalvable, había querido que la iniciación en los misterios de su vida regia inspirase á los elegidos tal veneración, que jamás considerasen el palacio del rey sino como un templo, al que tenían el derecho de ir á adorar al dios coronado, en un sitio más ó menos cercano al altar.

Así, Versalles, sin duda degenerado ya, pero esplendente aun, había abierto todas sus puertas, encendido todas sus antorchas, sacado á luz todas sus magnificencias para la presentación de madama Dubarry. El pueblo de los curiosos, pueblo hambriento y miserable, pero que ¡cosa extraña! olvidaba su miseria y su hambre al aspecto de tantos esplendores, obstruía toda la plaza de Armas y toda la avenida de Paris. El palacio lanzaba fuego por todas sus ventanas, y sus girándulas parecían de lejos astros nadando en una nube de oro.

El rey salió de sus aposentos á las diez en punto. Estaba más majo que de costumbre, es decir, sus

encajes eran más ricos, y sólo las hebillas de sus charreteras y zapatos valían un millón.

Le había advertido el señor de Sartines la conspiración que se tramaba la vispera entre las damas celosas, y esto hacía que en su frente estuviese pintada la inquietud, y que temblara al no ver más que hombres en la galería.

Pero bien pronto se tranquilizó cuando, en el salón de la reina destinado especialmente á las presentaciones, vió en una nube de encajes y de pólvos en que hormigueaban los diamantes, primero á sus tres hijas, luego á la mariscala de Mirepoix que tanto ruido había hecho la vispera; en fin á todas las turbulentas que habían jurado quedarse en su casa, y que se hallaban allí en la primera fila.

El duque de Richelieu corría como un general de la una á la otra, diciéndoles:

— ¡ Ah! os he cogido, pérfida!

Ó bien:

— ¡ Bien seguro estaba yo de vuestra defección!

Ó también:

— ¡ Qué os decía yo á propósito de conspiraciones?

— Pero ¡ vos mismo, duque? respondían las damas.

— ¡ Yo! yo representaba á mi hija, á la condesa de Egmont. Buscad, Septimania no se halla aquí, es la única que se ha mantenido firme, con madama de Grammont y madama de Guemenée; así estoy seguro de lo que me espera. Mañana entro en mi quinto destierro, á mi cuarta Bastilla. Decididamente, no vuelvo á conspirar.

Presentóse el rey, y sucedió un gran silencio, durante el cual se oyeron las diez, hora solemne. S. M. estaba rodeado de una corte numerosa, pues había más de cincuenta gentileshombres, que no se habían jurado no asistir á la presentación, y por

esta razón, probablemente, estaban todos presentes.

El rey observó desde luego que no se hallaban en aquella espléndida asamblea madama de Grammont, madama de Guemenée ni madama de Egmont.

Aproximóse al señor de Choiseul, que afectaba una gran calma, y que, á pesar de sus esfuerzos, no presentaba más que una falsa indiferencia.

— No veo aquí á la señora duquesa de Grammont, le dijo.

— Señor, respondió el señor de Choiseul, mi hermana está enferma, y me encarga de presentar á V. M. sus más humildes respetos.

— ¡ Tanto peor ! dijo el rey volviendo las espaldas al señor de Choiseul.

Al volverse se halló enfrente del príncipe de Guemenée.

— ¿ Y dónde está la princesa de Guemenée ? le dijo, ¿ No la habéis conducido, príncipe ?

— Imposible, señor : la princesa está enferma ; cuando iba á tomarla á su casa, la encontré en cama.

— ¡ Ah ! ¡ tanto peor ! dijo el rey. ¡ Hola ! aquí tenemos al mariscal. ¡ Buenas noches, duque !

— Señor, respondió el viejo cortesano inclinándose con la flexibilidad de un joven.

— Vos no estáis enfermo, dijo el rey bastante alto para que lo oyesen los señores de Choiseul y de Guemenée.

— Señor, respondió el duque, siempre que se trata para mí del honor de ver á V. M., tengo una admirable salud.

— Pero, repuso el rey mirando al rededor suyo, ¿ cómo es que vuestra hija madama de Egmont no está aquí ?

El duque, viendo que le escuchaban, tomó el aire de una profunda tristeza :

— ¡ Ay ! señor, mi pobre hija siente infinito verse privada de tener el honor de presentar sus muy humildes homenajes á los pies de V. M., especialmente esta noche ; pues está enferma, señor, enferma.....

— ¡ Tanto peor ! dijo el rey. ¡ Enferma ! ¡ Madama de Egmont, la más robusta de la Francia ! ¡ Tanto peor, tanto peor !

Y el rey se separó del señor de Richelieu como se había separado del señor de Choiseul y del señor de Guemenée.

Luego dió la vuelta por su salón cumplimentando á todos, especialmente á madama de Mirepoix que no cabía en sí de contenta.

— He ahí el precio de la traición, dijo el mariscal á su oído ; mañana os veréis colmada de honores, mientras que nosotros !... me estremezco de sólo pensarlo !

Y el duque lanzó un suspiro.

— Pero, parece que vos mismo no habéis vendido muy mal á los Choiseul, puesto que estáis aquí. Habéis jurado.....

— ¡ Por mi hija, mariscala, por mi pobre Septimania ! Y la veis en desgracia por haber sido demasiado fiel.

— ¡ Á su padre ! replicó la mariscala.

El duque aparentó no oír esta respuesta que podía pasar por un epigrama.

— Pero, dijo, ¿ no os parece, mariscala, que el rey está inquieto ?

— ¡ Cáspita ! ya tiene porqué.

— ¿ Cómo ?

— Son las diez y cuarto.

— ¡ Ah ! es verdad, y la condesa no llega. ¿ Queréis que os diga una cosa, mariscala ?

— Decid.



- Tengo un temor.
- ¿Cuál?
- De que haya sucedido algún percance á esa pobre condesa. Vos debéis saberlo.
- ¿Por qué debo yo saberlo?
- Sin duda, pues estáis metida en la conspiración de pies á cabeza.
- Y bien; os diré en confianza, duque, que tengo el mismo temor que vos.
- Nuestra amiga la duquesa es una terrible antagonista que hiere huyendo á la manera de los Partos, y ya sabéis que ha huido. Ved qué inquieto está el señor de Choiseul, á pesar de su empeño en aparentar tranquilidad; miradlo, no puede permanecer en un sitio, y no pierde de vista al rey. Vamos, ¿han tramado alguna cosa? Decídmelo francamente.
- Yo no sé nada, duque, pero soy de vuestro parecer.
- ¿Y qué adelantarán con eso?
- Ganar tiempo, duque, y ya sabéis el proverbio: quien gana tiempo todo lo gana. Mañana puede ocurrir un incidente imprevisto que retarde indefinidamente esa presentación. Mañana acaso llegará la Delfina á Compiègne, en lugar de llegar en cuatro días. ¡Tal vez se habrá querido ganar el día de mañana!
- Mariscala, ¿sabéis que vuestro cuentecito tiene todas las trazas de una realidad? madama Dubarry no llega, ¿caramba!
- Y mirad cómo se impacienta el rey.
- Es la tercera vez que se acerca á la ventana. El rey padece realmente.
- Entonces más va á padecer muy luego.
- ¿Y por qué?
- Escuchad. ¿Son las diez y veinte minutos?
- Sí.

- Ahora os lo puedo decir.
- ¿Y bien!
- La mariscala miró en torno suyo, y luego dijo en voz baja:
- Y bien; no vendrá.
- ¿Dios mío, mariscala! Pero eso será un escándalo abominable.
- Materia de un proceso, duque, y de un proceso criminal... capital... porque en todo eso, lo sé de buena tinta, habrá rapiña, violencia, y hasta lesa Majestad, si se quiere. Los Choiseul han jugado el todo por el todo.
- Han cometido una grande imprudencia.
- ¿Qué queréis? los ciega la pasión.
- He ahí la ventaja de no ser apasionado, de ser como nosotros, mariscala; á lo menos de este modo ve uno claro.
- Mirad, ved al rey que aun se acerca otra vez á la ventana.
- En efecto, Luis XV, sombrío, ansioso, irritado, se acercó á la ventana y apoyó su mano en la falleba cincelada y su frente contra los cristales.
- En este intermedio, oíase susurrar, como el ruido de un follaje antes de la tempestad, las conversaciones de los cortesanos.
- Todos los ojos iban del péndulo al rey.
- Hermoso tiempo, señor, dijo timidamente.
- Soberbio, soberbio. ¿Comprendéis algo de esto, señor de Maupeou?
- ¿De qué, señor?
- De este retardo. ¡Pobre condesa!
- Preciso es que esté enferma, señor, respondió el canciller.
- Que madama de Grammont esté enferma, que lo esté madama de Guemenée, igualmente que madama

de Egmont, eso se concibe bien; pero que la condesa esté enferma, ¡no se concibe!

— Señor, una fuerte emoción puede causar una enfermedad, ¡y la alegría de la condesa era tan grande!

— ¡Ah! es hecho, dijo Luis XV sacudiendo la cabeza, es hecho; ahora ya no vendrá.

Aunque el rey había pronunciado estas palabras en voz baja, había un silencio tal, que casi las oyeron todos los circunstantes.

Pero no bien habían tenido tiempo para responder á ellas ni aun con el pensamiento, cuando resonó bajo la bóveda un gran ruido de carroza.

Todas las frentes oscilaron, todos los ojos se interrogaron mutuamente.

El rey dejó la ventana y fué á colocarse en medio del salón para ver á lo largo de la galería.

— Mucho temo que no llegue alguna desagradable noticia, dijo la mariscala al oído del duque, el cual disimulaba una fina sonrisa.

Pero de repente se dilató el rostro del rey, y brilló en sus ojos la alegría.

— ¡La señora condesa Dubarry! gritó el ujier al maestro de ceremonias.

— ¡La señora condesa de Bearn!

Estos dos nombres hicieron palpitar todos los corazones bajo sensaciones muy opuestas. Adelantóse hacia el rey una oleada de cortesanos invenciblemente arrastrados por la curiosidad.

Madama de Mirepoix fué la que se halló más inmediata á Luis XV.

— ¡Oh, qué bella está! exclamó la mariscala juntando las manos como si estuviese dispuesta á comenzar la adoración.

El rey se volvió y sonrió á la mariscala.

— No es una mujer, dijo el duque de Richelieu, es una hada.

El rey envió el final de su sonrisa al viejo cortesano.

En efecto, jamás había estado tan bella, jamás semejante suavidad de expresión, jamás emoción mejor representada, mirada más modesta, talle más noble, andar más elegante, había excitado la admiración en el salón de la reina, á pesar de ser, como hemos dicho, el salón de las presentaciones.

Bella hasta el encanto, rica sin fausto, y sobre todo peinada hechiceramente, adelantábase la condesa cogida de la mano de madama de Bearn, quien, á pesar de sus atroces dolores, no cojeaba ni pestañeaba, pero cuyo colorete se iba desprendiendo en átomos secos, pues tanto era lo que se alejaba la vida de su rostro, tanto lo que cada fibra de su cuerpo se estremecía dolorosamente á cada movimiento de su pierna herida.

Todos fijaron la vista en aquel extraño grupo.

La vieja dama, escotada como en su juventud, con un peinado de un pie de altura, grandes ojos hundidos, y brillantes como los de una zumaya, su magnífico traje, y su andar de esqueleto, parecía á la imagen del tiempo pasado dando la mano al tiempo presente.

Aquella dignidad seca y fría guiando á aquella gracia voluptuosa y decente, llenó de admiración y, sobre todo, de asombro á la mayor parte de los concurrentes.

Tan vivo era el contraste, que al rey le pareció que madama de Bearn le traía su manceba más joven, más fresca y risueña de lo que jamás la había visto.

Así, en el momento en que, según la costumbre, la condesa hincaba en el suelo la rodilla para besar la mano del rey, Luis XV la cogió del brazo y la levantó con estas solas palabras, que recompensaron cuanto había sufrido en aquellos quince días:

— ¡ Á mis pies, condesa ! ¡ Os reis !... Yo soy quien debería, y sobre todo, quien querría estar á los vuestros.

Luego, el rey abrió los brazos, según el ceremonial, pero en lugar de hacer la ceremonia de abrazar, abrazó realmente.

— Tenéis una hermosísima ahijada, señora, dijo el rey á madama de Bearn, pero también ella tiene una noble madrina á quien estoy sumamente encantado de volver á ver en mi corte.

La vieja dama se inclinó.

— Id á saludar á mis hijas, condesa, dijo el rey en voz baja á madama Dubarry, y hacédles ver que sabéis hacer la reverencia. Espero que no quedaréis descontenta de la que ellas os devolverán.

Las dos damas continuaron su marcha en medio de un gran espacio que dejaban vacío en torno de ellas á medida que se adelantaban, pero que las ardientes miradas parecían llenar de llamas.

Las tres hijas del rey, al ver á madama Dubarry acercarse á ellas, se levantaron como resortes y aguardaron.

Luis XV vigilaba. Sus ojos fijos en las princesas les recomendaban la política más favorable.

Las princesas, un poco conmovidas, hicieron la reverencia á madama Dubarry, la cual se inclinó mucho más de lo que la etiqueta mandaba, lo que pareció del mejor gusto, y encantó de tal modo á las princesas, que la abrazaron, como había hecho el rey, con una cordialidad de la que S. M. se mostró muy satisfecho.

Desde entonces pudo contar la condesa su triunfo como seguro, y fué preciso que los más lentos ó los menos diestros de los cortesanos esperasen una hora

antes de hacer llegar sus saluciones á la reina de la fiesta.

Ésta, sin ceño, sin cólera y sin recriminación, recibió todas las felicitaciones, olvidando al parecer todos los resentimientos. Nada fingido había en aquella benevolencia magnánima ; pues su corazón rebosaba de alegría, y no había en él cabida para un solo sentimiento odioso.

El señor de Richelieu no era ya el vencedor de Mahón : sabía maniobrar. Mientras que los cortesanos vulgares permanecían, durante las reverencias, en sus puestos, y esperaban el resultado de su presentación para incensar ó denigrar al ídolo, el mariscal había ido á tomar posición detrás de la silla de la condesa, y semejante al guía de caballería que va á plantarse á cien toesas en el llano para esperar que se despliegue una fila en su punto exacto de conversión, el duque esperaba á madama Dubarry, y debía naturalmente hallarse cerca de ella sin que nadie le pisara. Madama de Mirepoix por su parte, conociendo la felicidad que su amigo había tenido siempre en la guerra, imitó aquella maniobra, y había aproximado insensiblemente su silla á la de la condesa.

Establecieronse las conversaciones en cada grupo, y toda la persona de madama Dubarry fué pasada por tamiz.

La condesa, sostenida por el amor del rey, por la acogida afectuosa de las princesas y por el apoyo de su madrina, dirigió una mirada menos tímida á los hombres colocados al rededor del rey, y, segura de su posición, buscó á sus enemigas entre las mujeres.

Un cuerpo opaco interrumpió la perspectiva.

— ¡ Ay ! señor duque, dijo, era preciso que viniera aquí para veros.

— ¿ Qué decís, señora ? preguntó el duque.

— Sí, hace ocho días que no se os ve ni en Versalles, ni en París, ni en Luciennes.

— Esperaba tener el placer de veros aquí esta noche, contestó el viejo cortesano.

— ¿Quizá lo preveíais?

— Estaba seguro de ello.

— En verdad, duque, que no os perdono que sabiendo eso, no me hayáis avisado, á mí que soy vuestra amiga y que nada sabía.

— ¿Cómo es eso, señora? dijo el duque, ¿no sabíais que debíais venir aquí?

— No, estaba poco más ó menos como Esopo cuando un magistrado lo detuvo en la calle: «¿Adónde vais?» le preguntó. «No lo sé, respondió el fabulista.» «¡Ah! de veras! en ese caso iréis á la cárcel.» «Ya veis que no sabía dónde iba.» Del mismo modo, duque, podría yo creer que iba á Versalles pero no estaba muy segura para decirlo. He aquí porque me hubierais hecho un favor con venir á verme... pero... vendréis ahora, ¿no es verdad?

— Señora, dijo Richelieu sin mostrarse alterado por la burla, no comprendo bien porque no estabais segura de venir aquí.

— Voy á deciroslo; porque estaba rodeada de asechanzas.

Y miró fijamente al duque, que sostuvo con imperturbabilidad aquella mirada.

— ¿De asechanzas! ¡Oh, Dios mío! ¿Qué me decís, condesa?

— En primer lugar, me han robado mi peluquero.

— ¡Oh! ¡oh! ¡vuestro peluquero!

— Sí.

— ¿Por qué no mandasteis á decirmelo? Yo os hubiera enviado... pero os suplico que hablemos más bajo; os hubiera enviado una perla, un tesoro que

madama de Egmont ha desenterrado, un artista muy superior á todos los peluqueros: mi buen Leonardo.

— ¡Leonardo! exclamó madama Dubarry.

— Sí; un hombrecillo que peina á Septimania, y que ella oculta á todos los ojos, como Harpagón hace con su tesoro. Por lo demás, no debéis quejaros, condesa; estáis maravillosamente peinada, y ¡cosa singular! el dibujo de ese peinado se asemeja al croquis que madama de Egmont pidió ayer á Boucher, y de que pensaba servirse ella misma, si no hubiera caído enferma. ¡Pobre Septimania!

La condesa tembló y miró al duque más fijamente todavía; pero el duque permaneció risueño é impenetrable.

— Perdonad, condesa; os he interrumpido, ¿hablabais de asechanzas?.....

— Sí, después de haberme robado mi peluquero, me han sustraído mi magnífico vestido.

— ¡Oh! eso es odioso; pero os podíais pasar sin el que os han quitado, pues os veo vestida con una tela riquísima... Es de seda de China, ¿no es verdad? Pues bien; si os hubierais dirigido á mí en vuestro apuro, como es menester que hagáis en lo sucesivo, os hubiera enviado el vestido que mi hija había mandado hacer para su presentación, y que era tan parecido á este, que podía creer que era el mismo.

Madama Dubarry cogió las dos manos del duque, porque empezaba á comprender quién era el encantador que le había sacado de su conflicto.

— ¿Sabéis en qué coche he venido, duque?

— No; probablemente en el vuestro.

— Duque, me habían robado mi coche, como mi vestido y como mi peluquero.

— ¿Pues entonces eso era una conspiración general contra vos? ¿Y en qué coche habéis venido?

— Decidme primero cómo es el coche de madama de Egmont.

— Me parece que previendo la solemnidad de esta noche, había mandado hacer uno forrado de raso blanco; pero no ha habido tiempo para pintar sus armas.

— Sí, en efecto, una rosa se pinta más pronto que un escudo. Los Richelieu y los Egmont tienen armas muy complicadas. Sois, duque, un hombre adorable.

Y le presentó sus dos manos, de las que el viejo cortesano se hizo una máscara tibia y perfumada.

De repente, en medio de los besos con que las cubría, sintió el duque temblar las manos de madama Dubarry.

— ¿Qué es eso? preguntó mirando á su alrededor.

— Duque... dijo la condesa con una mirada de asombro.

— ¿Y qué?

— ¿Quién es ese hombre que está allí abajo, al lado del señor de Guemenée?

— ¿Aquel que tiene uniforme de oficial prusiano?

— Sí.

— ¿Aquel hombre moreno, de ojos negros y de fisonomía expresiva?

— Sí.

— Condesa, es algún oficial superior que S. M. el rey de Prusia envía aquí sin duda para honrar vuestra presentación.

— No lo dudéis, duque, ese hombre ha estado ya en Francia hace tres ó cuatro años; ese hombre, que no había podido encontrar, y á quien he buscado por todas partes, no es la primera vez que le veo; sí, le conozco.

— Os equivocáis, condesa, ese es el conde de

Fénix, un extranjero que ha llegado ayer ó antes de ayer.

— ¿No observáis cómo me mira, duque?

— Todo el mundo os mira, señora, ¡estáis tan bella!

— ¿No veis cómo me saluda?

— Todo el mundo os saludará, si no os han saludado ya todos, condesa.

Pero la condesa, dominada por una emoción extraordinaria, no escuchaba las galanías del duque, y clavados los ojos en el hombre que había cautivado su atención, dejó como á pesar suyo á su interlocutor para dar algunos pasos hacia el desconocido.

El rey, que no la perdía de vista, notó este movimiento; creyó que ella reclamaba su presencia, y como ya había observado la etiqueta más rigurosa bastante tiempo, manteniéndose apartado de ella, se aproximó para felicitarla.

Pero la preocupación que se había apoderado de la condesa era demasiado fuerte para que pudiera fijar su imaginación en otro objeto.

— Señor, dijo, ¿quién es ese oficial prusiano que da la espalda al señor de Guemenée?

— ¿Y que nos mira en este momento? preguntó Luis XV.

— Sí, contestó la condesa.

— Es un enviado de mi primo el rey de Prusia... algún filósofo como él. Le he hecho venir esta noche, porque quería que la filosofía prusiana consagrara el triunfo de Cotillon III por medio de embajador.

— ¿Y su nombre, señor?

— Esperad, el rey se puso á meditar, ¡ah! eso es, el conde de Fénix.

— ¡Él es! murmuró madama Dubarry; él es, estoy segura de ello.

El rey esperó algunos segundos para dar á madama

Dubarry tiempo de hacerle nuevas preguntas; pero viendo que guardaba silencio:

— Madamas, dijo alzando la voz, mañana llega madama la Delfina á Compiègne. S. A. R. será recibida á las doce en punto: todas las damas *presentadas* se pondrán en camino, excepto las que se hallen enfermas; porque el viaje es molesto, y madama la Delfina no querría agravar las indisposiciones.

El rey pronunció estas palabras mirando con severidad al señor de Choiseul, al señor de Guemené y al señor de Richelieu.

Hubo al rededor del rey un silencio de terror. El sentido de las regias palabras había sido comprendido perfectamente: este sentido era que todos aquellos á quienes el rey se dirigía, habían caído de su real gracia.

— Señor, dijo madama Dubarry, que había permanecido al lado del rey, os pido merced en favor de la condesa de Egmont.

— ¿Y por qué?

— Porque es la hija del duque de Richelieu, y el señor de Richelieu es mi más fiel amigo.

— ¿Richelieu?

— Estoy segura de ello.

— Haré lo que gustéis, condesa, dijo el rey.

Y aproximándose al mariscal, que no había perdido de vista un solo movimiento de los labios de la condesa, y que si no había oído á lo menos había adivinado lo que acababa de decir:

— Espero, mi querido duque, dijo, que madama de Egmont estará restablecida para mañana.

— Ciertamente, señor, y si V. M. lo desea lo estará para esta noche.

Y Richelieu saludó al rey de un modo que expresaba al mismo tiempo su gratitud y su respeto.

El rey se inclinó al oído de la condesa y le dijo una palabra en voz baja.

— Señor, respondió ésta haciendo una reverencia acompañada de la más graciosa sonrisa, soy vuestra humilde súbdita.

El rey saludó á todos con la mano y se retiró á sus habitaciones.

Apenas había pasado el umbral del salón, cuando los ojos de la condesa volvieron á fijarse más espantados que nunca sobre aquel hombre singular que la preocupaba tan vivamente.

Este hombre se inclinó como los demás al pasar el rey; pero aunque saludó, su frente conservaba una singular expresión de altivez y casi de amenaza. En seguida, luego que Luis XV hubo desaparecido, abriéndose calle por entre los grupos, vino á pararse á dos pasos de madama Dubarry.

La condesa, por su parte, arrastrada por una inevitable curiosidad, dió un paso, de suerte que el desconocido, inclinándose, pudo decirle en voz baja y sin que nadie lo oyese:

— ¿Me conocéis, señora?

— Sí, señor: sois mi profeta de la plaza de Luis XV.

El desconocido fijó entonces en ella su mirada tímida y segura.

— Y bien, ¿os mentí, señora, cuando os predije que seriais reina de Francia?

— No, señor, vuestra predicción está cumplida, ó casi cumplida. También yo por mi parte estoy dispuesta á cumplir mi compromiso. Hablad, señor; ¿qué deseáis?

— El sitio no es el más á propósito, señora, y por otra parte, no ha llegado todavía el tiempo de haceros mi petición.

— En cualquier tiempo que me hagáis esa petición, me hallaréis pronta á satisfacerla.

— ¿Podré en cualquier tiempo, en cualquier sitio y á cualquiera hora penetrar hasta vos, señora?

— Os lo prometo.

— Gracias.

— Pero, ¿bajo qué nombre os presentaréis? ¿bajo el de conde de Fénix?

— No, sino bajo el de José Bálamo.

— ¿José Bálamo!... repitió la condesa, mientras que el misterioso extranjero se perdía en medio de los grupos. ¿José Bálamo! ¿Está bien! no lo o'vidaré.

## XVI

## Compiègne

Al día siguiente despertó Compiègne ebrio y transportado, ó por mejor decir, Compiègne no se acostó.

Desde la víspera la vanguardia de la casa del rey había dispuesto sus alojamientos en la ciudad, y mientras que los oficiales se enteraban de sus respectivas habitaciones, los notables, de acuerdo con el intendente de palacio, preparaban la ciudad al gran honor que iba á recibir.

Verdes arcos de triunfo formados de ramajes, mace-tas de rosas y lilas, inscripciones latinas, francesas y alemanas, verso y prosa, ocuparon á la municipalidad todo un día.

Jóvenes vestidas de blanco, según el uso inmemorial, los regidores vestidos de negro, los frailes franciscanos vestidos de gris, el clero adornado con sus hábitos más ricos, y los soldados y oficiales de la guarnición con sus uniformes nuevos, ocuparon sus respectivos puestos, preparados todos á marchar tan pronto como anunciaran la llega de la princesa.

El Delfín, que había partido desde la víspera, llegó de incógnito á las once de la noche con sus dos hermanos. Apenas amaneció montó á caballo sin distinción alguna, como si hubiese sido un simple particular, y acompañado del conde de Provenza y del de

— En cualquier tiempo que me hagáis esa petición, me hallaréis pronta á satisfacerla.

— ¿Podré en cualquier tiempo, en cualquier sitio y á cualquiera hora penetrar hasta vos, señora?

— Os lo prometo.

— Gracias.

— Pero, ¿bajo qué nombre os presentaréis? ¿bajo el de conde de Fénix?

— No, sino bajo el de José Bálamo.

— ¿José Bálamo!... repitió la condesa, mientras que el misterioso extranjero se perdía en medio de los grupos. ¿José Bálamo! ¿Está bien! no lo o'vidaré.

## XVI

## Compiègne

Al día siguiente despertó Compiègne ebrio y transportado, ó por mejor decir, Compiègne no se acostó.

Desde la víspera la vanguardia de la casa del rey había dispuesto sus alojamientos en la ciudad, y mientras que los oficiales se enteraban de sus respectivas habitaciones, los notables, de acuerdo con el intendente de palacio, preparaban la ciudad al gran honor que iba á recibir.

Verdes arcos de triunfo formados de ramajes, macetas de rosas y lilas, inscripciones latinas, francesas y alemanas, verso y prosa, ocuparon á la municipalidad todo un día.

Jóvenes vestidas de blanco, según el uso inmemorial, los regidores vestidos de negro, los frailes franciscanos vestidos de gris, el clero adornado con sus hábitos más ricos, y los soldados y oficiales de la guarnición con sus uniformes nuevos, ocuparon sus respectivos puestos, preparados todos á marchar tan pronto como anunciaran la llega de la princesa.

El Delfín, que había partido desde la víspera, llegó de incógnito á las once de la noche con sus dos hermanos. Apenas amaneció montó á caballo sin distinción alguna, como si hubiese sido un simple particular, y acompañado del conde de Provenza y del de



Artois, el uno de quince años de edad y el otro de trece, se puso á galopar en dirección de Ribecour, siguiendo el camino por donde debía venir la Delfina.

Preciso es confesar que tan galante idea no había ocurrido al joven príncipe, sino á su ayo el señor de Lavanguyón, que, enviado desde la víspera por el rey, había recibido de Luis XV el encargo de instruir á su augusto alumno en todos los deberes que le imponían las veinticuatro horas que iban á transcurrir.

Para sostener, pues, en todo su punto el honor de la monarquía, el señor de Lavanguyón había juzgado oportuno hacer seguir al duque de Berry el ejemplo tradicional de los reyes de su dinastía, Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV, los cuales habían querido analizar por sí mismos, sin la ilusión del adorno, á sus futuras esposas, menos preparadas en medio del camino á sostener el examen de un esposo.

Llevados por rápidos corceles, anduvieron tres ó cuatro leguas en media hora. El Delfin marchaba serio, y sus dos hermanos risueños. Á las ocho y media estaban de vuelta en la ciudad. El Delfin serio, como había salido, el señor de Provenza taciturno, y solo el conde de Artois encantado de una sola cosa: la de hallar á la Delfina tan bella.

El carácter grave, envidioso, insustancial de los tres príncipes se traslucía en la fisonomía de cada uno de ellos.

Las diez sonaban en el reloj de la casa municipal de Compiègne, cuando el vigía vió izar sobre el campanario del pueblo de Claives la bandera blanca que debía desplegarse al descubrir á la Delfina.

Al punto se oyó la campana de aviso, señal á que contestó un cañonazo disparado desde el castillo.

En el mismo momento, como si el rey no hubiera esperado más que ese aviso, subió en Compiègne á su

coche tirado por ocho caballos, seguido por la inmensa multitud de coches de su corte.

Los gendarmes y los dragones abrían al galope aquella multitud impelida por el deseo de ver al rey y de salir á recibir á la Delfina.

Cien coches, tirado cada uno por cuatro caballos, y ocupando casi el espacio de una legua, conducían á cuatrocientas damas y otros tantos señores de la más alta nobleza de Francia. Escollaban á estos cien coches batidores, correos, pajes, lacayos y multitud de criados. Los gentileshombres de la casa del rey iban á caballo y formaban un ejército brillante que deslumbraba en medio del polvo levantado por los cascos de los caballos, como una oleada de terciopelo, de oro, de plumas y de seda.

Hicieron alto por un momento en Compiègne, saliendo después de la ciudad al paso para avanzar hasta el límite convenido, que era una cruz colocada en medio del camino á la altura del pueblo de Magny.

Toda la juventud de Francia rodeaba al Delfin: toda la antigua nobleza acompañaba al rey.

Por su parte, la Delfina, que no había mudado de coche, avanzó con paso calculado hacia el límite convenido.

Reuniéronse al fin las dos comitivas.

Todos los coches quedaron al punto vacíos; apeáronse los cortesanos de una y otra parte, y sólo quedaron ocupados dos coches, el uno el del rey y el otro el de la Delfina.

Abrióse la portezuela del coche de la Delfina, y la joven archiduquesa saltó ligeramente á tierra.

La princesa entonces avanzó hacia la portezuela del coche real.

Al ver Luis XV á su nuera hizo abrir la portezuela de su coche y se apeó á su vez con precipitación.

La Delfina había calculado tan acertadamente su marcha, que en el momento de poner el rey el pie en tierra, se hincó de rodillas.

El rey se inclinó, levantó á la joven princesa y la abrazó tiernamente dirigiéndole una mirada que la hizo ruborizar.

— ¡ Señor Delfin! dijo el rey mostrando María Antonieta al duque de Berry, que permanecía detrás de ella, sin que hasta entonces la hubiese visto, á lo menos oficialmente.

La Delfina hizo una graciosa reverencia, que le devolvió el Delfin, ruborizándose á su vez.

Después del Delfin vinieron sus dos hermanos, y detrás de los dos hermanos las tres hijas del rey.

La Delfina haltó una palabra afectuosa para cada uno de los dos príncipes y para cada una de las tres princesas.

Á medida que avanzaban estas presentaciones, madama Dubarry, que esperaba con ansiedad, permanecía de pie detrás de las princesas. ¿ Se trataría de ella? ¿ La dejarían olvidada?

Después de la presentación de madama Sofia, la menor de las hijas del rey, hubo una tregua de un instante, durante la cual todas las respiraciones eran anhelosas.

El rey parecía vacilar, y la Delfina hallar algún incidente nuevo de que hubiese sido prevenida de antemano.

El rey dirigió una mirada en torno suyo, y viendo á la condesa á su alcance, la tomó de la mano.

Todos se apartaron al punto, y el rey se halló en medio de un círculo con la Delfina.

— La señora condesa Dubarry, dijo, mi mejor amiga.

La Delfina se puso pálida, pero la más ligera sonrisa asomó á sus labios trémulos.

— V. M. es muy feliz, dijo, con tener una amiga tan encantadora, y ya no me admiro del aprecio que puede inspirar.

Todo el mundo se miraba lleno de sorpresa y asombro, pues era evidente que la Delfina seguía las instrucciones de la corte de Austria, y repetía probablemente las propias palabras dictadas por María Teresa.

Así es que el señor de Choiseul creyó que era necesaria su presencia; pero al adelantarse para ser también presentado, hizo el rey una seña con la cabeza, batieron marcha los tambores, sonaron las trompetas y retumbaron los cañonazos.

El rey cogió á la joven princesa de la mano para llevarla á su coche, y conducida de este modo, pasó por delante del señor de Choiseul. ¿ Le vió ella ó no le vió? es imposible decirlo; pero lo que hubo de cierto fué que no hizo ella ni con la mano ni con la cabeza seña alguna que se pareciera á una salutación.

En el momento en que la princesa entró en el coche del rey, oyóse el repique de las campanas de la ciudad que sobresalía sobre todo aquel ruido solemne.

Madama Dubarry subió radiante á su coche.

Hubo entonces una parada de diez minutos, durante los cuales volvió á subir el rey á su coche, y tomó el camino de Compiègne.

Durante este tiempo, todas las voces, comprimidas por el respeto ó la emoción, estallaron en un zumbido general.

Dubarry se aproximó á la portezuela del coche de su hermana; ésta le recibió con el rostro risueño, pues esperaba todas sus felicitaciones.

— ¿ Sabes, Juana, le dijo mostrándole con el dedo un caballero que hablaba á uno de los coches de la

comitiva de la Delfina, sabes quién es ese joven?

— No, dijo la condesa; pero, ¿sabes lo que ha contestado la Delfina cuando el rey me presentó á ella?

— No se trata de eso. Ese joven es el señor Felipe de Taverney.

— ¿El que te dió la estocada?

— El mismo. ¿Y sabes quién es esa admirable criatura con quien está hablando?

— ¿Esa joven tan pálida y tan majestuosa?

— Sí, á quien el rey mira en este momento, y cuyo nombre, según todas las probabilidades, pregunta á la Delfina.

— ¿Y qué?

— Que es la hermana.

— ¡Ah! exclamó madama Dubarry.

— Escucha, Juana, no sé porqué, pero me parece que debes desconfiar tú tanto de la hermana como yo del hermano.

— ¿Estás loco?

— Soy prudente. De todos modos, tendré cuidado con el mozo.

— Y yo no perderé de vista á la niña.

— ¡Chit! dijo Juan; ahí viene nuestro amigo el duque de Richelieu.

En efecto, el duque se aproximaba meneando la cabeza.

— ¿Qué tenéis, mi querido duque? preguntó la condesa con encantadora sonrisa; parece que estáis disgustado.

— Condesa, dijo el duque, ¿no os parece que estamos todos muy graves, y hasta tristes, para circunstancias tan alegres como las en que nos hallamos? En otro tiempo, me acuerdo muy bien, salimos á recibir á una princesa amable y hermosa como ésta, la madre

de monseñor el Duñin, y estábamos más a'egres. ¿Sería porque éramos mas jóvenes?

— No, dijo una voz detrás del duque, consiste en que la monarquía era menos vieja.

Todos los que oyeron esta palabra experimentaron como un temblor. El duque se volvió y vió á un viejo gentilhombre de elegante continente, que, con sonrisa misantrópica, le ponía una mano sobre el hombro.

— ¡Dios mío! exclamó el duque. Es el barón de Taverney, condesa, añadió, uno de mis amigos más antiguos, para el cual os pido toda vuestra benevolencia; el barón de Taverney Casa-Roja.

— ¡Es el padre! dijeron á un tiempo Juan y la condesa.

— ¡Al coche, señores! ¡al coche! gritó en aquel momento el mayor de la casa del rey, y que mandaba la escolta.

Los dos viejos gentileshombres hicieron una salutación á la condesa y al vizconde, y se encaminaron al mismo carruaje, contentos ambos de volver á verse después de una ausencia tan larga.

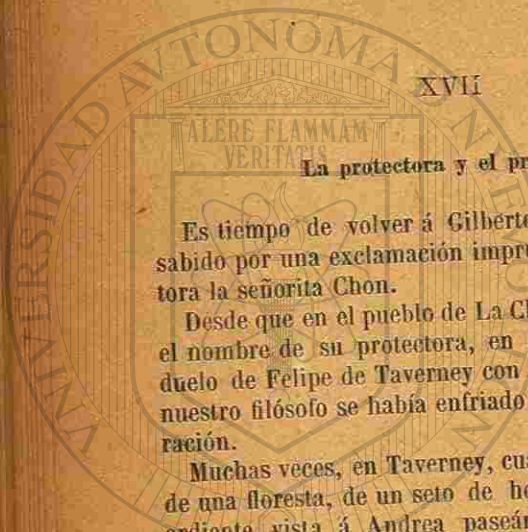
— ¿Quieres que te diga lo que siento, hermana? No me gusta el padre más que los hijos.

— ¡Qué lástima, dijo la condesa, que ese pequeño oso de Gilberto haya desaparecido! porque él nos hubiera dado informes sobre todo eso, puesto que se ha criado en la casa.

— ¡Bah! dijo Juan; ya le encontraremos, ahora que no tenemos que hacer otra cosa.

La conversación fué interrumpida por el movimiento de los coches.

Al día siguiente, después de haber pasado la noche en Compiègne, las dos cortes, ocaso de un siglo y aurora del otro, se encaminaban confundidas hacia Paris, insaciable sima que debía devorarlos á todos.



XVII

### La protectora y el protegido

Es tiempo de volver á Gilberto, cuya fuga hemos sabido por una exclamación imprudente de su protectora la señorita Chon.

Desde que en el pueblo de La Chaussée había sabido el nombre de su protectora, en los preliminares del duelo de Felipe de Taverney con el vizconde Dubarry, nuestro filósofo se había enfriado mucho en su admiración.

Muchas veces, en Taverney, cuando oculto en medio de una floresta, de un seto de hojaranzos, seguía con ardiente vista á Andrea paseándose con su padre, había oído al barón explicarse categóricamente sobre madama Dubarry. El odio muy interesado del viejo Taverney, cuyos vicios y principios conocemos, había hallado cierta simpatía en el corazón de Gilberto. Esto provenía de que la señorita Andrea no contradecía de ningún modo el mal que el barón decía de madama Dubarry; porque, preciso es que lo digamos, el nombre de madama Dubarry era muy despreciado en Francia. En fin, lo que había hecho entrar á Gilberto en el partido del barón, fué que más de una vez había oído á Nicole exclamar: « ¡ Ah! si yo fuese madama Dubarry!

Todo el tiempo que duró el viaje, Chon estaba demasiado ocupada, y de cosas demasiado serias, para

notar el cambio de humor que el conocimiento de sus compañeros había producido en Gilberto. Llegó, pues, á Versalles, no pensando más que en convertir en mayor bien del vizconde la estocadâ que le diera Felipe, y que no podía redundar en su mayor honor.

En cuanto á Gilberto, apenas llegó á la capital, si no de Francia, á lo menos de la monarquía francesa, olvidó todo mal pensamiento para entregarse á una franca admiración. Versalles, majestuoso y frío, con sus grandes árboles, cuya mayor parte comenzaban á secarse ó perecer de vejez, llenó á Gilberto de ese sentimiento de religiosa tristeza de que ningún espíritu bien organizado puede prescindir á la vista de las grandes obras elevadas por la perseverancia humana, ó creadas por el poder de la naturaleza.

De esa impresión inusitada en Gilberto, y contra la que en vano se revelaba su innato orgullo, resultó que, en los primeros momentos, la sorpresa y la admiración le hicieron silencioso y dócil. El sentimiento de su miseria ó inferioridad le abrumaba. Hallábase muy pobremente vestido al lado de aquellos señores recamados de oro y cordones, muy pequeño al lado de los suizos, muy vacilante cuando tuvo que marchar con sus pesados zapatos claveteados por los pavimentos de mosaico y los apomazados y lustrosos mármoles de las galerías.

Entonces conoció que le era indispensable el socorro de su protectora, para hacer de él alguna cosa, y se aproximó á ella para que viesen bien los guardas que venía en su compañía. Pero esa misma necesidad que había tenido de Chon, fué lo que, con la reflexión que á muy luego le volvió, no le pudo perdonar.

Ya hemos dicho en la primera parte de esta obra, que madama Dubarry habitaba en Versalles un hermoso aposento que en otro tiempo habitara madama

Adelaida. El oro, el mármol, los perfumes, los tapices y los encajes, embriagaron al principio á Gilberto, naturaleza sensual por instinto, espíritu filosófico por voluntad, y sólo después de haber estado allí largo tiempo, de haberse embriagado al principio por la contemplación de tantas maravillas que habían deslumbrado su inteligencia, advirtió por último que él estaba en una pequeña bohardilla colgada de sarga, que le habían servido un caldo, un resto de carnero y un poeillo de erema, y que el lacayo, al servirle, le había dicho con un tono de amo:

— Quédese usted aquí.

Después se había retirado.

Sin embargo, había un pequeño trozo de aquel cuadro que, si bien el más magnífico, tenía aun á Gilberto encantado. Se le había hospedado, como hemos dicho, en una bohardilla; pero desde su ventana veía todo el parque esmaltado de mármol; percibía las aguas cubiertas de aquella costra verdosa que extendía sobre ellas el abandono en que se las había dejado, y más allá las copas de los árboles mugiendo como las olas del Océano, las llanuras matizadas de colores, y los azulados horizontes de las montañas vecinas.

La única cosa en que pensó Gilberto en aquel momento, fué, pues, que estaba hospedado en Versalles, es decir, en el palacio del rey, como los primeros señores de Francia, sin ser un cortesano ni un lacayo, sin ninguna recomendación de nacimiento y ninguna bajeza de carácter.

Mientras que Gilberto hacía su pequeña comida, que no dejaba de ser muy buena, comparada con las que acostumbraba hacer, y, por postre, miraba por la ventana de su bohardilla. Chon, como se recordará, penetraba en el cuarto de su hermana, le decía muy bajito al oído, que su misión cerca de madama de

Bearn estaba desempeñada, y le anunciaba en alta voz el accidente ocurrido á su hermano en el pueblo de La Chaussée, accidente que, á pesar del ruido que hizo en su nacimiento, hemos visto ir á perderse y morir en el pozo en que tantas otras cosas más importantes debían perderse: la indiferencia del rey.

Gilberto estaba sumido en una de esas meditaciones que tan familiares le eran á la vista de las cosas que excedían la medida de su inteligencia ó de su voluntad, cuando vinieron á advertirle que la señora Chon le invitaba á bajar. Cogió su sombrero, lo cepilló, comparó al soslayo su casaca raída con la nueva del lacayo; y, aunque diciéndose que la de este último era una casaca de lacayo, no dejó de bajar avergonzado de hallarse tan poco en armonía con los honores con quienes tropezaba y con las cosas que se presentaban á sus ojos.

Chon descendía al patio al mismo tiempo que Gilberto, sólo que ella descendía por la escalera principal, y él por una especie de escalera excusada.

Estaba aguardando un coche, que era una especie de faetón bajo con cuatro asientos, casi semejante al pequeño coche histórico en que el gran rey paseaba á la vez á madama de Montespán, á madama de Fontagnes, y aun muchas veces á la reina.

Chon subió y se instaló en la primera banqueta, con un abultado cofre y un perrito. Los otros dos asientos estaban destinados á Gilberto y á una especie de intendente llamado señor Grange.

Gilberto se apresuró á colocarse detrás de Chon para conservar su rango. El intendente, sin oponer reparo alguno y hasta sin pensar en ello, tomó asiento detrás del cofre y del perro.

Como la señorita Chon, semejante en el espíritu y el corazón á todo lo que habitaba en Versalles, se si-

tiese contenta con dejar el gran palacio para respirar el aire de los bosques y los prados, se hizo comunicativa y no bien había salido de la ciudad cuando, medio volviéndose:

— Y bien, dijo; ¿cómo os halláis en Versalles, señor filósofo?

— Muy bien, señora, pero ¿lo dejamos ya?

— Sí; esta vez vamos á *nuestra casa*.

— Es decir, á *nuestra casa*, repuso Gilberto con el tono de un oso que se humaniza.

— Eso quería decir: Os presentaré á mi hermana, procurad caerle en gracia, que es por lo que actualmente se afanan los mayores señores de Francia á propósito, señor Grange; mandaréis hacer un vestido completo á este joven.

Gilberto se ruborizó hasta las orejas.

— ¿Qué vestido, señora? preguntó el intendente; ¿la librea ordinaria?

Gilberto dió un brinco sobre su banqueta.

— ¡La librea! exclamó lanzando al intendente una mirada feroz.

Chon se echó á reír.

— No, no; mandaréis hacer... Ya os lo diré; pues tengo una idea que quiero comunicar á mi hermana. Tened solamente cuidado de que ese vestido esté corriente al mismo tiempo que el de Zamora.

— Bien, señora.

— ¿Conocéis á Zamora? preguntó Chon á Gilberto, á quien todo este diálogo ponía muy huraño.

— No, señora, respondió; no tengo ese honor.

— Es un compañerito que tendréis, y que va á ser gobernador del castillo de Luciennes. Hacedos su amigo, pues, á pesar de su color, es una excelente criatura en el fondo.

Gilberto estuvo á punto de preguntar de qué color

era Zamora, pero se acordó de la moral que Chon le había enseñado á propósito de la curiosidad, y se contuvo por miedo á una segunda mercurial.

— Trataré de eso, se contentó con decir con una sonrisa llena de dignidad.

Llegaron á Luciennes. El filósofo todo lo había visto: el camino plantado recientemente de árboles, sus sombríos cerros, el gran acueducto que parece una obra romana, los bosques de castaños de espeso follaje, y, en fin, ese magnífico golpe de vista de las llanuras y los bosques que, en su fuga hacia Maisons, acompañan las dos orillas del Sena.

— ¿Conque es este el pabellón, dijo para sí Gilberto, que tanto dinero ha costado á la Francia, según dice el barón de Taverney!

Perros gozosos, criados solícitos acudieron á saludar á Chon, é interrumpieron á Gilberto en medio de sus reflexiones aristocrático-filosóficas.

— ¿Ha llegado mi hermana? preguntó Chon.

— No, señora, pero la están esperando.

— ¿Quién la espera?

— El canceller, el subdelegado de policía y el señor duque de Aiguillon.

— Bien, vaya usted pronto á abrirme el gabinete de China, porque quiero ser la primera en ver á mi hermana. Dígale usted que la espero allí, ¿oye usted? ¡Hola, Silvia! continuó Chon dirigiéndose á una especie de doncella que acababa de apoderarse del cofre y del perro. Dé usted el cofre y Misapouf al señor Grange, y lléveme usted este pequeño filósofo adonde está Zamora.

Silvia miró en torno suyo examinando sin duda de qué especie de animal quería hablar Chon; pero habiéndose detenido al mismo tiempo sobre Gilberto

sus miradas y las de su ama, Chon le hizo seña que hablaba de aquel joven.

— Venga usted, dijo Silvia.

Gilberto, cada vez más admirado, siguió á la doncella, mientras que Chon, ligera como un pájaro, desaparecía por una de las puertas laterales del pabellón.

Sin el tono imperativo con que Chon le había hablado, Gilberto habría tomado á la señorita Silvia por una gran señora más bien que por una doncella, pues en su traje se parecía mucho más á Andrea que á Nicole. Silvia cogió á Gilberto de la mano dirigiéndole una graciosa sonrisa, porque las palabras de Chon indicaban hacia el recién venido, si no afecto, á lo menos capricho.

La señorita Silvia era alta y hermosa, tenía ojos azules oscuros, color blanco, con algunas ligeras pecas, y magníficos cabellos rubios. Su boca fresca y fina, sus blancos dientes, su brazo regordete, hicieron en Gilberto una de esas impresiones sensuales de que tan susceptible era, y que le recordaban con un dulce estremecimiento aquella luna de miel de que había hablado Nicole.

Las mujeres perciben siempre esas cosas; por consiguiente la señorita Silvia las percibió, y dijo sonriendo:

— ¿Cómo se llama usted, caballero?

— Gilberto, señorita, respondió nuestro joven con una voz bastante dulce.

— Y bien, señor Gilberto, venga usted á hacer conocimiento con el señor Zamora.

— ¿Con el gobernador del castillo de Luciennes?

— Sí, con el gobernador.

Gilberto estiró sus brazos, limpió su casaca con una manga, y pasó un pañuelo de narices por las manos.

En realidad estaba bastante intimidado de presentarse delante de un personaje tan importante, pero recordaba estas palabras: Zamora es una excelente criatura, y estas palabras le tranquilizaban.

Era ya amigo de una condesa y de un vizeconde, é iba á serlo de un gobernador.

— ¡Eh! pensó. Me parece que calumnian á la corte, en donde tan fácilmente se adquieren amigos. Estas gentes son hospitalarias y buenas, á lo que veo.

Silvia abrió la puerta de una antecámara que parecía más bien un retrete; las hojas eran de concha incrustadas de cobre sobredorado. Hubiérase dicho que era el Atrium de Lúculo, si no fuera que en casa del antiguo romano las incrustaciones eran de oro puro.

Allí, en un inmenso sillón cubierto de almohadones, reposaba, con las piernas cruzadas y mascullando pastillas de chocolate, el señor Zamora á quien nosotros conocemos, pero á quien Gilberto no conocía.

Así, el efecto que le produjo la aparición del futuro gobernador de Luciennes, se pintó de una manera bastante curiosa en el rostro del filósofo.

— ¡Oh! exclamó, contemplando con asombro aquella extraña figura, pues era la primera vez que veía un negro. ¡Oh! ¡oh! ¿qué viene á ser éste?

— Éste, respondió Silvia, es el señor Zamora.

— ¿El? respondió Gilberto estupefacto.

— Sin duda, dijo Silvia riendo sin poderlo remediar, al ver el sesgo que tomaba aquella escena.

— ¿El gobernador? continuó Gilberto, ¿ese monote gobernador del castillo de Luciennes? Vamos, señorita, usted se burla de mí.

A este apóstrofe se enderezó Zamora enseñando sus blancos dientes.

— Yo gobernador, dijo, yo no monote.

Gilberto dirigió á Zamora y á Silvia una mirada que

se hizo iracunda al ver á la joven soltar una carcajada á pesar de los esfuerzos que hacia para contenerse.

Zamora, grave é impasible como un ídolo indio, metió sus negras garras en el saco, y volvió á mascullar pastillas.

En aquel momento se abrió la puerta, y entró el señor Grange acompañado de un sastre.

— Aquí tiene usted, dijo señalando á Gilberto, la persona para quien es el vestido. Tome usted la medida según se lo he explicado.

Gilberto presentó maquinalmente los brazos y espalda, mientras que Silvia y el señor Grange hablaban en el interior del cuarto, y que la primera reía á más no poder á cada palabra que le decía el intendente.

— ¡ Ah ! va á ser divertido, dijo la señorita Silvia ; ¿ y llevará el sombrero puntiagudo como Sganarelle ?

Gilberto no aguardó la respuesta, rechazó bruscamente al sastre, y no quiso de ningún modo prestarse al resto de la ceremonia. No conocía al señor de Sganarelle ; pero su nombre, y con especialidad las carcajadas de Silvia, le indicaban que debía ser un personaje eminentemente ridículo.

— Está muy bien, dijo el intendente, no le violente usted, pues ya sabe usted lo bastante, ¿ no es así ?

— Ciertamente, respondió el sastre. Además, en esta clase de vestidos nunca es perjudicial ser holgados. Se lo haré bien ancho.

Y con esto, se alejaron Silvia, el intendente y el sastre, dejando á Gilberto mana á mano con el negrito, quien seguía mascullando sus pastillas y girando sus blancos ojos.

¡ Cuántos enigmas para el pobre provinciano ! ¡ Cuántos temores, y sobre todo cuántas angustias para el filósofo que veía ó creía ver su dignidad de hombre

más claramente comprometida aun en Luciennés que en Taverney !

Sin embargo, trató de hablar á Zamora, pues le había ocurrido la idea de que tal vez sería algún príncipe indio, como los que había visto en las novelas de M. Crebillón hijo.

Peró el príncipe indio, en lugar de responderle, se fué delante de cada espejo á mirar su magnífico traje como hace una novia con el suyo de boda, y luego, poniéndose á horcajadas en una silla de rodajas á la que impelió con sus pies, dió diez vueltas á la antecámara con una velocidad que probaba el profundo estudio que había hecho de aquel ingenioso ejercicio.

De repente sonó una campanilla. Zamora saltó de su silla, la dejó en aquel mismo sitio, y se lanzó por una de las puertas de la antecámara en dirección del sonido de la campanilla.

Aquella prontitud en obedecer á un timbre argentino acabó de convencer á Gilberto de que Zamora no era un príncipe.

Gilberto tuvo un instante deseo de salir por la misma puerta que Zamora, pero al llegar al extremo del pasillo que daba al salón, vió tantos cordones azules y encarnados, guardados todos por lacayos tan descarados y bulliciosos, que sintió correr por sus venas un calor, y volvió á su antecámara con la frente bañada de sudor.

Trascurrió así una hora ; Zamora no volvía, Silvia seguía ausente, y Gilberto ansiaba hallarse con un rostro humano cualquiera, aunque fuese el del espantoso sastre que iba á instrumentar la farsa desconocida de que él se veía amenazado.

Al cabo de esta hora, se abrió de nuevo la puerta por donde él había entrado, se presentó un lacayo y le dijo :

— ¡ Venga usted !



## El médico por fuerza

Gilberto sentía gran repugnancia en obedecer á un lacayo; pero como sin duda se trataba de un cambio en su estado, y como le parecía que todo cambio debía serle ventajoso, se apresuró á obedecer.

La señorita Chon, libre al fin de toda negociación después de haber puesto á su cuñada al corriente de su misión cerca de madama de Bearn, estaba almorzando muy descansadamente al lado de una ventana á donde llegaban las acacias y los castaños del más próximo tresbolillo.

Comía con mucho apetito, y Gilberto observó que este apetito estaba justificado por un salmorejo de faisán y por un plato de criadillas de tierra.

El filósofo Gilberto, introducido á la presencia de la señorita Chon, buscó con la vista sobre el velador el sitio de su cubierto, esperando una invitación.

Pero Chon no le ofreció siquiera un asiento, contentándose con dirigirle una mirada; y bebiendo en seguida un vasito de vino, color de topacio, dijo:

— Vamos, mi querido médico, ¿á qué altura os halláis con Zamora?

— ¿Á qué altura me hallo con él? preguntó Gilberto.

— Sin duda, pues creo que ya habréis trabado amistad con el gobernador.

— ¿Cómo queréis que trabe amistad con una espe-

cie de animal que no habla, y que cuando se le habla, se contenta con abrir sus ojos y enseñar los dientes?

— Me asustáis, respondió Chon sin interrumpir su comida, y sin que el aire de su rostro correspondiese en manera alguna á sus palabras; ¿según veo sois muy difícil en amistad?

— La amistad supone la igualdad.

— ¡Bella máxima! dijo Chon. ¿Conque no os consideráis como el igual de Zamora?

— Es decir, replicó Gilberto, que no he considerado que él lo fuese mío.

— ¡En verdad! dijo Chon como hablando consigo misma, es encantador!

Volviéndose después hacia Gilberto, cuyo aire altivo no dejó de reparar, añadió:

— ¿Decíais, querido doctor, que dais difícilmente vuestro corazón?

— Muy difícilmente, señora.

— ¿Conque me engañaba cuando me lisonjeaba de ser del número de vuestras buenas amigas?

— Os profeso, señora, mucho respeto, dijo Gilberto con gravedad, pero...

— Os agradezco ese favor: ¿y cuánto tiempo es necesario, desdeñoso mío, para que una persona merezca vuestro afecto?

— Mucho tiempo, señora, y aun así hay personas que á pesar de cuanto hagan jamás lo obtendrán.

— ¡Ah! ahora comprendo cómo después de haber permanecido diez y ocho años en casa del barón de Taverney le habéis abandonado de repente. Los Taverney no habían tenido la fortuna de caer en gracia, ¿no es verdad?

Gilberto se ruborizó.

— Y bien, ¿no me contestáis? dijo Chon.

— ¿Qué queréis que os responda, señora, sino que

la amistad como la confianza son cosas que deben merecerse?

— ¡Cáspita! ¿eso quiere decir que los huéspedes de Taverney no merecieron ni esa amistad ni esa confianza?

— Todos no, señora.

— ¿Y qué os habían hecho los que tuvieron la desgracia de no agradaos?

— Yo no me quejo, señora, dijo Gilberto orgullosamente.

— Vamos, vamos, dijo Chon, veo que también yo estoy excluida de la confianza del señor Gilberto. Sin embargo, no será por falta de deseo de conquistarla, sino por ignorar los medios que deben emplearse para conseguirla.

Gilberto se mordió los labios.

— En fin, esos Taverney no han sabido contentaros, añadió Chon con una curiosidad cuya tendencia conoció Gilberto. Decidme pues, ¿qué hacíais en su casa?

Gilberto se vió bastante apurado, porque él mismo no sabía lo que hacía en Taverney.

— Señora, dijo, yo era... yo era el hombre de confianza.

A estas palabras pronunciadas con la calma filosófica que caracterizaba á Gilberto, Chon fué acometida de tal acceso de risa, que se recostó sobre su silla prorrumpiendo en una careajada.

— ¿Dudáis de lo que digo? dijo Gilberto frunciendo el ceño.

— ¡Dios me libre de semejante cosa! ¿Sabéis, amigo mío, que sois feroz y que no se os puede decir nada? Si os he preguntado acerca de los Taverney, ha sido sólo con la idea de serviros vengándoos.

— Yo no me vengo, señora, ó me vengo solo.

— Muy bien; pero nosotros hemos recibido agravio

por parte de los Taverney, y puesto que vos tenéis que vengar uno ó acaso muchos, es claro que somos naturalmente aliados.

— Os equivocáis, señora; mi manera de vengarme no puede tener relación alguna con la vuestra, porque habláis de los Taverney en general, y yo admito diferentes matices en los diversos sentimientos que les profeso.

— ¿Y el señor Felipe de Taverney, por ejemplo, está comprendido en los matices sombríos ó en los suaves?

— Ninguna queja tengo contra el señor Felipe: jamás me ha hecho ni bien ni mal. No le amo, ni le detesto; me es de todo punto indiferente.

— ¿En ese caso no declararéis delante del rey ó del señor de Choiseul contra el señor Felipe de Taverney?

— ¿Sobre qué?

— Sobre su duelo con mi hermano.

— Diré lo que sé, señora, si me llaman á declarar.

— ¿Y qué sabéis?

— La verdad.

— ¿Y á qué llamáis la verdad? Esa es una palabra muy elástica.

— Jamás para el que sabe distinguir el bien del mal, lo justo de lo injusto.

— Comprendo: el bien, es el señor Felipe de Taverney; el mal, es el vizeconde Dubarry.

— Sí, señora, en mi opinión, y según mi conciencia, á lo menos.

— ¿Y es éste el que he recogido en el camino? dijo Chon con acritud. ¿Así me recompensa el que me debe la vida?

— Es decir, señora, que no os debe la muerte.

— Es la misma cosa.

— Es muy diferente.

— ¿Cómo?

— Yo no os debo la vida; habéis impedido que me la quitaran vuestros caballos, y nada más, y aun así no fuisteis vos, sino el postillón.

Chon miró atentamente al novel lógico, que reparaba tan poco en los términos.

— Yo esperaba, dijo ella suavizando su sonrisa y su voz, alguna más galantería por parte de un compañero de viaje que durante el camino sabía tan bien hallar mi brazo debajo de un cojín y mi pie sobre su rodilla.

Chon estaba tan provocativa con esta dulzura y esta familiaridad, que Gilberto olvidó á Zamora, al sastre y el almuerzo, al que se habían olvidado de convidarle.

— ¡Vamos, vamos! sois un buen muchacho, dijo Chon cogiendo la barba de Gilberto, declararéis contra Felipe de Taverney, ¿no es verdad?

— ¡Oh! no, jamás, contestó Gilberto.

— ¿Y por qué, testarudo?

— Porque el vizconde Juan ha obrado mal.

— ¿En qué ha obrado mal?

— En insultar á la Delfina; mientras que por el contrario el señor de Taverney....

— ¿Y qué?

— Tenía razón en defenderla.

— ¡Hola! parece que somos partidarios de la Delfina!

— Yo no soy partidario sino de la justicia.

— Sois un loco, Gilberto: callad, que no os oigan hablar así en este castillo.

— Entonces, dispensadme de contestar cuando me preguntáis.

— Cambiemos de conversaci6n en ese caso.

Gilberto inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— ¡Ah, chiquillo! dijo Chon en un tono de voz

bastante duro, ¿qué pensáis hacer aquí si no procuráis haceros agradable?

— ¿Es menester hacerme agradable por el medio del perjurio?

— ¿Pero adónde vais á buscar todas esas grandes palabras?

— En el derecho que cada hombre tiene de permanecer fiel á su conciencia.

— ¡Bah! dijo Chon, cuando se sirve á un amo ese amo resume en sí toda responsabilidad.

— Yo no tengo amo, dijo Gilberto en tono áspero y enojado.

— Y al paso que vais, bobalicón, dijo Chon levantándose con cierto aire de abandono y flojedad, jamás tendréis amo. Repito mi pregunta; contestadme á ella categóricamente. ¿Qué pensáis hacer en esta casa?

— Yo creía que no había necesidad de hacerse agradable cuando podía uno hacerse útil.

— Y sin embargo, estáis en un error: no se hallan más que personas útiles, y estamos cansados de ellas.

— Entonces me retiraré.

— ¿Os retiraréis?

— Sí, yo no he pedido que me trajeran aquí, y por tanto soy libre, ¿no es verdad?

— ¡Libre! exclamó Chon, que comenzaba á enfadarse de aquella resistencia á la cual no estaba acostumbrada. ¡Oh! no.

La fisonomía de Gilberto apareció notablemente alterada.

— Vamos, vamos, dijo Chon, que vió por el ceño de su interlocutor que no renunciaba fácilmente á su libertad. ¡Vamos, haya paz! Sois un buen muchacho, muy virtuoso, y en esto seréis muy divertido, aunque no sea más que por el contraste que haréis con todo lo que nos rodea. Guardad vuestro amor á la verdad.

— Ciertamente que lo guardaré, dijo Gilberto.

— Si, pero nosotros entendemos la frase de dos maneras diferentes. Yo digo: guardadlo para vos y no vayáis á celebrar vuestro culto en los corredores de Trianón ó en las antecámaras de Versalles.

— ¡Hum! murmuró Gilberto.

— ¡No hay hum que valga! no sois tan sabio, mi querido filósofo, que no podáis aprender muchas cosas de una mujer; así comencemos por este primer axioma: no se miente callando; retened bien esto.

— ¿Y si me preguntan?

— ¿Quién? ¿Estáis loco, amigo mío? ¿Quién piensa en vos sino yo? Pareceme, señor filósofo, que no tenéis todavía escuela. La especie á que pertenecéis es todavía muy rara. Es preciso recorrer los caminos y batir los montes para hallar vuestros semejantes. Os quedaréis conmigo, y antes de cuatro dias os veremos transformado en un cortesano completo.

— Mucho lo dudo, contestó Gilberto en tono impetuoso.

Chon se encogió de hombros.

Gilberto se sonrió.

— Pero dejemos esto á un lado, replicó Chon; por otra parte, no tenéis que agradar ¡más que á tres personas.

— ¿Y son esas tres personas?

— El rey, mi hermana y yo.

— ¿Qué es preciso hacer para eso?

— ¿Habéis visto á Zamora? dijo Chon esquivando contestar directamente á la pregunta.

— ¡Ese negro! exclamó Gilberto en tono de desprecio.

— Sí, ese negro.

— ¿Qué tengo yo que ver con él?

— Ese negro, amiguito, tiene ya dos mil libras de

renta sobre la caja del rey. Va á ser nombrado gobernador del castillo de Luciennes, y tal vez el que ahora se ríe de sus labios gordos y de su color, le hará la corte, le llamará señor y aun monseñor.

— No seré yo, señora, dijo Gilberto.

— ¡Vaya, vaya! dijo Chon, creía yo que uno de los primeros preceptos de los filósofos era que todos los hombres son iguales.

— Por eso mismo no llamaré á Zamora monseñor.

Chon se vió atacada con sus propias armas, y se mordió los labios despechada.

— ¿Según eso no sois ambicioso? dijo.

— Si por cierto, contestó Gilberto sin detenerse.

— Si mal no me acuerdo, vuestra ambición se cifraba en ser médico.

— Considero la misión de socorrer á sus semejantes como la más hermosa del mundo.

— Pues bien, vuestro sueño será realizado.

— ¿Cómo?

— Seréis médico, y médico del mismo rey.

— ¡Yo! exclamó Gilberto, ¡yo que ignoro hasta las primeras nociones de la medicina!... os burláis, señora.

— ¡Bah! bah! ¿sabe Zamora por ventura lo que es un rastrillo, una contraescarpa? No seguramente, y sin embargo, no se apura, ni esta ignorancia le impide ser gobernador del castillo de Luciennes con todos los privilegios inherentes á este título.

— ¡Ah! sí, sí, comprendo, dijo amargamente Gilberto; no tenéis más que un bufón, y esto no es bastante para divertir al rey, se necesitan dos.

— Bien, exclamó Chon, volvéis á tomar vuestra cara hosca; en verdad que os ponéis muy feo, amigo mío. Guardad todos esos gestos extravagantes para el momento en que la peluca cubra vuestra cabeza y el

sombbrero puntiagudo vuestra peluca; entonces en lugar de parecer feo, estaréis muy cómico.

Gilberto frunció por segunda vez el ceño.

— Ea, dijo Chon, bien podéis aceptar la plaza de médico del rey, cuando el duque de Tresmes solicita el título de titi de mi hermana.

Nada contestó Gilberto, y Chon le aplicó el proverbio: Quien calla otorga.

— Como una prueba de que comenzáis á gozar favor, dijo Chon, no comeréis con los criados.

— ¡ Ah! gracias, señora, respondió Gilberto.

— No; ya he dado las órdenes convenientes.

— ¿ Y dónde comeré

— Con Zamora.

— ¿ Yo?

— Sin duda; bien pueden comer en la misma mesa el gobernador y el médico del rey. Id, pues, á comer con él si queréis.

— No tengo hambre, respondió bruscamente Gilberto.

— Muy bien, dijo Chon con tranquilidad; ahora no tenéis hambre, pero la tendréis esta noche.

Gilberto meneó la cabeza.

— Si no es esta noche será mañana. ¡ Oh! ya os amansaréis, señor rebelde, y si nos dais mucho que hacer, tenemos al corrector de los pajes que desea servirnos.

Gilberto tembló y se puso pálido.

— Id, pues, á ver á Zamora, dijo Chon con severidad; no os hallaréis mal; la cocina es buena; pero guardaos de ser ingrato, porque se os enseñará á ser agradecido.

Gilberto bajó la cabeza, pues esto era lo que hacía siempre cuando en vez de contestar se resolvía á obrar.

El lacayo que había acompañado á Gilberto esperaba

su salida. Condújole á un comedor contiguo á la antecámara donde había sido introducido. Zamora estaba sentado á la mesa.

Gilberto se sentó á su lado, pero no pudieron obligarle á comer.

Dieron las tres de la tarde. Madama Dubarry partió para París. Chon, que debía incorporarse á ella, dió sus instrucciones para que amansasen á su oso. Muchos dulces si ponía buena cara; pero si continuaba rebelde, amenazas y una hora de calabozo.

Á las cuatro llevaron al cuarto de Gilberto el vestido de médico *por fuerza*: sombrero puntiagudo, peluca, chupa y balandrán del mismo color. Á este traje habían agregado la gorguera, la vara y el gran libro.

El lacayo portador de este equipaje le mostró uno á uno todos aquellos objetos, y Gilberto no dió señal alguna de resistencia.

Detrás del lacayo entró el señor Grange, y le enseñó cómo había de ponerse las diferentes piezas de aquel vestido: Gilberto escuchó con paciencia la lección del señor Grange.

— Creía, dijo solamente Gilberto, que los médicos llevaban antiguamente un tintero y un rollo de papel.

— ¡ Pardiez! tiene razón, dijo el señor Grange; buscadle un tintero para que se lo cuelgue á la cintura.

— Con pluma y papel, gritó Gilberto: quiero que el traje sea completo.

El lacayo salió corriendo para ejecutar la orden que acababa de recibir: al mismo tiempo podía enterar á la señorita Chon de la buena voluntad de Gilberto.

Chon se alegró mucho, y dió al mensajero una bolsita que contenía ocho escudos, y la cual debía colgarse con el tintero de la cintura del médico modelo.

— Gracias, dijo Gilberto al lacayo; ahora suplico que se me deje solo para vestirme.

— Pero despachaos, dijo el señor Grange, á fin de que la señorita pueda veros antes de marchar á Paris.

— Media hora, dijo Gilberto; no pido más que media hora.

— Si es necesario, tres cuartos de hora, señor doctor, dijo el intendente cerrando tan cuidadosamente la puerta de Gilberto como si hubiese sido la de su casa.

Gilberto se aproximó de puntillas á aquella puerta, se puso á escuchar para asegurarse de que los pasos se alejaban, después se deslizó hasta la ventana que caía sobre unos terrados situados á diez y ocho pies debajo de ella. Estos terrados, cubiertos de una arená fina, estaban rodeados de grandes árboles, cuyos follajes daban sombra á las balcones.

Gilberto desgarró su vestido en tres pedazos, que ató por los extremos, dejó sobre la mesa el sombrero, al lado del sombrero la bolsa, y escribió:

« Señora,

» El primero de los bienes es la libertad. El más santo de los deberes del hombre es conservarla. Vos me violentáis, y yo me emancipo.

» GILBERTO. »

En seguida dobló la carta, escribió el sobre para la señorita Chon, ató sus doce pies de sarga á los hierros de la ventana, entre los cuales se deslizó como una culebra, saltó sobre el terrado con riesgo de su vida, llegó al cabo de la cuerda, y entonces, aunque algo

aturdido por el salto que acababa de dar, corrió hacia los árboles, se agarró á las ramas, se deslizó bajo el follaje como una ardilla, llegó al suelo, y corriendo como un gamo, desapareció en la dirección de los bosques de Ville-d'Avray.

Cuando al cabo de media hora volvieron á buscarle, se hallaba ya Gilberto bastante distante para temer que le alcanzaran.

de la tierra esos dulces perfumes de primavera que participan á la vez de la flor y de la planta.

Era ya esa hora del día en que el silencio cae más dulce y profundo del cielo que comienza á oscurecerse; esa hora en que, cerrándose las flores, ocultan el insecto dormido dentro de su cáliz. Las moscas doradas y zumbonas se refugiaban en los huecos de las encinas que les sirven de asilo; los pájaros pasan mudos por el follaje donde no se oye más que el roce rápido de sus alas, y el único canto que resuena todavía es el silbido acentuado del mirlo y el tímido gorjeo del pitirojo.

Los bosques eran familiares á Gilberto: conocía sus rumores y su silencio; así es que sin reflexionar por más tiempo, sin dejarse llevar de temores pueriles, se arrojó sobre los arbustos sembrados aquí y allí de hojas enmohecidas por el invierno.

Pronto, en lugar de inquietarse, sintió Gilberto una alegría inmensa. Aspiraba á torrentes el aire libre y puro; conocía que también en esta ocasión había triunfado, á fuer de hombre estoico, de todos los lazos tendidos á las debilidades humanas. ¿Qué le importaba á él no tener pan, dinero ni asilo? ¿No tenía su querida libertad, no disponía de ella plena y absolutamente?

Tendióse, pues, al pie de un castaño gigantesco que le ofrecía un lecho muelle entre los brazos de dos robustas raíces cubiertas de musgo, y mirando al cielo que le sonreía, se quedó dormido.

El canto de los pájaros le despertó; apenas era de día. Incorporándose sobre su codo, lastimado por el contacto del duro tronco, vió Gilberto el crepúsculo á su lado alumbrar tenuemente la triple salida de una enrucijada, mientras que aquí y allí, por senderos húmedos de rocío, pasaban con las orejas bajas con-

## XIX

## El anciano

Para ponerse á salvo de toda persecución, no había querido Gilberto tomar el camino real, y de bosque en bosque había llegado á una especie de floresta, en la que se detuvo al fin, después de haber andado legua y media en tres cuartos de hora.

El fugitivo miró al rededor; hallábase enteramente solo, y esta soledad le tranquilizó, procurando aproximarse al camino que, según sus cálculos, debía conducir á París; pero los caballos que vió salir del pueblo de Roquencourt, conducidos por lacayos de libreas color naranja, le alarmaron de tal modo, que se curó de la tentación de arrostrar los peligros de las calzadas y se internó en los bosques.

— Mantengámonos á la sombra de estos castaños, se dijo Gilberto; si me buscan por alguna parte, será por los caminos reales. Esta noche, de árbol en árbol, de enrucijada en enrucijada, me colaré en París. ¡ Dicen que París es grande, yo soy pequeño, y allí me perderé!

Parecióle tanto mejor la idea, cuanto que el tiempo estaba hermoso, el bosque sombrío y el terreno cubierto de musgo. Los rayos de un sol áspero é intermitente, que comenzaba á desaparecer por detrás de los cerros de Marly, habían secado las hierbas y sacado

jos rápidos; mientras que el gamo curioso se detenía en una alameda para mirar aquel objeto desconocido, acostado debajo de un árbol, y que le aconsejaba que huyera lo más pronto posible.

Una vez de pie Gilberto, sintió que tenía hambre, pues ya recordará el lector que no había querido comer la vispera con Zamora; de suerte que desde su almuerzo de Versalles no había vuelto a tomar nada. Al encontrarse bajo las bóvedas de los árboles de una floresta, él, el intrépido agrimensor de los grandes bosques de la Lorena y de la Champaña, se creyó todavía bajo las sombrías arboledas de Taverney ó en los bosques de Pierrefite, despertado por la aurora después de un acecho nocturno emprendido para ver á Andrea.

Pero entonces hallaba siempre á su lado alguna perdid sorprendida con el reclamo, algún faisán muerto al posarse sobre un árbol, al paso que en aquella ocasión no veía á su alcance más que un sombrero bastante deteriorado por el camino y acabado por la humedad de la mañana.

No era, pues, un sueño el que había tenido, como creyó al principio al despertar. Versalles y Luciennes eran una realidad, desde su entrada triunfal en la una hasta su salida precipitada de la otra.

Además, lo que más le condujo á la realidad fué un hambre que crecía por momentos, y que por consiguiente era cada vez más aguda.

Buscó entonces maquinalmente á su alrededor aquellas sabrosas moras, aquellas ciruelas silvestres, aquellas tostadas raíces de sus florestas, cuyo gusto, no por ser más áspero que el de los rábanos, es menos agradable á los trabajadores, que con la azada al hombro van por las mañanas á buscar el distrito del desmonte.

Pero sobre no ser todavía la estación de las frutas, Gilberto no vió á su alrededor sino fresnos, olmos,

castaños y esas eternas encinas que crecen en los arenales.

— Vamos, vamos, se dijo Gilberto á sí mismo; iré derecho á Paris. Estaré á tres ó cuatro leguas, ó cinco todo lo más, de distancia, y andaré el camino en dos horas. ¿Qué importa sufrir dos horas más cuando está uno seguro de no sufrir después? En Paris todo el mundo tiene pan, y al ver á un joven honrado y laborioso, el primer artesano que encuentre no me negará pan por trabajo.

En un día se encuentra en Paris la comida del siguiente; ¿qué más necesito? Nada, puesto que cada día me aproximo más... al objeto donde quiero llegar.

Gilberto redobló el paso; quería salir al camino real; pero había perdido todo medio de orientarse. En Taverney, y todos los bosques circunvecinos, conocía el oriente y el occidente; cada rayo de sol era para él un indicio de hora y de camino. Por la noche cada estrella, por desconocida que le fuese bajo su nombre de Venus ó de Saturno, era para él un guía; pero en aquel mundo nuevo no conocía ya ni las cosas ni los hombres, y era preciso hallar en medio de los unos y de las otras su camino á tientas y entregado á los azares de la suerte.

— Afortunadamente, se dijo Gilberto, he visto mojones donde están indicados los caminos.

Y avanzó hacia la enercujada donde había visto aquellos mojones indicadores.

Había tres en efecto: el uno conducía á Marais-Jaune, el otro al Campo de la Alondra, y el tercero á Trou-Salé.

Gilberto corrió tres horas sin poder salir del bosque. El sudor bañaba su frente: veinte veces había trepado por los castaños colosales; pero al llegar á su cima no había visto más que á Versalles, tan pronto á



su izquierda como á la derecha, Versailles, hacia el cual parecía que una fatalidad le atraía constantemente.

Casi loco de furor, no atreviéndose á salir al camino real, convencido de que todo Luciennes corría tras él, Gilberto guardando siempre el centro de dos bosques, acabó por pasar á Versailles, después á Chaville, y por último á Sevres.

Las cinco y media daba el reloj del castillo de Meudón cuando llegó al convento de los capuchinos situado entre la fábrica y Bellevue; desde allí, subiendo sobre una cruz, á riesgo de romperla y de ser enroddado, como Sirvén por decreto del Parlamento, distinguió el Sena, la aldea y el humo de las primeras casas.

Pero al lado del Sena, en medio del pueblo, por delante del umbral de aquellas casas, pasa el camino real de Versailles, del que tanto interés tenía en separarse.

Por un momento cesó de sentir Gilberto el cansancio y el hambre. Veía por lo demás en el horizonte un gran grupo de casas perdidas entre el vapor matinal; creyó que era París, emprendió su carrera por este lado, y no paró hasta que se sintió que iba á faltarle el aliento.

Hallábase en medio del bosque de Meudón entre Fleury y Plessis-Piquet.

— Vamos, vamos, dijo mirando en torno suyo, fuera vergüenza. Es posible que yo encuentre algún trabajador de esos que llevan á su trabajo un gran pedazo de pan debajo del brazo. Yo le diré:

« Todos los hombres son hermanos, y por consiguiente deben ayudarse unos á otros. Lleváis ahí más pan del que necesitáis, no solamente para vuestro desayuno, sino para todo el día, mientras que yo me

muerdo de hambre; » y entonces me dará la mitad de su pan.

El hambre hacia á Gilberto mucho más filósofo, y continuó sus reflexiones mentales.

— ¿ En efecto, decía, no es todo común á los hombres sobre la tierra? ¿ Dios, esa fuente eterna de todas las cosas, ha dado por ventura á este ó aquel el aire que fecundiza el suelo, ó el suelo que fecundiza los frutos? No; solamente que hay muchos que han usurpado; pero á los ojos del Señor, como á los del filósofo, nadie posee; el que tiene no es más que aquel á quien Dios ha prestado.

Y Gilberto no hacía más que resumir con una inteligencia natural esas ideas vagas é indecisas en aquella época, y que los hombres sentían fluctuar en el aire y pasar por encima de sus cabezas, como esas nubes empujadas hacia un solo punto, y que, amontonándose, acaban por formar una tempestad.

— Algunos, añadió Gilberto siguiendo su camino, algunos retienen á la fuerza lo que pertenece á todos. Pues bien; á estos se puede arrancar á la fuerza lo que no pueden poseer solos y sobre lo que no tienen más derecho que el de participación. Si mi hermano que tiene demasiado pan para sí, me niega un pedazo de su pan, yo lo cogeré á la fuerza, imitando en esto la ley animal, fuente de todo buen sentido y de toda equidad, puesto que se deriva de toda necesidad natural; á menos que mi hermano me diga: Esta parte que reclamas es la de mi mujer y mis hijos; ó bien: Yo soy el más fuerte y comeré este pan á pesar tuyo.

Gilberto se hallaba en esta disposición de lobo hambriento, cuando llegó al medio de un llano cuyo centro estaba ocupado por una laguna cercada de juncos y espadañas.

Sobre la pendiente herbosa que descendía hasta el

agua rayada en todos sentidos por insectos de largas patas, brillaban como un semillero de turquesas numerosas matas de aurículas.

El fondo de este cuadro, es decir, el anillo de la circunferencia, estaba formado de un vallado de gruesos álamos blancos; alisos llenaban con su ramaje espeso los intervalos que la naturaleza había dejado entre los troncos argenteados de sus dominadores.

Seis alamedas daban entrada á esta especie de encruujada; dos parecían subir hasta el sol, que doraba la copa de los árboles lejanos, mientras que las otras cuatro, divergentes como los rayos de una estrella, se hundían en las profundidades azuladas de la floresta.

Aquella especie de sala de verdura parecía más fresca y más florida que ningún otro sitio del bosque.

Gilberto había entrado allí por una de las alamedas sombrías.

El primer objeto que distinguió cuando, después de haber abarcado de un solo golpe de vista el horizonte lejano, dirigió su mirada á su alrededor, fué en la penumbra de un foso profundo el tronco de un árbol derribado, sobre el cual estaba sentado un hombre de peluca gris, de fisonomía dulce y fina, vestido con una casaca de paño oscuro, pantalones del mismo color y chaleco de piqué blanco; sus medias de algodón grises encerraban una pierna bastante bien hecha y nerviosa; sus zapatos de hebilla, empolvados todavía, habían sido lavados por la punta y las orillas por el rocío de la mañana.

Al lado de este hombre, sobre el árbol derribado, había una caja pintada de verde, abierta y toda llena de plantas recientemente cogidas. Tenía entre sus piernas un bastón de acebo, cuyo puño redondo relu-

cía en la sombra, y que terminaba en un pico de dos pulgadas de ancho y tres de largo.

Gilberto abarcó con una sola mirada los diferentes detalles que acabamos de presentar; pues lo que vió desde luego fué un pedazo de pan, que el anciano dividió en pequeñas fracciones para comerlas, compartiéndolas fraternalmente con los pinzones y verdrones que columbraban desde lejos la presa codiciada, se lanzaban sobre ella tan luego como les era entregada, y volaban al fondo de la floresta.

En seguida, de vez en cuando el anciano, que los seguía con su mirada dulce y viva á la vez, metía la mano en un pañuelo de color, sacaba de él una cereza, y la saboreaba entre dos bocados de pan.

— Bueno; ya tengo hecho mi negocio, dijo Gilberto separando las ramas y dando cuatro pasos hacia el solitario, que salió al fin de su meditación.

Pero aun no había andado la tercera parte del camino, cuando viendo el aire dulce y tranquilo de aquel hombre, se detuvo y se quitó el sombrero.

El anciano, por su parte, al reparar que no estaba ya solo, dirigió una rápida ojeada á su chaleco y su levita.

Abotonó el uno y cerró la otra.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
tomo. 1625 MONTERREY, MÉXICO

## El botánico

Gilberto tomó su resolución y se acercó enteramente al anciano; pero abrió primero la boea y la cerró sin haber proferido una palabra. Su resolución vacilaba, pues le parecía que pedía una limosna, y no que reclamaba un derecho.

El anciano observó esta timidez y trató de tranquilizarle.

— ¿Queréis hablarme, amigo mío? dijo sonriendo y dejando su pan sobre el tronco.

— Sí, señor, respondió Gilberto.

— ¿Qué deseáis?

— Señor, veo que arrojáis vuestro pan á los pájaros, como si no se hubiese dicho que Dios los alimenta.

— Los alimenta, en efecto, joven, respondió el desconocido; pero la mano de los hombres es uno de los medios que emplea para llenar este objeto. Si es una reconvencción la que me dirigís, hacéis mal, porque jamás es perdido el pan que se arroja en un bosque desierto ó en una calle poblada. Allí se lo llevan los pájaros, y aquí lo recogen los pobres.

— Pues bien, señor, dijo Gilberto conmovido con la voz penetrante y dulce del anciano, aunque nos hallamos aquí en un bosque, conozco á un hombre que disputaría vuestro pan á los pajaritos.

— ¿Seríais vos, amigo mío, exclamó el viejo, y por casualidad tendríais hambre?

— Mucha hambre, señor, os lo juro, y si lo permitís...

El anciano cogió al punto el pan con compasión diligente; pero reflexionando después, de repente miró á Gilberto con su vista á la vez tan viva y tan profunda.

En efecto, Gilberto no parecía tan hambriento que no fuese permitida la reflexión; su traje estaba aseado, si bien manchado en algunas partes por el contacto de la tierra. Su camisa estaba muy limpia, pues se la había puesto el día anterior en Versalles, y sin embargo, estaba ajada por la humedad; era, pues, visible que Gilberto había pasado la noche en el bosque.

Tenía sobre todo, y con todo esto, esas manos blancas y finas que denotan más bien el hombre de vagas meditaciones, que el hombre de los trabajos materiales.

Gilberto no carecía de tacto, comprendió la desconfianza y perplejidad del desconocido respecto de él y se apresuró á prevenir las conjeturas que conócía no podían serle favorables.

— Tiene uno hambre, señor, siempre que no ha comido en doce horas, dijo, y ya hace veinticuatro que no tomo nada.

La verdad de las palabras del joven se revelaba por la emoción de su fisonomía, por el temblor de su voz y por la palidez de su rostro.

Cesó, pues, el anciano de vacilar, ó más bien de temer. Alargó á un tiempo su pan y el pañuelo de donde sacaba sus cerezas.

— Gracias, señor, dijo Gilberto rechazando dulcemente el pañuelo, gracias: nada más que el pan, me basta esto.

Y partió en dos mitades el pedazo, tomando él una y devolviendo la otra; después se sentó sobre la hierba á tres pasos del anciano, que le miraba lleno de asombro.

Poco tiempo duró la comida; había poco pan, y Gilberto tenía mucho apetito. El anciano no le turbó con ninguna palabra; continuó su mudo examen, pero furtivamente, y prestando, en la apariencia á lo menos, la mayor atención á las plantas y á las flores de su caja, que, irguiéndose como para respirar, levantaban sus cabezas odoríficas al nivel de la tapa de hoja de lata.

Viendo, sin embargo, á Gilberto que se aproximaba á la laguna, exclamó vivamente:

— No bebáis de esa agua, joven; porque está inficionada por el detritus de las plantas muertas el año último y por los huevos de las ranas que nadan en su superficie. Tomad más bien algunas cerezas, que os refrescarán como el agua. Tomadlas, yo os invito, pues según veo, no sois un convidado importuno.

— Es cierto, señor: la importunidad es enteramente opuesta á mi carácter, y nada temo tanto como ser importuno. Ahora mismo acabo de probarlo en Versalles.

— ¡ Ah! ¿ venis de Versalles? dijo el desconocido mirando á Gilberto.

— Sí, señor, respondió el joven.

— Es una ciudad rica, y es necesario ser muy pobre ó muy orgulloso para morir allí de hambre.

— Soy una y otra cosa, señor.

— ¿ Habéis reñido con vuestro amo? preguntó tímidamente el desconocido, que perseguía á Gilberto con su mirada interrogadora, al mismo tiempo que arreglaba sus plantas en el cajón.

— Yo no tengo amo, señor.

— Amigo mío, dijo el desconocido cubriéndose la cabeza, esa es una respuesta muy ambiciosa.

— Sin embargo, es exacta.

— No, joven, porque cada uno tiene su amo aquí abajo, y no es entender bien el orgullo decir: yo no tengo amo.

— ¡ Cómo!

— ¡ Oh! sí, viejos ó jóvenes, todos mientras existimos tenemos que sufrir la ley de un poder dominador. Unos son regidos por los hombres, otros por los principios, y los amos más severos no son siempre los que mandan ó castigan con la voz ó la mano humana.

— Sea, dijo Gilberto; entonces yo me rijo por principios. Confieso esto. Los principios son los únicos amos que un hombre pensador puede confesar sin vergüenza.

— ¡ Y se puede saber cuáles son vuestros principios? Me parecéis muy joven, amigo mío, para tener principios fijos.

— Señor, sé que los hombres son hermanos; que cada hombre contrae, al nacer, una suma de obligaciones para con sus hermanos. Sé que Dios ha puesto en mí un valor cualquiera, por mínimo que sea; y como yo reconozco el valor de los demás, tengo el derecho de exigir de los demás que reconozcan el mío, á no ser que lo exagere. Mientras no haya cosa que se oponga á la justicia y al honor, tengo derecho á una parte de estimación, aunque no sea más que por mi cualidad de hombre.

— ¡ Ah, ah! exclamó el desconocido, ¿ habéis estudiado?

— No, señor, por mi desgracia; solamente he leído el *Discurso sobre la desigualdad de las constituciones* y el *Contrato social*. Á estos dos libros debo todas las cosas que sé, y acaso todos los sueños que tengo.

Al oír el desconocido estas palabras, un vivo destello animó sus ojos. Hizo un movimiento que estuvo á punto de romper una siempreviva de brillantes hojuelas, rebelde en colocarse bajo las paredes cóncavas de su caja.

— ¿Y son esos los principios que profesáis?

— Acaso no sean los vuestros, pero son los de Juan Jacobo Rousseau.

— Pero falta saber solamente, añadió el desconocido con una desconfianza demasiado pronunciada para no hamillar el amor propio de Gilberto, falta saber si los habéis comprendido.

— Creo, dijo Gilberto, que comprendo el francés; sobre todo cuando es puro y poético.....

— Bien veis que no, dijo sonriendo el anciano, porque si lo que os pregunto en este momento no es precisamente poético, es claro por lo menos. Quería preguntaros si vuestros estudios filosóficos os habían puesto al alcance de comprender el fondo de esa economía del sistema de.....

El desconocido se detuvo casi ruborizado.

— De Rousseau, continuó el joven. ¡Oh! señor, yo no he aprendido mi filosofía en un colegio, pero tengo un instinto que me ha revelado entre todos los libros que he leído la excelencia y la utilidad del *Contrato social*.

— Árida materia para un joven, señor; seca contemplación para una imaginación de 20 años, flor amarga y poco odorífica para una imaginación de primavera, dijo el anciano con triste dulzura.

— La desgracia madura al hombre antes de tiempo, señor, dijo Gilberto, y en cuanto á la imaginación, si se la deja ir á su inclinación natural, las más de las veces conduce al mal.

El desconocido abrió sus ojos medio cerrados por un

recogimiento que le era habitual en sus momentos de calma, y que daba cierto encanto á su fisonomía.

— ¿A quién aludís? preguntó ruborizado.

— A nadie, señor, dijo Gilberto.

— Sí tal...

— No, os lo aseguro.

— Me parece que habéis estudiado al filósofo de Ginebra. ¿Aludís á su vida?

— No la conozco, respondió cándidamente Gilberto.

— ¿No la conocéis? El desconocido lanzó un suspiro. Sabed, joven, que es un hombre muy desgraciado.

— Imposible. ¿Juan Jacobo Rousseau desgraciado? No habría justicia ni aquí abajo, ni allá arriba. ¡Desgraciado! ¡El hombre que ha consagrado su vida á la felicidad de sus semejantes!

— Vamos, vamos, veo que en efecto no le conocéis; pero hablemos de vos, amigo mío.

— Prefiero continuar ilustrándome sobre el asunto que nos ocupa; porque de mí, que no soy nada, señor, ¿qué queréis que os diga?

— Y además, no me conocéis, y teméis confiaros á un desconocido.

— ¡Oh! señor, ¿qué puedo yo temer de nadie en el mundo, y quién puede hacerme más desgraciado que lo que soy? Recordad de qué manera me he presentado á vuestros ojos: solo, pobre y hambriento.

— ¿Adónde ibais?

— Iba á París. ¿Sois parisiense, señor?

— Sí; es decir, no.

— ¿Cuál de las dos cosas? preguntó Gilberto sonriendo.

— Me gusta poco mentir, y conozco á cada instante que es menester reflexionar antes de hablar. Soy parisiense, si se entiende por esta palabra el hombre que

habita en París hace mucho tiempo y que vive con arreglo á las costumbres de París; pero no he nacido en aquella ciudad. ¿Porqué me hacéis esa pregunta?

— Referiase en mi mente á la conversaci6n que acabábamos de tener. Quería decir que si habitáis París debíais haber visto á M. Rousseau, de quien hablábamos ahora mismo.

— En efecto, lo he visto algunas veces.

— Todos se quedan mirándole cuando pasa, ¿no es verdad? ¿Todos le admiran y le señalan con el dedo como el bienhechor de la humanidad?

— No; los niños le siguen, y, excitados por sus padres, le arrojan piedras.

— Ah, Dios mío! exclamó Gilberto con doloroso estupor; ¿pero á lo menos es rico?

— Muchas veces se pregunta á sí mismo, como vos os preguntabais esta mañana; ¿Dónde almorzaré?

— ¿Pero, aun pobre, es considerado, poderoso y respetado?

— Al dormirse cada noche no sabe si despertará al día siguiente en la Bastilla.

— ¡Oh! debe aborrecer á los hombres!

— No los ama ni los aborrece; está disgustado de ellos y nada más.

— ¡No odiar á las gentes que nos maltratan! exclamó Gilberto, no comprendo eso.

— Rousseau ha sido siempre libre; Rousseau ha sido siempre bastante fuerte para no apoyarse sino sobre sí solo, y la fuerza y la libertad son las que hacen á los hombres dulces y buenos: solo la esclavitud y la debilidad los hacen malos.

— He aquí la razón porque he querido permanecer libre, dijo orgullosamente Gilberto; adivinaba lo que acabáis de explicarme.

— Aun en la prisi6n puede el hombre ser libre,

amigo mío, dijo el anciano; mañana se verá Rousseau en la Bastilla, lo que le sucederá un día ú otro, cuando escriba ó piense tan libremente como en las montañas de Suiza. Por lo que hace á mí, jamás he creído que la libertad del hombre consista en hacer lo que quiere, sino en que ningún poder humano le obligue hacer lo que no quiere.

— ¿Luego Rousseau ha escrito lo que decís, señor?

— Sí, dijo el extranjero.

— ¿Pero no en el Contrato social?

— No, en una publicaci6n nueva que se titula las Meditaciones de un paseante solitario.

— Señor, dijo Gilberto con entusiasmo, creemos que coincidimos sobre un punto.

— ¿Sobre cuál?

— Que uno y otro amamos y admiramos á Rousseau.

— Hablad por vos, joven; estáis en la edad de las ilusiones.

— Podemos equivocarnos sobre las cosas, pero no sobre los hombres.

— ¡Ay! más adelante veréis que es más fácil equivocarse sobre los hombres. Rousseau es acaso algo más justo que los demás hombres; pero, creedme, tiene sus defectos y muy grandes.

— Gilberto meneó la cabeza con un ademán que revelaba poca convicci6n; pero á pesar de aquella impolítica demostraci6n, el desconocido continuó tratándole con el mismo favor.

— Volvamos á nuestro punto de partida, dijo el anciano. Sé que habíais dejado á vuestro amo en Versalles.

— Y yo, dijo Gilberto algo tranquilo, yo que os he contestado que no tenia amo, hubiera podido añadir que sólo dependía de mí tener uno muy ilustre, y que

acababa de renunciar á una condición que otros muchos hubieran envidiado.

— ¿ Una condición ?

— Sí: tratábase de servir de diversión á unos grandes señores ociosos; pero he pensado que, siendo joven, que pudiendo estudiar y andar mi camino, no debía perder ese tiempo precioso de la juventud y comprometer en mi persona la dignidad del hombre.

— Está bien, dijo gravemente el desconocido; ¿ pero para andar vuestro camino tenéis un plan determinado ?

— Señor, tengo la ambición de ser médico.

— Bella y noble carrera, en la cual puede uno escoger entre la verdadera ciencia, modesta y mártir, y el charlatanismo impudente é hinchado. Si amáis la verdad, joven, estudiad la medicina; si amáis el brillo, hacedos médico.

— Pero se necesita mucho dinero para estudiar, ¿ no es verdad, señor ?

— Se necesita, es cierto; pero no tanto como creéis.

— El hecho es, replicó Gilberto, que Juan Jacobo Rousseau, que todo lo sabe, ha estudiado por nada.

— ¡ Por nada ! ¡ oh ! joven, dijo el anciano con triste sonrisa, llamáis nada á lo que Dios ha dado de más precioso á los hombres; el candor, la salud, el sueño ! he aquí lo que ha costado al filósofo ginebrino lo poco que ha llegado á aprender.

— ¡ Poco ! exclamó Gilberto casi indignado.

— Sin duda; preguntad acerca de él y escuchad lo que os dirán.

— En primer lugar es gran músico.

— ¡ Oh ! porque el rey Luis XV ha cantado con entusiasmo: *he perdido á mi servidor*, no quiere decir que *el adivino de aldea* sea una buena ópera.

— Es un gran botánico. Ved sus cartas, de las que

jamás he podido proporcionarme sino algunas páginas descabaladas: vos debéis conocer eso, vos que cogéis plantas en los bosques.

— ¡ Oh ! muchas veces se cree uno botánico, y, sin embargo, no es.....

— Acabad.

— No es más que herbolario... y aun así.....

— ¿ Y vos qué sois ? ¿ herbolario ó botánico ?

— ¡ Oh ! herbolario muy humilde y muy ignorante, en presencia de esas maravillas de Dios que se llaman plantas ó flores.

— ¿ Sabe latín ?

— Muy mal.

— Sin embargo he leído en una gaceta que había traducido á un autor antiguo, llamado Tácito.

— Porque en su orgullo, ¡ ay ! todo hombre es orgulloso por momentos; porque en su orgullo ha querido emprenderlo todo; pero él mismo lo dice en la advertencia de su primer libro, del único que ha traducido: él mismo dice que entiende muy mal el latín, y Tácito, que es un gran justador, le ha cansado pronto. No, no, buen joven, á pesar de vuestra admiración, no hay hombre universal, y casi siempre, creedme, pierde el hombre en profundidad lo que gana en superficie. No hay río por pequeño que sea que no desborde á impulso de una tempestad y que no parezca un lago. Pero tratad de hacerle llevar un barco y pronto tocaréis el fondo.

— ¿ Y en vuestra opinión Rousseau es uno de esos hombres superficiales ?

— Sí; tal vez presenta una superficie algo más extensa que la de los demás hombres, dijo el desconocido, y nada más.

— Muchos hombres se considerarían felices en mi concepto si pudiesen lograr una superficie semejante.

— ¿Habláis por mí? preguntó el desconocido con un candor que desarmó á Gilberto.

— ¡Ah! Dios me libre! exclamó este último; es demasiado dulce para mí hablar con vos para que trate de disgustaros.

— ¿Y en qué puede seros agradable mi conversación, pues no creo que queráis lisonjearme por un pedazo de pan y algunas carezas?

— Tenéis razón: por todo el imperio del mundo no adulo yo á nadie; pero escuchad, vos sois el primero que me habéis hablado sin aspereza, con bondad, como se habla á un joven, y no como se habla á un niño. Aun cuando hayamos estado discordes acerca de Rousseau, hay detrás de la mansedumbre de vuestro espíritu alguna cosa elevada que atrae al mío. Me parece cuando hablo con vos que estoy en un rico salón cuyas ventanas están cerradas, y cuya riqueza adivino á peset de la oscuridad. En vuestra mano está deslumbrarme si dejáis penetrar un rayo de luz en vuestra conversación.

— Pero vos mismo habláis con cierta pulcritud que puede hacer creer que habéis recibido una educación más esmerada que la que confesáis.

— Esta es la primera vez, y yo mismo me admiro de los términos en que hablo, términos cuya significación apenas conozco, y de los cuales me sirvo por haberlos oído pronunciar una sola vez. Verdad es que los había encontrado en los libros que había leído, pero nunca los había comprendido.

— ¿Habéis leído mucho?

— Demasiado; pero leeré más.

El anciano miró á Gilberto con asombro.

— Sí, he leído todo lo que he podido haber á las manos; buenos ó malos libros, todo lo he devorado. ¡Oh! si hubiese tenido quien me guiara en mis lec-

turas, para decirme lo que debía olvidar y lo que debía conservar en la memoria!... pero perdonad, señor, me olvido de que si me es preciosa vuestra conversación, no os sucederá así con la mía: herborizáis, y acaso os incomodo.

Gilberto hizo un movimiento para retirarse, si bien con el vivo deseo de ser detenido. El anciano, cuyos vivos ojuelos estaban fijos en él, leía al parecer hasta en el fondo de su corazón.

— No por cierto, le dijo; mi caja está casi llena, y no necesito ya sino algunos musgos; me han dicho que en este sitio se crían hermosos culantrillos.

— Esperad, esperad, dijo Gilberto: creo haber visto lo que buscáis hace poco sobre una peña.

— ¿Lejos de aquí?

— No, allí, á cincuenta pasos.

— ¿Pero, cómo sabéis que las plantas que habéis visto son culantrillos?

— He nacido en los bosques, señor; además, la hija del amo de la casa donde me he criado, se dedicaba á la botánica; tenía un herbario, y al pie de cada planta el nombre de la misma escrito de su mano. Muchas veces he visto esas plantas y esos letreros, y me parece haber visto musgos que no conocía sino con el nombre de musgos de rocas, designados con el de culantrillos.

— ¿Y tenéis afición á la botánica?

— ¡Ah! señor, cuando yo oía decir á Nicole (Nicole era la camarera de la señorita Andrea), cuando la oía decir que su ama buscaba inútilmente alguna planta en las inmediaciones de Taverney, encargaba á Nicole que procurase indagar la forma de aquella planta. Entonces, muchas veces, sin saber que era yo quien le hacía este encargo, la señorita Andrea dibujaba la planta con lápiz. Nicole al punto cogía el dibujo y me lo llevaba. Entonces recorría los campos, los prados y



los bosques hasta que encontraba la planta que buscaba. Luego que la hallaba, la arrancaba con una azada y por la noche la trasplantaba en medio del prado, de suerte que paseándose una mañana la señora Andrea lanzó un grito de alegría, diciendo: « ¡ Oh! Dios mío, que cosa más extraña: aquí está esa planta que tanto he buscado por todas partes. »

El anciano miró á Gilberto con más atención que habia prestado hasta entonces, y si, pensando Gilberto en lo que acababa de decir, no hubiese bajado los ojos ruborizado, habria podido ver que aquella atención estaba mezclada de un interés lleno de ternura.

— ¡ Pues bien! le dijo, continuad estudiando la botánica, joven; ella os conducirá por el camino más corto á la medicina. Creedme, Dios no ha hecho nada inútil, y cada planta tendrá un día su significación en el libro de la ciencia. Aprended primero á conocer los simples, y después aprenderéis sus propiedades.

— Hay escuelas en Paris, ¿ no es verdad ?

— Y gratuitas; la de cirugía, por ejemplo, es uno de los beneficios del presente reinado.

— Seguiré sus cursos.

— Nada más fácil; porque presumo que al ver vuestros padres vuestra disposición, os pasarán una pensión alimenticia.

— No tengo padres; pero me mantendré con mi trabajo.

— Ciertamente, y puesto que habéis leído las obras de Rousseau, habréis visto que todo hombre, aunque sea hijo de un príncipe, debe aprender un oficio mecánico.

— No he leído el *Emilio*; pues creo que es en el *Emilio* donde se encuentra esa recomendación, ¿ no es verdad ?

— Sí.

— Pero he oído al señor de Taverney que se burlaba de esta máxima, y que sentía no haber hecho á su hijo carpintero.

— ¿ Y qué le ha hecho ? preguntó el desconocido.

— Oficial de un regimiento, contestó Gilberto.

El anciano se sonrió.

— Sí, todos los nobles son así: en vez de enseñar á sus hijos el oficio que hace vivir, les enseñan el oficio que hace morir. Sobreviene una revolución, y tras la revolución el destierro, y entonces se ven obligados á mendigar en el extranjero ó vender su espada, lo que todavía es peor; ¿ pero vos, que no sois hijo de noble, sabréis algún oficio ?

— Señor, ya os he dicho que nada sé: por otra parte, debo confesaros que tengo un horror invencible á toda faena que imprime al cuerpo movimientos rudos y brutales.

— ¡ Ah! exclamó el anciano, ¿ entonces sois perezoso ?

— ¡ Oh! no, no soy perezoso; en lugar de hacerme trabajar en alguna obra que exija fuerzas, dadme libros, dadme un gabinete, y veréis si no consumo mis días y noches en el género de trabajo que haya escogido.

El desconocido miró las manos delicadas y blancas del joven.

— Esa es una predisposición, dijo, un instinto. Esas especies de repugnancias producen muchas veces buenos resultados; pero es menester que sean bien dirigidas. En fin, continuó, si no habéis estado en un colegio, ¿ habréis ido por lo menos á la escuela ?

Gilberto meneó la cabeza.

— ¿ Sabéis leer y escribir ?

— Antes de morir mi madre, habia tenido tiempo de enseñarme á leer, ¡ pobre madre! porque al verme

tan débil de cuerpo decía continuamente: « Este muchacho no será nunca un buen artesano: hagámosle sacerdote, ó sabio. » Cuando mostraba yo alguna repugnancia á escuchar sus lecciones, me decía: « Aprende á leer, Gilberto, y no irás al monte á cortar leña, ni conducirás el arado, ni picarás piedra, » y yo aprendía. Desgraciadamente sabía apenas leer cuando murió mi madre.

— ¿Y quién os enseñó á escribir?

— Yo mismo.

— ¿Vos mismo?

— Sí, con un palo que aguzaba y arena que pasaba por un tamiz para que estuviese más fina. Por espacio de dos años escribí como se imprime, copiando de un libro é ignorando que hubiese otros caracteres que los que había logrado imitar con bastante felicidad. En fin, un día, hará ya tres años, la señorita Andrea había partido para el convento; hacía algunos días que no se tenían noticias de ella, cuando el cartero me entregó una carta de la señorita para su padre. Entonces vi que había otros caracteres además de los impresos. El señor de Taverney abrió la carta, y tiró el sobre, que recogí al momento como una cosa preciosa, y lo guardé hasta que al volver el cartero le dije que me leyera el sobre: estaba concebido en estos términos:

« Al señor barón de Taverney Casa-Roja, en su castillo, por Pierrelitte. »

Sobre cada una de estas letras puse la correspondiente impresa, y vi que, á excepción de muy pocas, estaban contenidas en aquellas dos líneas trazadas por la señorita Andrea. A los ocho días había reproducido aquel sobre acaso diez mil veces, y ya sabía escribir. Escribí, pues, medianamente, y quizás más bien que mal. Ya veis, señor, que mis esperanzas no son exa-

geradas, puesto que sé leer y escribir, puesto que he leído todo lo que he podido haber á las manos, puesto que he tratado de reflexionar todo lo que he leído. ¿Por qué no he de hallar un hombre que necesite mi pluma, un ciego que necesite mis ojos, ó un mudo que necesite mi lengua?

— ¿Olvidáis que entonces tendríais un amo, vos, que no queréis tener ninguno? Un escribiente ó lector son criados de segundo orden, y nada más.

— Verdad, es, dijo Gilberto poniéndose pálido; pero no importa, necesito triunfar. Removeré las calles de París, llevaré agua, si es necesario, pero llegaré á mi término ó moriré en el camino, y entonces conseguiré también mi objeto.

— ¡Vamos! vamos! dijo el desconocido, creo que estáis animado de buen deseo, y que no os falta valor.

— Pero vos mismo, dijo Gilberto, tan bueno para mí, ¿no ejercéis una profesión cualquiera? Estáis vestido como si fueseis empleado de hacienda.

El anciano se sonrió dulce y melancólicamente.

— Tengo una profesión, dijo; sí, es verdad, porque todo hombre debe tener una, pero enteramente extraña á cosas de hacienda. Un hacendista no herborizaría.

— ¿Herborizáis por oficio?

— Casi.

— ¿Entonces sois pobre?

— Sí.

— Los pobres son los que dan, porque la pobreza los ha hecho sabios, y un buen consejo vale más que un luis de oro. Dadme, pues, un consejo.

— Tal vez haga más.

Gilberto se sonrió.

— Lo sospechaba, dijo.

— ¿Cuánto creéis que necesitáis para vivir?

— ¡Oh! muy poco.

— Acaso no conocéis á París.

— La primera vez que lo he visto fué ayer desde las alturas de Luciennes.

— ¿Entonces ignoráis que cuesta caro vivir en la gran ciudad?

— ¿Cuánto sobre poco más ó menos?... Establecedme una proporción.

— Con mucho gusto. Escuchad: por ejemplo, lo que cuesta un sueldo en provincia, cuesta tres en París.

— Pues bien, dijo Gilberto; suponiendo un abrigo cualquiera donde pueda descansar después de haber trabajado, necesito para la vida material seis sueldos diarios poco más ó menos.

— ¡Bien, bien, amigo mío! exclamó el desconocido. Así me gustan los hombres: venid conmigo á París, yo os buscaré una profesión independiente que os dé de comer.

— ¡Ah, señor! exclamó Gilberto ebrio de alegría.

Recobrándose después un poco, añadió:

— Se entiende que he de trabajar realmente y que no es una limosna lo que me ofrecéis.

— No por cierto, estad tranquilo, hijo mío; no soy bastante rico para dar limosnas, ni bastante loco para darlas aventuradamente.

— En hora buena, dijo Gilberto, á quien aquel arranque misántropo tranquilizaba en vez de ofender. Ese es el lenguaje que me gusta. Acepto vuestra oferta y os doy gracias por ella.

— ¿Queda pues convenido que vendréis á París conmigo?

— Sí, señor, si así os place.

— Me place, puesto que os lo ofrezco.

— ¿Á qué quedará obligado respecto de vos?

— Á nada... á trabajar; y aun así, vos seréis quien arreglará vuestro trabajo; tendréis el derecho de ser joven, el derecho de ser feliz, el derecho de ser libre, y hasta el derecho de no hacer nada, cuando hayáis ganado vuestros ocios, dijo el desconocido sonriendo como á pesar suyo. Levantando después los ojos al cielo, añadió lanzando un suspiro: ¡Oh, juventud! ¡Oh, vigor! ¡Oh, libertad!

Y al pronunciar estas palabras, una melancolía de una poesía inexplicable se esparció sobre sus facciones finas y puras.

— Y ahora, dijo más alegremente, ahora que tenéis una ocupación, ¿queréis que llenemos otra caja de plantas? Aquí tengo algunas hojas de papel sobre las cuales clasificaremos nuestra primera cosecha. Pero á propósito, ¿tenéis todavía hambre? Me queda pan.

— Guardémoslo para la tarde si os place, señor.

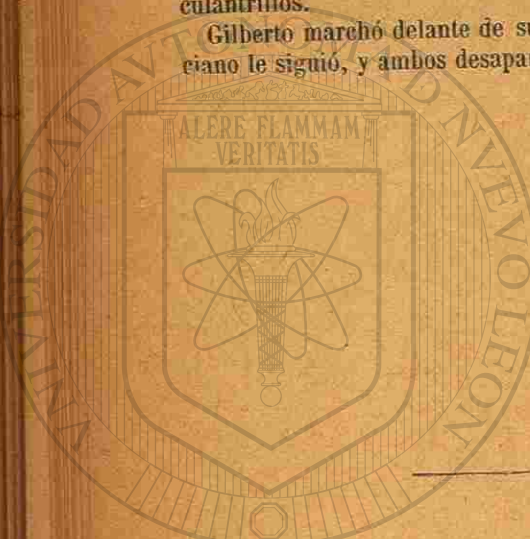
— Á lo menos comed las cerezas, pues nos estorbarían.

— Con mucho gusto; pero permitidme que lleve vuestra caja para que marchéis con más comodidad, pues creo que, gracias á la costumbre, mis piernas cansarán á las vuestras.

— Pero mirad, vos me hacéis venturoso; creo ver allá abajo el *vicris hieracioides* que busco inútilmente desde esta mañana; y debajo de vuestro pie ¡cuidado! el *cerastium aquaticum*. Aguardad, no la arranquéis. ¡Oh! todavía no sois herbolario, joven amigo: la una está demasiado húmeda en este momento para ser cogida, y la otra no está todavía en sazón. Al pasar esta tarde por aquí arrancaremos el *vicris hieracioides*, y en cuanto al *cerastium* la cogeremos dentro de ocho días. Además, quiero enseñarla en pie á un sabio

amigo mío, cuya protección pienso solicitar para vos. Y ahora venid y conducidme á ese sitio de que me hablabais hace poco, y donde habéis visto hermosos culantrillos.

Gilberto marchó delante de su nuevo amigo; el anciano le siguió, y ambos desaparecieron en el bosque.



## XXI

M. Jacobo

Contento Gilberto con aquella buena fortuna que en sus momentos desesperados le presentaba siempre un apoyo, marchaba delante volviéndose de vez en cuando hacia el desconocido, que acababa de hacerle tan dócil con tan pocas palabras.

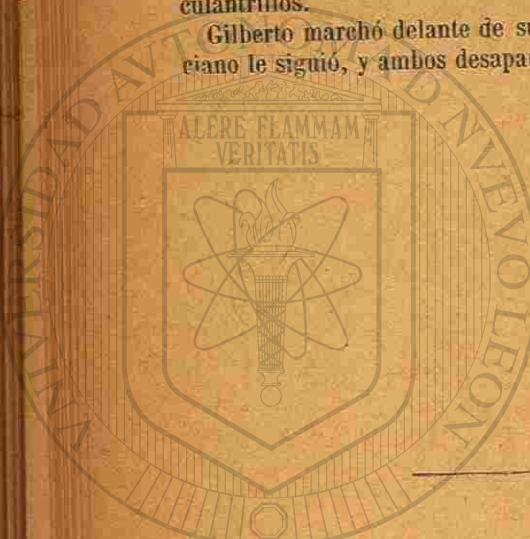
Conduciale así hacia sus musgos, que eran en efecto magníficos culantrillos. En seguida, luego que el anciano hubo hecho su colección, se pusieron á buscar otras plantas.

Gilberto estaba mucho más adelantado en botánica de lo que él creía. Nacido en medio de los bosques, conocía como á amigas de su infancia las plantas que en ellos se criaban, sólo que las conocía bajo sus nombres vulgares. Á medida que las designaba así, su compañero se las indicaba bajo su nombre científico, que Gilberto al volver á encontrar una planta de la misma familia, procuraba repetir, si bien estropeaba dos ó tres veces los nombres griegos ó latinos. Entonces el desconocido descomponía la palabra, le manifestaba las relaciones del asunto con ella, y Gilberto aprendía de esta suerte no solamente el nombre de la planta, sino también la significación de la palabra griega ó latina, con que Plinio, Lineo ó Jussieu habían bautizado esta planta.

De vez en cuando decía :

amigo mío, cuya protección pienso solicitar para vos. Y ahora venid y conducidme á ese sitio de que me hablabais hace poco, y donde habéis visto hermosos culantrillos.

Gilberto marchó delante de su nuevo amigo; el anciano le siguió, y ambos desaparecieron en el bosque.



## XXI

M. Jacobo

Contento Gilberto con aquella buena fortuna que en sus momentos desesperados le presentaba siempre un apoyo, marchaba delante volviéndose de vez en cuando hacia el desconocido, que acababa de hacerle tan dócil con tan pocas palabras.

Conduciale así hacia sus musgos, que eran en efecto magníficos culantrillos. En seguida, luego que el anciano hubo hecho su colección, se pusieron á buscar otras plantas.

Gilberto estaba mucho más adelantado en botánica de lo que él creía. Nacido en medio de los bosques, conocía como á amigas de su infancia las plantas que en ellos se criaban, sólo que las conocía bajo sus nombres vulgares. A medida que las designaba así, su compañero se las indicaba bajo su nombre científico, que Gilberto al volver á encontrar una planta de la misma familia, procuraba repetir, si bien estropeaba dos ó tres veces los nombres griegos ó latinos. Entonces el desconocido descomponía la palabra, le manifestaba las relaciones del asunto con ella, y Gilberto aprendía de esta suerte no solamente el nombre de la planta, sino también la significación de la palabra griega ó latina, con que Plinio, Lineo ó Jussieu habían bautizado esta planta.

De vez en cuando decía :

— ¡Qué lástima, señor, que no pueda ganar mis seis sueldos en esta ocupación de botánica pasando todo el día con vos! Os juro que no descansaría un solo instante; y aun no necesitaría seis sueldos: un pedazo de pan como el que teniais esta mañana bastaría á mi apetito de todo el día. Acabo de beber agua en una fuente tan buena como en Taverney, y esta noche pasada he dormido tan bien al pie de un árbol como lo hubiera hecho bajo el techo de un hermoso castillo.

El desconocido se sonrió.

— Amigo mío, le dijo, vendrá el invierno: las plantas se secarán, se helará la fruta, el viento del Norte silbará en los árboles despojados en lugar de esta dulce brisa que agita tan muellemente las hojas. Entonces necesitaréis un abrigo, vestido, fuego, y aun con los seis sueldos diarios no podréis proporcionaros casa, lumbre y vestido.

Gilberto suspiró y continuó cogiendo nuevas plantas y haciendo nuevas preguntas.

De este modo recorrieron gran parte del día los hosques de Aulnay, de Plessis-Piquet y Glatinart-sous-Meudón.

Según su costumbre, Gilberto había ya trabado familiaridad con su compañero, quien por su parte preguntaba con admirable destreza; sin embargo, Gilberto, desconfiado, circunspecto y tímido, se descubría lo menos posible.

El extranjero compró en Chatillón pan y leche, de que sin dificultad hizo aceptar la mitad á su compañero; en seguida tomaron los dos el camino de París, para que Gilberto pudiese entrar en esta ciudad aun de día.

El corazón del joven palpitaba sólo con la idea de que iba á ver á París, y no pudo disimular su emoción cuando desde las alturas de Vanves distinguió á Santa

Genoveva, el cuartel de los Inválidos, Nuestra Señora y ese mar inmenso de casas cuyas olas, esparcidas, van como una marea, á azotar los flancos de Montmartre, de Belleville y de Menilmontant.

— ¡Oh París! París! exclamó.

— Sí, París, un montón de casas, una sima de mares, dijo el anciano. Sobre cada una de las piedras que hay allí bajo veríais brotar una lágrima ó enrojecerla una gota de sangre, si los dolores que encierran sus paredes pudiesen salir fuera.

Gilberto reprimió su entusiasmo, que pronto decayó por sí mismo.

Entraron por la barrera del Infierno. El arrabal estaba sucio y hediondo; los enfermos que llevaban al hospital pasaban en angarillas; muchachos medio desnudos jugaban en el fango, con los perros, las vacas y los cerdos.

Oscurecióse la frente de Gilberto.

— Todo esto os parece horroroso, ¿no es verdad? dijo el anciano. Pues bien, ahora mismo dejaréis de ver este espectáculo. Todavía son una riqueza un cerdo y una vaca, todavía es una alegría un niño. En cuanto al fango, lo hallaréis siempre y en todas partes.

Gilberto no estaba mal dispuesto á ver á París bajo un punto de vista sombrío, y aceptó el cuadro tal como su compañero se lo presentaba.

Por lo que hace á este último, prolijo al principio en su declamación, se había ido quedando silencioso y mudo poco á poco, y á medida que avanzaba hacia el centro de la ciudad, parecía tan meditabundo, que Gilberto no se atrevió á preguntarle qué jardín era aquel que se veía á través del enverjado, y qué puente aquel por debajo del cual pasaba el Sena. El jardín era el de Luxemburgo, y el puente el Puente Nuevo.

Sin embargo, como continuaba marchando y el des-

conocido llevaba al parecer la meditación hasta la inquietud, se aventuró á preguntar Gilberto :

— ¿ Falta mucho todavía para vuestra casa, señor ?

— Ya estamos cerca, dijo el desconocido, á quien esta pregunta dejó al parecer más triste.

Entraron por la calle del Horno y pasaron por delante del magnífico palacio de Soissons, que tenía vista y entrada principal á esta calle, pero cuyos hermosos jardines se extendían sobre las de Grenelle y de los Dos Esequos.

Al pasar por delante de una iglesia, que pareció muy bella á Gilberto, se paró un instante para contemplarla.

— He aquí un hermoso monumento, dijo.

— Es la iglesia de San Eustaquio, contestó el anciano.

En seguida, levantando la cabeza :

— ¡ Son las ocho ! exclamó. ¡ Oh ! Dios mío ! Dios mío ! venid pronto, joven, venid.

El desconocido alargó el paso y le siguió Gilberto.

— Á propósito, dijo el viejo después de algunos instantes de un silencio tan frío que comenzaba á alarmar á Gilberto : me había olvidado de deciros que soy casado.

— ¡ Ah ! exclamó Gilberto.

— Sí, y que mi mujer, como verdadera parisiense, reñirá sin duda porque llegamos tarde. Además, debo deciros, desconfía mucho de los forasteros.

— ¿ Queréis que me retire, señor ? dijo Gilberto, cuya expansión heló de repente aquella palabra.

— No, no por cierto, amigo mío ; os he invitado á que vengáis á mi casa, y debéis venir.

— Os sigo, dijo Gilberto.

— Allí, á la derecha, por aquí : ya estamos en la calle.

Gilberto alzó los ojos, y á la luz de los últimos rayos del día leyó en el ángulo de la plaza, encima de una tienda de un especiero estas palabras : « Calle Platriere. »

El anciano continuó acelerando el paso cuanto pudo, porque cuanto más se acercaba á su casa, más redoblaba aquella agitación febril que hemos indicado. Gilberto, que no quería perderle de vista, tropezaba á cada segundo, ora con los transeuntes, ora con los fardos de los cargadores, ora con las lanzas de los coches y con las varas de las carretas.

Su conductor parecía haberle olvidado completamente ; seguía marchando con paso acelerado, visiblemente absorto en una idea desagradable, atormentadora.

Paróse, en fin, delante de una puerta ; el anciano tiró de un cordón y aquella se abrió.

Volviéndose entonces hacia Gilberto, y viéndole indeciso en el umbral, le dijo :

— Venid pronto.

Y cerró en seguida la puerta.

Después de haber dado algunos pasos en la oscuridad, tropezó Gilberto con el primer peldaño de una escalera. El anciano, acostumbrado á ella, había ya subido doce escalones.

Gilberto llegó al fin hasta la meseta donde se había parado su guía, quien tirando de un cordón, resonó una aguda campanilla en lo interior de una habitación. Oyose entonces el pesado paso de una persona que andaba en chanelas, y se abrió la puerta, presentándose en su umbral una mujer de 50 á 55 años.

Mezcláronse repentinamente dos voces ; una era la del desconocido, y la otra la de aquella mujer que acababa de abrir la puerta.

Una de estas dos voces decía tímidamente :

— ¡ Es demasiado tarde, querida Teresa

La otra gruñía :

— Á buena hora nos haces cenar, Jacobo.

— Ea, ea, vamos á reparar todo eso, respondió afectuosamente el desconocido cerrando la puerta y tomando de las manos de Gilberto la caja de hoja de lata.

— ¡ Bueno ! un demandadero, exclamó la vieja, era lo único que nos faltaba. Ya lo ves ; no puedes llevar solo todos tus engorros de hierbas. ¡ Un demandadero para el señor Jacobo ! ¡ qué menos, si ya es un gran señor !

— Vamos, vamos, respondió el anciano colocando con imperturbable paciencia sus plantas sobre la chimenea, vamos, un poco de calma, Teresa.

— Págale á lo menos, y despídele ; no necesitamos tener aquí espías.

Gilberto se inmutó poniéndose pálido como un difunto, y dió un salto hacia la puerta. Jacobo le detuvo.

— Este joven, dijo con cierta firmeza, no es un demandadero y mucho menos un espía. Es un huésped que traigo á casa.

La vieja dejó caer los brazos cuan largos eran, y exclamó :

— ¡ Un huésped ! no nos faltaba más que eso.

— Vamos, Teresa, replicó el desconocido con voz afectuosa, enciende una luz. Hace calor y tenemos sed.

La vieja hizo escuchar un murmullo, que aunque muy ronco y fuerte al principio, se fué debilitando poco á poco.

En seguida cogió un eslabón, que golpeando contra una caja llena de yesca, hizo brotar muchas chispas, las cuales encendieron al punto toda la caja.

Durante el diálogo, durante el murmullo y el silencio que le había seguido, Gilberto había permanecido

inmóvil, mudo y como clavado á dos pasos de aquella puerta que sentía ya haber pasado.

Jacobo conoció lo que el joven sufría, y le dijo :

— Os suplico, señor Gilberto, que entréis.

La vieja, á fin de ver al joven, á quien su marido hablaba con aquella política afectada, volvió hacia él su amarilla y tétrica figura. Gilberto la vió entonces ; su semblante arrugado, barroso y como infiltrado en ciertas partes de hiel, sus ojos más lúbricos que vivos, y la dulzura de sus facciones vulgares, que desmentía la voz y la acogida de la vieja, inspiraron desde luego á Gilberto una violenta antipatía.

La vieja por su parte no halló muy de su gusto el semblante pálido y fino, el silencio circunspecto y la gravedad del joven.

— Creo, señores, que tendréis mucho calor y por consiguiente mucha sed, dijo la vieja. En efecto, ¡ pasar todo el día á la sombra de los bosques es tan incómodo y fatiga tanto ! ¡ Y luego bajarse de vez en cuando para coger una hierba ! ¡ Oh ! debe de ser un trabajo muy pesado. Este caballero herboriza también sin duda : ese es el oficio de los que no tienen ninguno.

— Este joven, respondió Jacobo con voz cada vez más firme, es un hombre honrado y leal que me ha hecho el honor de acompañarme todo el día y á quien mi buena Teresa va á recibir como un amigo.

— Aquí no hay provisiones sino para dos personas, gruñó Teresa, y no para tres.

— Yo soy sobrio y él también, dijo Jacobo.

— Si, si, conozco esa sobriedad. Te declaro que no hay bastante pan en casa para alimentar esa doble sobriedad, no bajaré por cierto tres escalones para ir á buscarlo. Además á estas horas ya está cerrada la tahona.



— No te incomodes, dijo Jacobo frunciendo el ceño, yo bajaré. Ábreme la puerta, Teresa.

— Pero....

— Lo exijo.

— ¡Está bien, está bien! dijo entonces la vieja gruñendo, pero cediendo, sin embargo, al tono absoluto á que su oposición había conducido gradualmente á Jacobo: ¡No estoy yo aquí para hacer todos vuestros caprichos!

— Acaso tengamos bastante con el que hay. Venid á cenar.

— Sentaos á mi lado, dijo Jacobo á Gilberto conduciéndole á una mesita puesta en una pieza inmediata, y sobre la cual, al lado de dos cubiertos, habia dos servilletas que, enrolladas y atadas la una con un cordón encarnado y la otra con un cordón blanco, indicaban el sitio de cada uno de los amos de casa.

Aquella pieza, pequeña y cuadrada, estaba cubierta de papel azul con dibujos blancos. Dos grandes mapas adornaban las paredes. El resto del ajuar se componia de seis sillas de cerezo con asientos de paja, y de un velador cubierto de medias repuntadas.

Gilberto se sentó: la vieja colocó delante de él un plato y le trajo un cubierto gastado por el servicio, y después añadió á estos utensilios un vaso de estaño cuidadosamente bruñido.

— ¿No bajas? preguntó Jacobo á su mujer.

— Es inútil, contestó ésta en un tono que indicaba el rencor que guardaba á Jacobo por la victoria que habia alcanzado; es inútil, he hallado medio pan en el armario. Esto nos hace como libra y media, y haremos por que baste.

Al decir estas palabras puso sobre la mesa la sopa.

Jacobo fué servido el primero, después Gilberto, y la vieja comió en la fuente.

Los tres tenían mucho apetito. Gilberto, disgustado por la discusión de economía doméstica á que habia dado lugar, ponía al suyo todos los frenos imaginables. Sin embargo, fué el primero que despachó su ración.

La vieja lanzó sobre su plato prematuramente vacío una mirada de cólera.

— ¿Quién ha venido hoy? preguntó Jacobo, para cambiar las ideas de Teresa.

— ¡Oh! exclamó ésta, toda la tierra, como de costumbre. Habias prometido á madama de Beullers sus cuatro cuadernos, á madama Escars sus dos arias, un cuarteto con acompañamiento á madama de Penthièvre. Las unas han venido personalmente, y las otras han enviado sus criados. Pero como el señor estaba herborizando, y como no puede uno divertirse y trabajar al mismo tiempo, esas señoras han tenido que pasarse sin su música.

Jacobo no dijo una palabra, con gran admiración de Gilberto, que esperaba verle enfadado.

Á la sopa sucedió un trozo de vaca asada, servida en un plato de vidriado blanco todo rayado por la punta de los cuchillos.

Jacobo sirvió á Gilberto bastante modestamente, porque se hallaba bajo la vigilancia de Teresa; después tomó para sí un pedazo casi igual y pasó el plato á su mujer.

Ésta tomó el pan y cortó un pedazo que dió á Gilberto.

Este pedazo era tan pequeño, que Jacobo no pudo menos de ruborizarse; esperó que Teresa acabara de servirselo y servirse á sí misma, y quitándole el pan de las manos, dijo:

— Vos mismo cortaréis vuestro pan, mi joven amigo, y partidlo á medida de vuestro apetito; el pan no debe ser tasado sino á los que lo pierden.

Un momento después presentaron un plato de judías verdes sazonadas con manteca.

— Mirad qué verdes están, dijo Jacobo; son de nuestras conservas; así se comen excelentes.

Y pasó el plato á Gilberto.

— Gracias, señor: he comido bastante y no tengo más gana.

— Este caballero no es de tu parecer acerca de mis conservas, dijo ásperamente Teresa; sin duda prefiere las habichuelas frescas; pero esas son gollerías superiores á nuestra bolsa.

— No, señora, dijo Gilberto; me parecen excelentes y las comería con mucho gusto; pero yo jamás como más que de un plato.

— ¿Y bebéis agua? dijo Jacobo alargándole la botella.

— Siempre, señor.

Jacobo se echó un dedo de vino puro.

— Ahora, Teresa, dijo dejando la botella de vino sobre la mesa, te ocuparás de disponer una cama para este joven, pues debe estar muy cansado.

Teresa dejó escapar su tenedor y fijo sus dos ojos azorados en su marido.

— ¿Una cama! ¿estás loco? ¿puede nadie acostarse en esta casa? sin duda le acostarás en tu cama. Pero en verdad que debes haber perdido la chabeta. ¿Vas á poner colegio? en ese caso no cuentas conmigo; toma cocinera y una criada; bastante hago con ser criada tuya para que quieras que lo sea de los demás.

— Teresa, respondió Jacobo con su tono grave y firme, Teresa, te suplico que me escuches, querida amiga: sólo es por esta noche. Este joven jamás ha estado en París, y ha venido bajo mi protección. No quiero, pues, que duerma en la posada, no quiero,

aunque tuviese que cederle mi cama, como dices.

Después de esta segunda manifestación de su voluntad, el anciano esperó.

Entonces, Teresa, que le había mirado con atención, y que mientras hablaba parecía estudiar cada músculo de su rostro, comprendió que no había lucha posible en aquel momento, y cambió repentinamente de táctica.

Indudablemente hubiera sido vencida, obstinándose en combatir contra Gilberto, y por lo tanto resolvió combatir en su favor: verdad es que lo hizo como una aliada dispuesta á desertar en la primera ocasión.

— En fin, dijo, puesto que este joven te ha acompañado hasta aquí, es prueba que le conoces bien, y más vale que se quede en casa. Haré del mejor modo que pueda una cama en tu gabinete al lado de los legajos de papel.

— No, no, dijo Jacobo vivamente: un gabinete no es sitio á propósito para dormir, porque es muy fácil que se quemem esos papeles.

— ¿Qué lástima! murmuró Teresa.

En seguida añadió en voz alta:

— Entonces en la antesala delante del armario.

— Tampoco.

— Entonces veo que á pesar de nuestra buena voluntad, nos será imposible á los dos servir á este joven, á no ser que le demos tu alcoba ó la mía.

— Me parece, Teresa, que no discurres bien.

— ¿Yo?

— Sí, tú. ¿No tenemos una bohardilla?

— ¿El granero quieres decir?

— No, no es un granero, es un gabinete algo abohardillado, pero sano, con vista á jardines magníficos, lo cual es raro en París.

— ¡ Oh ! ¿ qué importa, señor ? dijo Gilberto ; aunque fuese un granero, os juro que me hallaría perfectamente.

— Nada menos que eso, dijo Teresa ; allí es donde tengo mi ropa.

— Este joven no descompondrá nada, Teresa. ¿ No es verdad, amigo mío, que tendréis cuidado de que no suceda ningún accidente á la ropa de mi mujer ? Somos pobres, y cualquiera pérdida sería sensible para nosotros.

— ¡ Oh ! estad tranquilo, señor.

Jacobo se levantó y se aproximó á Teresa.

— No quiero, querida amiga, que este joven se pierda ; París es una población peligrosa, y nosotros le vigilaremos aquí.

— ¿ Conque es decir que te encargas de su educación ? ¿ supongo que tu discípulo pagará el pupillaje ?

— No, pero te respondo de que no te costará nada. Desde mañana se mantendrá á sí mismo. En cuanto al alojamiento, como la bohardilla nos es casi inútil, hagámosle esta caridad.

— ¡ Cómo se entienden todos los perezosos ! murmuró Teresa encogiéndose de hombros.

— Señor, dijo Gilberto más cansado que su mismo huésped de aquella lucha que sostenía palmo á palmo por una hospitalidad que le humillaba, jamás he incomodado á nadie, y no lo haré ciertamente para con vos que habéis sido tan bueno conmigo. Así que, permitidme que me retire. Hacia el lado del puente por donde hemos pasado he visto árboles bajo los cuales hay bancos. Os aseguro que dormiré muy bien acostado en uno de esos bancos.

— ¡ Sí, dijo Jacobo, para que la ronda os brenda como á un vagabundo !

— Como lo es, dijo en voz baja Teresa quitando la mesa.

— Venid, venid, joven, dijo Jacobo ; si mal no me acuerdo, allá arriba hay un jergón de paja, que siempre será mejor que un banco, y puesto que os contentabais con un banco.....

— ¡ Oh ! señor, jamás me he acostado sino en jergones, dijo Gilberto.

É insistiendo sobre esta verdad por medio de una pequeña mentira, continuó :

— La lana me sofoca demasiado.

Jacobo se sonrió.

— La paja es en efecto más fresca, dijo ; tomad uno de esos cabos de vela que estan sobre la mesa, y seguidme.

Teresa lanzó un profundo suspiro ; estaba vencida.

Gilberto se levantó gravemente y siguió á su protector.

— Señor, dijo, ¿ está cara el agua en París ?

— No, amigo mío ; pero aunque estuviere cara, el agua y el pan son dos cosas que el hombre no tiene derecho á negar al hombre que las pide.

— ¡ Oh ! en Taverney el agua no costaba nada, y el lujo del pobre es la limpieza.

— Tomad, amigo mío, dijo Jacobo señalando con el dedo á Gilberto una gran jarra de loza ; ahí tenéis agua.

Y echó á andar delante de Gilberto, admirándose de hallar en un joven de aquella edad toda la firmeza del pueblo unida á todos los instintos de la aristocracia. ®

## La bohardilla del señor Jacobo

La escalera, estrecha ya y difícil al extremo del corredor, en el sitio donde Gilberto había tropezado con el primer escalón, se hacía mucho más difícil y estrecha desde el tercer piso que habitaba Jacobo; así que, no sin trabajo, pudieron llegar éste y su protegido á la bohardilla, que, como había dicho Teresa, era un verdadero granero, dividido en cuatro piezas, de las cuales tres estaban desocupadas. Verdad es que á excepción de la destinada á Gilberto todas eran inhabitables.

Era tal el declive del techo, que formaba con el suelo un ángulo agudo. En medio de esta pendiente, una ventanilla sin vidrios dejaba penetrar en el desván la luz y el aire, aquélla mezquinamente y éste con profusión, sobre todo en la estación del invierno.

Por fortuna estaba próxima la del estío, y sin embargo, por poco se apaga la luz que llevaba Jacobo cuando entraron en el granero.

El jergón de que Jacobo había hablado tan fastuosamente, yacía en efecto en el suelo y se presentaba desde luego á las miradas como el mueble principal de aquella estancia. En medio de un montón de libros roídos de los ratones, se veían esparcidos aquí y allí rimeros de papeles impresos amarillentos por las orillas.

En dos cuerdas colocadas transversalmente, y en una de las cuales por poco se ahorca Gilberto, bailaban, movidos por el viento, sacos de papel que contenían habichuelas secas en sus vainas, hierbas aromáticas y ropa blanca mezclada con algunos vestidos viejos de mujer.

— Esto no está muy bueno, dijo Jacobo; pero el sueño y la oscuridad igualan los más suntuosos palacios con las más pobres cabañas. Dormid como se duerme en vuestra edad, mi joven amigo, y nada os impedirá creer mañana que habéis dormido en el Louvre. Pero sobre todo, tened cuidado con el fuego.

— Sí, señor, dijo Gilberto algo aturdido con todo lo que acababa de ver y oír.

Jacobo salió sonriéndose y en seguida volvió.

— Mañana hablaremos, dijo. Creo que no rehusaréis el trabajo, ¿no es verdad?

— Ya sabéis, señor, respondió Gilberto, que ese es, por el contrario, mi único deseo.

— Deseo muy laudable, amigo mío.

Y Jacobo dió otro paso hacia la puerta.

— Se entiende que ha de ser un trabajo digno y honroso, respondió el puntilloso Gilberto.

— Yo no conozco otro, mi joven amigo; así pues, hasta mañana.

— Buenas noches, y gracias por todo, dijo Gilberto.

Jacobo salió, cerró la puerta por fuera, y Gilberto se quedó solo en su zaquizamí.

Asombrado primero y petrificado después de hallarse en París, se preguntó si era en efecto París aquella ciudad donde se veían alcobas semejantes á la suya; pero reflexionando en seguida que en resumidas cuentas el señor Jacobo le cedía aquella alcoba de limosna, y recordando que así también se daba la limosna en

Taverney, no sólo cesó su admiración, sino que ésta comenzó á dar lugar al agradecimiento.

Con la vela en la mano recorrió, no sin tomar las precauciones recomendadas por Jacobo, todos los rincones del desván, curándose muy poco de los vestidos de Teresa, de los cuales no quiso distraer ni uno solo para que le sirviera de cobertor.

Clavó su vista y atención en los rimeros de papeles impresos que después despertaban en el más alto grado su curiosidad; pero los papeles estaban atados con bramante, y no se atrevió á tocar á ellos, apartando su vista de los legajos para fijarla en los sacos de habichuelas, los cuales estaban formados de un papel muy blanco, pero impreso también, y unidos los pliegos con alfileres.

En un movimiento algo brusco que hizo Gilberto, tocó la cuerda con su cabeza y cayó uno de los sacos.

Mas pálido y azorado que si hubiese violentado la cerradura de una arca de dinero, el joven se apresuró á recoger las habichuelas esparcidas por el suelo y meterlas en el saco.

Entregado á esta operación, miró maquinalmente el papel, y maquinalmente también leyeron sus ojos algunas palabras; estas palabras atrajeron su atención. Rechazó las habichuelas, y sentándose sobre su jergón, leyó, porque aquellas palabras estaban tan acordes con su pensamiento, y sobre todo con su carácter, que parecían escritas no solamente para él, sino también por él.

Helas aquí:

« Por otra parte, las costureras y camareras y las tenderas no me tentaban; yo necesitaba señoritas; cada uno tiene su capriecho, y éste ha sido siempre el mío. No pienso como Horacio sobre este particular.

Sin embargo, no es la vanidad del estado y del rango lo que llama mi atención, sino una tez mejor conservada, manos más bellas, un adorno más gracioso, un aire de delicadeza y aseo sobre toda la persona, más gusto en los modales y expresión, un vestido más fino y mejor hecho, un calzado más lindo, cintas, encajes y cabellos mejor recogidos y aderezados. Yo preferiré siempre la menos linda que tenga todo esto. Á mi mismo me parece esta preferencia muy ridícula, pero mi corazón la da á pesar mío. »

Gilberto tembló, y el sudor bañó su frente; era imposible expresar mejor su pensamiento, definir mejor sus instintos y analizar mejor su gusto. Sólo que Andrea no era « la menos linda que tenía todo esto, » sino que tenía todo esto y era la más hermosa.

Gilberto, pues continuó leyendo ávidamente.

Después de las líneas que hemos citado, seguía una encantadora aventura de un joven con dos muchachas; la historia de una cabalgata acompañada de esos gritos encantadores que hacen á las mujeres más encantadoras todavía, porque revelan su debilidad, de un viaje á la grupa de una de ellas y de un regreso nocturno mucho más encantador y delicioso.

El interés iba en aumento; Gilberto había deshecho el saco y leído todo lo que tenía de impreso con cierta palpitación de corazón; miró las páginas por si las demás correspondían á las que ya había leído, y vió que estaban interrumpidas, pero encontró siete ú ocho sacos que parecían ser correlativos. Quitóles los alfileres, vació las habichuelas sobre el suelo, las amontonó y leyó.

Pero esta vez era también otro asunto el que aquellas nuevas páginas contenían: hablábase en ellas de los amores de un joven pobre y desconocido con una

dama principal. Esta había descendido hasta él, ó más bien, él había subido hasta ella, y la dama le había acogido como á igual suyo, haciéndole su amante é iniciándole en todos los misterios del corazón, sueños de la adolescencia que tienen una realidad tan breve, que al llegar al otro lado de la vida no se nos presentan ya sino como uno de esos metéoros brillantes pero fugitivos, que se deslizan en medio de un cielo estrellado de primavera.

En ninguna parte se nombraba al joven, pero la dama principal se llamaba la señora de Warens, nombre dulce y encantador.

Gilberto pensaba en la felicidad de pasar así toda una noche leyendo, y aumentaba este placer la idea de que todavía le quedaba una larga fila de sacos por despojar, cuando de repente se oyó un ligero chisporroteo; la vela, derretida por el recipiente de cobre, se hundió en la grasa líquida, se esparció por el granero un vapor hediondo, se apagó el pábilo, y Gilberto se halló en la oscuridad.

Había ocurrido este incidente con tanta rapidez que no había tenido tiempo para remediarlo; interrumpido, pues, en medio de su sabrosa lectura, estuvo á punto de llorar de rabia. Dejó caer los papeles que tenía en la mano sobre las habichuelas amontonadas cerca de su cama, y se acostó sobre su jergón, donde, á pesar de su cólera, se quedó dormido muy pronto y profundamente.

El joven durmió como se duerme á los 18 años; así es que no despertó sino al ruido del candado que Jacobo había colocado la víspera á la puerta del granero.

Era ya muy de día, y Gilberto, al abrir los ojos, vió á su huésped entrar suavemente en su estancia.

Lo primero que Gilberto vió fueron las habichuelas esparecidas y los sacos desbaratados.

Los ojos de Jacobo habían ya tomado la misma dirección.

Gilberto sintió subir á sus mejillas el rubor de la vergüenza; y sin saber demasiado lo que se decía:

— Buenos días, señor, murmuró.

— Buenos días, amigo mío, dijo Jacobo; ¿habéis dormido bien?

— Sí, señor.

— ¿Seriais sonámbulo por casualidad?

Gilberto ignoraba lo que era un sonámbulo, pero comprendió que la pregunta tenía por objeto pedirle una explicación sobre aquellas habichuelas fuera de sus sacos, y sobre aquellos sacos viudos de sus habichuelas.

— ¡Ay! señor, dijo, bien veo porqué me decís eso; sí, yo tengo la culpa de este desorden, y me acuso humildemente, pero lo creo reparable.

— Sin duda: ¿pero por qué se ha gastado toda vuestra vela?

— Me he acostado muy tarde.

— ¿Y por qué os habéis acostado muy tarde? preguntó Jacobo con cierta curiosidad.

— Por leer.

Los ojos de Jacobo recorrieron entonces todo el granero.

— Esta primera hoja, dijo Gilberto mostrando el primer saco que había descolgado y leído, esta primera hoja en que fijé la vista por casualidad, me interesó de tal modo... Pero vos, señor, que sabéis tantas cosas, ¿podéis decirme á qué libro pertenece?

Jacobo dirigió negligentemente la vista hacia el papel y dijo:

— No lo sé.

— Sin duda es una novela, exclamó Gilberto, una novela muy linda.

- ¿ Creéis que sea una novela ?
- Lo creo, porque se habla en ella de amores como en las novelas, sólo que se habla mucho mejor.
- Sin embargo, replicó Jacobo, como al pie de esta página leo la palabra Confesiones, creía.....
- ¿ Qué creíais ?
- Que podía ser una historia.
- ¡ Oh ! no, no; el hombre que habla así no habla de sí mismo. Hay demasiada franqueza en sus confesiones y demasiada imparcialidad en su juicio.
- Pues yo creo que os equivocáis, dijo vivamente el anciano. El autor, por el contrario, ha querido dar al mundo el ejemplo de un hombre que se muestra á sus semejantes tal como Dios ha hecho al hombre.
- ¿ Luego conocéis al autor ?
- El autor es Juan Jacobo Rousseau.
- ¡ Rousseau ! exclamó vivamente el joven.
- Sí. Aquí hay algunas hojas sueltas de su último libro.
- ¿ Conque ese joven pobre, desconocido, oscuro y que casi iba mendigando por los caminos que recorría á pie, era Rousseau, es decir, el hombre que un día debía publicar el *EMILIO*, y escribir el *CONTRATO SOCIAL* ?
- Sí, él era, ó por mejor decir, no, dijo el anciano con una expresión de melancolía difícil de pintar. No, no era él : el autor del *CONTRATO SOCIAL* y del *EMILIO*, es el hombre desengañado del mundo, de la vida, de la gloria y casi de Dios ; el otro... el otro Rousseau... el de Mma. de Warens, es el niño que entra en la vida por la misma puerta que la aurora entra en el mundo ; es el niño con sus alegrías y sus esperanzas. Entre los dos Rousseau hay un abismo que les impedirá juntarse nunca ;... ¡ treinta años de desgracia !
- El anciano meneó la cabeza, dejó caer tristemente

sus brazos, y dió muestras de entregarse á una meditación profunda.

Gilberto había quedado como deslumbrado.

— ¿ Conque según eso, dijo, es verdadera esa aventura con las señoritas Galley y Graffenried ? ¿ Es cierto que él ha sentido ese amor ardiente por Mma. de Warens ? ¿ Conque no ha sido una deliciosa mentira esa posesión de la mujer que amaba, posesión que le entristecía en lugar de trasportarle al cielo, como él esperaba ?

— Joven, dijo el anciano, Rousseau no ha mentado jamás. Recordad su divisa : *Vitam impendere vero*.

— La conocía, dijo Gilberto ; pero como no sé latín, jamás he podido comprenderla.

— Eso quiere decir : Consagrar su vida á la verdad.

— ¿ Luego es posible, continuó Gilberto, que un hombre que sale de donde ha salido Rousseau, sea amado de una dama hermosa y principal ? ¡ Oh, Dios mío ! ¿ sabéis que es cosa para volver locos de esperanza á los que partiendo de abajo como él, han dirigido la vista á objetos que están encima de ellos ?

— Vos amáis, dijo Jacobo, y veis una analogía entre vuestra situación y la de Rousseau.

Gilberto se ruborizó y no contestó á la pregunta.

— Pero no todas las mujeres son como Mma. de Warens, dijo ; las hay altivas, desdenosas é inaccesibles, y es una locura amar á esas.

— Sin embargo, joven, dijo Jacobo, más de una vez se han presentado á Rousseau semejantes ocasiones.

— ¡ Oh ! sí, exclamó Gilberto, pero era Rousseau. Seguramente, si sintiera yo dentro de mí una chispa del fuego que ha abrasado su corazón é inspirado su genio.....

— ¿ Y qué ?

— ¿ Qué ? yo diría que no hay majer, por grande

que sea por su nacimiento, que pudiera contar conmigo, mientras que no siendo nada, ni teniendo la convicción de mi porvenir, cuando miro los objetos que están encima de mí, quedo deslumbrado. ¡ Oh ! quisiera poder hablar á Rousseau !

— ¿ Para qué ?

— Para preguntarle si en el caso de que Mma. de Warens no hubiese descendido hasta él, él hubiera descendido hasta ella. Para decirle : ¿ si os hubieran negado esa posesión que os ha entristecido, no la hubierais conquistado aun cuando para ello hubiese sido necesario...

El joven se detuvo.

— ¿ Necesario qué ?... preguntó el anciano.

— Un crimen.

Jacobo tembló.

— Mi mujer debe haberse levantado ya, dijo mudando de conversación : vamos á bajar. Por otra parte, jamás comienza demasiado pronto el día de un trabajador : venid, joven, venid.

— Verdad es, dijo Gilberto : perdonadme, señor ; pero hay ciertas conversaciones que me embriagan, ciertos libros que me exaltan, y ciertos pensamientos que me vuelven casi loco.

— Vamos, vamos, estáis enamorado, dijo el anciano.

Gilberto nada contestó, y se puso á recoger las habichuelas y á componer los sacos con ayuda de los alfileres ; Jacobo no quiso interrumpirle en su tarea.

— No habéis sido alojado suntuosamente, le dijo, pero al cabo tenéis lo necesario, y si hubieseis sido más madrugador, habriais aspirado por esa ventana emanaciones de verdura que no dejan de tener su mérito en medio de los olores nauseabundos que infestan á la gran ciudad. Esa ventana cae á los jardines de la calle de la Jussienne. Los tilos y los ébanos están

en flor, ¿ y respirarlos por las mañanas no es para un pobre cautivo acopiar felicidad para todo el día ?

— Amo todo eso vagamente, dijo Gilberto ; pero estoy demasiado acostumbrado á esos olores para que me llamen la atención.

— Decid que no hace mucho tiempo que habéis dejado el campo para echarlos de menos todavía. Pero vamos á trabajar.

Y mostrando el camino á Gilberto, le hice salir y echó la llave al candado de la puerta.

Esta vez condujo Jacobo á su compañero directamente á la pieza que Teresa había designado bajo el nombre de gabinete.

Algunas mariposas encerradas en sus fanales, hierbas y minerales dentro de marcos de ébano, un estante de nogal lleno de libros, una mesa estrecha y larga cubierta con un tapete de lana verde y negra, gastada y raída por el uso, y sobre la cual se veían colocados en orden algunos manuscritos, cuatro sillones de cerezo forrados de seda negra ; tal era el mueblaje del gabinete, todo él luciente, encerado, intachable por su orden y limpieza, pero frío á la vista y al corazón ; pues tan débil y escatimada dejaban entrar la luz las cortinas de siamesa, y tan distante parecía hallarse el lujo y hasta el bienestar de aquella ceniza fria y de aquel hogar negro.

Un elave de madera de rosa sostenido por cuatro pies rectos, y sobre la chimenea un reloj, recordaban solamente el uno con la vibración de sus hilos de acero, despertados por el paso de los coches en la calle, y el otro con el movimiento de su péndola, que vivía algo en aquella especie de sepulcro.

Gilberto entró respetuosamente en el gabinete que acabamos de describir ; parecíale el ajuar casi suntuoso, porque así era poco más ó menos el del castillo



de Taverney; sobre todo, el piso encerrado le imponía mucho.

— Sentaos, le dijo Jacobo mostrándole otra mesita colocada en el alfeizar de una ventana; voy á deciros cuál es la ocupación que os he destinado.

Gilberto se apresuró á obedecer.

— ¿Conocéis esto? preguntó el anciano.

Y mostraba á Gilberto un papel rayado en intervalos iguales.

— Lo conozco, respondió éste; es un papel de música.

— Pues bien, cuando he ennegrecido convenientemente una de estas hojas, es decir, cuando he copiado en ella tanta música como puede contener, he ganado diez sueldos; es el precio que yo mismo he fijado. ¿Creéis que aprenderéis á copiar música?

— Sí, señor; lo creo.

— ¿Pero no os desvanece la vista este baturrillo de puntos negros ensartados en rayas sencillas, dobles ó triples?

— Sí, señor. Al primer golpe de vista no comprendo gran cosa; sin embargo, aplicándome, distinguiré unas notas de otras; por ejemplo, mirad un *fa*.

— ¿Dónde?

— Aquí, ensartado en la línea más alta.

— ¿Y esta otra entre las dos líneas bajas?

— También es *fa*.

— ¿Y la nota que hay encima de la que está montada sobre la segunda línea?

— Es un *sol*.

— ¿Luego sabéis la música?

— Es decir, conozco el nombre de las notas, pero no conozco su valor.

— ¿Y sabéis cuándo son mínimas, seminimas, corcheas, semicorcheas y fusas?

— ¡Oh! sí, sé eso.

— ¿Y estos signos?

— Este es una pausa.

— ¿Y este?

— Un sostenido.

— ¿Y este?

— Un bemol.

— ¡Muy bien! pero veo, exclamó Jacobo, cuya vista comenzaba á revelar esa desconfianza que le era habitual, veo que á pesar de vuestra ignorancia habláis de música como habéis hablado de botánica y hasta de amor.

— ¡Oh, señor, dijo Gilberto ruborizado, no os burleís de mí!

— Al contrario, hijo mío, me admiráis, porque la música es un arte que no se adquiere sino después de otros estudios, y me habéis dicho que no habíais recibido ninguna educación ni aprendido nada.

— Esa es la verdad, señor.

— Sin embargo, vos solo no habéis podido imaginar que ese punto negro colocado en la última línea era *fa*.

— Señor, dijo Gilberto bajando la cabeza y la voz, en la casa que yo habitaba había una ama joven que tocaba el clave.

— ¡Ah! sí, la que también se dedicaba á la botánica, exclamó Jacobo.

— Justamente, señor; tocaba muy bien.

— ¿De veras?

— Sí, yo deliro por la música.

— Todo eso no es una razón para conocer las notas.

— Señor, he leído en Rousseau que es incompleto el hombre que goza del efecto sin remontarse á la causa.

— Sí; pero también dice, contestó Jacobo, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, MÉDICO

completándose el hombre con esta investigación, pierde su alegría, su candor y su instinto.

— ¿Qué importa, dijo Gilberto, si halla en el estudio un goce igual á los que puede perder?

Sorprendido Jacobo se volvió hacia el joven y le dijo:

— Vamos, no solamente sois botánico y músico, sino también lógico.

— ¡Ay! señor, desgraciadamente no soy botánico, ni músico ni lógico; sé distinguir una nota de otra, un signo de otro y nada más.

— ¿Luego solfeáis?

— No por cierto, señor.

— Pues bien, no importa; ¿queréis ensayaros en copiar? Aquí tenéis papel rayado; pero no lo echéis á perder porque cuesta caro; y aun podéis hacer otra cosa mejor: tomad papel blanco, rayadlo vos mismo y copiad sobre él.

— Sí, señor, haré lo que me mandáis; pero permitidme que os diga que este no es un estado que puede durar toda la vida, porque para escribir música, que no comprendo, vale más meterme á escribiente público.

— Joven, joven, habláis sin reflexionar lo que decís.

— ¿Yo?

— Sí, vos. ¿Por ventura es de noche cuando un escribiente ejerce su oficio y gana su vida?

— No, ciertamente.

— Pues bien, escuchad lo que voy á deciros; un hombre hábil puede, en dos ó tres horas de noche, copiar cinco de estas páginas, y hasta seis, cuando á fuerza de ejercicio ha adquirido facilidad en copiar y una costumbre de lectura que le ahorra mirar mucho al modelo. Seis páginas valen tres francos, y un hombre puede vivir con esta cantidad; no diréis que no, cuando solo pediais seis sueldos. Resulta, pues, que con dos horas de trabajo de noche, puede un hombre

seguir sus cursos de la escuela de cirugía, de la escuela de medicina y de la de botánica.

— ¡Ah! exclamó Gilberto: os comprendo, señor, y os doy gracias con toda la sinceridad de mi alma.

Y se lanzó sobre la hoja de papel blanco que anciano le presentaba.

Entonces Gilberto miró á su alrededor, y viéndose solo, se levantó con la cabeza trastornada.

— ¿ Pero dónde estoy aquí ? exclamó. ¡ Príncipes y altezas en casa de Jacobo ! ¡ El duque de Chartres, monseñor el príncipe de Conti en casa de un copiante !

Aproximóse á la puerta para escuchar; el corazón le latía fuertemente.

Jacobo y el príncipe se habían ya dirigido las primeras saluciones, y el príncipe estaba hablando.

— Hubiera querido llevaros conmigo, decía.

— ¿ Para qué, príncipe ? preguntaba Jacobo.

— Para presentaros á la Delfina. Esta es una era nueva para la filosofía, mi querido filósofo.

— Mil gracias por vuestra buena voluntad, monseñor; pero me es imposible acompañaros.

— Sin embargo, hace seis años que no tuvisteis inconveniente en acompañar á madama de Pompadour á Fontainebleau.

— Tenía seis años menos de edad; hoy estoy clavado en un sillón por mis achaques.

— Y por vuestra misantropía.

— Y aun cuando así fuese, monseñor, no es el mundo una cosa tan curiosa que merezca que nos incomodemos por él.

— Pues bien, me conformo con que no vengáis á San Dionisio y al gran ceremonial; pero venid conmigo á Mulette, donde dormirá pasado mañana S. A. R.

— ¿ Conque S. A. R. llega pasado mañana á San Dionisio ?

— Con toda su comitiva. Vamos, dos leguas se andan pronto, y no causan una verdadera molestia. Se dice que la princesa es una excelente música, y que es discípula de Gluck.

Gilberto no oyó más. Á estas palabras: « pasado mañana la Delfina con toda su comitiva á San Dionisio »

XVIII

Quién era el señor Jacobo

Gilberto trabajaba con ahínco, y su papel se llenaba de ensayos concienzudamente estudiados, cuando el anciano, después de haberle mirado trabajar durante algún tiempo, se sentó á la otra mesa y comenzó á corregir hojas impresas semejantes á la cubierta de las habichuelas del granero.

Tres horas trascurrieron de este modo, y el reloj acababa de dar las nueve cuando entró Teresa precipitadamente.

Jacobo levantó la cabeza.

— Pronto, pronto, dijo la vieja, pasa á la sala. Un príncipe viene á verte. Dios mío, ¿ cuándo se acabará esta procesión de altezas ? ¡ Con tal que no tenga el capricho de almorzar con nosotros, como hizo el otro día el duque de Chartres !

— ¿ Y quién es ese príncipe ? preguntó Jacobo en voz baja.

— Monseñor el príncipe de Conti.

Al oír Gilberto este nombre, dejó caer sobre su papel un *sol* que si Bridoison hubiera nacido en aquella época, habría llamado pastel, mas bien que nota.

— ¡ Un príncipe, un alteza ! exclamó en voz baja.

Jacobo salió sonriendo detrás de Teresa, que cerró la puerta.

sio, » había pensado en una cosa; á saber, que al día siguiente iba á encontrarse á dos leguas de Andrea.

Esta idea le deslumbró como si sus ojos hubieran encontrado un espejo ustorio.

El más fuerte de los dos sentimientos sofocó al otro. El amor suspendió la curiosidad; por un instante creyó Gilberto que no había bastante aire para su pecho en aquel reducido gabinete; corrió á la ventana con intención de abrirla, pero estaba cerrada por dentro con un candado, sin duda para que no se pudiera ver desde la habitación situada enfrente lo que pasaba en el gabinete de Jacobo.

Gilberto se dejó caer sobre su silla.

— ¡ Oh! no quiero escuchar detrás de la puerta, dijo, no quiero ya penetrar los secretos de mi protector, de ese copiante á quien un príncipe llama su amigo y quiere presentar á la futura reina de Francia, á una hija de emperadores, á quien la señorita Andrea hablaba casi de rodillas. Y sin embargo, si me pusiese á escuchar, acaso sabría alguna cosa de la señorita Andrea. No, no, me parecería á un lacayo. También La Brie escuchaba detrás de las puertas.

Y se apartó resueltamente de la cerradura á que se había aproximado; sus manos temblaban; una nube oscurecía sus ojos.

Sentía la necesidad de una distracción poderosa, la copia le hubiera ocupado demasiado poco. Cogió, pues, un libro que había sobre el bufete de Jacobo.

— ¡ Las « Confesiones, » leyó con agradable sorpresa, las « Confesiones, » de cuyo libro he leído ya cien páginas con tanto interés!

— Edición adornada con el retrato del autor, continuó leyendo.

— ¡ Oh! ¡ y yo que jamás he visto el retrato de M. Rousseau! exclamó. ¡ Oh! veamos, veamos.

Y volvió vivamente la hoja de papel de China que ocultaba el grabado, vió el retrato y lanzó un grito.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Jacobo.

Gilberto comparó la fisonomía de Jacobo con el retrato que tenía en la mano, y, sueltos los brazos y temblando de pies á cabeza, dejó caer el tomo murmurando:

— ¡ Estoy en casa de Juan Jacobo Rousseau!

— Veamos cómo habéis copiado vuestra música, hijo mío, respondió sonriendo Juan Jacobo, mucho más contento interiormente de aquella ovación imprevista, que de los triunfos que había tenido en su gloriosa vida.

Y pasando por delante de Gilberto, que temblaba como un azogado, se aproximó á la mesa y fijó la vista en el papel.

— La nota no es mala, dijo, descuidáis algo las márgenes: además, no unís bastante con un mismo rasgo las notas que van juntas. Mirad, os falta á este compás una pausa, y vuestras rayas de compases no son muy rectas. Hacéis también las mínimas de dos semicírculos. Poco importa que se junten exactamente. La nota toda redonda carece de gracia, y el rabo se une muy mal á ella. Sí, en efecto, amigo mío, estáis en casa de Juan Jacobo Rousseau.

— ¡ Oh! perdonad entonces, señor, todas las majaderías que he dicho, exclamó Gilberto juntando las manos y dispuesto á prosternarse.

— ¡ Conque ha sido preciso, dijo Rousseau encogiéndose de hombros, que viniera aquí un príncipe para que reconocierais al perseguido, al desgraciado filósofo de Ginebra? ¡ Pobre niño, feliz niño, que ignora la persecución!

— ¡ Oh! sí, soy feliz, muy feliz, pero es de veros, de conoceros, y de estar á vuestro lado.

— Gracias, hijo mío, gracias; pero no hasta ser feliz; es menester trabajar. Ahora, que habéis hecho vuestros ensayos, tomad ese rondó y procurad copiarlo en un verdadero papel de música; es corto, pero difícil; sobre todo limpieza. ¿Pero cómo habéis reconocido?...

Gilberto recogió el volumen de las « Confesiones, » y enseñó el retrato á Juan Jacobo.

— ¡ Ah! sí, comprendo; mi retrato quemado en efígie sobre la primera página del *Emilio*; pero ¿ qué importa? la llama alumbra, ora provenga del sol, ora de un auto de fe.

— Señor, señor, ¿ sabéis que jamás había yo soñado tanta dicha? ¡ vivir á vuestro lado! ¡ Oh! mi ambición no va más lejos que este deseo.

— No viviréis á mi lado, amigo mío, dijo Juan Jacobo, porque yo no tengo escuela, y en cuanto á huéspedes, ya lo habéis visto, no soy bastante rico para recibirlos y mucho menos para guardarlos.

— Por lo demás, le dijo, no os desesperéis. Desde que os he encontrado me he puesto á estudiaros, hijo mío; hay en vos mucho malo, pero también mucho bueno; luchad con vuestra voluntad contra vuestros instintos; desconfiad del orgullo, de ese gusano roedor de la filosofía, y copiad música mientras llegan para vos mejores tiempos.

— ¡ Oh, Dios mío, dijo Gilberto, estoy aturdido de lo que me pasa!

— Sin embargo, nada os pasa que no sea muy natural y sencillo, hijo mío; verdad es que las cosas sencillas son las que más conmueven los corazones profundos y los espíritus inteligentes. Huís, no sé de dónde, no os he preguntado vuestro secreto, huís al través de los bosques, en esos bosques encontráis á un hombre que está herborizando, este hombre tiene pan,

vos no lo tenéis, parte con vos su pan, no sabéis adónde retraros, y este hombre os ofrece un asilo; este hombre debía ser cualquiera, llevar un nombre cualquiera, este hombre se llama Rousseau; he ahí todo, y este hombre os dice:

« El primer precepto de la filosofía es este:  
» Hombre, bástate á tí mismo. »

Así que, amigo mío, cuando hayáis copiado vuestro rondó, habréis ganado vuestro alimento de hoy. Copiad, pues, vuestro rondó.

— ¡ Oh! señor, ¡ qué bueno sois!

— En cuanto á la cama donde habéis dormido anoche, es vuestra; pero os prohíbo la lectura nocturna, á no ser que la vela que gastéis sea vuestra, porque sino reñirá Teresa. ¿ Tenéis hambre ahora?

— ¡ Oh! no, señor, dijo Gilberto sofocado.

— De la cena de ayer ha quedado para almorzar hoy; no uséis de ceremonia; esta comida es la última que haréis á mi mesa, salvo cualquier convite que tenga á bien haceros si quedamos buenos amigos.

Gilberto comenzó un gesto que Rousseau interrumpió con una señal de cabeza.

— En la calle Platriere, continuó, hay una cocina para los trabajadores; allí comeréis barato, pues yo os recomendaré. Entretanto vamos á almorzar.

Gilberto siguió á Rousseau sin contestar. Por la primera vez de su vida se veía dominado, si bien lo era por un hombre superior á los demás.

Apenas tomó Gilberto unos cuantos bocados, se retiró de la mesa y se volvió á su trabajo. Tenía razón; su estómago, demasiado contraído por el sacudimiento que había recibido, no podía recibir alimento alguno. En todo el día no apartó los ojos de su obra, y hacia

las ocho de la noche, después de haber rasgado tres hojas, había logrado copiar legiblemente y con alguna limpieza un rondó de cuatro páginas.

— No quiero adularos, dijo Rousseau, esto está todavía malo, pero está legible; vuestro trabajo vale diez sueldos: tomadlos.

Gilberto los tomó haciendo una reverencia.

— En el armario hay pan, señor Gilberto, dijo Teresa, en quien la discreción, la dulzura y la aplicación de Gilberto habían producido buen efecto.

— Gracias, señora, respondió Gilberto; creed que no olvidaré nunca vuestras bondades.

— Tomad, dijo Teresa alargándole el pan.

Gilberto iba á rehusarlo; pero miró á Juan Jacobo, y comprendió por su ceño y por aquella boca tan fina que empezaba á crisparse, que su negativa podría ofender á su huésped.

— Acepto, dijo: en seguida se retiró á su pequeño aposento llevando en la mano los seis sueldos de plata y los cuatro sueldos de cobre que acababa de recibir de Juan Jacobo.

— En fin, dijo al entrar en su bohardilla, ya soy dueño de mi persona: ¡oh! todavía no, puesto que aquí traigo el pan de la caridad.

Y aunque tuvo hambre, dejó sobre el poyo de su ventana el pan que acababan de darle, y que no tocó siquiera.

Pensando después que olvidaría su hambre durmiendo, apagó su vela y se acostó en el jergón.

Al día siguiente, Gilberto había dormido muy poco durante la noche, al día siguiente le halló la aurora despierto. Acordándose de lo que había dicho Rousseau acerca de los jardines á que daba su ventana, se asomó á ella, y vió en efecto los árboles de un hermoso jardín; más allá de estos árboles se elevaba el palacio

á que éste pertenecía, y cuya entrada daba á la calle de la Jussienne.

En un ángulo del jardín, todo rodeado de arbolitos y flores, se veía un pequeño pabellón con sus persianas cerradas.

Gilberto pensó primero que aquellas persianas estaban cerradas á causa de la hora, y que los que habitaban aquel pabellón no habrían despertado todavía; pero como los árboles nacientes habían crecido y desplegado su follaje arrimados á aquellas ventanas, comprendió bien pronto Gilberto que aquel pabellón debía estar deshabitado desde el invierno, por lo menos.

Entonces volvió á admirar los hermosos tilos que le ocultaban el edificio principal.

Por dos ó tres veces había obligado el hambre á Gilberto á dirigir la vista al pedazo de pan que la vispera le había cortado Teresa; pero, siempre dueño de sí, á pesar de que se le iban los ojos tras él, no lo había tocado.

Dieron las cinco; entonces creyó que se abriría la puerta del corredor; y lavado, afeitado y peinado, pues, gracias á los cuidados de Juan Jacobo, había encontrado, al subir á su granero, todos los objetos necesarios á su modesto tocador; y lavado, afeitado y peinado, decimos, cogió su pedazo de pan y bajó.

Rousseau, que esta vez no había ido á despertarle, Rousseau, que por un exceso de desconfianza tal vez, y para enterarse mejor de las costumbres de su huésped, no había cerrado su puerta la vispera, le oyó bajar y se puso á espiallo.

Vió á Gilberto salir con su pan debajo del brazo.

Un pobre se aproximó á él, vió á Gilberto darle su pan, en seguida entró en una panadería que se acababa de abrir, y comprar otro pedazo de pan.

— Ahora irá á la hostería, dijo para sí Rousseau, y se gastará sus pobres diez sueldos.

Rousseau se engañaba; andando Gilberto se comió parte de su pan, y deteniéndose en la fuente que corría en la esquina de la calle, bebió, comió el resto de su pan, volvió á beber, se enjugó la boca, se lavó las manos y volvió.

— ¡Pardiez! dijo Rousseau, creo que soy más feliz que Diógenes, y que he hallado un hombre.

Y oyéndole subir la escalera, corrió á abrirle la puerta.

Gilberto pasó todo el día trabajando sin interrupción, pues había aplicado á la monótona tarea de la copia su actividad, su penetrante inteligencia y su asiduidad obstinada. Lo que no comprendía, lo adivinaba; y su mano, esclava de una voluntad de hierro, trazaba los caracteres sin vacilar y sin errores. De suerte que, á la caída de la tarde, había ya copiado siete páginas, si no elegantemente, á lo menos de una manera correcta.

Rousseau miraba este trabajo como juez y como filósofo á la vez. Como juez, criticó las formas de las notas, las separaciones de las pausas ó de los puntos; pero convino en que se notaba en esta copia un gran progreso sobre la de la víspera, y dió 25 sueldos á Gilberto.

Como filósofo, admiraba la fuerza de la voluntad humana que puede hacer resistir doce horas seguidas de trabajo á un joven de diez y ocho años, de constitución delicada y temperamento apasionado; pues Rousseau había conocido fácilmente la ardiente pasión que abrasaba el corazón del joven, sólo que ignoraba todavía si aquella pasión era ambición ó amor.

Gilberto pesó en su mano el dinero que acababa de recibir, el cual consistía en una pieza de 24 sueldos y

un sueldo. Metió el sueldo en un bolsillo de su pantalón, probablemente con los demás sueldos que le quedaban de la víspera, y apretando con delirante satisfacción la pieza de 24 sueldos en su mano derecha, dijo:

— Señor, sois mi amo, puesto que en vuestra casa es donde he encontrado trabajo, y aun me dais el alojamiento gratis. Pienso, pues, que podriais juzgar mal de mí si yo obrase sin comunicaros mis acciones.

Rousseau le miró con aire de enojo.

— ¡Cómo! dijo, ¿qué queréis hacer? ¿Tenéis para mañana otra intención que la de trabajar?

— Sí, señor; para mañana quisiera, con vuestro permiso, ser libre.

— ¿Para qué? dijo Rousseau; ¿para holgazanear?

— Señor, dijo Gilberto, quisiera ir á San Dionisio.

— ¿A San Dionisio?

— Sí; madama la Delfina llega mañana á San Dionisio.

— ¡Ah! es verdad; mañana hay fiestas en San Dionisio para recibir á la Delfina.

— Eso es, dijo Gilberto.

— Yo creía que erais menos bobo, amigo mío, dijo Rousseau, y me parecía que despreciabais las pompas del poder absoluto.

— Señor...

— Miradme á mí, á quien pretendéis algunas veces tomar por modelo. Ayer vino á mi casa un príncipe real á pedirme que le acompañase á la corte, no como ireis vos, pobre niño, empuñando sobre las puntas de los pies para mirar por encima del hombro de un guardia francés pasar el coche del rey, al cual se presentarán las armas, como se hace para el Santísimo Sacramento, sino para presentarme delante de las princesas y ver su sonrisa. ¡Pues bien, yo, oscuro

ciudadano, he rechazado el convite de esos grandes señores!

Gilberto aprobó con la cabeza.

— ¿Y por qué he rechazado ese convite? continuó Rousseau con vehemencia; porque el hombre no puede ser dos á un tiempo; porque la mano que ha escrito que la monarquía era un abuso, no puede ir á pedir á un rey la limosna de un favor; porque yo, que sé que toda fiesta roba al pueblo algo de ese bienestar que apenas le queda para no rebelarse, protesto con mi ausencia contra todas esas fiestas.

— Señor, dijo Gilberto, os suplico que creáis que he comprendido todo lo que hay de sublime en vuestra filosofía.

— Sin duda; pero como no la observáis, permitidme que os diga...

— Señor, dijo Gilberto, yo no soy filósofo.

— Decid á lo menos lo que vais á hacer en San Dionisio.

— Señor, soy discreto.

Esta palabra afectó á Rousseau, pues comprendió que había algún misterio oculto bajo aquella obstinación, y miró al joven con una especie de admiración que le inspiraba su carácter.

— En hora buena, dijo, tenéis un motivo. Prefiero eso.

— Sí, señor, tengo un motivo, y os aseguro que en nada se parece á la curiosidad que suele inspirar todo espectáculo.

— Tanto mejor, ó tal vez tanto peor, porque vuestra mirada es profunda, joven, y en vano busco en ella el candor y la calma de la juventud.

— Os he dicho, señor, replicó tristemente Gilberto, que había sido desgraciado, y que para los desgracia-

dos no había juventud. Conque quedamos convenidos en que me dejaréis el día de mañana.

— Os lo concedo, amigo mío.

— ¡Gracias, señor!

— Solamente, dijo Rousseau, á la hora en que estéis viendo pasar todas las pompas del mundo, abriré yo uno de mis herbarios, y pasaré revista á todas las magnificencias de la naturaleza.

— Señor, dijo Gilberto, ¿no habríais abandonado todos los herbarios de la tierra el día en que fuisteis á ver á la señorita Galley, después de haberle arrojado un manojito de cerezas en el seno?

— Es verdad, dijo Rousseau, es verdad; veo que sois joven. Id á San Dionisio, hijo mío.

Después, cuando Gilberto salió todo alborozado cerrando la puerta tras sí, exclamó:

— ¡No es ambición, sino amor!



XXIV

La mujer del brujo

En el momento en que Gilberto, después de aquel día tan bien empleado, roía en su granero su pan mojado en agua fresca y aspiraba el aire embalsamado de los jardines de las cercanías, en este momento, decimos, una mujer vestida con una elegancia algo extraña, cubierta con un largo velo, después de haber seguido al galope de un brioso caballo árabe aquel camino de San Dionisio, desierto todavía, pero que debía llenarse al siguiente día de tanta multitud, se apeaba delante del convento de carmelitas de San Dionisio, y llamaba con sus dedos delicados al torno, mientras que su caballo, cuya brida había pasado á su brazo, piafaba y escarbaba la arena con impaciencia.

Algunos vecinos de la ciudad se detuvieron movidos de la curiosidad, y rodearon á la desconocida, excitando su atención no sólo el porte brillante de la extranjera, sino también su obstinación en llamar.

— ¿Qué queréis, señora? le preguntó uno de ellos.

— Ya lo veis, señor, respondió la extranjera con un acento italiano de los más pronunciados; deseo entrar.

— Entonces, os dirigís mal. Este torno no se abre más que una vez al día para los pobres, y ya ha pasado la hora en que se abre.

— Entonces ¿qué medio hay para hablar á la superiora? preguntó la que llamaba.

— Se llama á la puertecita que hay al extremo de la tapia, ó bien á la puerta principal.

Acercóse otro y dijo:

— ¿Sabéis, señora, que ahora la superiora es S. A. R. Madama Luisa de Francia?

— Lo sé, gracias.

— ¡Voto á cribas! ¡qué caballo más hermoso! exclamó un dragón de la reina mirando la cabalgadura de la extranjera. ¿Sabéis que si este caballo no ha cerrado, vale quinientos lises, tan cierto como el mío vale cien pistolas?

Estas palabras produjeron mucho efecto en la multitud.

En este momento, un canónigo, que, al contrario del dragón, miraba á la dama sin cuidarse del caballo, se abrió paso hasta ella, y merced á un secreto que él conocía, abrió la puerta del torno.

— Entrad, señora, dijo, y meted dentro vuestro caballo.

La mujer, deseosa de ponerse á salvo de las ávidas miradas de aquella multitud, miradas que parecían abrumarla, se apresuró á seguir el consejo, y desapareció detrás de la puerta con su cabalgadura.

Cuando se vió sola en el espacioso patio, la desconocida sacudió la brida de su caballo, que agitó tan bruscamente todo su caparazón y batió tan vigorosamente el pavimento con sus herraduras, que la hermana tornera, que por un instante había abandonado su celda situada al lado de la puerta, se lanzó de lo interior del convento.

— ¿Qué queréis, señora, exclamó, y cómo os habéis introducido aquí?

— Un buen canónigo me ha abierto la puerta, dijo; en cuanto á lo que quiero, si es posible, es hablar á la superiora.

— La superiora no recibe esta tarde.

— Me han dicho, no obstante, que era un deber de las superiores de conventos recibir á aquellas de sus hermanas del mundo que vienen á pedirles socorro á cualquier hora del día y de la noche.

— Eso puede hacerse en circunstancias ordinarias; pero S. A. no hace más que dos días que se ha instalado en este convento, y esta tarde celebra capítulo.

— ¡ Señora! señora! replicó la extranjera, vengo desde muy lejos, vengo desde Roma. Acabo de andar sesenta leguas á caballo, y me faltan ya las fuerzas.

— ¿ Qué queréis? la orden de S. A. es formal.

— Hermana, tengo que revelar á vuestra abadesa cosas de la mayor importancia.

— Volved mañana.

— Es imposible..... me he quedado un día en París, y ya durante ese día... por otra parte, yo no puedo pasar la noche en la posada.

— ¿ Por qué?

— Porque no tengo dinero.

La hermana tornera examinó con cierto aire de asombro aquella mujer cubierta de piedras preciosas y dueña de un hermoso caballo, y la cual, sin embargo, decía que no tenía dinero para pagar el gasto que pudiera hacer en una noche.

— ¡ Oh! no hagáis caso de mis palabras, ni de mi traje, dijo la dama; no, no he hablado con exactitud al decir que no tenía dinero, porque en cualquiera posada donde entrase creo que me fiarian. No, no, lo que vengo á buscar aquí no es una posada sino un asilo.

— Señora, este convento no es el único que hay en San Dionisio, y cada uno de esos conventos tiene su abadesa.

— Sí, sí, lo sé, pero no es una abadesa vulgar la

que busco y á la que puedo dirigirme, hermana.

— Creo que os engañaríais insistiendo; madama Luisa de Francia no se ocupa ya de las cosas de este mundo.

— ¿ Qué os importa? Anunciadle, sin embargo, que quiero hablarle.

— Os digo que tiene capítulo.

— Después del capítulo.

— Apenas ha principiado el capítulo.

— Entraré en la iglesia y esperaré orando.

— No podéis esperar.

— ¿ No puedo esperar?

— No.

— ¡ Oh! ¿ conque me engañaba? ¿ Conque no estoy en la casa de Dios? exclamó la extranjera con tal energía en la mirada y en la voz, que, no atreviéndose la hermana á cargar con la responsabilidad de resistir más tiempo replicó:

— Si es así, voy á ver si puedo hacer algo por vos.

— ¡ Oh! decid á S. A., añadió la extranjera, que vengo de Roma, que no he tenido en el camino más descanso que el tiempo necesario para dormir en dos cortas paradas que he hecho, una en Maguncia y la otra en Estrasburgo; en una palabra, que hace cuatro días que no he descansado sino para recobrar las fuerzas necesarias para sostenerme sobre el caballo, y para dar á éste las que necesitaba para llevarme.

— Lo diré así, hermana.

Y la religiosa se alejó.

Un instante después se presentó una hermana lega.

La tornera marchó detrás de ella.

— ¿ Y qué? preguntó la extranjera provocando la respuesta que con tanta impaciencia esperaba.

— S. A. R. ha dicho, señora, respondió la hermana lega, que le es absolutamente imposible daros esta

tarde audiencia ; pero que no por eso dejará de ofreceros la hospitalidad en el convento, ya que tanta necesidad tenéis de hallar un asilo. Podéis, pues, entrar, hermana, y si estáis tan cansada como decís, debéis acostaros.

— ¿ Y mi caballo ?

— Se le cuidará, hermana ; estad tranquila.

— Es manso como un cordero. Se llama Djerid y acude á este nombre cuando se le llama. Os lo recomiendo eficazmente, porque es un soberbio animal.

— Será tratado como lo son los mismos caballos del rey.

— Gracias.

— Ahora conducid á esta señora á su aposento, dijo la hermana lega á la tornera.

— No, no me conduzáis á mi aposento, sino á la iglesia. No tengo necesidad de dormir, sino de orar.

— La capilla está abierta, hermana, dijo la religiosa señalando con el dedo una puertecita lateral que daba á la iglesia.

— ¿ Y veré á la superiora ? preguntó la extranjera.

— Mañana.

— ¿ Mañana por la mañana ?

— ¡ Oh ! mañana por la mañana será todavía imposible.

— ¿ Y por qué ?

— Porque mañana estará todavía muy ocupada con una grata recepción.

— ¡ Oh ! ¿ á quién puede recibir que tenga más prisa ó sea más desgraciado que yo ?

— La Delfina nos dispensa el honor de detenerse dos horas en este convento al pasar por aquí mañana. Este es un gran favor para nuestra comunidad, una gran solemnidad para nuestras pobres hermanas ; de suerte que ya comprendéis.....

— ¡ Ay !

— La señora abadesa desea que todo aquí sea digno de los huéspedes augustos que vamos á recibir.

— Y entretanto, dijo la extranjera mirando á su alrededor con visibles muestras de miedo, que puedo ver á la augusta superiora, ¿ estaré aquí en seguridad ?

— Sí, hermana mía, estáis segura. Nuestra casa es un asilo aun para los culpables, con mucha más razón para los.....

— Fugitivos, dijo la extranjera ; bien. De suerte que nadie entrará aquí, ¿ no es verdad ?

— Sin orden expresa de la superiora nadie puede entrar.

— ¡ Oh ! y si obtuviese esa orden, Dios mío, Dios mío ! dijo la extranjera, ¿ él que es tan poderoso, cuyo poder me aterra muchas veces !

— ¿ Quién es él ? preguntó la hermana.

— Nadie, nadie.

— ¡ Está loca ! murmuró la religiosa.

— La iglesia, la iglesia, repitió la extranjera como si quisiera justificar la opinión que comenzaban á formar de ella.

— Venid, hermana mía, voy á conducirlos á ella.

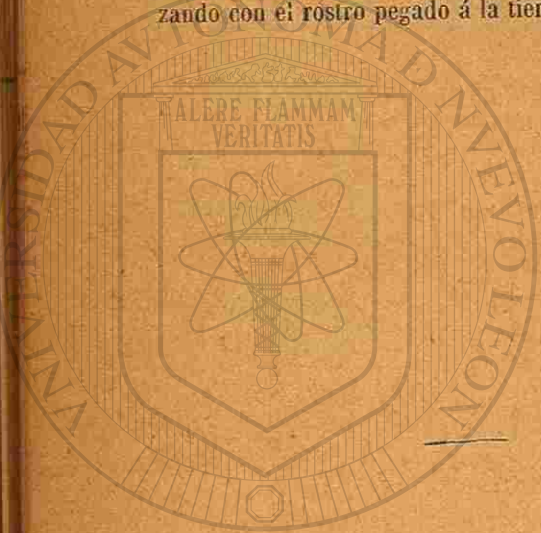
— ¡ Pronto, pronto ! llevadme á la iglesia ; vienen persiguiéndome.

— No tengáis cuidado ; las paredes de San Dionisio son buenas, contestó la hermana lega con una sonrisa de compasión, de suerte que si queréis hacer caso de lo que os digo, debéis retiraros á descansar en una buena cama, en vez de mortificar vuestras rodillas con las losas de la capilla.

— No, no, quiero orar ; quiero orar á fin de que Dios aleje de mí á los que me persiguen, exclamó la

joven desapareciendo por la puerta que le había indicado la religiosa y cerrándola en seguida.

La hermana, curiosa, á fuer de buena monja, dió la vuelta por la puerta principal, y avanzando quedo, vió al pie del altar á la dama desconocida orando y sollozando con el rostro pegado á la tierra.



## XXV

## Los vecinos de Paris

En efecto, se había reunido el cabildo, como habían dicho las monjas á la extranjera, á fin de excogitar los medios de hacer á la hija de los Césares un brillante recibimiento.

S. A. R. madama Luisa inauguraba así en San Dionisio su mando supremo.

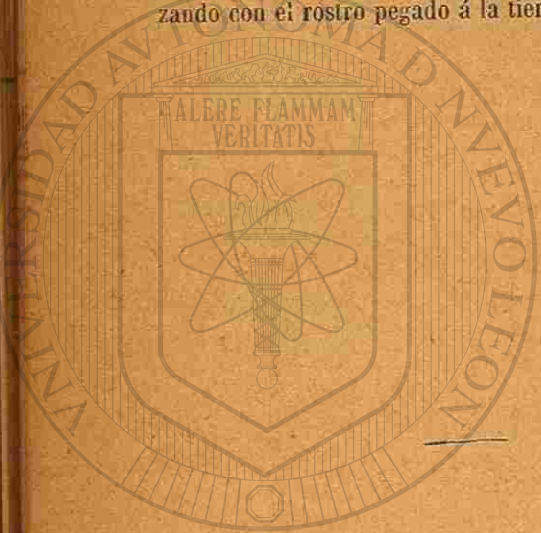
El tesoro de la fábrica estaba algo en baja; pues la antigua abadesa, al resignar sus poderes, se había llevado la mayor parte de los encajes que le pertenecían en propiedad, igualmente que los relicarios é incensarios que prestaban á sus comunidades aquellas abadesas que pertenecían á las mejores familias y se consagraban al servicio del Señor con las condiciones más mundanales.

Al saber madama Luisa que la Delfina se detendría en San Dionisio, había enviado un expreso á Versalles, y en la misma noche llegó un carro cargado de tapicerías, de encajes y ornamentos, por un valor de seiscientas mil libras.

Así, cuando cundió la noticia de los esplendores regios de aquella solemnidad, se vió redoblar esa ardiente, esa espantosa curiosidad de los parisienses que, en pequeños grupos, como decía Mercier, pueden muy bien hacer reír, pero que siempre hacen reflexionar y llorar cuando van todos juntos.

joven desapareciendo por la puerta que le había indicado la religiosa y cerrándola en seguida.

La hermana, curiosa, á fuer de buena monja, dió la vuelta por la puerta principal, y avanzando quedo, vió al pie del altar á la dama desconocida orando y sollozando con el rostro pegado á la tierra.



## XXV

## Los vecinos de Paris

En efecto, se había reunido el cabildo, como habían dicho las monjas á la extranjera, á fin de excogitar los medios de hacer á la hija de los Césares un brillante recibimiento.

S. A. R. madama Luisa inauguraba así en San Dionisio su mando supremo.

El tesoro de la fábrica estaba algo en baja; pues la antigua abadesa, al resignar sus poderes, se había llevado la mayor parte de los encajes que le pertenecían en propiedad, igualmente que los relicarios é incensarios que prestaban á sus comunidades aquellas abadesas que pertenecían á las mejores familias y se consagraban al servicio del Señor con las condiciones más mundanales.

Al saber madama Luisa que la Delfina se detendría en San Dionisio, había enviado un expreso á Versalles, y en la misma noche llegó un carro cargado de tapicerías, de encajes y ornamentos, por un valor de seiscientas mil libras.

Así, cuando cundió la noticia de los esplendores regios de aquella solemnidad, se vió redoblar esa ardiente, esa espantosa curiosidad de los parisienses que, en pequeños grupos, como decía Mercier, pueden muy bien hacer reír, pero que siempre hacen reflexionar y llorar cuando van todos juntos.

Desde el alba, como se había hecho público el itinerario de la señora Delfina, se vió llegar de diez en diez, de ciento en ciento, y de mil en mil, á los parisienses de sus madrigueras.

Los guardias franceses, los suizos y los regimientos acantonados en San Dionisio, habían tomado las armas y se formaban en fila para contener las movientes oleadas de aquella marea, que formaba ya sus terribles remolinos al rededor de los pórticos de la basilica, y se encaramaban en las esculturas de las portadas de la comunidad. Por todas partes se veían cabezas, chiquillos sobre los cobertizos de las puertas, hombres y mujeres á las ventanas, en fin millares de curiosos que llegaban demasiado tarde ó preferían, como Gilberto, su libertad á las exigencias que impone siempre un sitio guardado ó conquistado entre el gentío; millares de curiosos, decimos, semejantes á hormigas activas, trepando por los troncos y esparciéndose por las ramas de los árboles, que, desde San Dionisio hasta la Muette, formaban las filas al paso de la Delfina.

La corte, rica aún y numerosa de coches y libreas, había disminuido sin embargo desde Compiègne, pues, á no ser un poderoso señor, no podía uno seguir al rey doblando y triplicando las jornadas ordinarias, gracias á los relevos de caballos que él había apostado en el camino.

Los pequeños se habían quedado en Compiègne ó tomado la posta para voiver á Paris.

Pero al cabo de un día de descanso en sus casas, amos y criados volvían á campaña y corrían á San Dionisio, así para ver el gentío como para volver á ver á la Delfina.

Y luego, además de la corte; no había en aquella época mil coches, el Parlamento, la Hacienda, el gran

Comercio, las mujeres de moda y la ópera? ¿no había los caballos y las carrozas de alquiler, así como los *Carabas* que rodaban hacia San Dionisio, atestados con veinticinco parisienses de ambos sexos, ahogándose al pequeño trote, y llegando, de seguro, más tarde que si fueran á pie?

Así, pues, fácil es formar una idea del formidable ejército que se dirigió á San Dionisio en la mañana del día en que habían anunciado las gacetas y los carteles que debía llegar allí la Delfina, que fué á plantarse precisamente enfrente del convento de las carmelitas, y que, no habiendo ya posibilidad de hallar sitio en el radio privilegiado, se extendió á lo largo del camino por donde debían llegar y salir la Delfina y su comitiva.

Ahora, figúrese entre ese gentío, espantajo del mismo parisiense, á Gilberto, pequeño, solo, indeciso, ignorando las localidades, y tan orgulloso que nunca quiso preguntar nada; porque, desde que estaba en Paris, formaba empeño en pasar por un parisiense puro, siendo así que jamás había visto más de cien personas reunidas.

Primero, en el camino los paseantes no eran muchos, luego comenzaron á multiplicarse en La Chapelle, y por último, al llegar á San Dionisio, parecían salir de debajo tierra, tan espesos como espigas de trigo en un campo inmenso.

Hacia largo rato que Gilberto no veía nada, pues se hallaba envuelto entre el gentío, estaba sin saber en dónde, é iba á donde aquél iba, sin embargo de que hubiera debido orientarse. Veía á los muchachos subirse á los árboles, pero no osó sacarse su casaca para hacer lo que ellos, á pesar de lo mucho que lo apetecía, y se acercó al tronco. Varios desgraciados, privados como él de todo horizonte, que pisaban á los

otros y á quienes pisaban también, tuvieron la feliz ocurrencia de interrogar á los ascendentes, y supieron de uno de éstos que entre el convento y los guardias había un grande espacio vacío.

Animado por esta primera pregunta, Gilberto preguntó á su vez si se veían carruajes.

Aun no se veían éstos, y sólo si una grande polvareda en el camino, á un cuarto de legua más allá de San Dionisio. Esto era lo que quería saber Gilberto: no habian llegado aún las carrozas, y ya no se trataba más que de saber de qué lado vendrían.

En Paris, cuando uno atraviesa un grande gentío sin trabar conversación con alguien, es prueba de que es inglés ó sordomudo.

Apenas Gilberto se hizo atrás para desembarazarse de aquel gentío, cuando halló al lado de un foso á una familia que estaba almorzando.

Componiase de la hija, alta y rubia, de ojos azules, modesta y tímida; de la madre, gruesa, pequeña y seria, de blancos dientes y color fresco: del padre, envuelto en una levita de barragán que no salía del armario más que los domingos, que él se había puesto para aquella ocasión solemne, y de la que se ocupaba más que de su mujer y de su hija, seguro de que éstas sabrían salir siempre de apuros. Había también una tía, alta, delgada, seca y temosa, y una criada que se reía sin cesar.

Esta última había traído en una enorme cesta un desayuno completo, bajo cuyo peso no había cesado de reírse y cantar, animada por su amo que la relevaba á ratos.

En aquella época un criado se consideraba de la familia, y había cierta analogía entre él y el perro de casa, que es apaleado algunas veces y jamás excluido.

Gilberto contempló al soslayo aquella escena ente-

ramente nueva para él. Encerrado en el castillo de Taverney desde su nacimiento, sabía lo que era el señor y la chusma de criados, pero ignoraba lo que era la clase media.

Vió en aquella honrada familia, en el uso material de las necesidades de la vida, la aplicación de una filosofía que, sin proceder de Platón ni de Sócrates, participaba algo de la de Bias, *in extenso*.

Habian llevado consigo lo más posible, y sacaban el mejor partido posible.

El padre estaba trinchando uno de esos apetitosos trozos de ternera asada que tan gratos son á los parisienses medianamente acomodados. El comestible, devorado ya por los ojos de todos, reposaba dorado, sabroso y grasiento, en la fuente de barro barnizado en que el ama cuidadosa lo había sepultado el día anterior entre zanahorias, cebollas y rebanadas de tocino. Luego, la criada había llevado la fuente á casa del panadero que, sin dejar de cocer el pan, había dado un asilo en su horno á veinte fuentes semejantes, destinadas á asarse y dorarse en compañía al calor póstumo de los haces de leña.

Gilberto escogió al pie de un olmo inmediato un reducido sitio cuya manchada hierba sacudió con su pañuelo á cuadros. Sacóse el sombrero, puso el pañuelo sobre aquella hierba y se sentó.

No fijaba ninguna atención en sus vecinos, lo que, visto por éstos, extrañaron como era natural.

— ¡Vaya un hombre cuidadoso! dijo la madre.

La hija se ruborizó, como lo hacía siempre que se trataba de un joven delante de ella, lo cual causaba una viva satisfacción á los autores de sus días.

— ¡Vaya un joven cuidadoso! había dicho la madre.

En efecto, entre la clase media parisiense, la pri-

mera observación recaerá siempre sobre una cualidad ó un vicio moral.

El padre se volvió hacia él.

— ¡Y lindo mozo! dijo.

El rubor de la hija se aumentó.

— Parece muy cansado, dijo la criada, aunque no ha traído nada.

— ¡Perezoso! añadió la tía.

— Caballero, dijo la madre dirigiéndose á Gilberto con esa familiaridad de interrogación que sólo se halla en los parisienses, ¿están aun lejos las carrozas del rey?

Volvióse Gilberto, viendo que era él á quien preguntaban, se levantó y saludó.

— ¡Vaya un joven cortés! dijo la madre.

La joven se puso purpúrea.

— No puedo decirlo á usted, señora, respondió Gilberto, sólo he oído decir que se veía polvareda como á un cuarto de legua.

— Acérquese usted, caballero, dijo el padre, y si hay ganas ....

Y le mostraba el apetitoso almuerzo extendido sobre la hierba.

Acercóse Gilberto; estaba en ayunas; el olor de los platos le parecía seductor, pero sentía sus veinticinco ó veintiseis sueldos en el bolsillo, y pensando que por el tercio de su capital podría tener un almuerzo casi tan suculento como el que le ofrecían, no quiso aceptar nada de unas personas á quienes veía por la primera vez.

— Gracias, caballero, le dijo, muchas gracias; ya he almorzado.

— ¡Vamos, vamos! replicó la mujer. Veo que es usted hombre precavido, pero desde ahí no verá usted nada.

— Pero ustedes, respondió Gilberto sonriendo, tampoco verán nada, puesto que están como yo.

— ¡Oh! uosotros, dijo la mujer, es diferente, pues tenemos un sobrino que es sargento de los guardias franceses.

La joven se puso de color violeta.

— Estará esta mañana delante del Pavo azul, que es su guardia.

— Y sin indiscreción, preguntó Gilberto, ¿en dónde está el Pavo azul?

— Justamente enfrente del convento de las carmelitas, respondió la madre, y nos ha prometido colocarnos detrás de su escuadra, en donde pondremos un banco, y veremos perfectamente bajar las carrozas.

Esta vez tocó á Gilberto sentir que se sonrosaba; no se atrevía á sentarse á la mesa con aquellas honradas gentes, pero se moría de deseo de seguir las.

Sin embargo, su filosofía, ó más bien aquel orgullo de que Rousseau tanto le había aconsejado que desconfiase, le decía interiormente:

— Eso de tener necesidad de alguno es muy bueno para las mujeres, pero yo, que soy hombre, ¿no tengo brazos y piernas?

— Todos los que no estén allí, continuó la madre como si hubiera adivinado el pensamiento de Gilberto, y respondiese á él, no verán más que las carrozas vacías, y á fe mía que las carrozas vacías las puede uno ver cuando quiera, y no merecen la pena de venir á San Dionisio.

— Pero, señora, dijo Gilberto, me parece que muchos pensarán como usted.

— Sí, pero no todos tendrán sus sobrinos en los guardias para dejarlos pasar.

— Verdad es, dijo Gilberto.

Y al pronunciar ese *verdad es*, su rostro expresó su



chasco que la perspicacia parisiense notó al momento.

— Pero, añadió el marido, diestro en adivinar todos los deseos de su mujer, el señor puede muy bien venir con nosotros, si gustá.

— ¡ Oh, señor! respondió Gilberto, temería incomodaros.

— ¡ Bah! al contrario, dijo la mujer, nos ayudará usted á llegar allí. No teníamos más que un hombre para sostenernos, y así tendremos dos.

Ningún argumento podía tener tanta fuerza para reducir á Gilberto; pues la idea de que sería útil y pagaría de ese modo el apoyo que le ofrecían, ponía su conciencia á cubierto y le quitaba todo escrúpulo. Así, pues, aceptó.

— Ya veremos á quién ofrece el brazo, dijo la tía.

Para Gilberto este socorro le caía verdaderamente del cielo.

En efecto, ¿ cómo allanar el invencible obstáculo de un parapeto de treinta mil personas, todas más recomendables que él, por su rango, sus riquezas, la fuerza, y particularmente la costumbre de colocarse en esas funciones en que cada uno toma el sitio más espacioso que puede?

Por lo demás, esto hubiera sido para nuestro filósofo, á ser menos teórico y más práctico, un admirable estudio dinámico de la sociedad.

La carroza de cuatro caballos pasaba como una bala de cañón por entre la masa, y cada uno se separaba delante del corredor de sombrero con plumas, casaca abigarrada, y grueso bastón, el cual solía también hacerse preceder de perros irresistibles.

La carroza de dos caballos daba una especie de santo y seña al oído de un guardia, é iba á colocarse en la rotonda contigua al convento.

Los jinetes, al paso, pero dominando al gentío,

llegaban al término lentamente, después de mil choques, mil tropezones y murmullos.

En fin, el peatón, empujado una y mil veces, estrujado, flotando como una ola empujada por otras mil, de puntillas, levantado por sus vecinos, agitándose como Anteo para hallar de nuevo á esa madre común que llaman tierra, buscando el camino para salir de entre el gentío, hallándolo y arrastrando tras sí á su familia compuesta casi siempre de multitud de mujeres que, entre todos los pueblos, solo el parisiense sabe y osa conducir á todas partes y siempre, y hacer respetar sin bravatas.

Añádase á todo, ó más bien á todos estos, el hombre de la hez del pueblo, el hombre de rostro barbudo, con la cabeza cubierta con un resto de gorro, los brazos desnudos, los calzones sujetos con una cuerda; infatigable, ardiente, jugando con codos, espaldas y pies, riendo á su manera, pues ríe rechinando los dientes; este hombre se abría paso por entre los de á pie con la misma facilidad que Gulliver por entre los trigos de Lilliput.

Gilberto, que ni era gran señor con cuatro caballos, ni parlamentario en carroza, ni militar á caballo, ni parisiense, ni hombre del pueblo, hubiera sido infaliblemente magullado, molido, aplastado entre aquel gentío; pero, una vez puesto bajo la protección de aquella familia, se sintió fuerte.

Ofreció resueltamente el brazo á la madre.

— ¡ Impertinente! exclamó la tía.

Echaron á andar; el padre iba en medio de su hermana y de su hija, y detrás la criada con la cesta al brazo.

— Señores, ruego á ustedes, decía la madre con su risa franca, ¡ señores, por favor! señores, tengan ustedes la bondad!...

Y le dejaban paso á ella y á Gilberto, y por el hueco que iban dejando, se escurría toda la sociedad.

Paso á paso, pie á pie, conquistaron las quinientas toesas de terreno que separaban el sitio del desayuno de la plaza del convento, y llegaron hasta la fila de aquellos terribles guardias franceses en que toda la familia habia puesto su confianza.

La hija habia recobrado poco á poco su color natural.

Cuando llegó allí, el padre se empinó por encima de las espaldas de Gilberto y percibió á veinte pasos de sí al sobrino de su mujer que estaba retorciéndose el bigote.

Con su sombrero hizo señas tan extravagantes, que su sobrino llegó á conocerle, fué adonde estaba, y pidió un poco de espacio á sus camaradas, que abrieron las filas en un punto.

Escurriéronse al momento por aquel hueco Gilberto y su compañera, el marido, su hermana y su hija, y después la criada, la cual no dejó de lanzar al paso algunos gritos volviéndose con feroces ojos, pero á quien sus amos no pensaron siquiera en preguntar porqué gritaba tanto.

Una vez pasada la calzada, comprendió Gilberto que habia llegado; dió gracias al marido, y éste á él; la mujer trató de retenerle; la tía le inviló á que se fuera, y se separaron para no volver á verse.

En el sitio en que se hallaba Gilberto, no habia más que privilegiados, y por consiguiente se acercó con facilidad al tronco de un grueso tilo, subió sobre una piedra, hizose un apoyo de la primera rama, y aguardó.

Al cabo como de media hora de esta instalación, redobló el tambor, el cañón retumbó, y la majestuosa campana de la catedral lanzó un primer tañido en los aires.

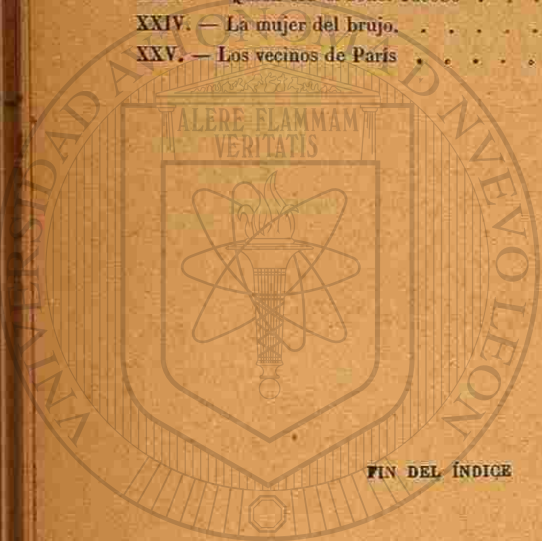
FIN DEL TOMO SEGUNDO

## ÍNDICE

	Pág.
I. — La sala de los relojes . . . . .	5
II. — La casa sin gobierno . . . . .	15
III. — Madama Luisa de Francia . . . . .	26
IV. — Pingajo, Tiritaña y Corneja . . . . .	56
V. — Madama de Bearn . . . . .	43
VI. — El Vice-canciller . . . . .	62
VII. — El Vice-canciller (Continuación) . . . . .	74
VIII. — El despacho de Zamora . . . . .	81
IX. — El rey se aburre . . . . .	99
X. — El rey se divierte . . . . .	111
XI. — Voltaire y Rousseau . . . . .	122
XII. — Madrina y ahijada . . . . .	133
XIII. — Quinta conspiración del mariscal de Richelieu . . . . .	152
XIV. — Ni peluquero, ni vestido, ni carroza . . . . .	166
XV. — La presentación . . . . .	183
XVI. — Compiègne . . . . .	205
XVII. — La protectora y el protegido . . . . .	210
XVIII. — El médico por fuerza . . . . .	220
XIX. — El anciano . . . . .	232
XX. — El botánico . . . . .	240

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. de 1695 MONTERREY, N. L.

	Pág.
XXI. — M. Jacobo. . . . .	239
XXII. — La bohardilla del señor Jacobo . . . . .	272
XXIII. — Quién era el señor Jacobo . . . . .	286
XXIV. — La mujer del brujo. . . . .	298
XXV. — Los vecinos de París . . . . .	505



FIN DEL ÍNDICE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

